



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS**

**Vivir la casa de migrantes
Etnografía de los vínculos humanitarios**

PRESENTA

Eric Oliver Luna González

Matrícula: 2183800055

Para obtener el grado de Doctor en Ciencias Antropológicas

Directora de tesis: Dra. Rocío Gil Martínez de Escobar

Asesores: Dr. José Federico Besserer Alatorre

Dr. Bruno Felipe De Souza e Miranda

Jurado

Presidenta: Dra. Rocío Gil Martínez de Escobar

Secretario: Dr. José Federico Besserer Alatorre

Vocal: Dr. Bruno Felipe De Souza e Miranda

Vocal: Dra. Karla Gissel Ballesteros Gómez

Vocal: Dra. Margarita del Carmen Zárate Vidal

Alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México. 06 de agosto de 2025

ericsociologiauam@gmail.com

VIVIR LA CASA DE MIGRANTES: ETNOGRAFÍA DE LOS VÍNCULOS HUMANITARIOS.

ERIC OLIVER LUNA GONZÁLEZ

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

TESIS DE DOCTORADO

UAM-IZTAPALAPA



Imagen: La bestia, última bala en su carrera de huida.
Artista: Amanda Maya Peñuelas Chuffart
Técnica: grabado de tinta en papel.

La 72- Hogar Refugio de Personas Migrantes,
Tenosique de Pino Suárez, Tabasco, México. 2020.

A mis abuelos paternos, Ninfa y Enrique.

A mis abuelos maternos, Ángela y Leocadio.

A mi mamá y papá, Regina y Juan.

Al pequeño Eric, que leía debajo de la cama.

A Karina, 私の愛。

*A las personas que un día me dejaron
soñar con el tren y la casa, acompañándolas.*

Agradecimientos.

La realización de la presente tesis pudo concretarse con el sostén de los vínculos entre las casas de migrantes y mi paso por estas; es necesario reconocer el apoyo, amistad y cariño que muchas personas me han dado a lo largo de los últimos 5 años: voluntarias y voluntarios en La 72 Hogar Refugio para Personas Migrantes; a los frailes y hermanas de la orden franciscana en el sureste mexicano. Mención a personas como Doña Amanda que me mostró el humanitarismo que puede hacer una persona y mujer con convicción y amor desinteresado. Colegas, amigas y amigos entrañables que compartieron conmigo sus desvelos y logros mientras terminábamos el posgrado. A ti, Karina, que me acompañaste, abrazaste, motivaste y admiraste mi ser y trabajo en esta etapa: 愛してる

Gracias a Fernando Herrera Lima, mi director hasta 2023 y que desde la licenciatura creyó en mí y el proyecto, pero, sobre todo: me mostró el amor y dedicación que se compaginan en la vida académica y fuera de esta. Gracias a Rocío Gil, mi directora en la última etapa del doctorado: gracias por darme certezas en un mar tan complicado de navegar, siempre lo tendré presente. A las y los compañeros tanto en el Departamento de Antropología como el Departamento de Sociología UAM-I y otros.

Gracias a las personas migrantes y refugiadas en México: si bien, hablé de las casas de migrantes y cómo se viven estas, las risas, las lágrimas, los desvelos, las comidas, los callos y ampollas, el calor y la lluvia, correr tras el tren o regresar a casa para estrechar las manos y los abrazos al saludarnos o despedirnos: esta tesis es también para estas personas y la vida que compartieron conmigo.

Institucionalmente, este trabajo contó con una beca otorgada por la SECIHTI (antes CONACyT) con número de becario nivel doctoral 905845 que me permitió permanecer y desarrollar la etnografía en buen término social, académico e intelectual. Mi estancia en el Programa de Posgrado en Ciencias Antropológicas de la UAM unidad Iztapalapa desde la maestría y al finalizar el doctorado, me llevó a ese viaje etnográfico y dio, el sostén académico y solidario necesario: gracias.

Resumen tesis

Vivir la casa de migrantes. Etnografía de los vínculos humanitarios.

Tesis doctoral para obtención de grado de Doctor en Ciencias Antropológicas-UAM.

Autor: Eric Oliver Luna González.

Las casas de migrantes tienen cerca de 40 años de actividad y práctica humanitaria situada en México; localizadas a lo largo y ancho del país, poco se ha hablado de estas como objeto y campo de estudio antropológico y es, en recientes años que ha surgido algunos estudios de diversos alcances. Como tal, en esta tesis la casa de migrantes se considera un *actante no humano* que media y se vincula en distintos pliegues y vaivenes con problemáticas como las migraciones de personas en situación y condición de tránsitos irregularizados, indocumentados o en refugiosidad, las prácticas humanitarias y actantes/actores de otra naturaleza presentes. La propuesta etnográfica para abordar a las casas de migrantes presenta el reto de ser una etnografía de intersticios-tensiones donde la figura del etnógrafo-voluntario permitió ese vínculo entre la casa y quienes le habitan (voluntarios, personas migrantes o refugiadas, etcétera) y que permitió proponer la noción etnográfica de: *vivir la casa de migrantes* como método de trabajo situado y multisituado.

La tesis se divide en 5 capítulos que se nutren de una etnografía de largo aliento llevada a cabo sobre todo en el sureste de México en la frontera de El Ceibo (Tenosique, México y La Libertad, Guatemala) y también, se nutre de experiencias en el centro y noreste del país. Para responder a lo que se enuncia como su práctica humanitaria *techo-comida-descanso*, la pregunta de partida es: ¿cómo actúa y vincula la casa de migrantes?; en esto, tres preguntas guían el trabajo de campo: ¿cuáles son las prácticas humanitarias de la casa de migrantes?, ¿cómo se vive la casa de migrantes?, ¿cómo persisten estos vínculos después de estar-vivir la casa de migrantes? Se cierra con dos propuestas que atienden problemáticas actuales: *los microespacios de contención* y *los cuerpos que migran en esperas* así como mostrar que el actante humanitario, en su actuar político, no es ajeno a los cambios y emergencias, sin embargo, su práctica humanitaria persiste y continúa vinculándose.

Palabras clave: Etnografía, Migración, Humanitarismo, Actante, Casa de Migrantes.

Thesis Abstract.***Living in Migrant Shelters: An Ethnography of Humanitarian Bonds.*****Doctoral dissertation for the degree of PhD. in Anthropological Sciences, UAM**

Author: Eric Oliver Luna González

Migrant shelters have been operating and providing humanitarian services in Mexico for nearly 40 years. Located throughout the country, they have received little attention as an object and field of anthropological study, and it is only in recent years that some studies of varying scope have emerged. As such, this dissertation considers the migrant shelter as a non-human actant that mediates and interacts in various ways with issues such as the migration of people in irregular transit, undocumented status, or in refugee situations, as well as with humanitarian practices and other actors present within the shelter. The ethnographic approach to studying migrant shelters presents the challenge of being an ethnography of interstices and tensions, where the figure of the ethnographer-volunteer facilitated a connection between the shelter and its inhabitants (volunteers, migrants, refugees, etc.). This allowed for the proposal of the ethnographic notion of "living in the migrant shelter" as a situated and multi-situated method of research. The thesis is divided into five chapters that draw on extensive ethnography conducted primarily in southeastern Mexico, along the border at El Ceibo (Tenosique, Mexico, and La Libertad, Guatemala), as well as experiences in the central and northeastern parts of the country. To address what is described as its humanitarian practice of providing shelter, food, and rest, the initial question is: How does the migrant shelter function and connect? In this context, three questions guide the fieldwork: What are the humanitarian practices of the migrant shelter? What is the experience of living in the migrant shelter like? How do these connections persist after leaving the shelter? The study concludes with two proposals that address current issues: the micro-spaces of containment and the bodies of migrants in waiting, demonstrating that humanitarian actors, in their political actions, are not immune to change and emergencies; however, their humanitarian practices persist and continue to forge connections.

Key words: Ethnography, Migration, Humanitarianism, Actant, Migrant Shelter.

Índice

La verdad pura. Una breve ficción – o tal vez no – de las vidas que migran.	3
Introducción.	12
¿Una antropología sobre y con las casas de migrantes? Siguiendo el rastro para llegar a casa.	12
Capítulo I. Entre la autoetnografía y la etnografía: observación y reflexividad en la casa de migrantes.	24
I.I Entre la autoetnografía y el cuerpo: ser afectado y afectar.	27
I.II. ¿Cómo leer esta etnografía?	30
I.III. Escapando del autoelogio.....	31
I.IV. ¿Cómo hacer la etnografía? Antes, durante y después como momentos de la escritura etnográfica.	40
I.IV.a. Buscando ser voluntario e investigador. Un antes de la etnografía.	43
I.IV.b. La etnografía <i>in situ</i> . Viviendo en la casa de migrantes.....	47
I.IV.c. Lo posetnográfico: aprender a migrar.	55
I.V. Un camino que continuar	60
Intersticio: ¿Una etnografía orientada a los objetos o una etnografía con los objetos? Una etnografía vinculada al actante	63
Capítulo II. Las casas de migrantes. Construyendo el estado del arte.	70
II.I. Las casas de migrantes: una breve introducción.	72
II.I. a. ¿Qué hacen las casas de migrantes? Techo-Comida-Descanso.....	74
II. II. Las casas de migrantes: conocimiento del saber migrar.	77
II.III. Jardines y sombras: metáforas del humanitarismo.	82
II.III. a <i>The Garden</i>	83
II. IV. El rol de las casas del migrante y el humanitarismo de base.....	87
II.IV. a. Un mapa de las casas de migrantes.	89
II.IV. b. El humanitarismo de base.	91
II.V. Vidas itinerantes. Vidas en espera. Una etnografía <i>sobre la marcha</i>	95
II.V. a Ser madre, ser etnógrafa.	97
II.V. b. Etnografía <i>sobre la marcha</i>	99
II.V. c. Los atrapamientos.....	101
II.VI. La casa de migrantes: ¿un actante?	103

II.VI. a. Lo heterogéneo. Reconocer al actor.....	107
II.VI. b. El actante: la casa de migrantes.....	109
II.VI. c. No es suficiente la TAR.....	115
II.VI. d. La casa como un objeto. La <i>OOO</i> y la casa de migrantes.	116
II.VI. e. Las líneas y los globos: la casa de migrantes como nudo social.	119
II.VI. f. La casa de migrantes: hacia una propuesta en los estudios de las migraciones.....	122
Intersticios e hilos: de la casa del hilandero a la casa de migrantes.	131
Capítulo III. Hilando caminos: vivir la casa de migrantes. Una etnografía de los vínculos humanitarios del actante.	136
III.I Las prácticas humanitarias de las casas de migrantes.	138
III.I. a La casa de migrantes: el humanitarismo del actante.	139
III.I. b. Los tránsitos irregulares. Cómo andar. Cómo migrar y hacer caminos anudados.	173
III.I. c. El refugiado en México. ¿A dónde van?, ¿dónde están? Los tránsitos después de la casa de migrantes.	196
III. IV Reflexiones. Los vínculos humanitarios. Un vaivén hacia el refugio.	220
Capítulo IV. El microespacio de contención y el cuerpo en espera: de las puertas abiertas a las puertas que seleccionan.....	225
IV.I. La veredas de la contención: una propuesta de acercarse epistemológicamente y en terreno etnográfico a los <i>microespacios de contención</i> de las movilidades humanas en TIIR a través de México.	232
IV.I. a. Actantes y <i>microespacio de contención</i> : la red del paisaje de fronteras.....	239
IV.I. b. El microespacio de contención.....	243
IV.I. c. El actante humanitario en la emergencia. <i>De las puertas abiertas a las puertas que seleccionan</i>	247
IV.II. Los cuerpos en espera. El cuerpo que migra.	251
IV.II. a. <i>Tempografía</i> : hacia una etnografía del cuerpo que migra en espera.	257
IV. III. Actantes-cuerpos-esperas.	260
Capítulo V. Conclusión. El nudo de esta tesis: Hay que buscar o dejar un hilo para continuar en vínculo.	269
V.I. Los cuerpos que migran. Las personas migrantes: ¿cómo abordar la irregularidad?	270
V.II. Esta etnografía se vinculó con los actantes.	276
V.III. ¿Nudo vínculo? El intersticio posible.	277

V.IV ¿Cuál fue el propósito de esta tesis?	279
Colofón: el hilo la migración en TIIR y su vínculo con la “era dorada de los EE. UU”.....	285
Orden de fotos.....	290
Referencias.....	294

Abro la presente tesis apuntando a un ejercicio que me remite a las propuestas de las nuevas narrativas y poéticas en la investigación social. La casa, la bestia y las estrellas, son esa “verdad pura” que se encuentra en las migraciones irregularizadas retratadas en este breve cuento que se construye desde la experiencia en la investigación que he realizado, los intercambios con voluntarios en las casas y albergues de migrantes, personas migrantes en TIIR, religiosos, colegas de posgrado e investigadoras-es. Quiero que, quien lo lea, sea llevado desde la ficción posible, a ese mundo donde migrar es una complejidad que solo quien lo ha hecho ha de conocer de forma y sentido, pero, que he conocido de formas directas e indirectas por medio de testimonios y la experiencia en terreno. Literariamente (si mis letras inexpertas lo valen) puedo decir que la ficción especulativa de Úrsula K. Le Guin, así como el relato en ese tenor utilizado por Donna Haraway, pero también la dureza de los relatos de investigación de Oscar Martínez y Flaviano Bianchini o los poemas de Warsan Shire, Rodrigo Balam, Roque Dalton, Sandra Lorenzano entre otras voces y letras más, me inspiran.

La verdad pura. Una breve ficción – o tal vez no – de las vidas que migran.

-No sé, si es de noche [...]

Me desperté percibiendo cuán entumidos tenía los brazos y las manos. Ya han pasado unas diez noches así, desde que salimos de aquella tierra que ahora me parece extraña. Me percaté también de que ya no escuchaba los ronquidos de *Dennys*. Abrí bien los ojos y miré el cielo oscuro donde las estrellas como dardos afilados atinaban a entrar entre cada parpadeo golpeando mis pupilas. ¡Cierto!, yo usaba lentes o, eso era hasta antes de subirme y andar a toda prisa y olvidarme a ratos de mi miopía.

¡Qué tranquilidad! – pensaba mientras exhalaba un aliento tibio que formaba una breve nube ante el choque con el aire frío. No siento los pies: ¡mejor!, después del río, caminamos tanto que el miedo a caerme de la lancha se desfiguró frente a los pies acalambrados de tanto pisar piedras, lodos y hierbas. ¡Y quien piense que caminar en el asfalto es mejor, no sabe lo que dice!; en fin, ahí fue la última vez que supe de *Yuleima* y su niña, ambas de piel negra tan brillante y poderosa, pero... ¡los peros siempre importan!: solo recuerdo que salieron del camino, y la selva se las llevó.

Viajamos livianos. Y, ¿cómo no?, si casi todo lo dejamos atrás o nos fue arrebatado: las manos en el camino se extienden hambrientas de dinero, de cuerpos, de vidas: nuestras vidas. En cada tramo algo se queda y no sé qué de mí vaya a quedar si llego a donde tenga que llegar. ¡Mi mochila! – recuerdo que traía algo. El ayer, me parece muy lejos. “Cuídate mucho. Te vamos a extrañar”, escucho en mi mente, pero mis oídos ensordecidos por lo rápido que vamos, no me dejan “escuchar más”.

La última vez que sentí algo como aquellas palabras, fue en la casa del migrante: por un momento me sacudí el sudor, me limpié los pies y las ampollas (esas te acompañan como garrapatas). Tuve un plato de comida, insípida, pero ¿cómo se dice?: supo a gloria. ¡Ah!, ¿ya viste las estrellas? – que tonto, ¿a quién le hablo? *Dennys* calló, *Yuleima* y la niña no están. Si acaso *Edson* que siempre fue tan callado, pero no lo distingo en lo oscuro. Allá, esas siluetas tal vez sean *Anita* y *Josué*. Creo que *Osman* y *Fernando* se quedaron en la casa junto a sus esposas: *Sara* siempre fue bien acomodada en la cocina.

El frío vuelve a golpearme la cara. Ahora, ¡heme aquí!, andando, pero al mismo tiempo, ¡sin poder hacer nada! Nada hasta que esto se detenga y empiezo a creer que nunca se va a detener. Pero es la única manera: así lo hicieron mi padre y su hermana y, antes que ellos, mi hermano mayor (él, se bajó antes en la segunda vez que lo intentó y el río se lo llevó). También los siguió el señor *Ramiro*, de la pulpería y doña *Rosita* que vendía pan y así la lista de nombres que parece llevarme hasta mis ancestros: siempre ha sido así, parece inevitable.

No solo son mi brazos entumidos y mis piernas acalambradas: mi pecho se siente muy apretado. Mi frente sigue sudando frío y mientras ese sudor sigue escurriendo de mis brazos y piernas mientras se acumula en mis axilas e ingle, tengo frío. ¿Cómo habrán viajado los de antes?, no pienso en los que hace unos años antes que yo lo hicieran donde las fronteras nos dicen cada vez con más fuerza: “no eres bienvenido”. Pienso, imagino a aquellas gentes que se parecían y no, a nosotros: pieles requemadas, pies endurecidos de tanto andar y una capacidad de sobrevivir que no conocíamos antes de partir. ¿Te imaginas cómo cruzaron las estepas y pasaron los fríos del norte? Seguramente miraron las mismas estrellas que ahora, pero ¿Qué habrán significado para esas gentes? Bering, le llaman a ese espacio que antes estaba lleno de hielo. Hoy nuestro otro *Bering* es un gran camino lleno de selvas y desiertos: navegar entre hojas y arenas interminables allá donde el infinito es eso: interminable.

¿Qué ocurre?, ¿Nos detuvimos? [miro las estrellas; suspiro]; pienso, ¿desde cuándo me volvieron migrante?, ¿será que antes de nacer ya llevaba esa marca en mi vida? Es como un día leí de los barcos de esclavos que trajeron a estas tierras: pieles negras, cuerpos fuertes, espíritus indomables, pero al final esclavos. O eso querían hacerles creer y uno de ellos, *Mackandal*, les mostró lo indómito que puede llegar a ser a quien le quitan todo. Pero nuestros cuerpos no van en barco, tal vez en *pateras*, lanchas o botes a punto de hundirse: a unos del otro lado del mundo, lo sé, les espera ahogarse en la penumbra del mar. Aquí, el crepúsculo de tierra ha secado tantas vidas.

¿Seremos indómitos?, no lo sé. Un día me dijeron: tú eres migrante. En otro: tú eres refugiado. Y, al otro más: eres migrante.

-Sempiterno.

¿Has escuchado cómo crujen las vías, los hierros y maderas que al cascabeleo de las piedras anuncian la llegada de la *Bestia*? Estar parado ahí es impresionante, digo, tal vez para muchas personas esto es un comentario vano y simple. Pero para mí, cada vez que estoy cerca de esto, se me eriza la piel: una mezcla de miedo y asombro. Aun así, me aferro como si mis manos fueran pinzas y como si en mi espalda tuviese alas que intentan emprender el vuelo al viento y así, otros y yo, montados en esta *Bestia* que está más cerca de ser un Leviatán de la selva que un Pegaso mitológico.

Aquella noche nos sentamos en la mesa – si así le podíamos llamar a un tablón sobre unas cajas – hablamos de nuestras vidas como si el pasado se las hubiera tragado de un bocado: bastó con salir de la casa para ser “otros más que se van”; el fuego que nos alumbraba daba un escenario perfecto para contarnos las historias de cada uno y una de quienes estábamos. El voluntario se acercaba a nosotros y escuchaba atentamente: en la casa de migrantes podíamos escuchar, hablar y contar con libertad nuestras historias, cada una parecida a la otra: [...] *si, ¿verdad? Yo también tuve que irme caminando todo ese tramo, arruiné mis zapatos, pero ¡hay que seguirle!* – se podía escuchar como si compartiéramos destinos.

En medio de la comida – unas pupusas y unas baleadas que acompañamos con unos rábanos encurtidos que las compañeras de la cocina prepararon – escuchamos al tren: *¡El tren!, ¡el tren!* – gritaban desde el techo de la casa. *¿Te vas?, ¿te quedas?* – me decía un amigo que hice hace unas horas después de caminar ¡quién sabe cuántos kilómetros! *¡No!, me quedo* – respondí con el cansancio de días. Dos chicas y unos cinco hombres se levantaron y recogieron con prisa sus cosas, pero ¿cuánto podemos ir cargando en nuestras espaldas?: unas chancletas, una camisa que nos dieron aquí, el celular, la chumpa, otros, si acaso, una bolsa de nylon y ya. *¿A dónde van?* – me pregunta el voluntario. *¡Quién sabe!, no los conocía a todos. Las chicas creo que con su mamá por lo que escuché, allá en Guanajuato. Alguno de los chicos a Monterrey, lo otros piensan en La Florida y en Nueva York, pero no saben a verdad* – le respondí. ¡Ojalá pasen más allá de Palenque! – casi decimos al unísono. Aquí en la mesa se habla con sinceridad y la tristeza y desánimo se cruzan constantemente con la alegría y la esperanza. Hay cosas

que son eternas, otras no. Me pregunto si algún día seré eterno, ¿quién se acordará de mí?, ¿contaré mi historia? *Vente, vamos a echarnos un cigarro, ¿no fumas?* – me dice el voluntario.

Y ahí, en esa mesa improvisada se acercaron más hombres, mujeres, niños de todas edades y géneros. La casa nos va recibiendo como el cuenco ante la lluvia; cada una de nuestras vidas tiene una historia, hoy, me tocaba hablar del tren y las pandillas. De los miedos y el crujir de la tierra al paso de la *Bestia*. De las esperanzas y las esperas de algo mejor. *¡Café!* – alguien se acercó con una jarra, eran más de las 12 de la noche. La llamas no se extinguen del fogón y la puerta se abría de nuevo que ante una lluvia inminente en este lugar olvidado de la frontera sur de México donde el calor sofoca y la lluvia duele al caer, estamos juntos hablando como si fuéramos una sola alma. Tal vez eso somos: un alma.

-Esta es la verdad pura.

El *catracho* había, perdón, pudo haber cumplido creo, 19 años. Muchos habíamos tomado ese camino. Ya algunos conocemos los riesgos, pero no todos. *Fátima*, por ejemplo, saltó y se quebró el brazo, ¡lo bueno es que el tren iba despacio!, no sería la primera vez que veo a alguien ser tragado por las ruedas. Ella y yo nos “hicimos novios” por eso, es normal: uno no sabe cuándo volverás a ser “amado”. La cuidé tanto como ella a mí y cuando nos encontramos con el *catracho*, supe que algo pasó entre ellos. No importa.

Ya pasaron tres días desde que dejamos Tenosique y cuatro más desde que me uní al grupo en Corinto, entre Guatemala y Honduras. Desde entonces hay un hombre africano con nosotros, casi no habla, pero al parecer solo habla inglés y ninguno de nosotros sabe inglés: ¡no sé cómo le vamos a hacer cuando lleguemos al norte!, si llegamos. A *Fátima* la conocí en la bajada que hicimos en Coatzacoalcos, aunque me parece que ya venía con alguien desde Palenque. Hace un día pasamos donde las señoras avientan bolsas con comida: ¡no lo podía creer! Yo no sé si lo haría, me siento torpe de hacer algo como ellas: pararse al borde, esperar, ver las manos y aventar las

bolsas con tortillas, agua y alguna fruta. Yo tenía las manos entumidas por el frío y me dio miedo caerme. Pero ella extendió sus manos y agarró algo: agua y tortillas.

Ayer el *catracho* por fin lo vi más decidido: se acercó a nosotros y noté que *Fátima* se sintió incómoda, pero solo agachaba la mirada. Platicamos o, mejor dicho, él inició la plática. Íbamos sobre la malla del tren, agarrados con las puntas de los dedos, a cada bamboleo pensé que me rebanaban las yemas de estos. *¿Y ustedes son novios o qué?* – lanzó una pregunta incómoda. Ella seguía con la mirada gacha pero no se me pareció extraño debido al sol que nos quemaba las nuca. El *catracho* se veía *garrudo*, curtido de una vida dura, sin embargo: algunos tatuajes se asomaban, pero nada que dijera que fuera pandillero. *Pue' sí, eso, ¿vos por qué la pregunta?* – respondí tímidamente.

Se rió y se alejó, yendo a platicar con otros que como nosotros nos aferrábamos a este lomo de hierro. *Fátima* por fin habló: *tengo que contarte algo* – decía mientras evitaba verme a los ojos – *el cipote aquel era mi novio, antes de conocerte. ¿Y entonces?* – le repliqué consternado, pero entendiendo todo. No había mucho que decir o pensar: aún faltaban como dos horas para la parada que nos dijeron que había. *Pero bueno* – pensé – *no todo está arruinado. Ella siempre se ha portado bien conmigo y nos hemos cuidado los días que nos conocimos. ¡Re' linda ella!* – parecía estarme convenciendo en silencio. Aun era de día, casi las 2 de la tarde, el siguiente punto entendía que debía ser Tampico, debíamos estar atentos: ahí la *maña* cobra. No son las *maras*, pero es prácticamente lo mismo. Entonces sin mediar mucho, me dirigí a donde estaba *Fátima* que había bajado uno de esos espacios entre vagones del tren.

Oye [...].

No alcancé a terminar lo que quería decirle a ella: escuché un ruido sordo: un sabor ocre me llenó la boca y sentí mi cabeza reventar. Un zumbido se discurrió entre mi piel y mis huesos: sentí frío y calor al mismo tiempo. Aún recuerdo su mirada: abrió sus enormes ojos donde el color café claro contrastaba con el tueste de su piel; creo, eso me gustaba de ella aparte de lo callada. No recuerdo qué dijo – o, mejor dicho, no escuché –, pero por la mueca de su boca pienso que fue un grito: *¿mi nombre?, ¿cómo me llamo?* Qué raro, siento que hace frío pero el sol me quema la cara.

¡Eso le pasa al gran hijo de puta!, ¡cerote! Y tú, deja de lloriquear – era el catracho. Mira que andar de puta con todos; pero ya que se fue el estorbo aquel, ahora sí, volvemos a lo mismo, ¡a ver, a ver! Pásame esa chumpa que te dio el negro ese, algo de dinero debe traer. Espero que te hayas tomado las pastillas, ya casi llegamos al punto y como no tengo cómo pagar, pues ya sabes – mientras, como una fiera a su presa, la mira y le alza la cara– o, ¿me vas a decir que a ese sí lo querías? Deberías entender desde el primer día que saliste que, a las mujeres como tú, solo [...] esta es la verdad pura [...].

No entiendo qué pasó. ¿Me caí?, ¿me tiraron? No puedo hablar y mis piernas quedaron recortadas. ¿Qué habrá sido de ella? No sé qué pensar. Me duele el cuerpo.

*Noticias en el tabloide local: Personas dedicadas a ayudar a migrantes, rescataron a un joven centroamericano de las vías del tren: *Fue un milagro que siga con vida*, dicen las rescatistas. Desafortunadamente es muy común ver cómo algunos caen y son mutilados por el tren o mueren bajo sus ruedas [...]. Su daño fue neuronal y no podrá volver a caminar ni hablar [...].

*En otro tabloide, lejos: La policía estatal rescata a mujeres y niñas que habían sido usadas como *moneda sexual*. Algunas de estas habían ingerido anticonceptivos durante mucho tiempo, lo cual ha dañado su salud al no ser medicados correctamente. Testimonios dicen que eran obligadas por hombres que se hacían pasar por sus parejas sentimentales [...].

-Aquí empezamos otra vida.

Iniciamos la llamada [...]: El frío es un poco molesto, sí. Pero nada como pasar la frontera, ¿cuál?, ¡la que sea! Hace tres años que salimos: ella y los niños se quedaron un tiempo más en México y luego en los Estados Unidos: allá, tuvimos que pagar un abogado, pero una organización de beneficencia nos consiguió una abogada. ¡Pero oiga!, ¿usted cómo está? Mire que nosotros, ¿se acuerda?, no quisimos usar el tren o salir en caravana. ¡No!, eso es mucho arriesgue y yo ya no puedo con los niños. Bueno, ahora están más grandecitos, pueda que ahora sí, pero eso es historia pasada.

Por eso, nos esperamos en la casa: ¡bendito que estuvimos ahí y nos dejaron estar hasta que salimos! Pero no se crea, después de ahí, ¡la sufrimos! Si no fuera por las

monjitas de la casa del migrante de allá del norte, no sé qué hubiéramos hecho. Ya ve que la niña está mal, no camina y no habla: ¡por eso queríamos llegar a los Estados Unidos! Allá sabíamos que podían tratarla. ¿Se acuerda del nica ese que conocimos en la cocina? Pues lo deportaron: cruzamos el mismo día, pero ¡ay bendito!, se le corrió ponerse a tomar y que lo agarra la policía y que lo llevan a migración. Ya después nos escribió por *whats* que estaba en México pero que lo habían botado en Nuevo Laredo. Búsquelo en sus redes, ahí verá que subió fotos.

Y aquí también están la *Yulieth*, el *Eitan* y los niños. También hace unos días llegaron *Adonay* y *Britani*. Y es que, ¿cómo le cuento? ¡El camino fue largo, muy largo y sufrido! La verdad siendo sinceros, lo mejor que nos pasó fue estar allá en la casa del migrante. Y allá, en donde usted está porque acá, más al norte, no lo tratan a uno como allá. No es que no nos respeten nuestros derechos o que no nos cuiden, pero ¿sabe qué?: ¡se extraña la familia allá! Y es que decía con mi mujer eso: allá éramos todos como familia. Mire: por eso los demás nos vamos siguiendo. Ya acá, cada uno cumplió su objetivo, pero es seguro que nos vamos a reunir en navidad.

¡Sí! Acá también andan ellos; ¿se acuerda de la *colochita*? ¡Anduve! Esa que tiene a los dos niños y la niña, ¡esa mera! Pues mire: acá llegaron, pero se fueron a otra provincia como le llaman aquí. Pero ¡bendito!, ¡cómo la sufrieron!: casi se ahogan en el río. Les dijimos que se esperaran, nosotros aun estábamos en juicio en Miami, en Florida. Pero ¡su ansiedad por cruzar!, ¡de todos modos iban a pasar!, yo no entiendo las prisas. ¡Dos años!, ¡dos años! Hemos estado esperando para llegar hasta acá. Ellos apenas iban para medio año, su proceso de refugio salió rápido en México. Pero bueno, cada quién sabe su historia.

Si, salúdeme a *Fray* y a *Lupita*; cuando estuvimos allá fueron de las mejores personas, siempre preocupados por uno [alguna risa], ¡menos esa vez del borrego!, ¡ah qué relajito se armó! Oiga: ¿y no ha sabido del negrito? Ese que venía de África, ¡qué lejos! Nunca pude entenderle, pero ¡qué buena persona era! Me daba risa que ni a él ni a los haitianos pude entenderles: solo ese *Wesley* que llevaba a la gemelitas, ¡ah qué preciosura de niñas! ¡Y que hayan cruzado el Darién!, ¡bendito!, ¡qué arriesgue!, ¿no lo cree?

Bueno, ya lo voy dejando descansar; solo quería pedirle de favor si nos ayudaba con la carta para la oficina de asilo y refugio aquí, (algún país de norte global), nada más con que nos ayude dando testimonio de que pasamos por México. No es necesario que mencione lo del refugio porque ese lo dejamos (en otro país del norte global) y solo necesitamos un testimonio del alguien como usted. ¿Será que pueda echarnos la mano?

Y usted, ¿cuándo viene para acá? Fíjese que me gustaría un día volver a la casa de migrantes: quiero regresarles el favor que me hicieron. Las ayudas que nos dieron a mi familia y a mí ¡y muchas más gentes!; la otra vez, estaba aquí en los talleres que nos dan de oficios y me encontré con un paisano que curiosamente, vea usted, también estuvo en la casa: nos acordamos de las penas para poder llegar ahí ¡y sin querer!, ahora, nosotros ya por lo menos le podemos decir a otros que pasen por ahí, a ver si la casa les ayuda. ¡Viera qué difícil es!, llegar, ¡bendito!, días caminando y a veces solo comiendo una comida o dos. La verdad es que la casa, y los demás lugares así, son una bendición.

Pero mire: desde que nos dieron el refugio, comenzamos una nueva vida. Pero yo creo, que la vida nos cambió desde que llegamos a la casa del migrante [...]. *-finalizamos la llamada.*

Introducción.

¿Una antropología sobre y con las casas de migrantes? Siguiendo el rastro para llegar a casa.

Hacia mediados de 1980 en Tijuana, México, abrió las puertas una de las primeras casas de migrantes la cual puso en práctica un modelo de acogida humanitaria de base que vinculaba tanto a la iglesia como a la sociedad civil organizada; para 2011, La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes abrió sus puertas en el extremo sureste del país, en Tenosique, Tabasco colocándose como la única casa de migrantes en ese lugar por muchos años. Hoy en día hay más de 130 casas o albergues para personas migrantes y refugiadas en México muchas de estas, inclusive no están mapeadas o registradas en los distintos directorios o listados que, desde diversos esfuerzos de investigación o académicos, han realizado algunos organismos o instituciones como la Organización Internacional para las Migraciones o Médicos sin Fronteras así como las distintas organizaciones religiosas como la Red de Casas de Migrantes Scalabrini, la Red Franciscana para Migrantes o el Servicio Jesuita a Migrantes en México, entre otras.

Durante mucho tiempo, *las casas de migrantes* han estado presentes como un actor que poco ha sido abordado y en todo caso, tomado como un espacio donde se realiza investigación desde diversos intereses ya que al ser un lugar en donde las personas que migran de formas irregularizadas llegan y permanecen un tiempo, en las pausas de sus trayectos, se consideran campo fértil para conocer las vidas y problemáticas de las personas que migran; sin embargo: poco se había hablado de las casas o albergues de migrantes tomando a estas como el actor u objeto de estudio. Si bien, la principal población que estas casas tuvieron como objetivo de sus prácticas humanitarias fueron las personas mexicanas (principalmente) deportadas de los EE. UU o aquellas que por diversas razones y circunstancias no habían logrado cruzar la frontera, hoy en día las casas y albergues de personas migrantes son un crisol de nacionalidades, etnias y diversos orígenes sociales así como contextos culturales siendo, las personas y grupos de estas de origen centroamericano quienes tienen relevancia.

Mapa. 1.

Recorte de mapa mostrando la región sureste de México en la Frontera El Ceibo con Guatemala.

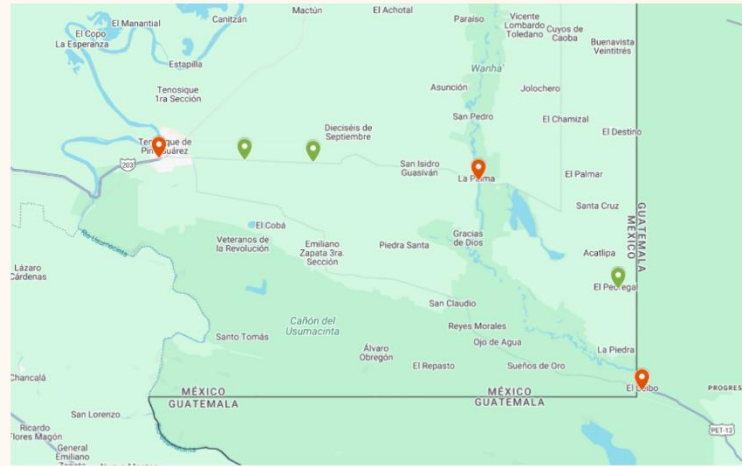
En la imagen se destaca parte de la ruta de El Pedregal-La Palma-Tenosique, del Corredor Selva con una distancia aproximada de 70 kilómetros.

Los pines colocados responden a Casa Belén-El Ceibo (Guatemala), la Comunidad transfronteriza de El Pedregal, la Comunidad La Palma en donde se encuentra un albergue del mismo nombre, los dos pines verdes responden a dos espacios humanitarios en comunidades ejidales (Zaragoza y Guadalupe Victoria, para finalmente llegar a Tenosique, México y La 72.

Fuente: con datos propios y el uso de Google Maps.

Mapa completo en:

<https://www.google.com/maps/d/u/0/viewer?hl=es-419&mid=1Us4Q2kv3sDvQjz7vhudZAUeXfQEwH4A&ll=25.173070307135976%2C-103.9306570000001&z=6>

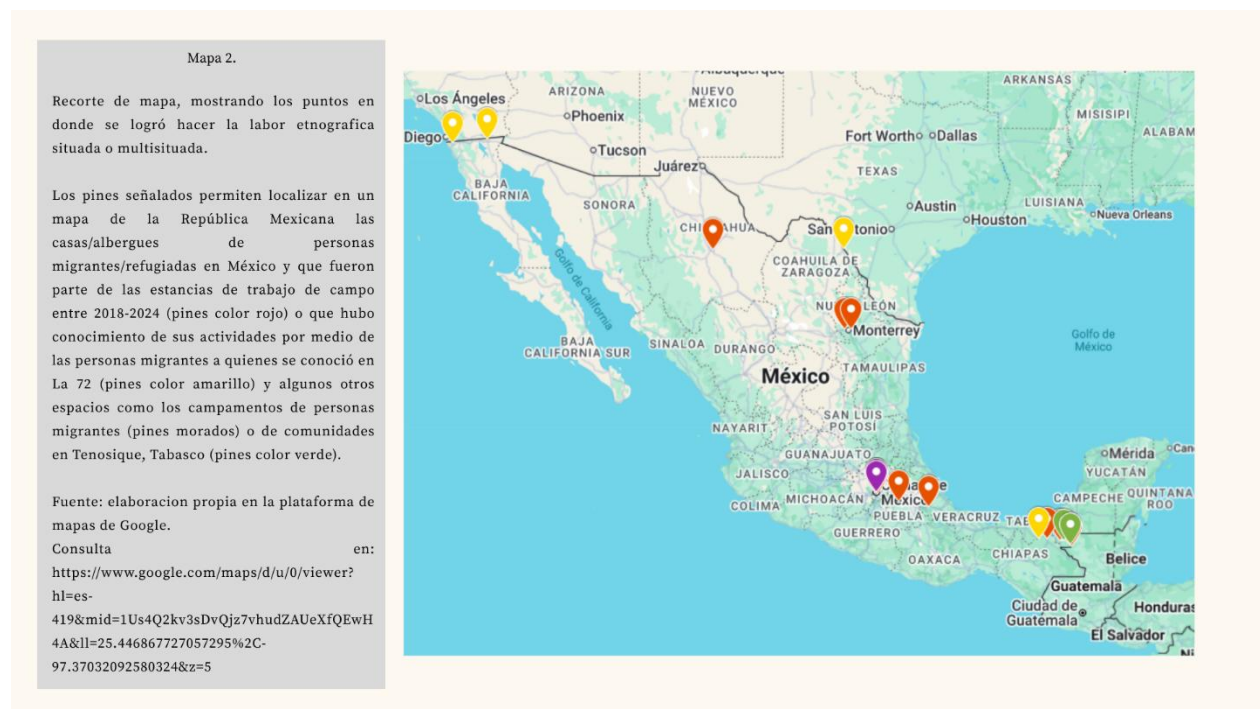


El siguiente texto es una etnografía que busca vincular con la casa de migrantes en la premisa de: *vivir la casa de migrantes*. El trabajo etnográfico toma también como actor – en este caso un *actante* – a las casas o albergues mismos y para esto, tomo como sustento teórico y metodológico algunas propuestas de lo que hoy en día llaman teorías u ontologías orientadas a las cosas no-humanas como la Teoría del Actor Red (Bruno Latour), la Ontología Orientada a los Objetos (Graham Harman) o las Líneas de Vida (Tim Ingold) entre otros trabajos que parten desde la visión latinoamericana ya que precisamente, un esfuerzo teórico que pretendo es sumar a las perspectivas que surjan desde nuestras realidades y sobre todo, en una problemática tan compleja como lo son las movilidades humanas en tránsitos irregularizados, indocumentados y en *refugiosidad*¹.

El proceso artesanal de la narrativa etnográfica por el cual transitó, toma una periodicidad entre 2016 y los primeros meses de 2025, lo cual me ha dado mucho material que se ha ido nutriendo desde el trabajo de campo; este, lo hice situándome como

¹ Este concepto lo tomo de Fiorenza Picozza (2024) lo cual nos invita a repensar el refugio como algo en constante proceso y no como algo estático.

voluntario en varias casas de migrantes, sobre todo en La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes en donde pude hacer las estancias más largas y desde donde me he vinculado a otros espacios o actantes de la misma naturaleza social: en total pude conocer en mayor o menor grado pero suficiente para contrastar y comparar reflexiones, trabajos o prácticas en más de 23 espacios o actores de acogida humanitaria (casas o albergues y comedores) o emergentes como los campamentos de personas migrantes en la Ciudad de México. Sin embargo, el trabajo fuerte en campo ha sido en la parte sureste del país, pensando sobre todo en que lugares como la Frontera de El Ceibo y las dinámicas transfronterizas y migratorias en este lugar entre México y Guatemala siguen siendo poco exploradas o de difícil acceso.



¿Cuál fue el motivo antropológico de iniciar tal trabajo etnográfico? En un principio, como he expuesto líneas arriba, fue hablar de la casa de migrantes y alcanzar una problematización de lo que es esta (o estas). Como decía, existiendo más de 100 espacios como estos, me resultaba llamativo que no hubiera trabajos más a detalle de

qué es una casa y cómo actúa una casa de migrantes y que muchas veces solo hallase descripciones más o menos densas de estas: esto quedó trabajado en la tesis de maestría. En un segundo momento, y con la base anterior, continué el trabajo apuntando a responder cuál y como es la práctica del actante: la práctica humanitaria que más adelante enunciaré como *techo-comida-descanso*.

En este mismo proceso artesanal de la narrativa fue que me “encontré”: mi presencia y trabajo como voluntario y etnógrafo me llevó a veredas de auto vigilancia epistémica y metodológica lo cual abordé como el *escapar del autoelogio* y es que, en un viraje que solo cierta madurez en campo pudo darme, la autoetnografía se volvió parte de la narrativa pero no como la manera – o única manera – de hacer y comunicar las reflexiones y análisis de campo si no, como un elemento más que me ayudó a poder extender y enriquecer la narrativa social de la casa de migrantes y es que esta: es una etnografía que se hace con la casa de migrantes y no en la casa de migrantes. El intersticio y vaivén entre ser voluntario y ser etnógrafo – al mismo tiempo la mayoría de las veces – me proporcionó los elementos posibles para problematizar la práctica social de las casas de migrantes junto a las demás personas presentes u otros actores que confluyen con las casas.

La propuesta de una etnografía vinculada – más no vinculante – no tendría mayor razón si solo parto de lo anterior, finalmente, todas las etnografías nos vinculan con el campo, los actores y la personas en esto. Sin embargo, si apunto la idea de vinculante, es precisamente porque de una manera esquemática este ejercicio etnográfico ha sido vinculante con la casa de migrantes (el actante), la reflexión y análisis de su práctica humanitaria y como esto le une, asocia o vincula en el tejido de esa red social de actantes humanitarios u otros de otra naturaleza, en la dimension social de la movilidades humanas en situación y forma de tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad. Este es el germen y base de *vivir la casa de migrantes*.

En este tenor, la experiencia etnográfica me llevó a considerar también como todo aquello, se vinculaba con mis experiencias sensibles y las de los demás: personas migrantes y refugiadas, voluntarios, religiosos y demás personas involucradas. Saber qué significaba la casa, pero también como les hacía sentir la casa, es, considero, el corazón

de esta etnografía vinculada. Conocer y reflexionar para analizar la práctica social en y desde las casas me abrió camino a los sentires y los afectos. Es cierto: la incertidumbre y los miedos están presentes tanto como el desierto o el calor del sureste mexicano. Pero también lo están la camaradería y las ayudas o acompañamientos que procuran cuidados y ciertas alegrías como lo es recibir agua o una curación de pies.

El trabajo de campo más fuerte lo realicé entre 2018 y 2023 haciendo estancias de más de dos o tres meses dos o tres veces por año; en el caso del 2020 a mediados de 2021, la correspondencia vía mensajes de texto por aplicaciones como WhatsApp con las personas voluntarias que permanecieron en espacios como La 72 u otras, me permitieron continuar el registro etnográfico en contextos de pandemia. En otras temporalidades, pude estar en Guatemala en la casa de migrantes de El Ceibo también como voluntario y por medio de las reuniones por medio de plataformas como Zoom tuve encuentros con frailes y otras personas colaboradoras de casas y albergues de migrantes en Panamá, Honduras o el norte de México. Más entrado el 2023-24, pude colaborar en espacios de la Ciudad de México, así como comprender de alguna manera la lógica de los campamentos migrantes; en la recta final (2025), conocí el trabajo de tres casas de migrantes en el norte del país (Nuevo León y Chihuahua) que se sumó a las experiencias previas dialogando con coordinadoras y coordinares de otras casas también en el norte de México.

Podría decirse, que esta etnografía también tiene la suerte – en el entendido de una serendipia – de poder tener la cualidad de ser una memoria de por lo menos, tres eventos que pueden dar sentido a los cambios sociales en la historia presente de las casas de migrantes: entre 2018-2020, estando en el sureste con la presencia de las caravanas migrantes y la presencia aún muy presente del tren de carga, *La Bestia*, hoy sustituida por el Tren Maya; entre 2020-2023, el contexto de la pandemia por COVID19 y la postpandemia con las implicaciones que evidenció como lo fueron – y aun lo son – las prácticas de asepsia social; finalmente, entre 2024-2025, el cierre completo y militarizado de las fronteras siendo lo más visible la finalización del sistema de solicitud de asilo en EE. UU por medio de la aplicación CBP-One y un creciente discurso antinmigrante tanto en EE. UU como en México.

En estos contextos vinculantes, como en algún momento me dijo un fraile franciscano, las personas migrantes “como gotas de lluvia no dejan de caer, de llegar y buscar el norte” y es que con esto, el trabajo y práctica humanitaria de las casas de migrantes ha cambiado o transformado, con dificultades o no, pero no han dejado de actuar y ser ese actante-actantes humanitarios que están presentes desde los últimos 40 años o más en la historia de las migraciones en México y a nivel transnacional y global. Finalmente, este texto no busca hacer “justicia” ante las posibles omisiones por la falta de trabajos en torno a las casas y albergues de migrantes y, en todo caso, busca marcar un paso más en el estudio antropológico sobre estas y hacer un posible registro más sistemático de sus prácticas humanitarias y como han influido en las vidas de las personas y su migrar.

Por supuesto, algo que se espera de un trabajo de esta naturaleza son ideas nuevas o análisis sobre algunas problemáticas que quien haya realizado la etnografía pueda poner en mesa de discusión; al ser de un corte de investigación una de las reflexiones me llevó a mirar a los tiempos de esperas y los espacios de estas y con esto, a la vida y cómo acontece o es afectada esta. *Los microespacios de contención y los cuerpos migrantes irregularizados* son dos de las problemáticas que se evidencian en este trabajo como parte de sus análisis y reflexiones finales. El primero, problematizando desde el paisaje de fronteras y las fronteras verticales en clave crítica hacia las políticas de refugio y migración en México, tratando de proponer al microespacio de contención como una unidad de análisis etnográfico frente a los panoramas más macrosociales. El segundo, es una reflexión de giro ontológico en tanto considerar el tiempo y el ser (el cuerpo y los afectos) de las personas en situación y condición de tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad y cómo culturalmente se construye la irregularidad como una cualidad que no es innata, de los cuerpos de aquellas personas que migran.

Que esta etnografía en constante vinculación y anudándose en varios intersticios pueda mostrar cómo es *vivir la casa de migrantes* y que el ejercicio narrativo no sea solo un testimonio. Si hay alguna ambición en esta etnografía, es que quien la lea, pueda sentir y experimentar de alguna manera la vida en las casas de migrantes – o fuera de estas – así como las problemáticas tan elusivas y que son actualmente unas de las

mayores problemáticas en México como lo es el refugio y las contenciones de los tránsitos migrantes. Cómo todo, también la lectura apunta a mostrar las casas de migrantes como esos actantes que pueden llegar a ser contradictorios: un propósito fue también alejarse del discurso que romantiza el humanitarismo y mostrar que la práctica humanitaria de las casas y albergues de migrantes está muchas veces tan cerca y tan lejos en su vínculo con la agenda humanitaria global o, como mencionaba al inicio: incluso muchas de estas casas ni siquiera figuran en aquella agenda humanitaria global. Tienen su propia práctica e intereses y no necesariamente siempre están en el mismo tenor a los propósitos de las personas migrantes o refugiadas.

Sin embargo, el *techo-comida-descanso*, nunca han dejado de ser lo que hace a las casas de migrantes el actante humanitario, que, como se les decía a los voluntarios hace años, cuando se presentaba el propósito de La 72:

[...] es un proyecto que se centra en la dignificación de las personas que migran; como tal, no es una beneficencia o mero asistencialismo. La casa aboga por que las personas sean las mismas que retomen sus proyectos personales y sean capaces de decidir estando o no estando en la casa. La 72 es un proyecto político humanitario y como tal, se posiciona ante las injusticias cometidas contras quienes huyen, migran y cruzan hacia México como una alternativa a esto [...] no solo es un lugar o un espacio más. Es un hogar en donde volver a reencontrarse.

El orden de esta tesis.

La presente, se compone de 5 capítulos y un colofón, más una introducción y antes de esta, un breve cuento que hace uso del recurso de la ficción especulativa para hablar sobre las vidas que migran y refugian en México. Como tal, es una tesis que se enmarca en los estudios de la Antropología de la cultura en tanto se circunscribe a los estudios de las migraciones en México. Sin embargo, esta tesis no se enmarca en hacer un repaso de las migraciones en o a través México ni de los contextos o historia de esto; su propósito es mirar al actante o actor social que son las casas y albergues de personas migrantes, las dificultades u oportunidades de hacer investigación en torno a estas como objeto y

campo de estudio - etnográfico y antropológico en este caso – y con esto, abordar problemáticas como el refugio, las practicas humanitarias y las contenciones a las movilidades humanas. El núcleo o corazón de esta tesis es la casa de migrantes y se enuncia en su práctica humanitaria como el *vivir la casa de migrantes*.

En los siguientes capítulos se condensa una experiencia en campo de más de 6 años de trabajo en las casas, comedores, albergues, campamentos u otros espacios en donde el trabajo y práctica humanitaria de las casas de migrantes tiene mayor o menor presencia. Durante este tiempo entrevisté en las casas a personas albergadas migrantes o solicitantes de refugio, así como a personas parte de los equipos de voluntariado o los llamados de base que regularmente se encontraban en tres areas estratégicas: defensa de derechos humanos, atención humanitaria y las coordinaciones generales. También, a lo largo del tiempo pude entrevistar o dialogar con representantes de algunas redes u organizaciones, sobre todo de la Red Franciscana para Migrantes a nivel región Latinoamérica así a algunas de la Pastoral de la Movilidad Humana. Materiales como fotos, videos o audios de las entrevistas han sido logrados con el tiempo y la confianza depositada en el trabajo que he realizado por parte de las casas de migrantes y de las mismas personas migrantes y refugiadas.

Como ya apunte en líneas anteriores, el trabajo de campo se ha nutrido con estancias sobre todo en el sureste de México, en la frontera de México con Guatemala de El Ceibo y recorriendo lo que es el Corredor Selva que puede, en este caso, considerarse entre Casa Belén-El Ceibo (Guatemala) y La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes (México); en los poco más de 65 a 70 kilómetros en la dos rutas que contemplan la carretera Tenosique-El Ceibo y el camino de El Pedregal-La Palma hay una serie de espacios de atención Humanitaria, destacando el Albergue de La Palma. En algún otro momento, el trabajo de campo se extendió hacia Palenque y más hacia el centro de México (Ciudad de México) y Puebla (Cholula) tanto en casas y albergues como campamentos de personas migrantes. De forma más reciente, estar en las casas de migrantes de Nuevo León (Monterrey y Guadalupe) y Chihuahua (Chihuahua) me permitió conocer y seguir contrastando y reflexionando sobre el actante.

Entonces:

El primer capítulo está dedicado a responder cómo transcurrió, maduró y se propuso el método etnográfico y la forma en que la autoetnografía se vincula a esto no como un recurso sino como un elemento de importancia en el método y la episteme en el trabajo de campo. En la crítica reflexiva apunto a la autoetnografía y lo que llamo escapar del *autoelogio*. Así mismo, apunto a tratar de mostrar los tiempos de la construcción y proceso etnográfico en el trabajo que presentó en un antes, un insitu y lo posetnográfico. Finalmente, abordo las posibilidades de una etnografía con las cosas-no humanas como las casas de migrantes, así como el trasfondo de las etnografías encarnadas en tanto mi experiencia como voluntario-etnógrafo y como me afectó y afectaron los demás elementos en el trabajo de campo. El propósito: hablar de una *etnografía que se vincula* o una *etnografía de los vínculos humanitarios* y así, hablar de cómo es vivir la casa de migrantes y con esto, comprender lo que es y hace desde su práctica humanitaria.

El segundo capítulo es una revisión no exhaustiva, pero, considero, pertinente en torno a investigaciones que hablan sobre las casas de migrantes como su objeto y campo de estudio; los trabajos por lo general son textos de tesis de grado doctoral que se han presentado en el extranjero. Esto último, debo acotar, representa un interés investigativo y antropológico en tanto poder hacer esto desde nuestras realidades en Latinoamérica y en México en particular al poner en la mesa que las casas de migrantes, tal y como se plantean en esas tesis o investigaciones, así como en trabajos previos de otros colegas y míos, como una problemática y actor social que ha sido poco estudiado desde diversas disciplinas sociales. Entonces los textos que se revisan se sitúan entre el 2012 y al 2022, dejando en claro que hay 10 años en que la investigación en torno a la casas y albergues de personas migrantes ha ido madurando. En la revisión de los trabajos destaco dos cosas: el trato que se le dio como objeto de estudio a las casas y albergues de personas migrantes y, la experiencia sensible de quién hizo la investigación.

En el tercer capítulo muestro el corazón de la etnografía realizada para responder las tres preguntas que dan sostén a la misma: ¿cómo es la práctica humanitaria de las casas de personas migrantes?, ¿cómo estas se vinculan con las prácticas del saber migrar y las trayectorias migrantes?, y finalmente, ¿cómo se mantiene estos vínculos en

los tránsitos después de estar en la casa de migrantes? Cada una de estas preguntas considera al actante y trata de mostrar cómo se vincula a lo largo del tiempo y espacio con las distintas problemáticas en las migraciones en forma de tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad. Podría decir que es el capítulo más íntimo y es donde precisamente se pretende mostrar el vivir la casa de migrantes y cómo se logró la etnografía de los vínculos humanitarios.

El cuarto capítulo es donde expongo dos de las reflexiones en torno a las políticas de refugio y la persona migrante en tanto las contenciones a las movilidades humanas, las esperas y los cuerpos de las personas. El *microespacio de contención* es propuesto como una unidad etnográfica posible para abordar el paisaje de fronteras y contenciones. Es, ese espacio social en donde las vidas de quienes migran socializan, se reproducen y viven (en el amplio sentido de la palabra) mientras esperan cruzar la frontera, tramitar el refugio, etcétera. El microespacio de contención apuesta a ayudar a poder situarse y problematizar en contextos elusivos o complicados de abordar. El cuerpo en espera es la otra figura que acompaña esto y trata de responder a cómo transcurren las vidas de quienes esperan en casas de migrantes, campamentos, en casas o departamentos alquilados o las calles mismas. El recurso de la *tempografía* como elemento que ayuda a abordar esto en donde actantes, personas migrantes y el espacio social se vinculan para dar sentido a las esperas de los tránsitos irregularizados, indocumentado y en refugiosidad.

El capítulo cinco es una reflexión final que trata de condensar todo: se trata de mostrar la importancia de hacer una etnografía vinculada con los actantes y por otro lado, apuesta a la discusión ontológica de la *irregularización* del cuerpo de las personas que migran, es decir, apunta críticamente a que mientras en las últimas décadas se han usado indistintamente las categorías de indocumentado e irregular, en todo caso han sido para calificar y descalificar a una persona migrante según su estatus y condición migratoria. La condición y situación de la irregularidad no es algo *per se* en la persona y su cuerpo sino, esto trato de argumentar, parte de un proceso de precarización y vulnerabilización que se puede entender como la irregularización de la persona y cuerpo que migra.

Finalmente, a manera de colofón, reflexiono sobre el contexto más reciente en torno a las contenciones de la movilidad humana en TIIR: la segunda administración del gobierno de EE. UU y la desaparición de la aplicación CBP-One, así como la militarización de las fronteras en aquel país y México. El recrudecimiento de las esperas en todo el país y la invisibilización de esto, así como el papel que toman las casas y albergues de personas migrantes ante las nuevas formas estatales de replicar su modelo en centros de asistencia controlados totalmente por el gobierno mexicano mientras el sistema de refugio parece colapsar. En todo caso, solo es un colofón que ayuda a marcar tal vez una nueva ruta en cómo desarrollar el trabajo de campo y las implicaciones de esto en el estudio de las in-movilidades humanas y surge debido a mis propias experiencias fuera del calendario original del trabajo de campo, pero, que no puedo dejar de tomar en cuenta.

Como parte complementaria, se han sumado algunas fotos y esquemas que ayuden a dar un poco más de claridad sobre las ideas y problemáticas analizadas desde la etnografía que se plasma mayormente en letras. Debido al espacio reducido y para no saturar la visión de la lectura, he elegido unas pocas de las muchas fotografías que pude tomar en estos años. La elección no es fácil, pero pondero la lectura y complemento con la imagen. Al final del texto antes de las referencias bibliográficas se encontrará el listado de las fotos y una muy breve contextualización de estas. Espero en un futuro, pueda constituir un mejor trabajo donde mostrar el material fotográfico de estos años.

Tal vez, como el etnógrafo de Borges, aún es pronto para regresar ya que aún me falta soñar en otro idioma y probar otros sabores ásperos. Así, tal vez me reencuentre muchas veces más, en las casas de migrantes.



Foto 1. Personas migrantes esperando registro en la palapa de La 72; enero de 2020.

Capítulo I. Entre la autoetnografía y la etnografía: observación y reflexividad en la casa de migrantes.



Foto 2. Vista del mapa mural de La 72 en 2016.

Durante los años estando en campo, deambulé por reflexiones epistémicas y metodológicas en tanto cómo observar, participar y reflexionar sobre la forma en qué me situé; esto es algo que, quienes hacemos etnografías tenemos muy presente y lo quiero abordar como una problemática en tanto mi estancia en campo y que respondió en su momento a facilitar mis reflexiones e interpretaciones sobre la casa de migrantes y sus prácticas humanitarias: la autoetnografía.

La autoetnografía es un ejercicio en donde la voz del etnógrafo(a) se sitúa a manera de traducir el campo, lo cual apunta a que se vuelve una *traducción personal*

(Khosravi, 2010; Ellis, Adams y Bochner, 2015; Blanco, 2012; Benard, 2016, 2022; Gil-Mateu, 2023). En este punto, también habrá que apuntar que toda etnografía tiene algo de autoetnografía y en ese intersticio es donde surgió la tensión de mi práctica etnográfica: ¿hasta qué punto la autoetnografía podía facilitarme el trabajo de observación, interpretación y reflexión en campo? Y, por otra parte: ¿hasta qué punto la etnografía me permitía expandir mi trabajo en campo? Citando a Silvia Benard: “No estoy narrando lo que pasó, si no cómo viví yo lo que pasó.” (Benard, 2026, p. 21).

A esto se suma que la pretensión de presentar un posible elemento autoetnográfico en este texto podría confundirse con querer dar la impresión de dos cosas: 1) que me apropiaría de la imagen y representación de la persona migrante o refugiada como si fuese yo mismo una de estas y, 2) alzar solo mi voz como la única que platique de las vidas migrantes o refugiadas en las casas de migrantes. Esto conllevó la búsqueda de una voz –mi voz– en las narrativas a transitar-traducir desde la práctica etnográfica (Goodall, 2009).

El lugar desde donde hago la observación participante es como voluntario en la casa de migrantes. Ser voluntario, ha sido la estrategia que me permitió estar, compartir, aprender y conocer y como tal es parte del método y no solo una mera técnica que acompaña el proceso de investigación; ya Harold Garfinkel (2006) apuntaba hacia lo encarnado de las prácticas en tanto la de quien investiga como de a quienes se investiga en campo para *mirar-relatar*.

En todo caso, el hilo entre *etnografía–autoetnografía–observación participante* debía anudarse en la constante reflexión epistemológica (Bourdieu, Passeron y Chamboredon, 2002) y así, la observación participante me llevara más allá de la medición de las cosas insertándome en una práctica social: la del voluntario en la casa de migrantes. Este hilado metodológico debe anudarse en algún punto: el proceso y ejercicio de *reflexividad* (Giglia, 2003; Guber, 2011) que es constante ya que el ser voluntario y etnógrafo exigía –exige– una constante vigilancia de mi presencia en el campo, lo que hacía en este y lo que interpretaba de este desde los anclajes teóricos disciplinares, pero

también de la vida cotidiana como formas de reaprehender las distintas problemáticas en que me situaba: ²

Nota del diario de campo. Agosto de 2017. después de la actividad por el ensayo de la representación de la masacre de San Fernando por las personas albergadas en la casa de migrantes.

[...] es complicado para mí no emitir cierto juicio sobre lo que vi hoy: un ensayo en que se hace una representación de la masacre de San Fernando (Tamaulipas) de las 72 personas (aunque fueron más) migrantes y de la cual toma nombre la casa como un ejercicio de memoria. A decir verdad, algo de desagradable me pareció, sin embargo, es en esto que me doy cuenta de mis prejuicios o sesgos. Me preguntó: ¿Cuál es el motivo de generar una representación donde las personas migrantes deben tomar el papel de sicarios/asesinos unos, y de víctimas los otros? He pasado 5 noches viendo cómo las compañeras voluntarias (casi todas españolas) se esfuerzan por armar la dramatización como una forma de intervención social y de sensibilización sobre una tragedia como la de San Fernando. [...] no sé si solo yo lo noto (no he podido platicar de esto con nadie y temo que si lo hago me miren con otros ojos al ser yo un extraño aquí) pero observo entre el goce del juego y el papel tan serio que se toman unos al “asesinar” a otro: ¿no estas personas huyen-vienen-sobrevivieron a contextos violentos? O por lo menos la mayoría [...].

La anterior nota de diario de campo trata de mostrar por lo menos dos aspectos en que se deshila el nudo de la experiencia etnográfica en campo: la observación participante y el proceso de reflexividad como parte del método en campo. El camino que me llevó a abordajes autoetnográficos germinó de esto ya que, por lo menos para lo que observaba y buscaba comunicar, podía darle más soltura a mi voz, pero sin caer en meras descripciones o, asaltando (Restrepo, 2018) impávidamente al campo y las personas en este. Esto no fue simple: precisamente el proceso de reflexividad me llevó por muchas veredas algunas no tan claras en tanto cómo continuar el trabajo de campo o hasta qué punto el voluntario se imponía al etnógrafo, hablando de mi trabajo de investigación. La

² Esto, lo discuto más densamente en el siguiente apartado: *Autoetnografía: escapando del autoelogio*.

siguiente nota del diario de campo con 6 años más que la anterior, podría ilustrar este proceso a larga data:

Nota del diario de campo. Diciembre 2021. Viaje entre La Palma y La 72 para llevar despensa al albergue de La Palma y ver los avances de la construcción de este.

[...] entonces salimos rumbo a La Palma a ver a Doña Amanda; decía fray Gabriel que habían estado pasando por ahí varias personas y que Doña Amanda se quedó sin despensa: [...] *aprovechando que nos dejaron mucha despensa gracias a Fernando, vamos a llevar unos frijolitos para allá. ¡Sí, siguen pasando! Como la frontera del Ceibo está más controlada ahora agarran por el Pedregal* –decía mientras íbamos a bordo de la camioneta y nos quitamos el cubrebocas.

En La 72 y en el Ceibo los controles por contagio de COVID no me parecían tan exigentes y más bien, parecían sujetos al humor de quienes (los guardias) tenían al momento de aplicarlos. Claro, es 2021 y ya con algunas vacunaciones (yo mismo me siento seguro por estar ya vacunado) solo el área de aislamiento en las casas, sobre todo en La 72 que tiene más espacio, parece ser rigurosa: 15 días en cuartos separados de los demás dormitorios. Con el tiempo, he notado cómo la casa (de migrantes) tiene su propia lógica, aunque debo aceptar que en ocasiones no entiendo bien esta. Un dicho entre voluntarios me resuena: *la casa siempre es un caos, pero, aun así, no deja de hacer bien las cosas.*

I.I Entre la autoetnografía y el cuerpo: ser afectado y afectar.

Toda etnografía tiene algo de autoetnografía, podría decirse, sin embargo, debe haber algo que les vincule y al mismo, les diferencie. En este caso, la perspectiva autoetnográfica me permitió rastrear los vínculos afectivos, emocionales y simbólicos con las casas de migrantes, las personas en tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugio (TIIR) así como los equipos de voluntariado y otras personas o cosas que representaran algo.

Al llegar a cierto tiempo en el trabajo de campo, tuve la necesidad de abrir mis sentidos a lo que estaba viviendo, siendo más claros: a lo que llegaba a sentir o me afectara emocionalmente en campo. Es en esto, que hallé el primer hilo que me ayudaría a tejer la narrativa antropológica y etnográfica sobre las casas de migrantes. He de mencionar que, si bien era consciente de las emociones y afectos presentes en el trabajo

de campo que realizaba no había discutido sobre aquello ya que mi preocupación principal ha sido la casa de migrantes como objeto y campo de estudio antropológico. Entre las muchas notas de campo que fui recuperando, hay varias donde plasmo cómo me sentía en tal o cual circunstancia y erróneamente, lo enunciaba como si solo me pasara a mí:

Nota del diario de campo. Enero de 2020. En la sala de voluntarios de La 72, cerca de las 2 am.

[...] ¡ha sido terrible!, estoy cansado de estar aquí o mejor dicho de este trabajo. Sabía que la labor del voluntariado era agotadora, pero esto me tomo y nos tomó, me parece, por sorpresa: eran más de las 11 de la noche y no parábamos de hacer registros y entrevistas a las personas que llegaban y llegaban una a una o en grupos durante la noche. Todo mundo voltea a mirar Tapachula (Chiapas) y no dudo que haya más personas allá, sin embargo, aquí en Tenosique y el Ceibo no habrá caravanas migrantes, pero ¡somos más de 400 personas en la casa! y siguen llegando.

Estoy agotado: en ocasiones las personas supongo lo que menos quieren es ser entrevistados o registrados en la bitácora, pero tratamos de llevar un buen control para repartir comidas –justo el equipo de cocina también estaba preparando más sopa y arroz para la noche– y la seguridad de la casa también radica en esto. La vez pasada Miguel y yo, atrancamos la puerta del dormitorio al correrse el rumor de que había mareros –pandilleros– en la casa. Nada nuevo, pero parece, el cansancio nos traicionó y nos llevó a pensar escenarios catastrofistas.

Ayer no escribí nada en el diario. Lo que quería era apaciguar mi hastío y cansancio (tal vez un poco de ansiedad); estando arriba, eran más de las 11 de la noche y terminé fumando un par de cigarros mientras la humedad no me daba tregua: simplemente me dirigí a la cama, encendí el ventilador y no supe de mí hasta el otro día (hoy) [...].

Las emociones y los afectos son sociales: “El hombre está afectivamente en el mundo y la existencia es un hilo continuo de sentimientos más o menos vivos y difusos, cambiantes, que se contradicen con el correr del tiempo y las circunstancias.” (Le Breton, 1998, p. 103). Esta breve cita de David Le Breton en el ámbito de la antropología de las emociones me lleva proponer mi existencia en la casa de migrantes como alguien que es abiertamente vulnerable a ser afectado emocional y sentimentalmente y, por ende,

también afecto a las demás personas o estas son afectadas de algún modo que nos ha de vincular al tener que compartir un mismo espacio donde existimos. Lo heterogéneo de esto, da razón a lo contradictorio de cómo vivimos y expresamos los afectos o esos sentimientos y emociones socialmente compartidos. Decía en la viñeta anterior que Miguel y yo, atrancamos la puerta ante un miedo o temor infundido, pero esto me llevo a pensar y sentir de algún modo, cómo lo debieron vivir las personas que dormían a codo con los presuntos pandilleros, ya que, al ser tantas personas en la casa de migrantes, muchas de estas dormían en el patio sobre colchonetas, prácticamente al aire libre.

Siguiendo a Catherine Lutz: “The emotions can be seen as sociocultural achievements in the fundamental sense that they characterize and create a relationship between individuals and groups.” (Lutz, 1998, p. 211).³La necesidad de saber si “solo yo veía lo que pasaba” desde la mirada del voluntariado fue algo que necesité reflexionar frecuentemente, sin embargo: en un principio fue muy solitario esto. Gradualmente el oficio de etnógrafo como un proceso artesanal que me iba moldeando a lo largo de los años se cimentó en la confianza que podía tener y transmitir ya que en un espacio y tiempo donde, la vertiginosidad de las movilidades humanas y la prácticas humanitarias en constante emergencia en las casas de migrantes: la confianza lo es todo. Esto, se traduce en las relaciones de amistad, personales y profesionales con las y los voluntarios de distintas etapas en que hice el trabajo de campo, así como con el personal de base y de mayor permanencia en las casas de migrantes como son algunas y algunos coordinadores, los religiosos y religiosas o personal contratado en distintas áreas. El tiempo, nos dio y me brindó la oportunidad de ahondar en nostalgias, alegrías, incertidumbres, hastíos, decepciones o aspiraciones y añoranzas de muchas personas que brindan o brindaron atenciones y acompañamientos humanitarios lo cual, me permitió contrastar mucho de lo que consideraba en mis reflexiones de campo:

Notas del diario de campo. Febrero de 2020; enero de 2022; abril de 2024. Distintos eventos con los y las voluntarios.

³ La emociones pueden ser logros socioculturales en el sentido de que caracterizan y crean relaciones entre individuos y grupos, traducción aproximada mía.

[...] *¡no lo puedo creer!, es un poco, ¡frustrante!, les hablo y les hablo, pero parece que no escuchan, ¡ahh!* – venía platicando conmigo Mathilde mientras refunfuñaba. Todo había salido porque hace unas horas, en la mañana, algunos muchachos que estaban en la enfermería no acataban las indicaciones y la discusión de Mathilde tornaba en tanto la diferencia de géneros. *Mira, es que tú* – refiriéndose a mi – *eres alto, tienes gestos y te ves así (hace un ademán de fuerza) como si fueras guardia. Yo estoy pequeña y luego no hablo bien español, ¿es obvio que no me harán caso!* (febrero de 2020).

[...] ayer me tocó ser rey mago, bueno, a Josué y Chechu también. Nos preguntábamos qué tan bien haríamos el papel: las demás compañeras se esmeraron en disfrazarnos con los materiales a la mano. Pienso que el espíritu de voluntariado nos pone siempre a prueba –personalmente esta actividad no es algo que me llame mucho– y aprendemos entre todos y todas siempre algo, por mucho que en ocasiones tengamos un pensar distinto de lo que es la práctica humanitaria: *oye Eric, y a usted ¿ya le había tocado ser rey mago?* – me preguntó Josué. ¡No, nunca! – le respondí. *Esto es muy bonito, ¿no lo cree? Por ejemplo, creo que los niños les hace mucha ilusión y más que aquí no hay nada. Yo creo que para muchos es su primera vez viendo los reyes magos* – decía Josué. (enero de 2022).

[...] *Así mi Eric, estoy cansada, pero ¿qué le hago?, oye, ¿y no piensas venir más de nuevo? ¿Cómo vas con el posgrado?* – platicaba rápido con Alejandra, a quien ya por más de 3 años he ido conociendo y ella ahora es coordinadora de un área de La 72. Ya, las cosas han ido cambiando. ¿Te acuerdas con lo de las caravanas? Bueno, yo dejé el área de mujeres, pero aún me siguen buscando. ¿Puedes echarme la mano con eso? [...]. (abril de 2023).

I.II. ¿Cómo leer esta etnografía?

La narrativa que pretendo puede entenderse como el seguir un hilo que va vinculando y anudando desde la casa de migrantes. Ahora, esta metáfora habrá que explicarla: la forma de combinar una forma de escritura autoetnográfica no es la principal y esto, fue algo en lo que traté de poner el cuidado y después de una serie de bosquejos que tracé buscando una narrativa propia para no tener que calcar lo ya hecho, como dice Jorge Durand (2015); por momentos pensaba en la etnografía especular como la plantea

Federico Besserer y Daniela Oliver (2014). Pensé, en los ensamblajes en la idea de ir articulando *etnografía + autoetnografía + casa de migrantes + practica humanitaria* ya que una de mis principales motivaciones ha sido poder discutir la idea de los actantes desde la Teoría del Actor Red-TAR (Latour, 2008) en los estudios antropológicos sobre migraciones. Sin embargo, nuevamente aparecía la discusión de la dimension de lo sensible.

Esta etnografía se vincula autoetnográficamente con el propósito de rescatar no solo mi voz como parece ser uno de los principales propósitos de la autoetnografía más clásica. En todo caso, pretende alcanzar esa polifonía de voces en que mi papel de etnógrafo-voluntario pude experimentar viva y cercanamente; en esto, las prácticas humanitarias desde las casas de migrantes y cómo eran vividas y socializadas por quienes habitamos y compartimos con el actante están vinculadas narrativamente en ese vaivén entre la autoetnografía y la etnografía.

Es, una etnografía que apuesta a ser sentida en el término amplio de esto y en donde la presencia de las casas de migrantes sea también parte de la etnografía como uno de los actantes principales y no solo el espacio o actor donde se hace el trabajo de campo. En este sentido: es una etnografía que va siguiendo el hilo vinculante entre las experiencias sensibles, lo no-humano, los actantes, las personas, para dar cuenta de las prácticas humanitarias y las problemáticas presentes como el refugio y las contenciones a la movilidad humana de las personas migrantes en situación y condición de TIIR.

Recupero: toda etnografía tiene algo de autoetnografía y toda etnografía es sentida. En este caso, la apuesta es invitar a lo que, considero, hace sentido: *vivir la casa de migrantes*.

I.III. Escapando del autoelogio.

Las ideas vertidas por Claudio Lomnitz sobre el futuro de la antropología, el método etnográfico y la crítica que hace a la autoetnografía⁴:

⁴ Claudio Lomnitz, Conferencia magistral con motivo del aniversario de la Revista Mexicana de Sociología en la edición IX del Congreso Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO) dictada el 8 de abril de 2024, transmitida en YouTube en el Canal del Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM. Para consulta en: https://www.youtube.com/watch?v=T27XHpKN8Ks&t=2409s&ab_channel=CanalInstitutodeInvestigacionesSociales

[...] digamos de autoetnografía a la hora de ingresar al análisis antropológico es indispensable me parece, pero la autoetnografía no puede ser el punto de arribo de la antropología porque le da la espalda a la piedra de toque del conocimiento antropológico que es el uso de la alteridad como punto de arranque del conocimiento; por esto también, la autoetnografía suele tener una propensión a la autojustificación y aún, al autoelogio. Tiene dificultades para trascender los límites del sentido común y termina siendo aburrida y carente de interés; la autoetnografía, no será la vía para que la antropología alumbré la naturaleza de nuestra sociedad contemporánea. En conclusión, diría que estamos en un momento histórico de gran promesa para la antropología en y sobre la América Latina [...] (Lomnitz, 2024).

Estas palabras de Lomnitz son muy importantes ya que se articulan con los cambios generacionales, culturales y globales que él también aborda a lo largo de la conferencia citada en el ámbito de la crítica a la perspectiva decolonial y el quehacer antropológico (*op cit*); tal vez más de uno o una haya alzado las cejas ante lo dicho sobre la autoetnografía, un recurso que, por lo menos desde mediados de la década de 1980 se viene formulando y sofisticando cada vez más, como parte de los ejercicios metodológicos, epistémicos y de comunicación antropológicos y de otras disciplinas en la ciencia social (Anta, 2004; Blanco, 2012; Tilley Lubbs, 2016; Bénard, 2014; Aguirre-Armendáriz, 2019). Dos premisas son las que enuncia él: la preocupación por perder el ejercicio de alteridad – como piedra angular de la antropología – y, la aparición del autoelogio y con esto, la pérdida de la pertinencia en los trabajos antropológicos. La promesa, como diría Mills (2012), en esa preocupación por “no perder lo valioso de la tradición disciplinar en la urgencia de investigar” se anuda con la observación de Lomnitz en tanto mantener una posible identidad disciplinar, una forma de ejecutar el oficio, pero, me parece, sobre todo una forma de trascender y atender las problemáticas sociales.

El proceso autoetnográfico, debe escapar de la tentación a la “auto epopeya” justificada con el oficio antropológico en terreno⁵ (Rosaldo, 1986; Ruiz, 2016, Restrepo,

⁵ Cuando me refiero a “terreno” apunto al estar situado en tiempo mediato donde se realiza el trabajo de campo; esto puede entrar en tensión con el hacer trabajo de campo. Sin embargo, mientras el primero es mediato, en tanto puede medirse inclusive un rango de tiempo y de espacios, el segundo es tan extenso, como la vida misma y que no se limita en solo estar (situarse) en terrenos del objeto-campo de estudio.

2018) y fuera de este; quienes nos proponemos desde la autoetnografía, ¿buscamos hablar de nosotros – del yo – en las problemáticas sociales que investigamos?, o ¿nos situamos en estas en la conjunción del yo y los otros, sin perder nuestra posible identidad? Inclusive, cambiar el “yo y los otros” por el “yo con los otros”, acarrea problemas reflexivos metodológicos. ¿Cuál era el propósito de Nigel Barley (2004) al contarnos cuando nos montaba a todos en su carro, siendo que le resultaba desagradable? Y menciono en plural asociativo, ya que leerlo nos llevaba a estar con él y con los otros, “sus dows”.⁶

Parafraseando a Luis Reygadas, todos somos etnógrafos(as) pero no todos hacen etnografía en el sentido antropológico y con esto, en el análisis coyuntural, reflexivo y problematizado. “Vivir es una incertidumbre. Algunas veces este hecho es difícil de aceptar. Pero es el lugar del cual todos partimos” (Bochner y Ellis, 2021, p. 253).⁷ Este *lugar del que todos partimos* es el mundo y la cultura en la que estamos circunscritos lo cual en un primer momento le da el sentido social o de cómo nuestra experiencia en su forma de prácticas y saberes está ensamblada con el conjunto social: en palabras de Latour (2008), es lo que hace social a lo social. Entonces, si la autoetnografía puede ser narrada principalmente en la voz del yo, no está lejos de representar las voces de otros y otras implicados. Decía Raymundo Mier:⁸

La etnografía es la heredera de una alianza inusual de pasiones: la convergencia de la aventura y el desarraigo, del olvido y la invención de la comunidad, del mimetismo y la exploración de la experiencia de los propios límites; pero también se funden en ella la excitación por el despojo y la supremacía simbólica sobre el otro, la obstinación en las ilusiones de la identidad y la fascinación por el vértigo de la distorsión especular que vincula al amo y al esclavo; [...]. (Mier, 1994, p.13).

⁶ Precisamente, una de las críticas a la escritura etnográfica es el manejo de las relaciones de poder que son ciertamente desiguales y que en el lenguaje pueden pasar desapercibidas o, muestran el contexto relacional que prevalece muchas veces entre investigador e investigados.

⁷*To be alive is to be uncertain. Sometimes this fact is hard to accept. But this is the place from which we all start.* Traducción mía.

⁸En memoria de Raymundo de Guadalupe Mier Garza (1953-2024), profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Xochimilco quien, en su momento, me habló sobre la escritura etnográfica y los pliegues con la sociología al notar mi desencanto de esta última y su forma de narrar las cotidianidades.

Con lo expuesto, se puede entender a la autoetnografía como un recurso y un método para situarse en el terreno siendo que no está exenta de tensiones y fallos; el encuentro de la otredad /alteridad (Claudio Lomnitz muestra preocupación de que en la autoetnografía no esté presente) no es una mera coincidencia: si bien esa otredad ya no es el indígena o el sujeto de una posible sociedad disímil de la que provenga quien hace la etnografía, la otredad y alteridad se encuentra en los distintos pliegues de las sociedades modernas donde hacer etnografías. Explico esto: una de las constantes observaciones que he tenido y me han hecho – muy pertinentemente – es el lugar y figura en que me sitúo haciendo etnografía y pasar de esto a la autoetnografía. Con esto, debo aclarar dos cosas: nunca me he situado como “migrante” y nunca he intentado ser quien de voz a las personas migrantes.

La figura que sí he desempeñado es la de ser voluntario en las casas de migrantes (y fuera de las casas) y ser investigador (etnógrafo) y, desde ahí, traducir las voces de quienes son mis primeros interlocutores: las personas migrantes. Son estas también quienes representan la otredad con la que me encuentro y en un ejercicio extensivo que me ha llevado el hacer etnografía y a aprender también a “migrar”, como lo he mencionado en otras ocasiones. Parto de esta última idea: escribir sobre las casas de migrantes ha representado todo un reto metodológico (entendiendo esto como el ejercicio instrumentalizado de recabar la información en campo) el cual, en términos someros, ha sido ciertamente superado por medio de situarme como parte de los equipos de voluntariado en las casas de migrantes, siendo en La 72, donde más he logrado poner en juego esto. Esta figura de voluntario me ha permitido, además de conocer y participar de las prácticas sociales de y en la casa de migrantes, recorrer las rutas de tránsito de personas en movilidad humana irregular e indocumentada. Conocer de forma material y sensible las redes y vinculaciones sociales entre personas, espacios y la ecología donde la casa de migrantes puede verse en un primer momento, como un nudo articulador.

Esa es la otredad/alteridad que me interpela y me sitúa para trabajar y construir una narrativa autoetnográfica donde mi papel de voluntario-etnógrafo más que una dualidad, se volvió una sola en tanto la práctica de investigación y el trabajo humanitario me permitió no solo *estar* sino *ser*, en la casa de migrantes, siguiendo a Arthur Bochner

(2009): alcanzar – comunicar – ideas cálidas, ya que finalmente me inserto en un mundo vivo. Un proceso de catálisis como él lo nombró. Aprendí a “migrar”, y entrecomillo esto porque es claro que no puedo adjetivarme como persona migrante en el sentido que atañe a la investigación antropológica que se ha ido desarrollando. Sin embargo, aprendí a migrar con las historias, con las comidas, con lo acuerdos y desacuerdos: estando con las personas que migran. Nunca me he subido al tren en marcha, como Flaviano Bianchini (2016)⁹ sí lo hizo, pero lo he visto y he aprehendido de las experiencias que me comparten sus saberes del migrar:

No Eric: usted si se sube, agárrese de ese tubo y si puede amárrese con su suéter o algo. Y ahí no vaya a poner los pies porque se lo corta – Josué señalaba la pieza que articula los carros del tren. [...] ¡no, si nosotros cuando llegamos! Llevamos tres días nada más comiendo una vez al día. Ahí por donde usted pasó, del Ceibo, ¡ahí estuve yo!, ¡no!, si estuvo bárbaro el camino. Ya lo hice como dos veces, pero la otra vez entré por el Corozal, pero ahí secuestran o le roban a uno. Tenga cuidado si va, porque luego a la gente que ayuda, también les hacen cosas.

Nota del diario de campo. Febrero de 2020. Conversación con Josué, después de que no pudo irse en el tren rumbo a Palenque.

Por otra parte, la observación y vigilancia constante sobre mi papel (Clifford, 1998; Martínez, 2004; Marcus, 2008; Restrepo, 2018): ¿cómo escribo, desde dónde lo hago y cómo me posiciono en esto? Parto nuevamente del argumento de C. Lomnitz sobre que la autoetnografía es una forma de autoelogio: atinadamente él muestra una preocupación que compartimos en el gremio antropológico sobre la labor etnográfica. Este autoelogio que parte desde la situación privilegiada que se tiene como investigador (a) que, en efecto, puede llevar a “apropiarse de la voz de los demás como si fueran de uno mismo” es tópico de vigilancia constante, considero, de quienes optamos por un enfoque más

⁹ En su texto de periodismo de investigación, donde pasó primero a disfrazarse de migrante para posteriormente serlo, Flavio Bianchini aprendió a cómo montarse a *La Bestia* (el tren); su descripción detallada no solo es práctica: es emotiva y evocativa a las historias y testimonios de quienes no lo hacen por hacer investigación o periodismo. Sin embargo, Bianchini supo muy bien que subir al tren (y otras experiencias que tuvo) bien pudieron terminar no solo con la historia sino con su vida misma. Para consulta del texto referenciado, al final en la sección de bibliografía.

autoetnográfico. Retomo el caso de Flavio Bianchini: si bien su trabajo no es una etnografía, contiene elementos que bien pueden llevar a pensar cómo hacer una etnografía en contextos de las movilidades humanas precarizadas en y a través México; sin embargo, una crítica que arrojaría a su trabajo lleva precisamente a pensar sobre el papel que él desempeña en su narrativa: ¿es “un migrante” o se disfrazó de este? Su nombre se volvió *Aymar Blanco*, de antigua ascendencia vasca y radicado hasta entonces en la amazonia del Perú (Bianchini, 2016, p. 17). Por mi parte, yo seguí siendo *Eric* o *Eri'* o, cuando curiosamente gracias a que no me había afeitado y mi cercanía con Fray Gabriel, entonces director de La 72, *Fray Eri'*.

En realidad, poco o mucho, dependiendo del interés de la persona o personas con quienes interactuaba, les importaba o despertaba curiosidad sobre quién era (más allá de ser voluntario) o aún más: si lo que estaba haciendo era una investigación antropológica. Inclusive cuando, más adelante en el tiempo de mis experiencias en campo, pedía a algunas personas refugiadas o albergadas en La 72, en Casa Belén u otro lugar, una entrevista más profunda que me ayudara a comprender algunas prácticas que venía registrando en mis diarios de campo, pocos eran los casos que me exigían una explicación densa de lo que era el propósito mi investigación, de quién era yo o, en el sentido disciplinar: qué era la etnografía o la antropología. Algunas ocasiones bastaba (o eso parecía) mencionar que era un estudiante universitario – la mayoría de las personas en el voluntariado eran profesionistas con posgrado o con título de grado – y no pocas veces escuche un: “¡ah!, ¿entonces usted es como [se menciona algún nombre conocido]”. Esto no lo ponderé a menos y, al contrario: encendía alertas en mi trabajo de campo ya que, por momentos, llegué a considerar que mi presencia al ser uniformada por ser voluntario, propondría a las personas migrantes actuar con base en ese papel – y el suyo como sujetos de las atenciones humanitarias o de ayudas diversas, que muchas veces lleva a que estas mismas personas se revictimicen o sean revictimizadas – en vez de acercarme a una etnografía densa y simplemente quedara en una mera actuación teatral. En algún momento, algo me compartía una compañera voluntaria de muchos años:

[...] es que esto, – señalaba una caja con enceres de limpieza personal para los adolescentes migrantes albergados – esto, de pronto es un teatro. Lo siento, he cavilado mucho tiempo sobre esto, llevo más de 5 años trabajando aquí y en otros lugares y es, ¡deprimente!, por no saber qué otra palabra usar. Los niños van y vienen, se quedan, otros se escapan, los demás, ¡quién sabe!; escuchas al procurador, al DIF y solo dicen: son sujetos de derechos. Pero ¿cuáles derechos? Muchos de estos niños ya no vienen huyendo o están en peligro. Solo vienen porque sea ellos o sus familias, saben o imaginan que, por ley, tienen más facilidad de tener el refugio. Y esto, eso es un teatro que no sé si pueda seguir soportando [...]

Nota del diario de campo. Febrero de 2021. Entrevista con una compañera voluntaria en La 72.

Sin embargo, como he referido antes, a lo largo de la experiencia etnográfica viviendo en las casas de migrantes, principalmente, me fui situando emocional y sensiblemente en terreno: las historias, lugares y circunstancias en que conocí el fenómeno de la movilidad humana, me afectaron en lo profundo de mi ejercicio antropológico y sociológico, es decir: atravesé por procesos que produjeron resultados de investigación que se transcribieron finalmente como un método autoetnográfico (Ellis, Adams y Bochner, 2015; Calixto, 2022). La voz en que escribo remite a mi propia experiencia, pero no para hablar de mí sino, en un primer momento, de cómo las historias y vidas de aquellas personas migrantes me atraviesan y en un segundo momento, de cómo puedo comunicar la problemática que no solo envuelve a las vidas de las personas sino también de las cosas, el medio ambiente, entre otros más, tratando de sumar a los estudios de las movilidades humanas desde la voz que, como etnógrafo y voluntario de las casas de migrantes, me permite abordarles críticamente. Es una búsqueda constante de la autoridad etnográfica (Agar, 1998; Clifford, 1998):

[...] puedo notar cómo me miran: en lo deslumbrante del sol puedo ver cómo lo blanco que rodea esas pupilas, cuestionan quién soy, qué hago ahí. Es la cuarta vez que vengo y siempre es lo mismo. No deja de ser un poco incómodo. Pero ¿cómo cuestionar esto?, si ellos, ellas, están siempre al borde: no todos se quedan en la casa, la política de albergar cambió desde la pandemia y ahora hay mucha gente afuera, como en las casas y

albergues de la Ciudad de México. ¿No es esto un reflejo de esas llamadas políticas de contención? México como tercer país seguro. Pero aquí estamos, sentados a la sombra de este árbol de mango que se antoja ancestral, hasta antes de que La 72 existiera. Me pregunto: ¿cuántas personas migrantes se habrán sentado antes que nosotros aquí?

Nota del diario de campo. Abril de 2023. En el exterior de La 72, cerca del árbol de mango.

Mi trabajo de campo no lo he hecho con la intención de obviar o ignorar la otredad/alteridad, al contrario, esta misma me ha situado de la forma en que traté de explicarlo; mi voz es la que trata de traducir las voces de las casas, de las personas, del conjunto social donde me ubico en una dimensión tan vasta como lo es la de las movilidades humanas. Pero no trato de retratar una “auto epopeya” donde resalte mi persona o apropiarme de papeles. Tampoco puedo decir que hablo de las epopeyas de las personas que migran – si bien, algunos testimonios merecerían tal adjetivo; en todo caso, quien lea la etnografía que presento tendrá la impresión de estar en la casa de migrantes, o incluso fuera de esta. Irá palmo a palmo en las rutas o caminos que he transitado como parte de los equipos de ayudas humanitarias o que las mismas personas migrantes me han compartido desde sus experiencias. Regresaremos tantas veces posibles a la casa en medio del calor asfixiante y las lluvias ensordecedoras, características del sureste mexicano. Encontrará y posiblemente sentirá, las tensiones por las incertidumbres de saber si se es o no, elegible de refugio en México o, el miedo de ser alcanzado por las maras, tanto como la felicidad de lograr un objetivo como el llegar a Canadá y obtener el refugio en ese país:

[...] ¡Eri! Que gusto verlo. Acá estamos, cerca de Montreal. También esta Sindi, Juan, Franklin, Jaqueline. [...] ¿se acuerda?, cómo llegamos a La 72, ahí nos recibió Amanda, ¡ustedes mis voluntarios, son mis ángeles! [...] no nos hallamos en México: ¡muy difícil, mucho!, pero como Juan y Sindi estaban ya acá, les pedimos nos ayudaran y nos explicaron cómo pedir la ayuda para cruzar a Canadá. Y mire: ¡acá andamos! – decía Cynthia después de meses de no saber de ella y su familia. Pensar que hace un poco, más de un año, ustedes hasta los separó migración en México. Se me perdieron en Piedras Negras y me preocupo cuando me dijiste que casi te ahogas en el río con los

niños. ¡No sé qué decirles!, estoy feliz de que estén bien -respondía, un poco aturdido de tanta información. [...].

Nota del diario de campo. Diciembre de 2023. Llamada telefónica vía WhatsApp con Cinthya y su familia. Habían huido de Honduras desde 2020. Obtuvieron su refugio en México, pero decidieron seguir más al “norte”.

La voz que se encontrará en este texto es la del voluntario que hace etnografía de la casa de migrantes y la del etnógrafo que hace trabajo voluntario en la casa de migrantes; como tal, entendí que mi labor en sí era la de servir de vínculo – incluso cuando esto no era parte del plan original – y mi texto autoetnográfico tratará de ser cálido, en un mundo aparentemente tan frío: no puedo dejar de pensar que mientras argumento esto como parte de mi tesis doctoral, hay cientos o miles de personas tratando de cruzar El Darién (entre Colombia y Panamá), otros más decidiendo si pasan por Piedras Negras o se arriesgan por otro punto fronterizo (entre México y Estados Unidos). Otros, lejos del continente americano, se siguen arriesgando, cruzando las aguas del Mediterráneo para llegar de algún punto del Medio Oriente o África a Europa. En todo esto pienso también en aquellas personas que tuvieron la suerte de no ser absorbidas por los muchos agujeros negros de la migración y están rehaciendo, reafirmando y transcurriendo sus vidas. Lo que nos une a todas esas vidas y da sentido al relato y análisis etnográfico que pretendo mostrar y discutir, son las casas de migrantes.



Foto 3. El equipo de cocina compuesto de personas albergadas en La 72 y voluntarios, preparan el almuerzo del día; diciembre de 2021

I.IV. ¿Cómo hacer la etnografía? Antes, durante y después como momentos de la escritura etnográfica.

Comencé el trabajo de campo de forma bastante convencional: entre 2018 y 2019 iniciando mis estudios de posgrado, representaba un reto en un principio. Mi formación inicial como sociólogo la había orientado y situado en el campo de la investigación del método cualitativo, situación que me permitía decir que “me acoplaba” de mejor manera a las tareas que implicaran los ejercicios cara a cara. Mis referentes eran clásicos de la sociología como Harold Garfinkel, Erving Goffman, Herbert Mead y Alfred Schütz. Un parteaguas, estando aun dentro de la sociología, fue el texto de la *Imaginación Sociológica* (2012) de Charles Wright Mills particularmente los puntos de la artesanía intelectual y su crítica a la forma de hacer sociología que, aterrizado en mi caso particular, hizo cuestionarme cómo estaba aprendiendo el oficio del sociólogo en la universidad. Al final de mi licenciatura, me gradué con una tesina sobre identidades profesionales que, si bien cumplió su propósito académico administrativo (nuevamente recordando a C.W. Mills y la *burocracia académica*), me hizo entender que la tradición sociológica imperante donde me formé no ayudaba en la formación y el camino de cómo quería hacer investigación o aplicar mis aprendizajes.

El párrafo anterior, que bien podría ser parte de un diario personal, viene a mención para iniciar mi tránsito hacia la construcción de mi experiencia etnográfica, situándome en el terreno de las llamadas casas de migrantes en la frontera sureste de México, principalmente. Siguiendo el hilo del párrafo anterior, realizar el trabajo de campo en calidad de ejercicio etnográfico era, en ese entonces, por lo menos dos cosas: un reto, como ya había enunciado y por el otro, un compromiso que venía de antes de iniciar el posgrado. Todo lo anterior quiero proponerlo desde la perspectiva de los tiempos de investigación en donde me he situado desde un *antes del trabajo de campo*, el *trabajo de campo in situ* y la suma de esto que me lleva a reflexionar desde la idea de la *posetnografía*. Esto último, ayuda a darle sentido a un proceso en un tiempo que, en sus vaivenes entre la escritura, la reflexión, las interpretaciones que decantan en análisis de cierta naturaleza, deben de reflejarse en un trabajo como el expuesto (una tesis doctoral). La posetnografía como un proceso y un método de escritura antropológica entre los

campos vividos e imaginados, donde termina una etnografía, pero empieza otra, es, citando a Rodrigo Parrini:

En esa medida, la posetnografía se podría pensar como el intersticio temporal, espacial, conceptual y metodológico que se abre cuando un campo ha concluido, pero no surge uno nuevo; sería un modo de nombrar su desaparición y cierre, pero también una espera y la especulación concomitante. [...] La posetnografía sería, perentoriamente, el tiempo que transcurre una vez terminada o suspendida una etnografía, el intervalo entre el “campo” y la “escritura”. (Parrini, 2021, p.76).

Alcanzar dicho momento, me tomó varias consideraciones e intersticios, sobre preguntarme cómo escribir etnográficamente, siendo la manera que he encontrado para proponerlo en la discusión académica, narrar desde una postura autoetnográfica, como ya lo he argumentado en el apartado anterior. En 2017 llegué como voluntario a La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes, en el Municipio de Tenosique de Pino Suárez, Tabasco (México):

[...] cuando llegué a Tenosique (Tabasco) y bajé del autobús, había que caminar unos 500 metros. El calor es terrible, poco más de 35 grados y así mientras sudaba y sentía el peso de mis mochilas caminé cruzando los terrenos de una bodega de materiales de construcción y una gasera para finalmente cruzar unas canchas de fútbol y béisbol. Ahí hay dos árboles de mangos, enormes, que anuncian como un portón imaginario, la llegada a la casa. Es agosto de 2017, es la segunda vez que llego a La 72 pero esta vez como voluntario [...].

Nota del diario de campo. Agosto de 2017. Llegada a La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes.

Para ese entonces, tenía una experiencia previa (2016) al haber trabajado antes con una Asociación Civil (Investigaciones Aplicadas Sobre Organizaciones Sociales: IASOC) realizando investigación sobre espacios de defensa de Derechos Humanos en todo el país (aunque yo colaboré con la parte del sureste del país) lo que eventualmente me llevó a conocer de cerca a varias casas, albergues, comedores o espacios de

descanso para personas migrantes¹⁰ que se gestionaban desde alguna iglesia (católica o evangélica frecuentemente) y la sociedad civil lo cual me llevó a participar en la elaboración de un texto sobre aquella investigación y que llevó por título: *Voces de la asistencia* (2016).¹¹ En septiembre de 2017 regresé a una de estas casas aunque en un principio había pensado en la Casa del Migrante Hermano en el Camino, en Ixtepec, Oaxaca y que es famosa en parte debido a que es aquella que fundó y coordina el Padre Alejandro Solalinde. Es difícil contextualizar mi trayectoria de trabajo en campo sin recordar las palabras que crucé en algún momento con el entonces también coordinador de la casa de Ixtepec, Alberto Donis:

Solo quiero preguntarle algo: aquí con gusto, los recibimos, pero ¿qué es lo que nosotros ganamos con esto? No se ofenda, pero siempre vienen aquí a hacer entrevistas o investigación, sacan lo que deban de sacar y se van y nunca más volvemos a saber de ustedes. Dígame en qué nos beneficia que hagan una investigación aquí [...].

Nota del diario de campo. Octubre de 2016. Llamada telefónica desde la Ciudad de México a la casa del migrante Hermanos en el Camino, Ixtepec, Oaxaca.

Alberto Donis, considero, perteneció a esa segunda generación de defensores de Derechos Humanos de personas migrantes, si se ubica como la primera a los religiosos y religiosas que atendían en principios de la década de 1980 hasta finales de 1990 las primeras casas o albergues de migrantes; junto a él, los nombres de Rubén Figueroa, Irineo Mújica, Ramón Márquez, Norma Romero, Leticia Gutiérrez (Hermana Lety) entre otras, representan toda una trayectoria de vida y compromiso en las atenciones humanitarias a persona migrantes y refugiadas que puede rastrearse desde inicios del 2000. He tenido la fortuna de intercambiar ideas y reflexiones sobre la problemática y atenciones a aquel tipo de movilidad humana y conocer los peligros de esta labor y el papel que las casas o espacios de acogida tenían – y tienen – en un primer momento como espacios de vida para quienes llegan a sus puerta, pero de los equipos de trabajo

¹⁰ Más adelante repasaré esta idea de “persona migrante”. Por el momento rescato esta forma de enunciar a las personas en situación de movilidad humana en forma de tránsitos irregulares, indocumentados o refugiados u otras formas.

¹¹ Este libro fue editado como material de consulta para el extinto Centro de Documentación del Instituto Nacional de Desarrollo Social (CEDOC-INDESOL) bajo el título: *Voces de la Asistencia*.

también. El intercambio telefónico con Alberto Donis, puedo decir que “golpeó” mi paradigma como alguien interesado en hacer investigación social. Un trauma, en palabras de Sophie Caratini (2013). En ese entonces – y a lo largo de este tiempo en otros momentos – tuve que sobreponerme. Sin profundizar más en esto, una de las respuestas fue como una suerte de intercambio de dones (Godelier, 1998; Mauss, 2009), prometer mi trabajo como voluntario:

[...]entiendo lo que me pides. Pero soy sincero al decirte que no sé cómo: sé, que de la investigación se editará un libro y ya. Yo solo trato de cumplir mi papel en el trabajo, pero sí, me siento un poco inquieto por lo que me dices. ¿Te parece si a título personal te digo que terminando esto me voy de voluntario? [...].

Nota del diario de campo. Octubre de 2016. Llamada telefónica desde la Ciudad de México a la casa del migrante Hermanos en el Camino, Ixtepec, Oaxaca.

Al final nunca pude regresar a la casa del migrante en Ixtepec. Había pasado casi un año cuando me enteré de que Alberto Donis¹² había muerto en un accidente y desde entonces, en mi conciencia he llevado una especie de deuda que me llevó hacia otras latitudes.

I.IV.a. Buscando ser voluntario e investigador. Un antes de la etnografía.

La realización de la etnografía requería que me situara en el contexto de las atenciones a las personas en condición de tránsitos migrantes irregularizados e indocumentados. En agosto de 2017 había estado como voluntario en La 72 (antes había intentado lo mismo con Las Patronas, en Veracruz y en Matías Romero, Oaxaca con las hermanas Castillejo en la Casa del Migrante Ruchagalú sin mucho éxito); habían pasado unas semanas de haber enviado un correo electrónico a La 72 y no recibía respuesta: finalmente me atreví a mandar un mensaje de WhatsApp a Ramón Márquez y en unos minutos se resolvió mi estancia como voluntario.

¹² Alberto Donis fue por 9 años coordinador junto al Padre Solalinde de la casa del migrante Hermanos en el Camino, Ixtepec, Oaxaca. El 30 de junio de 2017 sufrió un accidente automovilístico que le costó la vida ese mismo día. Para consultar: <https://www.proceso.com.mx/nacional/estados/2017/6/30/muere-coordinador-de-albergue-en-ixtepec-tras-accidente-confirma-solalinde-187016.html>

Con esa experiencia previa, comprendí que era una muy buena manera de situarme en la problemática social que me interesaba: ¿cómo es la vida cotidiana en la casa de migrantes? Claro, para ese entonces no lo veía como un proyecto de posgrado con miras a que fuera la base de un proyecto doctoral; para 2019 estaba pasando a la fase dedicada al trabajo de campo correspondiente al ciclo de la formación de maestría y debía resolver mi estancia en campo lo mejor posible. El siguiente capítulo donde rescato parte de las experiencias de investigación de colegas que previamente han abordado y se han situado en terreno de las casas de migrantes para desarrollar sus investigaciones, arroja luces sobre las polifonías y trabajos en escalas (Castro, 2021) de las que he sido testigo en los últimos cinco años por lo menos. Pero antes de esto, mencioné que mi trabajo de campo lo he sistematizado en tres momentos o temporalidades que permiten postularme en tanto un trabajo en terreno de largo aliento y, por otra parte, anudar estos tres momentos en un *continuum*. Se dice que: “El etnógrafo debe saber dónde y cuándo observar, con quién conversar, así como qué información se debe registrar y cómo se debe hacer” (Peralta, 2009, p. 38). En este sentido, el ser – buscar y llegar a ser– voluntario es una actividad que se conjuga con el papel de ser etnógrafo dando luces a las tensiones existentes en la ejecución de ambas actividades, pero también como el preámbulo al trabajo etnográfico:

[...] camino a La 72. En ocasiones pienso que está bien pero también mal el que haya venido hasta acá solo para exponer mi caso. No puedo negar que está presente un sentir de querer estar aquí, quizá con la intención de convencerme de que ¡aquí es donde quiero estar haciendo mi investigación! He evaluado casos, contextos, facilidades – el poder ahorrarme el alojamiento es algo que agradezco bastante – pero ahora, espero que Ramón esté de acuerdo con mi propuesta. Aun hacen eco las palabras de Beto (Alberto Donis): ¿de qué nos sirve que vengan? [...].

Nota del diario de campo. Septiembre de 2019. Previo encuentro con Ramón, coordinador de La 72 para pedir permiso de hacer mi trabajo etnográfico en la casa.

Muchas investigaciones en torno a los tránsitos de personas migrantes se han realizado utilizando la estrategia de ser voluntario/a en casas, albergues o espacios de acogida y ayuda a aquellas personas (Luna, 2016; Camacho, 2018; De León, 2020;

Aguenier, 2021; Guevara, 2022, entre otros) con mayor o menor profundidad o mención. Vínculo esto con las ideas de Eduardo Restrepo cuando hace hincapié en evitar – y combatir – los papeles del o la “etnógrafo asaltante o florero” (Restrepo, 2018); me parece que pocas veces en los discursos o narrativas etnográficas se hace mención del o los momentos previos a situarse en terreno de dónde realizar la etnografía. Quizá, por esta razón textos clásicos como el *Diario de campo en Melanesia* (Malinowski, 1989) son reveladores, porque nos hablan sobre cómo y qué acontece durante el tiempo antes de hacer “formalmente” el trabajo de campo, poniendo en duda, precisamente, la formalidad que se presupone que es parte inalterable de un proyecto de investigación. Hay varios pasajes del diario de campo que son reveladores, pero es importante recuperar aquellos que surgen antes de estar en terreno del trabajo de campo, por ejemplo siguiendo a Malinowski, cuando éste retrata sus desventuras al perder su reloj y caerse del bote, sus fiebres y malestares o la forma en que pasaba el tiempo de ocio pero que a final de cuentas cada uno de esos momentos enunciados, incidieron en su trabajo formal de campo y no necesariamente eran parte de las estrategias en campo y van más allá de la anécdota que se nos comenta a quienes nos formamos en la antropología y etnografía, sobre sus enojos y frustraciones por perder sus raciones de tabaco.

Sin embargo, precisamente en la circunstancia de ese contexto de lo “clásico” en las etnografías, no paso por alto que el texto mencionado de B. Malinowski, ni siquiera en su momento fue pensado para ser publicado y menos, compartido siendo publicado de forma póstuma por su esposa; Valetta Malinowska (viuda de B. Malinowski), conoció este diario a los pocos días de que él falleciera por medio de una llamada de Freik Gross en 1942. Ella, posteriormente, lo llevó consigo cuando se asentó en México y después de algunas consideraciones, decidió que este podía ser publicado. Tanto ella como Raymond Firth que escribieron el prefacio e introducción de la publicación original en inglés en 1967, coincidieron con lo cuestionable, pero a mismo tiempo, valioso de hacer público el diario de B. Malinowski (por lo menos en buena parte) para la formación de futuras generaciones de etnógrafos y etnógrafas que buscaríamos desanclarnos de la rigidez academicista en los giros posibles del trabajo y oficio etnográfico y los pliegues de este.

No me detendré más en esto. Retomando la idea principal del “antes del trabajo de campo” como una temporalidad a problematizar y analizar en un tiempo futuro mediato (Katzer y Samprón, 2011-2012); negocié de cierto modo mi estancia en La 72 en aquel momento y la incertidumbre del rechazo (infundado o no) se sostenía en dos elementos, bastante subjetivos: que “la casa me conocía”, es decir, que habiendo estado en esta hace un par de años, no me era extraña ni yo le resultaba extraño. Hago hincapié en la casa, en La 72, porque los equipos de trabajo, las personas migrantes y otras, habían cambiado (salvo el equipo base al que pertenecía Ramón); en mi primera experiencia en 2016 y 2017, nunca tuve un contacto directo con Fray Tomás González que, siendo director y figura emblemática de La 72 desde hacía muchos años, me había dado la impresión de que era algo distante¹³ y mi interlocutor con la casa había sido siempre Ramón. El otro elemento lo propongo como: “yo conocía la dinámica de la casa”. Sabía que el papel de voluntario iba a chocar en algún punto con mi papel de investigador; sin embargo, esto lo veía como un potenciador de mi práctica etnográfica al preguntarme: ¿cuántas personas tienen la oportunidad de estar en esta posición tan rica, en términos del trabajo de campo en las migraciones?

Fue este tipo de circunstancias que me ayudaron a crecer y desarrollar mi práctica etnográfica: sopesar las incertidumbres y actuar ante las tensiones posibles en un contexto previo al trabajo *in situ*; por otra parte, en ese momento aún era temprano para hablar de una autoetnografía o una etnografía desde el cuerpo, las emociones y los afectos pero, el germen de esto estaba comenzando a ser cultivado: no es solo la anécdota de viajar 17 horas en autobús para tener una breve reunión de dos horas con quien en ese momento más que un informante clave era mi interlocutor con todo un espectro de trabajo posible. Los preparativos como los costos materiales y de tiempo pueden ser detonadores de situaciones de estrés: es común que en este tipo de

¹³ Fray Tomás González desde 2011 fue la figura emblemática de una postura de lucha por las personas migrantes y la defensa de sus Derechos Humanos en La 72 en Tenosique, Tabasco; sin embargo, sus últimos años en La 72 estuvieron marcados por denuncias de acoso y violencia sexual por parte de voluntarias y exvoluntarias, que en el contexto del movimiento #MeToo, visibilizaron aquello. Él, finalmente fue removido en 2019 (marzo) meses antes de mi llegada en septiembre para pedir permiso para realizar mi investigación. Para consulta: <https://www.proceso.com.mx/nacional/estados/2019/4/1/fray-tomas-confirma-investigacion-por-denuncia-de-abuso-sexual-en-hogar-para-migrantes-222593.html>

situaciones haya voces que de forma mesurada puedan aconsejar que de no lograrse el vínculo con el actor y espacio de la problemática que se pretende abordar, sugieran que se intente con otro y otros más:

Nota del diario de campo. Septiembre de 2019. Camino a Palenque, Chiapas. Recapitulación sobre el encuentro con Ramón.

[...] ayer que salí de la reunión con Ramón y tener una buena respuesta, de pronto me pareció tan innecesario el viaje. Sin embargo, creo que esto lo sentí así debido a que me quité de encima esa angustia y pesadumbre de imaginar un no de respuesta y claro, tener que buscar otro espacio – ¿dónde?, me sigo preguntando. No debo perder de vista que para mí es muy importante lograr los encuentros cara a cara para lograr un acuerdo, siempre pongo en segundo lugar la estrategia de hacer llamadas o enviar correos (electrónicos), si bien con Ramón ya puedo hasta tener contacto vía celular. Estoy cansado y eso que aún no inició el trabajo de campo [...].

I.IV.b. La etnografía *in situ*. Viviendo en la casa de migrantes.

Situarme en terreno/campo implicaba desprenderme en un momento de la fascinación de pensar aquello como una aventura. Ciertamente, estaba aprendiendo a dimensionar y percibir el panorama que tenía frente a mí: estaba inserto – parcialmente aún – en ese “hecho social que es un ser social, concreto y juntivo.” (Lévi-Strauss, 2006, p. 19). La casa de migrantes era – es – ese escenario tan complejo que, desde sus prácticas, símbolos, significados y presencia permitía vivir el fenómeno no solo como un espectador: el papel del voluntario se impregna y participa de todo esto (Neira, 2020). Esto era parte ahora de lo que yo conocía y otros no: debía ahora también caminar para poder comunicarlo, parafraseando a Marvin Harris (2001), ya que no necesariamente lo que pensaba – y sentía – afectaba a los otros en el sentido de la posible pertinencia de la investigación. En todo caso, eran esos otros y la casa los que estaban marcando límites a mi trabajo. Era momento de empezar a pensar cómo mi formación académica iba a ayudar a situarme y darle forma a mi proyecto. La antropología necesita más que el trabajo de campo y las descripciones: estas son necesarias, pero la teoría es parte del alma de lo que llamaría mi oficio etnográfico:

Nota del diario de campo. Abril de 2023. Reflexiones posteriores a mi participación en el Viacrucis Migrante.

[...] aquí todos los días llueve y todos los días el calor es abrumante: tengo tres años viniendo a la casa y nunca dejan de maravillarme los colores del atardecer en el malecón o los vastos paisajes de la carretera y ver el azul del cielo chocando con el río Usumacinta. ¡Cómo olvidar los monos que gritaban en la montaña!, ahí en el Ceibo cuando me quedé a hacer guardia en la casa. Morados, rosas, azules, verdes. Ceibas, caobas, juncales. Los ríos y los montes. El calor asfixiante y la sordera causada por las torrenciales lluvias. Ahí se esconden las historias de personas secuestradas en el malecón, del que se perdió en la montaña o aquellos que nunca salieron del fango del río. Ahí, creo yo, si uno se fija bien, en el camino puede uno ver las pisadas de aquellos que no siempre se mencionan, pero caminan más que ningún otro.

Entre 2019 y 2023 estuve en terreno para la realización de la etnografía, realizando estancias entre dos a tres meses un par de veces por año, salvo en el contexto de la pandemia por COVID19 entre 2020 y 2021. Durante todo este tiempo aprendí a que mi experiencia en campo estaba cambiando junto a La 72. La pregunta clave en la investigación hasta ese entonces era: ¿Qué es una casa de migrantes?, ¿cómo actúa la casa de migrantes? Mis preguntas surgían al tiempo que me apartaba de los estudios sobre migración recurrentemente dirigidos a conocer los flujos y tránsitos de quienes migran de formas irregulares, las violencias en esto, la presencia de los grupos religiosos o las tendencias que se articulan con los estudios de género y etarios y al mismo tiempo, era consciente de que estas dimensiones y otras, estarían presentes.

El momento *in situ* de realizar la etnografía me implicó también una serie de arreglos sobre mi persona, mis creencias y los límites académicos para trabajar (Medina, 2001; Torres, 2012; Restrepo, 2015). Una de las primeras actividades cuando llegué a la casa fue incorporarme a las labores de voluntariado. Esto no me resultaba extraño y con las experiencias anteriores me quedaba claro que desde el momento que se pisa la casa, la acción empieza de formas que no se esperan: limpiar y tratar heridas y ampollas, lavar vegetales y ayudar en la cocina, repartir alimentos, acompañar al hospital, etcétera:

Nota del diario de campo. Enero de 2020. Nota del recorrido de observación en ruta en la carretera de El Ceibo-Tenosique.

[...] llegué hace unas horas después de muchas horas de viaje – aunque mi cuerpo no lo resentía aun – y en la tarde Fray Gabriel pidió me uniera al equipo de observación en ruta a El Ceibo. Fue una suerte traer la cámara, no sé si hubiera sido posible ir de otra manera. A las 3 de la tarde salimos directo a la frontera en la camioneta apodada “la bichota”. Solo tuve tiempo de acomodar mis cosas en el dormitorio de voluntarios, cargué un rato la batería y al poco me encontraba en primer plano observando cómo se materializan los tránsitos irregulares de personas migrantes. Esa tarde, como hoy, hacía un calor endemoniado. Esta noche cayó un aguacero terrible. También llegaron a la casa más de 100 personas [...].

Durante las primeras 5 semanas que estuve en campo, simplemente no podía trabajar en mi investigación: ser voluntario de corta estancia¹⁴ me implicaba estar de tiempo completo en las labores de la casa. Ahora, esto no necesariamente se traduce en una jornada sin fin, sino que, en los momentos libres, poco o nada avanzaba de mi trabajo paralelo que era ser etnógrafo. Aunque esa fue mi primera impresión, posteriormente aprendí que en sí mismo, el tiempo que había pasado me permitió hacer reflexiones sobre mi presencia en la casa, los modos en que me comunicaba con la casa, con las personas albergadas, con los equipos de trabajo y en cierto modo: conmigo mismo, siguiendo a Hilda Mazariegos (2022): mi cuerpo era y es, mi diario de campo. En este, se han incrustado las historias mediante el oído y la vista, así como compartido fracasos y éxitos mediante las risas o las lágrimas. Otras veces, mi cuerpo “ya no puede seguir siendo marcado o seguir escribiendo” o, cuando releo las páginas de ese otro diario o diarios de campo en su forma de libreta o texto digital, mi cuerpo reacciona a esto ya sea con la memoria o la emoción y cómo me afectó o afectó a los demás cierto evento, es que el diario de campo está encarnado.

¹⁴ El voluntariado en la casa de migrantes no tiene un estándar. En algunas casas o albergues este servicio puede tener horarios y labores fijas. En el caso de La 72, hay dos tipos de voluntariado: de corta estancia que ha variado entre un mes a tres meses y otro llamado de larga estancia el cual, al finalizar el primero, el o la persona voluntaria puede decidir permanecer más de 6 meses en la casa. En términos someros, ambas formas del voluntariado se distinguen por el horario y días y actividades a realizar: mientras en el primero se permanece en la casa (mañana, tarde y noche), el segundo solo es de lunes a viernes y empieza de 9:00am y finaliza a las 5pm.

En ocasiones, sucumbía y me abrumaba por preguntas que iban en tanto mi relación con quienes me interpelaban ya que una preocupación constante era no generar un ambiente en que solo se les usaba como informantes y, que no me importase lo que sintieran o como vivieran sus procesos de migrar o refugio. En algunas ocasiones, no lo niego, me preguntaba: ¿qué es lo que hago aquí?, como si mi capacidad tanto de ser voluntario como de hacer etnografía estuviera en cuestionamiento por su legitimidad, como dice Angelica Ospina (2022): “[...] sentía temor de ser juzgada como poco profesional por mis pares y entonces ser excluida de espacios académicos. Al mismo tiempo, sentía temor de ser considerada por mis interlocutores en campo como alguien falso, que sólo le interesaba obtener los datos y, entonces, ser excluida del campo.” (Ospina, 2022, p. 267). En ese arrebató de emociones que tanto fracturaban como impulsaban mi estancia en campo, acontecían historias que me implicaban ya fuera etnógrafo o voluntario:

Nota del diario de campo. Febrero de 2022. Encuentro con Mirna, refugiada hondureña en la puerta de La 72.

[...] ha pasado mucho tiempo desde que miré a Mirna. Fue en el 2020 que la miré llorando inconsolable al saber que no obtuvo el refugio en México. Llevaba más de 8 meses esperando. Ese día, después de estar con ella en una suerte de catarsis, yo mismo lloré, me sentía frustrado, cansado. Pero ¿por qué?, al final ¡yo no era ningún solicitante de refugio! Pero mis horas estando con Mirna en la cocina, platicando de sus esperas, sus sueños, su familia y lo mal que la pasó para llegar a México: todo eso aparecía en mi cabeza y tuve que aceptar que, la empatía en lugares como estos duele. Así como ahora, después de dos años me reencuentro con ella, con su residencia. Ella al saber que estaba aquí en La 72, vino a buscarme para decirme que por fin lo había logrado. Hoy es alegría. Yo me siento contento.

Hacer etnografía de la casa de migrantes me llevaba por tres caminos: la casa en sí, las personas albergadas (que en su universo eran tanto las personas migrantes, voluntarias y equipos de trabajo) y, muy tardíamente: mi persona. Los conflictos, tensiones y arreglos en distinta escala, voces y cuerpos que estaban frente a mí de manera muchas veces vertiginosa eran parte de lo que aprehendía, comprendía y

muchas veces practicaba. Como se habrá visto, hablo de la casa del migrante como si fuera un actor más: es correcta esta apreciación. El trabajo de campo que he venido realizando parte de la postura de no solo ver a la casa como un escenario de la etnografía sino, como un actor más (*actante*, en términos de la Teoría del Actor-Red).¹⁵

Otro giro en tanto la labor etnográfica tiene que ver con la perspectiva autoetnográfica donde el cuerpo, las emociones y los afectos como parte de esa dimensión de lo sensible juegan, se interrelacionan, articulan y asocian con lo no-humano como lo es la casa de migrantes, el medio ambiente y la ecología misma. Esto no es algo que haya reflexionado de forma mediata, de hecho, es algo que es muy reciente y ha ido tomando forma en los últimos años. Ir, volver, regresar, han sido los momentos en una temporalidad más extensiva que he nombrado el *trabajo de campo in situ* donde escribo, acomodo las notas, reflexiono sobre los alcances, los límites del trabajo hecho o por hacer. Paralelamente a esto, surgió algo que no había problematizado como parte de trabajo de campo y, considero, cometía el error de muchas veces darlo por hecho: las relaciones que iba afianzando con las personas migrantes estaban mediadas por las casas de migrantes, fueran estas relaciones más o menos intensas, fuertes o débiles y ocasionales. Comenzó a mostrarse con más claridad el compromiso que debía tener con lo que aprendía y conocía, no tanto por la validez académica: era porque también hay una validez que viene de los lugares y personas con quienes compartimos, en cierto grado, la experiencia etnográfica. Lo potenciador de esto era evidentemente cómo podía influir mi trabajo en las experiencias de los otros y, por tanto, debía siempre estar vigilando las cuestiones éticas, políticas y culturales de mi trabajo. Como menciona Jillian A. Tullis sobre la reflexión autoetnográfica:

El posicionamiento del investigador es uno de los muchos temas que se deben considerar cuando se hace etnografía éticamente. La autoetnografía como método puede dar lugar a textos emocional e intelectualmente poderosos que se extienden muy fuera de la página, los cuales afectan audiencias y comunidades. Los autoetnógrafos, por ello, deben

¹⁵ La Teoría del Actor Red (uno de cuyos principales exponentes fue Bruno Latour) mediante las nociones de *actante*, *mediador*, *ensamble-articulación*, así como la *traducción* toma parte importante en cómo me postulo ante las cosas y artefactos en las prácticas sociales de las casas de migrantes, siendo una de las primeras propuestas, como se mencionó en el texto: mirar a la casa de migrantes como un actante.

considerar las consecuencias en lo personal, social, político y ético, [...]. (Tullis, 2019, p 179).

Menciona Olga Sabido: “Los cuerpos sienten y ese sentir da sentido al mundo. No obstante, los cuerpos no son idénticos, están diferenciados por diversos marcos de pertenencia, adscripción, condición corporal o transformación y reinención de sí mismos, es decir, son cuerpos diferenciados.” (Sabido, 2019, p 17). Precisamente, la labor *in situ* me llevó a entender mi diferencia y reinención de formas encarnadas:

Nota del diario de campo. Diciembre de 2021. Haciendo guardia en Casa Belén-El Ceibo, Guatemala.

[...] ayer por la noche, mientras hacía la guardia aquí en la casa de migrantes, solo sin nadie más, tuve miedo. Si bien sé que en este lugar – estaba en comunidad de El Ceibo, del lado guatemalteco – hay unas cosas que no conozco, de pronto me han dado ciertos temores, muy infundados, lo sé, pero temores. “No salgas después de las 6 de la tarde” fue el consejo de *Agustín*, guardia al que sustituí. Escucho disparos, pienso: el techo es de lámina, ¡malditas balas perdidas, que se pierdan en otro lado! Cerré y verifiqué los candados. Di un último recorrido como queriendo cerciorarme de que no había nadie. Silencio en el lugar solo la noche. A las diez se va la luz en la comunidad. Hay que dormir.

Aplicar ciertos postulados de la TAR al trabajo etnográfico representa también una serie de retos, pero debo aclarar que, si bien la TAR aparece como parte de mi capacidad de interpretar el mundo, no es total en esto.¹⁶ La idea del “nudo” “línea” y “globo” (Ingold, 2018) están presentes también. No puedo hablar aun de una etnografía *orientada a los objetos*¹⁷ -tampoco es mi propósito – pero no puedo ignorar que los objetos, lo no-humano, las cosas, el medio ambiente y los artefactos, son parte de la etnografía. A este punto rescato el ejercicio que hace Xavier Oliveras (2022) sobre el espacio, los lugares y el ambiente con sus propias agencias relacionales en tanto configuran simbólica, material, política y socialmente problemáticas sociales como las que surgen en los

¹⁶ En el apartado dedicado a la discusión teórica, se expone de mejor manera esto.

¹⁷ Tal vez sea muy atrevida mi proposición, pero no encuentro una manera de referirme a un trabajo que de algún modo también está ligado a la Ontología Orientada a los Objetos (OOO), con Graham Harman como el exponente referente.

espacios transfronterizos como lo es el Río Bravo (México)/Río Grande (EE. UU.) para las movilidades humanas. Ya Ángeles Pozas (2015) arrojaba hace tiempo el debate sobre la búsqueda del sujeto y la agencia en la TAR para los análisis sociales.

Retomando la nota del diario de campo anterior, el miedo estaba presente y mi espacio seguro era el estar dentro de la casa (lo cual me llevaba a retomar la idea de acogida, cuidados, seguridad); sin embargo, la casa también es vulnerable: el miedo a que agentes externos violen los límites físicos, simbólico y sociales afectan tanto a esta como a mí (y por ende a las personas migrantes albergadas en esta u otras casas):

Nota del diario de campo. Octubre de 2021. Plática por videollamada por WhatsApp con Ramiro sobre los sucesos de Casa Bethania Santa Martha.

[...] hace unos días hablé con Ramiro – un voluntario que conocí en La 72 – y al parecer lo que les pasó en la casa de Salto del Agua¹⁸, no fue mínimo. ¡Pensar que por fin él había logrado su objetivo de ser el psicólogo de una casa de migrantes!; su voz por teléfono aún se escuchaba algo nerviosa, aunque él lo negara. A decir verdad, en La 72 he sido testigo de cosas un poco peligrosas como el que pasen camionetas o carros tomándonos fotos o las peleas en la calle donde en ocasiones están implicados gente del cartel o las maras. Pero que haya llegado un grupo armado y básicamente tomaran toda la casa como rehén, eso rebasa lo que pudiera imaginar como riesgos en un trabajo [...]

Entonces: ¿qué es vivir la casa de migrantes? Este apartado que expone la discusión sobre el trabajo *in situ* etnográfico debe primero llevarme a responder dos controversias: una, *in situ* quiere decir “en el lugar”, “en el momento” o más precisamente siguiendo la definición de la Real Academia Española: “en el sitio, en el terreno”; esto para fines de quienes hacemos etnografía no representa mayor conflicto para entender: la naturaleza de nuestra labor es esa: “estar en terreno”, lo cual nos ha diferenciado dentro de la disciplina antropológica de otras disciplinas, inclusive de aquellas que optan

¹⁸ El 12 de octubre de 2021, aun en contexto de la pandemia por COVID 19, fue tomada por asalto por un comando armado que se presentaron como parte de la policía (situación nunca aclarada) la casa del migrante Casa Betania Santa Marta, en Salto del Agua, Chiapas. Ramiro, junto a un equipo de trabajo de varias personas, fueron retenidas, secuestradas y amenazadas de muerte. Para consultar: <https://redtdt.org.mx/archivos/16876#:~:text=El%2012%20de%20octubre%20del,en%20Salto%20de%20Agua%2C%20Chiapas.>

por un método de trabajo similar. Quiero traer a colación una idea de Peter L. Berger sobre el pensar común y la filosofía. Él decía: “Podría decirse que la apreciación sociológica de la “realidad” y el “conocimiento” se ubica a cierta distancia intermedia entre la comprensión del hombre de la calle y la del filósofo.” (Berger y Luckmann, 2001 [1968], p. 14). Con esto, coloca al que tenga el oficio sociológico en su haber, en un punto intermedio sin acudir necesariamente a uno u otro (es decir: mantiene su distancia tanto del hombre o mujer de la calle, de la vida común como del estudioso(a) y practicante de la filosofía en su camino ontológico). En todo caso, quienes hacemos etnografía estamos en contacto constate con uno u otro polo o punto que nos sirven para asirnos a las realidades complejas, navegamos en estas en ocasiones a contramarea o simplemente nos deslizamos trazando un mapa de lo social en el que los saberes, prácticas, lenguajes y estadios de distinto tipo nos interpelan, condicionan y afectan (cognitiva, corpórea y sensiblemente). Nuestro cuerpo y los cuerpos otros (humanos o no-humanos) le dan sentido y vida al ejercicio etnográfico. Eso entenderé por el “vivir la etnografía o la casa de migrantes”.

La segunda controversia parte de discutir lo *in situ* de la etnografía: ¿Cuando estoy en una videollamada, qué tanto estoy en terreno?; hace unos meses (diciembre de 2023) una familia a la que he acompañado durante su trayecto de refugio en México, en Estados Unidos y ahora, que se ha asentado en Saint Jerome (Montreal, Canadá) platicaba sobre los días pasados y presentes con miras al futuro, como la suma de esos capitales emocionales y simbólicos del migrar, una economía de la nostalgia en las emociones (Hirai, 2014) que me ha permitido escucharles cómo han cambiado no solo de estatus migratorio sino también como sujetos, personas. Estas conversaciones no solo han sido de forma presencial. El terreno se diluye y transforma rápidamente, un efecto de esa modernidad líquida (Bauman, 2004) pero en el dilema del entrar y salir (García, 1989) en la modernidad que desterritorializa las expresiones y formas de hacer investigación etnográfica. Debo aprender a desanclarme. Entonces, lo *in situ* es transversal y en movimiento: la forma en que trabajo en terreno (sea este digital o palpable) es una muestra de cómo trato de abordar problemáticas globales, transnacionales y locales, así como simbólicas y emocionales. No pretendo agotar la

discusión sobre esto, sin embargo, es pertinente que quede lo más clara posible mi postura ante el trabajo en terreno y la etnografía *in situ*:

Nota del diario de campo. Junio de 2022. Intercambio de mensajes con Cynthia y Nahum, ellos en Piedras Negras, Coahuila, yo en mi casa en Nezahualcóyotl, Edo. Mex.

[...] esta mañana miré los mensajes de mi teléfono: eran de *Cynthia y Nahum*. ¡Por fin habían llegado a Piedras Negras, Coahuila! Tres veces intentaron cruzar el río: no entiendo muy bien por qué esta desesperación de hacerlo: ¡ya tienen el refugio!, entiendo que tal vez no sea suficiente, pero ¿por qué arriesgarse tanto? Ahora están en la casa del migrante de Frontera Digna, no sé qué tan bien estuvo de mi parte, pero sé que ellos cuentan con mi ayuda: unas llamadas que pude hacer y pudieron entrar. La casa está llena. Cada día llegan más y más personas a Piedras Negras.

I.IV.c. Lo posetnográfico: aprender a migrar.

Me pregunto cuánto he cambiado entre aquel 2016-18 y este 2024 en que escribo esto; retomando la propuesta de Rodrigo Parrini mencionada párrafos antes en este capítulo, “Quisiera proponer que en el momento posetnográfico, necesariamente pasajero y frágil, se superponen tiempos sobre tiempos y producen otras cronologías, quizá imaginarias, pero con algún poder interpretativo” (Parrini 2021, p. 77).

En esta misma sintonía me encuentro en el ejercicio de escribir en clave emotiva fuera del terreno tratando de (re) interpretar lo que viví en la casa de migrantes y en los distintos caminos que se fueron hilando y anudando. Justo en este momento, recibo los mensajes por WhatsApp de una mujer hondureña ex refugiada en México, ahora ella radicada en alguna ciudad de EE. UU, que hace unos meses me pidió ayuda para recibir a su hermano en la Ciudad de México: un joven pasados sus 17 años y que, evadiendo las fronteras verticales, entró por Tenosique, El Ceibo en Tabasco y por razones aun no tan claras en las que siempre aparece “el amigo o conocido en ruta” que sugiere un mejor camino, terminó en Oaxaca (centro) hasta llegar a la Ciudad de México. Ahora, después de la semi clandestinidad de su viaje, y esperando llegar a su cita de CBP One, me piden verificar si la ayuda que reciben de una organización es de fiar o no, si es seguro para hacer el viaje de Monterrey a Piedras Negras donde él tendrá su cita con las autoridades

del U.S. Customs and Border Protection¹⁹ y con esto da inicio a otra parte de su viaje migrante.

Pero esta historia – por nombrarle de algún modo – ya no forma parte del trabajo etnográfico que realicé años y meses atrás; sin embargo, se suma a una data de eventos microsociales que suman sentido a lo que he hecho. Es parte de esas otras cronologías que acontecen y ayudan a viajar de nuevo, al evento ya vivido. El proceso posetnográfico es un duelo: es la pérdida de algo para continuar: cada una de las viñetas vertidas hasta ahora y más adelante, han pasado por una relectura, selección, sistematización y reflexión para considerarse parte del dato etnográfico. Sin embargo: ¿lo demás no lo era? Entonces entra en juego el criterio antropológico y sociológico para empezar a dibujar una pintura de algún tipo que se desdibuja a momentos o toma unas tonalidades inesperadas: ¿cómo se vinculan las casas de migrantes y las personas migrantes?, la respuesta a este momento es aparentemente obvia: por el trabajo humanitario de las primeras y la necesidad de espacios seguros para las segundas. ¿Dónde encajo yo? La narrativa autoetnográfica es un ejercicio vinculatorio que me ha situado y posicionado en clave emotiva y circunstancial: ¿de qué hablo yo, si al mismo tiempo los tránsitos continúan, las casas de migrantes persisten, los logros y las derrotas solo cambian de rostros o pies? ¿los proyectos humanitarios seguirán presentes por mucho tiempo?

En esta pintura que se ha vuelto una bruma hay que encontrar una claridad; quizá reconociendo la escritura etnográfica como parte de la *vita activa* en la que Hanna Arendt (2003) propone la tríada labor-trabajo-acción como forma ontológica para entender la condición humana; ahí, en la acción y la pluralidad que viene con esta, como ella expuso, es que toma su forma y se vuelve única y con esto, comienza a tomar sentido el escribir en clave emotiva desde mi ser que se vincula con los demás sin perder su propia esencia que le hace andar en este mundo. Lo escrito ha de vincular y vincularse con las vidas y sus historias en la movilidad humana, es rizomático ahora tomando la propuesta de Guilles Deleuze y Félix Guattari (2002): una escritura etnográfica que no es calca de otra pero contiene elementos de otras escrituras similares y a su vez, se ha de unir en un

¹⁹ Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de Estados Unidos, por sus siglas en inglés (U.S. CBP).

tejido de palabras, ideas, conceptos y demás que hablarán de algo: la clave es cómo se enlazarán en un mundo donde todo tiende a instrumentalizarse y no tanto a sentirse y con esto, expandirse. Con esto, viene a mi mente en esta nostalgia posetnográfica, que Tenosique significa *la casa del hilandero*²⁰ y que es precisamente que el ejercicio etnográfico fue comprender de forma situada dónde o cómo se materializa ese hilo que ayuda a tener una red que algunos nombran como corredores humanitarios (Candiz y Bélanger, 2018) o simplemente como las rutas de tránsitos migrantes donde cada casa o albergue articula y anuda, vinculando y asociando actores, sujetos, objetos, problemáticas y vidas cotidianas.

La 72: ahí es donde comenzó este viaje. Ahí es donde también decidí que finalizará. Es un duelo, como lo mencioné: al inicio, como Charlotte P. Gilman (1892), buscaba la línea, el trazo que me indicara cuál era la ruta o coordenada en ese mapa social de las migraciones irregulares y las atenciones humanitarias. Ese tapiz amarillo tomó forma en el río Usumacinta y las espesas vegetaciones de la frontera en El Ceibo. Como ella, al principio busqué una coordenada de inicio y una de fin, pero pretendiendo cierta homogeneidad en un sitio donde la emergencia cambia los caminos, las prácticas y las vidas de formas vertiginosas. Con los años, aprendí a andar, a seguirles el paso: no importaba si ese caminar iniciaba antes de conocerlos cuando decidieron huir con una mochila a sus espaldas y no voltear atrás. O si en la pausa más larga, nos sentamos a comer en la casa de migrantes, en La 72, en Casa Belén, en la Palma, a lo largo de la ruta del Pedregal, a la orilla del malecón de Tenosique. Muchas veces llegamos juntos a la Ciudad de México con la palabra refugio enunciada. Otras, teníamos que regresar al sur porque las cosas no culminaron como se pensó. Aprendí a cruzar el río, allá en el norte, pero también a experimentar la zozobra de saberse expuestos: *Eric, ¿usted no conoce aquí una casa de migrantes?*, me escriben aun, algunas personas confiando en mí, sus vidas y con esto siento el peso de la responsabilidad de saber, de conocer. Y entonces el hilo que se tiende desde Tenosique llega a Piedras Negras, a Monterrey, a

²⁰ *Ta na tsiic*, en vocablo maya (no se especifica cuál de todas las variantes). Para consulta: <https://tabasco.gob.mx/tenosique#:~:text=La%20palabra%20Tenosique%20proviene%20de,deshilador%20o%20del%20hilandero%22%E2%82%AC%20>.

Tijuana. Más allá, a Nueva York, Houston o más lejos, a Saint Jerome, en Canadá y pueda ser que más lejos.

Extraño la sonrisa de *Buttari*, migrante de origen camerunés que, estando detenido en la estación migratoria de Villahermosa (Tabasco) fue canalizado a la casa de migrantes, a la 72, porque las autoridades migratorias no podían darle un buen seguimiento a su condición de salud que requería (requiere) dos dosis de insulina diaria. *Buttari* habla inglés y por esa razón pasó por dos intentos de secuestro: uno en Tenosique, otro, en El Ceibo. Dudo que él llegue a leer esto, sin embargo, su caso es el de muchos que, estando en terreno o no, haciendo trabajo etnográfico, siguen ocurriendo. No puedo escribir sin recordar el caso de *Estefy*, una niña nicaragüense que, junto a *Sandi*, su padre, salió de Casa Belén, para pasar la frontera por tercera ocasión: ya antes en EE. UU. fueron deportados por razón del Título 42, dejados su suerte en Corinto, frontera de Honduras con Guatemala, consiguieron llegar a México, de donde nuevamente fueron deportados a Guatemala bajo las lógicas del tercer país seguro para los solicitantes de refugio. *Estefy* a sus escasos 5 años había cruzado tantas fronteras de las que posiblemente yo podré cruzar algún día y, sin embargo, sus ojos no dejaban de ser tan expresivos.

Y así, podría continuar en la escritura y descripción de ejemplos hasta agotar la memoria de mis recuerdos y las líneas de mis diarios de campo. Estos, fueron intervenidos en algunas ocasiones por las manos de los niños que plasmaron dibujos, estrellas, nombres. O de aquella persona que me dejó una dirección de Cuba o de Honduras por si algún día fuera yo de paseo por esas tierras, estuviera seguro: *si usted llega a ir, dígame que es mi amigo. Es la dirección de la casa de mi mamá. De paso, le dice que ando bien, que estoy en la casa del migrante*. Promesas incumplidas o que algún día se cumplirán.

Respondiendo ahora lejos del terreno: ¿cuál es el propósito de la escritura? Someramente esto se responde diciendo que es para sumar a los estudios etnográficos sobre las movilidades humanas. Pero esto también parece alejarse como tomando una distancia segura que me permita sostener un argumento sin cuestionamientos. Decía que, quienes hacemos etnografías no buscamos necesariamente el equilibrio, sino que

nos encontramos en el vilo y la emergencia constante. ¿No fue esto lo que pasó con Renato Rosaldo, quien nos ha legado con su experiencia emotiva y trágica al no poder llorar a Michelle? Sentencia en clave emotiva: “Parecía que las palabras eran las que escribían a través de mí y no era yo quien las escribía”. (Rosaldo, 2000, p. 32). Siguiendo a R. Rosaldo, cuando escribo la autoetnografía lo hago desde mi experiencia para que quien lea viva la intensidad de las vidas en tránsito y pausas, sus anhelos, sus miedos, sus alegrías y tristezas. Los distintos pliegues en que se puede hacer esto, responden o son fruto de las preguntas de investigación, pero también de situaciones imprevistas y aprendidas que me han aleccionado sobre cómo comunicar lo que he vivido. Han pasado algunos años y voltear atrás es necesario, pero mirar hacia adelante para poder imaginar la pintura final, no necesariamente es para colocar un marco que simbolice un final.

La madurez para realizar investigación va a la par de la capacidad de escrituración y otras habilidades (tomar fotos es una de estas, en un mundo tan digitalizado, la imagen juega un papel importante); mi escritura posetnográfica alcanzó un posible pico que es claramente perfeccionable: en abril de 2023 marchando en el Viacrucis migrante, recorriendo durante tres días más de 65 kilómetros desde Casa Belén a La 72 en la ruta conocida como El Pedregal-La Palma²¹ de donde rescato parte de una crónica que escribí sobre aquella experiencia:

Cerramos el primer día del Viacrucis, ¡casi 40 kilómetros andando y cerca de 12 horas andandol; pies ampollados, fiebres, hambre, cansancio. La 72 siempre nos acompañó, así como el cuidado de las comunidades de apoyo. ¡Sí!, la razón del Viacrucis es la liturgia católica, pero se volvió “migrante” y con esto, apreciar que la práctica humanitaria desde las casas de migrantes es credo y acción, es práctica y vida. Así como las ampollas arden en los pies, las vidas aquí se consumen para dar persistencia a los sueños de quienes migran. Andando y resistiendo. (Luna, 2023).²²

²¹ Esta es una de las tres rutas que se trazan entre Tenosique y su frontera con Guatemala. Paralela a la ruta más común que recorre toda la carreta El Ceibo-Tenosique, parte de la comunidad de El Pedregal para pasar por la Comunidad de La Palma y finalmente llegar a Tenosique centro. En esta ruta hay poco más de 10 comunidades o rancherías que se articulan, algunas, en una ruta de apoyo a las personas migrantes.

²² Fragmento de una crónica escrita y publicada en la sección de Veracruz Tierra de Migrantes de La Jornada de Veracruz en su número 7 del mes de julio de 2023 con el título: *Caminar como migrante* (p. 6). Para consulta: <https://jornadaveracruz.com.mx/wp-content/uploads/2023/07/Suplemento-Veracruz-TierraDeMigrantes-Julio2023.pdf>



Foto 4. Una persona salta entre los vagones del tren para buscar donde poder tomar un lugar antes de que arranque el tren. Tenosique, Tabasco; febrero de 2020.

I.V. Un camino que continuar

La intención de este capítulo sobre el proceso de la construcción y vaivén etnográfico y autoetnográfico en la problemática en que me he situado, llegó con la propuesta de abordar las formas de articulación o asociación entre experiencias y descripciones del trabajo de las llamadas casas de migrantes que, en un trabajo de largo aliento, trato de potenciar desde un método que parte del cuerpo, las emociones y los afectos. En cierta forma es un reflejo: aprender a migrar en clave etnográfica significa, desde el trabajo que he realizado, abordar o evidenciar ciertas problemáticas donde la presencia continua en terreno permite una mejor comprensión y traducción de los hechos. Los tiempos de espera llevan a pensar en cómo narrar a los cuerpos y sus prácticas migrantes en donde, de alguna manera, estoy imbuido al ser testigo, pero también de traducir sus testimonios. Siguiendo a Judith Preissle y Kathleen DeMarrais (2019) es un proceso de reflexividad, recursividad y reflectancia en la búsqueda de esa poética y narrativa etnográfica:

La reflectancia, como parte de la posetnografía es en tiempo presente, con este manuscrito que pasando al ojo crítico no solo desde la antropología, espera reflejarse en las ideas de otros más y, ser validado y apreciado disciplinarmente. Es el ejercicio y búsqueda de esa autoridad etnográfica que presupone preguntarme: ¿quién soy para poder hablar de lo que he vivido y al mismo tiempo, para narrar un fragmento de vida de otras personas? Y claro, que esto se vuelva un dato etnográfico para una sociología o antropología en el estudio de las movilidades humanas (Luna, 2024).

Entonces, el camino sigue abierto y como las vidas que migran y refugian, que esperan y avanzan, debo continuar mi propósito de continuar “migrando” desde mi circunstancia, pero localizándome y situándome y esto será posible desde y con las casas de migrantes, ese actor que en un mar donde es tan fácil naufragar, de un punto para asirme y buscar rumbo: la casa del migrante es la casa del hilandero, donde se anudan, enlazan, trozan y vuelven a hilar las prácticas, las vidas, los cuerpos y sus vidas.



Foto 5. Un grupo de personas migrantes esperan su turno para ser registrados y poder albergarse en la casa de migrantes de Palenque, Chiapas, Casa del Caminante Jtatic Samuel Ruiz García; agosto de 2022.

Intersticio: ¿Una etnografía orientada a los objetos o una etnografía con los objetos? Una etnografía vinculada al actante

Un intersticio es un hueco o vacío entre dos cosas que media entre dos partes de algo²³; también, implica un intervalo de tiempo o distancia entre dos lugares. Pensando que el intersticio no es un “vacío” meramente sin vida o sin un propósito ya que en algún momento o circunstancia se ha de “llenar”. El intersticio que se presenta entre la práctica etnográfica y las casas de migrantes y que, en algún punto, enunciaré como vivir la casa de migrantes me lleva a plantear la discusión sobre cómo estos elementos (la etnografía y las casas) se vinculan o unen, pensando a la casa como un actante.

El punto de partida ha sido la Teoría del Actor-Red (TAR) (Tirado y Domenech, 2005; Latour, 2008; Pozas, 2015) desde donde las nociones de mediador y actante (actor-no humano) ayudan a un primer abordaje sobre las casas de migrantes como actantes. Dice Héctor Hernández:

[...] la propuesta de Latour, Callon y Law es un “giro” relacional entre lo humano y lo no humano. De ahí que el concepto de actantes resulta fundamental para entender la propuesta de la TAR. Con ayuda del término de simetría generalizada se pone énfasis en que ni la naturaleza ni la sociedad deben tener primacía para explicar el fenómeno. (Hernández, 2023, p. 1081).

Este “giro” relacional que puede hallarse en otras revisiones del trabajo de B. Latour (Echeverría y González, 2009; López y Tirado, 2012; Monterroza, 2017) abriendo el debate en torno a la simetría encontrada en el trabajo de B. Latour como sustrato del ensamblado qué propone como esa serie de articulaciones y asociaciones posibles entre actantes humano y no-humanos. Si he de pensar e imaginar estas propuestas en torno a la casas de migrantes: ¿cuál es el intersticio presente? La idea que abono a este es de la vinculación en su metáfora de hilos que se tejen en tanto la práctica y actuar humanitario de las casas de migrantes: el vínculo (más que un ensamblaje) es un intersticio posible entre las interacciones, intercambios y desencuentros entre actantes:

²³ Definición obtenida de la Real Academia Española (RAE) diccionario en línea. Para consulta: <https://dle.rae.es/intersticio>

entre las personas migrantes, yo y las casas lo cual puede ser un tipo de simetría, citando a David Bloor:

Dado que gran parte de nuestro trasfondo consiste en regularidades sociales, podemos decir que nuestra curiosidad se estructura socialmente. El requisito de simetría es una llamada a vencer esas tendencias y reestructurar nuestra curiosidad. Afortunadamente, no nos exige trascender las leyes fisiológicas de nuestro tejido nervioso sino reconstruir el tejido social en torno al cual se ha adaptado nuestra curiosidad. (Bloor, 1998, p., 255-256).

Esta idea de simetría (que parte, curiosamente de uno de los críticos más fuertes de B. Latour como lo es David Bloor. Véase: Anti Latour, 1999) evidencia también la existencia de un “hueco” un tiempo-espacio entre la simetría: no se puede pensar una simetría como algo donde las diferentes partes se corresponden, tal vez, con los cuerpos robóticos de diseños antropomorfos pensando en etnografías en el campo de la tecnociencia como los hechos por Anastasia Sergeeva (2024) y su muy atinado observar de las evocaciones al cuerpo y sin embargo, hay algo que no “esta” y eso, evidencia ese intersticio entre el cuerpo robótico/antropomorfo y el cuerpo humano sensible. Sin ahondar el debate, ya que solo es un ejemplo somero, vuelvo a la casa de migrantes: ¿cómo hago simetría con estas?

Me parece, una de las primeras cosas es pensar a la TAR o enfoques similares, en los estudios de las movilidades humanas (migración) siendo que esta, desde diversos recortes, interpretaciones y críticas, ha ido desplegándose en diversas áreas más allá de la sociología del conocimiento, la ciencia o la tecnología (Callon, 2008; Callon y Latour, 2011) yendo a estudios de lo urbano, la arquitectura o las representaciones sociales; parafraseando a John Law (1999): en sí mismo el nombre de Teoría del Actor–Red implica tensiones que ayudan a observar lo centrado y lo descentrado, lo humano y lo no–humano. O, en este caso: la persona migrante/refugiada y las casas de migrantes. Trabajos como el de John Doering-White y Alejandra Díaz de León que consideran a las casas/albergues de migrantes como *múltiples* en una referencia a la multiplicidad de actividades-prácticas que desde los albergues se constituyen, por ejemplo, en

acompañamientos y orientaciones en las solicitudes de refugio o asilo por parte de personas migrantes (Doering-White y Díaz, 2024) apuntan precisamente a esa vinculación para actuar de las casas de migrantes.

¿No es acaso la casa del hilandero un actor más? Aun si está en clave simbólica, está *haciendo* algo en la narrativa etnográfica, y es el hilar como un punto de partida que me sitúa en el municipio de Tenosique, donde hay una casa de migrantes en que he pasado parte de mi vida de investigación y, al mismo, ese hilo –invisible a primera vista– permite el tejido de una red de atenciones humanitarias a las personas en movilidad, lo cual arguyo desde la experiencia sensible y encarnada siendo partícipe de aquellas atenciones, se extiende la presencia de la casa y sus asociaciones o vínculos posibles con otras casas, con otras personas migrantes y con otras prácticas sociales culturales, políticas, económicas en una dimensión que desde la ciencia social nombramos como movilidad humana.

El punto de partida es la casa de migrantes lo cual lleva a considerar el *actuar* de la casa y con esto, una etnografía que toma a las cosas u objetos inanimados o no-humanos como parte de los actores en terreno del trabajo de campo. La pregunta no es para quién es la casa, cuando me refiero a la casa de migrantes, sino: ¿a quién acoge?, ¿a quién cuida?, ¿a quién protege? Esta, la casa, está haciendo algo y no solo es un espacio o escenario del drama social, como podría recuperarse en términos E. Goffman o de V. Turner. Y lo mismo mencioné en su momento, acerca del río, el clima, los caminos, es decir: toda una ecología y medio ambiente que participa de alguna manera en cómo observar y vivir los tránsitos de las migraciones irregulares e indocumentadas; desde donde propongo la etnografía, surge la necesidad de hablar de lo que hace la casa: ¿cómo?

Graham Harman (2017) con la propuesta ontológica orientada a los objetos (OOO) lanza atisbos, no de la presencia de los objetos sino, de lo que hacen y son estos; en la OOO, todas las cosas (humanas o no humanas, animadas o no animadas, materializadas o simbólicas) son objetos y con esto, la dualidad sujeto/objeto se dispersa y las acciones son recíprocas porque todos los objetos son afectados por las relaciones y tensiones que hay entre estos. Esta propuesta, que espero discutir más adelante de forma más sucinta,

arroja las primeras luces para considerar a las casas de migrantes como parte de esos objetos.

Por otra parte, Bruno Latour (2008) con la propuesta de la Teoría del Actor-Red (TAR), y en concreto las nociones de actante y mediador como formas de ver a los actores sociales y rastrear, articular, para finalmente ensamblar lo social de las cosas, ayuda en clave metodológica a buscar qué es lo social que hace a la casa ser parte de lo social: ese actante que sin una forma definida (una casa, un albergue, una palapa, un río, etcétera) que actúa y comunica mediando desde su práctica social, siendo que esto también posiciona al actante políticamente.

Finalmente, Tim Ingold (2018) en la misma clave de arrojar luces a la presencia de las cosas en la vida social, habla de líneas y nudos (NL) en donde el actor o actante se vuelve un nudo que, en una crítica al ensamblaje de B. Latour y su falta de emotividad y vida en lo guiones (que aquí son sustituidos por las líneas) arroja a la arena interpretativa epistémica y metodológica que esas líneas dan sentido y vida ya que conectan – anudan – los movimientos de las cosas, *los globos*, desde su propuesta. Esas líneas se cruzan, conectan y tejen en cierta oposición a lo articulado y el ensamblaje; un nudo pasa por tensiones, elasticidades y no siempre se anuda de la misma forma.

Con esta base para partir epistémica y metodológicamente es que la casa de migrantes es un objeto-actante-nudo en la construcción de la narrativa antropológica: ¿no ha sido desde que me acogió, que he logrado aprender sobre la movilidad humana y la práctica humanitaria? ¿no es acaso esta, quien me recibe cada que viajo a la frontera? La casa de migrantes es un actante que media entre distintos actores (humanos o no-humanos); el caso más evidente es la forma en que actúa/media ante las acciones del Estado hacia las movilidades humanas en situación de tránsitos irregulares y, los grupos o colectividades de personas que materializan con su práctica aquellos tránsitos. Así, las tensiones o desacuerdos posibles son traducidas por la casa mediante la práctica humanitaria de esta. Orientar la etnografía hacia los objetos, no es recurrir a un ejercicio metafísico, para dar vuelta a algo que posiblemente puede llegar a esencializarse y no problematizarse. Todo lo contrario: lleva a un ejercicio sociológico y antropológico que plantea la necesidad de hablar *de* y *con* las cosas u objetos no humanos –tanto, como

de y con los cuerpos sintientes— pero también de lo que significan o simbolizan, es decir, esa parte inmaterial de las cosas o los objetos y sus múltiples asociaciones o relaciones. La casa de migrantes, en esta idea, es un lugar de esperanza y vida, y no necesariamente esto se ancla o reduce a un periodo de tiempo o espacio como la casa misma, así como tampoco es esa esperanza, una cualidad que le haya dado un grupo de personas migrantes en particular. La casa de migrantes sigue siendo y dando esperanza ahí en donde está físicamente, pero también a lo largo de las travesías y trayectos de las personas migrantes. Ambos objetos, la persona migrante y la casa, persisten en una asociación latente y continua.

Concluyendo y uniendo desde el intersticio:

El ejercicio etnográfico para abordar las casas de migrantes es un vaivén entre la autoetnografía (siendo yo voluntario y partícipe de las muchas prácticas de la casas) y la etnografía propiamente situada: y este situar, se da gracias a la casa que me acoge y enseña el papel de voluntario. Es decir: me he vinculado con la casa en tanto no podría hacer una etnografía de esta, sin que me lo “permitiese”. Esto, no es una mera metáfora: el día a día en la casa de migrantes es una enseñanza que solo es posible estando ahí y comprendiendo las muchas formas en que actúa (esté o no de acuerdo con esto). Habría que robustecer la idea del actante no–humano como la casa de migrantes, pero hay por lo menos dos cosas que teórica y metodológicamente se pueden operar en el trabajo etnográfico: la idea de la simetría ha de voltear a la del vínculo como ese ejercicio de situarse en los intersticios posibles, viviendo las tensiones e incertidumbres de vivir la casa de migrantes. Por otro lado, más que una etnografía orientada a los objetos es una etnografía vinculada con los actantes.

La casa de migrantes es precisamente lo que es, debido a que tiende líneas y une líneas en distintas claves: emotivas, materiales, de prácticas, de conflictos, etcétera. Si no fuera así, simplemente estaría estática y dejaría de ser un actante o simplemente nunca lo ha sido. Sin embargo, su capacidad de anudar y tejer redes sociales le da un papel de importancia en la dimensión de las atenciones a las migraciones irregulares. Los procesos de refugio son una línea y esta es, en parte, anudada desde lo que hace la casa de migrantes dejando ver solo una de las muchas formas de seguir un guion (TAR)

o de reconocer las tensiones entre objetos (OOO) y de cómo se anudan (NL) los procesos y prácticas sociales desde y con la casa de migrantes:

La 72. Así, con género femenino, La 72 es una casa acogedora donde las personas migrantes no sólo encuentren pan y cama para dormir, sino encuentren el abrazo solidario, la bendición materna, el lugar donde las mujeres embarazadas den a luz y donde los sueños de una vida mejor se empiecen a hacer realidad. [...] **Hogar – Refugio.** No es la nuestra solo una casa, un albergue, es un verdadero hogar donde las y los migrantes encuentren no solo el lugar para descansar, curar sus heridas, comer, dormir, sino también puedan ser escuchados, consolados, atendidos espiritualmente, donde puedan ser orientados y asesorados jurídicamente. Es un refugio, un espacio para protegerlos de los victimarios sean delincuentes, criminales o autoridades civiles [...] **Para Personas Migrantes.**



Foto 6. Una persona descansa fuera de La 72. Al no acatar las reglas de usar cubrebocas y no fumar, debe permanecer fuera hasta la noche; Agosto de 2022.

— *Journal of the American Medical Association*, 1997

²⁴ En este caso, expongo y refiero de manera general como casas o albergues a la pluralidad de espacios y actores acogida humanitaria que atienden a las personas en situación de movilidad humana en forma de tránsitos irregulares e indocumentados a través de México; sin duda, no se puede homogeneizar la forma de nombrar a estos actores, sin embargo, más adelante argumentaré el porqué de mencionarles como “casas de migrantes”.

segunda circunstancia tiene que ver con el papel secundario que, aún en la actualidad, muchas de estas casas tienen en las investigaciones. Actualmente, puede apreciarse un interés “renovado” por conocer, aprender y problematizar a las casas de migrantes, particularmente con trabajos de grado que han surgido recientemente desde la antropología.

El texto de Rene Manenti (2012) puede atenderse como la primera investigación que toma a las casas de migrantes como su interés de estudio (de la Red de Casas Scalabrini) y donde una de las proposiciones de su trabajo es demostrar la importancia de las casas de migrantes para comprender directa e indirectamente las formas que toman los flujos migratorios irregulares, posicionando a las casas como actores que tienen un papel importante no solo en las atenciones humanitarias sino que también estas generan información que no es alcanzable y corroborable sino hasta estar y consultar a las casas de migrantes. El texto de Priscilla Solano (2017) centra su atención en las casas para migrantes con la característica de nombrarles de forma metafórica como *jardines de vida*, mientras que a la acción humanitaria de estas casas la coloca como *bajo las sombras*. Es, desde esta metáfora de la sombra, que enuncia la presencia de las casas de migrantes y su actuar humanitario como una posible contra propuesta a las políticas migratorias de atenciones dirigidas desde el norte global entendido esto como una crítica decolonial en la dimensión de las movilidades humanas. El siguiente texto es Jaime Alejandro Olayo Méndez (2018) cuya propuesta discute el rol que las casas de migrantes tienen como actores humanitarios ante una crisis emergente y de emergencias en las movilidades humanas irregulares, indocumentadas y transnacionales: el humanitarismo de base es el concepto que formula como cualidad y sustrato de acción en las casas de migrantes y cómo desde esto, se vinculan en redes de apoyo y atenciones ante las omisiones de los Estados.

Junto a esto, el trabajo de Yaatsil Guevara González (2022) – que tal vez sea el más cercano a mi experiencia etnográfica – aborda la cotidianidad de la casa de migrantes en la frontera sureste para problematizar, entre otras cosas, lo que nombra las esperas y estrategias del migrar y donde la casa juega un papel importante en el itinerario de las personas en movilidad y/o refugiadas. Finalmente, sumo la propia propuesta de lo

que entiendo por una casa del migrante, en un sustrato que me ha permitido avanzar y estar en las casas, participando y aprendiendo de estas. No agoto aquí la idea – esto corresponde más bien al capítulo teórico y de conclusiones – pero lo que he escrito antes de presentar esta tesis bien puede sumarse a un estado del arte que, se espera, sea consultado para futuros trabajos sobre el tema.

II.I. Las casas de migrantes: una breve introducción.

En México, desde su frontera sur a la frontera norte, de sus límites en el Golfo de México y en el Océano Pacífico, hay cerca de 130 – o más – espacios de acogida humanitaria enlistados en el Directorio de casas y albergues de ayuda para migrantes de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) de 2019. Hombres, mujeres, adultos mayores, de las disidencias sexo genéricas, niños, niñas y adolescentes acompañados o no, de orígenes nacionales continentales y extracontinentales que generalmente se encuentran en movilidad humana en su forma de tránsitos irregulares e indocumentados – aunque esto ya no es regla – inclusive, personas que han sido detenidas, deportadas, devueltas o que están en espera de regularizar su estatus migratorio en México, han conocido la labor de aquellos espacios y actores sociales de acogida humanitaria, en particular, de las llamadas casas de migrantes. No hay un mapeo completo de estas casas y en todo caso, la primera de estas abrió en Tijuana, México, en 1987²⁵ y fue el inicio de la Red de Casas Scalabrini que se mantiene hasta estos días; algunas otras se conocen por su historia más reciente, como La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes (2011), durante mucho tiempo la única casa de migrantes en el extremo de la frontera sureste de México, en Tabasco. Otra, Casa del Migrante Hermanos en el Camino, tal vez sea más recordada porque es donde el Padre Solalinde, quien por muchos años fue un referente de las atenciones humanitarias con las personas migrantes que llegaban

²⁵ Es complicado hablar de una fecha concreta de cuándo las casas o albergues de migrantes empezaron a ser conocidas en México, si bien es posible rastrear de forma oral que las asistencias y atenciones eran dadas por personas de la comunidad donde transitaban las personas migrantes o cuando estas se acercaban a las capillas o iglesias locales esperando ayuda. Las redes o el germen de estas redes se podrían comenzar a rastrear en datos concretos y corroborables como el mencionado sobre la Casa del Migrante de Tijuana, que se siguió de la Casa del Migrante de Ciudad Juárez (Chihuahua) y poco tiempo después la red incluía a la Casa del Migrante de Tecún Umán en Guatemala. Para una línea de tiempo, consultar en: <https://www.migrantes.com.mx/copia-de-quienes-somos>

a Ixtepec, Oaxaca. Pero hay otros espacios, como Las Patronas, en Amatlán de los Reyes (Veracruz), que en los 29 años de su existencia, han adecuado su espacio a manera de ser también una casa de migrantes; otras casas poco conocidas como Casa del Migrante Betania en Mexicali (Baja California Norte), el Comedor de Caborca (Sonora), Casa del Migrante el Samaritano Peregrino, en Atitalaquia (Hidalgo), Casa Hermanos en el Camino, en Metepec (Estado de México), entre otras más que podrían mencionarse, en ocasiones no son mencionadas en el documento de la OIM consultado, pero pueden aparecer en otros esfuerzos de elaborar un directorio exhaustivo de estas casas y albergues.

El universo que representan estas casas y albergues es heterogéneo en sus orígenes y base de trabajo que generalmente nace del vínculo entre la iglesia y la sociedad civil organizada; Pilar Tavera (2014) dio uno de los primeros panoramas sobre estos espacios *solidarios en el camino* dando forma a un Atlas de lo que nombró organizaciones de apoyo a migrantes centroamericanos – hay que notar este énfasis sobre para quienes es ese apoyo – acercándose a 63 de estas:

Cada una de estas organizaciones nació en primera instancia como repuesta ante el hambre, la sed, y el cansancio de los miles de personas migrantes que van en busca de una vida digna. Independientemente de su denominación (casa del migrante, albergue, centro de acogida o colectivo), naturaleza (comedor, dispensario, refugio o casa) y forma jurídica (asociación civil o institución de asistencia privada), cada una de las organizaciones se concibe a sí misma como un espacio de solidaridad y encuentro con el prójimo. (Tavera, 2014, p. 14).

Dando un salto, la Dimensión Episcopal de la Pastoral para la Movilidad Humana (DEPMH-México) en 2024 lanzó un recurso electrónico para localizar las casas, albergues y organizaciones (que engloba como centros de atención a personas migrantes- CAPM)²⁶ y aun así, no es exhaustivo (menciona una treintena de estas); inclusive Banco Bilbao Vizcaya Argenta-México (BBVA) ha tratado de capitalizar esta información – con el estudio del seguimiento de remesas en México – digitalizando un

²⁶ Para consultar: <https://depmh.org/mapa/>

Mapa de casas para migrantes, albergues y comedores en las principales rutas de migración en México, 2020 (BBVA-Research, 2020).²⁷ Se pueden nombrar más trabajos que han buscado enumerar a cada una de estas casas y aportado información confiable y corroborable en terreno para quienes realizamos investigación con algún interés en las casas de migrantes y, como he tratado de mostrar, esta tarea es una labor pendiente que implica recursos, tiempo y un esfuerzo físico en el que la presencia de las casas de migrantes puede o no, facilitar la tarea de alcanzar un mapeo o directorio que reúna toda la información y constancia de cuántas casas de migrantes hay en México.

II.I. a. ¿Qué hacen las casas de migrantes? Techo-Comida-Descanso.

Como se mencionó, el germen de las casas de migrantes se puede rastrear en los vínculos que la iglesia y la sociedad civil organizada han tejido ante la problemática de las atenciones humanitarias a las personas en situación de movilidad humana en condición de tránsitos transnacionales irregulares, indocumentados y vulnerables; esto, a su vez arroja luces sobre los contextos en que se dan esas movilidades y que el Padre Flor María Rigoni resumió en las siguientes palabras:

Si los religiosos habían bajado solos para hacerse escucha primero de la idiosincrasia mexicana, y luego para anunciar una propuesta vocacional, que naciera en la iglesia local y fuera sacramento de peregrinación para con sus hijos e hijas que cruzaban la frontera, ahora se iban juntos a plantar una tienda de campaña en el camino. Había nacido la intuición de un algo, de una mano tendida entre los dos mundos del migrante, uno que lo echaba para fuera y otro que intentaba detenerlo en la frontera: era la gestación de los que se conocen hoy como Casas del Migrante con todas las variaciones que siguieron. (Rigoni, 2010, p. 34).

Esta apreciación de Rigoni, entre otras cosas, muestra cómo las tensiones entre los Estados expulsores y atrayentes (o de llegada) en el conflicto por regular y controlar los flujos migratorios irregulares fueron parte de ese terreno fértil en que germinaron las asistencias humanitarias que, en palabras de Rigoni, se hallaban *entre dos mundos*. Visto

²⁷ Para consultar:

https://www.bbvarsearch.com/wpcontent/uploads/2020/02/Mapa_2020_Albergues_Migrantes_Portable.pdf

esto de forma somera, la cuestión es, ¿cuáles eran esas asistencias y atenciones humanitarias? Dice Rodolfo Casillas:

Ningún migrante indocumentado cuenta con la garantía plena para transitar por México y llegar a su destino en Estados Unidos sin menoscabo de sus bienes y sin exposición de su integridad física con riesgos de distinta índole. Desde hace años migrar por México sin papeles es cuestión de vida o muerte por el saqueo y abuso de su vulnerabilidad; esos mismos dilemas de vida o muerte, desde tiempo más reciente, son parte de aquellos que se pronuncian y trabajan en defensa de los migrantes. (Casillas, 2021, p. 66).

Hace unos años, entrevistando Ramón Márquez, entonces coordinador de La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes, éste respondía a una pregunta sobre qué hacía La 72 enunciando: “La 72 es un hogar y un refugio. Aquí no brindamos asistencias ya que este (refiriéndose a La 72) es un proyecto político en tanto busca que las personas que migran y son acogidas por la casa, sean capaces de cumplir sus propósitos con sus propios medios mediante el reconocimiento de sus personas y la lucha de sus derechos (humanos). La casa es de ellos y ellas [...] (Fragmento de entrevista a Ramón Márquez en 2016). Estas prácticas mencionadas, ya sea el proyecto político o la atención de los dilemas de vida o muerte, ambas situaciones que atraviesan a las personas que migran son parte del sustrato del actuar de las casas de migrantes. Los cuidados del cuerpo y el espíritu para las vidas que migran y llegan a la casa en algún momento trato de verlo como los tres elementos del humanitarismo de las casas: techo-comida-descanso (Luna, 2021) o, verbalizando, acoger-alimentar-descansar que implican revitalizar y procurar los cuerpos, pero también las prácticas implicadas en las formas que toman los tránsitos de las personas migrantes:

[...] los albergues y casas del migrante representan una parada en el camino donde se sienten seguras, atendidas y retoman fuerza para continuar su viaje o para considerar a México como su lugar de destino; podría decirse que son un Oasis en el camino, los albergues son espacios de salvaguarda y protección para viajeros fatigados, enfermos, vejados o agredidos (CNDH, 2018, p. 21).

La literatura demuestra que el actuar de las casas y albergues de migrantes tiene suma importancia no en reforzar los tránsitos o cadenas de flujos migrantes sino en el cuidado y salvaguarda de los cuerpos que recorren antiguas y nuevas rutas de aquellos tránsitos catalogados como irregulares y, entonces, han constituido una ruta o corredor humanitario a lo largo y ancho del país constituyendo – las casas de migrantes – *territorios de la espera* que son consecuencia y nacen de la movilidad más allá de representar un tiempo muerto para las trayectorias y tránsitos migrantes: “Establecen ahí relaciones sociales y obtienen información fundamental para la circulación y el “saber migrar”. Para el actor migrante, la incorporación de un “saber migrar” se convierte en una condición *sine qua non* para poder enfrentar los diferentes obstáculos presentes a lo largo de sus trayectorias.” (Candiz y Bélanger, 2028, p. 6).

Entonces, lo que hacen las casas de migrantes es más que solo estar o ser parte de las rutas de tránsitos de quienes migran en formas irregulares, indocumentadas, vulnerables y precarizadamente; si bien su actividad tiene base en el asistencialismo, el acompañamiento y las ayudas humanitarias – que, como se verá más adelante, tiene su particularidad – componen corredores humanitarios que cuidan y protegen los cuerpos migrantes brindando un techo, comida y descanso en un territorio de esperas que, metafóricamente, son oasis que pueden también considerarse eslabones entre aquellos dos mundos (el que expulsa y el que detiene) que Rigoni planteaba. “Sin los albergues y las casas de migrantes los apoyos sociales hacia los migrantes continuarían en su mínima expresión y sin duda sería un gravísimo golpe a los migrantes mismos en primer lugar; [...] (Casillas, 2021, p. 89). Esta última cita atiende el sentido de la acción social de la casa el cual se sostiene con su práctica de cuidados a los cuerpos migrantes; la presencia misma de las casas ha significado esperanza y vida no porque sean solo una casa o albergue sino porque lo que hace esta o este. Sin ahondar más, ya que eso será parte de las conclusiones de este capítulo, en adelante mostraré algunos trabajos académicos (tesis de grado en particular) que hablan de las casas del migrante, de lo que hacen las casas del migrante y, sobre todo, sitúan el objeto de investigación en la figura de las casas de migrantes, siendo estas el nudo articulador de las problemáticas.

Esquema 1.
La práctica humanitaria de la casa de migrantes y cómo se vincula.



II. II. Las casas de migrantes: conocimiento del saber migrar.

En 2012, René Manenti presentó su tesis doctoral con el título: *Migration and Borders: The Casas del Migrante and the flow of unauthorized migrants* (las itálicas son mías) que en su traducción aproximada sería: “Migración y Fronteras: Las Casas de Migrantes y el flujo de migrantes no autorizados”. De esta, quiero rescatar que él plantea la necesidad de tomar en cuenta a las casas de migrantes como su objeto de estudio (no por nada, están mencionadas en el título de su trabajo) y para esto se pregunta:

What are the Casas del Migrante? What place/role do they occupy/play vis-à-vis illegal migration? What kind of insights would the investigation of these institutions provide for migration studies? The first and second questions are at the heart of what the migrant shelters are and what they do, in other words, their *raison d'être*. (Manenti, 2012, p. 11).²⁸

²⁸ ¿Qué son las casas del migrante? ¿Qué lugar/rol ocupan/desempeñan frente a la migración ilegal? ¿Qué tipo de conocimiento proporcionaría la investigación de estas instituciones a los estudios de la migración? La primera y segunda pregunta son el corazón de qué son y qué hacen los albergues, en otras palabras, su razón de ser. Traducción mía.

Es de notar que Manenti da una línea de posible agencia a las casas del migrante cuando se pregunta: qué lugar o papel desempeñan en tanto su presencia en las movilidades humanas y si esto es su “razón de ser”; esto es el corazón de la tesis de investigación que presentó. Si bien, es innovador al dejar de mirar a estas casas como espacios contenedores o escenarios de la migración sin otro papel que “el estar”, Manenti da un cierto giro al verlas solo como informantes:

The perspective that the shelters are “informants” for the capital they possess in terms of “founds of knowledge” available for researches entails taking into consideration three main elements, viz., the databases, the personnel, and the migrants sojourning at the safe houses. (Manenti, 2012, p.180).²⁹

Otro punto que destacar es la discusión ética que aborda con base en su experiencia en estas casas al – tal vez como una propuesta y posicionamiento político – cuestionarse: ¿cómo llamar a las personas que están y hacen uso de la casa?: migrantes, ilegales, no autorizados (indocumentados), ¿cómo?: “The same complexity accompanies and shapes the use of the terms “migration,” “migrant” and “illegal.”³⁰ (Manenti, 2012, p. 27). Esa complejidad que acusa se presenta al estar en terreno y aborda la consecuente discusión sobre cómo nombrar a los sujetos y objetos de estudio donde el lenguaje no convencional se opone al lenguaje académico. Siguiendo su planteamiento, el nombrar a la persona que migra con tal o cual categoría es nombrar también las circunstancias en que existe su forma de migración, lo cual puede invisibilizar otras formas de esta.

Entonces, para Manenti, las casas tienen una presencia (rol/papel) como actores informantes – o, en todo caso con información –, y esa información como capital que poseen las casas se disputa, comparte o transforma en la medida que es usada e intercambiada entre otros sujetos presentes (con sus propios capitales de información) como pueden ser las mismas personas migrantes y/o los equipos de trabajo y voluntariado en la casa.

²⁹ *La perspectiva de que los albergues son “informantes” por el capital que poseen en términos de “fondo de conocimiento” disponible para las investigaciones implica el tomar en consideración tres elementos: las bases de datos, el personal, y los migrantes que están en la casa.* Traducción mía.

³⁰ *La misma complejidad acompaña y forma el uso de los términos como “migración”, “migrante” e “ilegal”.* Traducción mía.

Como se mencionó, otro de los elementos en juego son las experiencias de las personas que migran que él ejemplifica en la *díada occupy/play* (ocupar/hacer), es decir, esas experiencias del saber migrar, de algún modo son ocupados y son plausibles de intercambiar. Este saber migrar (o fondo de conocimiento: *found knowledge*) está presente en la casa de migrantes y hace de esta un espacio que parte de la “cultura popular migrante”; esto ayuda a darle densidad a su mirada que parecía algo simple sobre la casa de migrantes como un mero informante. Dando vuelta de esto, resulta interesante cómo conjuga las nociones teóricas de redes (Network Theory) y la de institucionalización (Institutional Theory) para rebasar la posible pasividad del actuar de la casa como un agente o actor institucionalizado (debido a que de algún modo debe adherirse a las políticas sobre migración, lo cual le sujeta y encauza) y la presencia de redes de apoyo (que visualiza como esas que se dan entre familias o conocidos que han migrado antes o después y de algún modo tienden redes de apoyo ya sea material o de información): “I proposed that it is more sensible to integrate the two models. As a matter of fact, my research pointed in the direction of a strong interplay between the Institutional and Network paradigms in light of the fact that the institutionalized migration agents are part of a broad migration network exploited by migrants.”³¹ (Manenti, 2012, p. 201).

El trabajo de René Manenti va articulando su propósito de investigación en un continuo redefinir este mismo; preguntarse, cuál es el papel de las casas de migrantes y cómo estas son ocupadas, le requirió no solo verle como un informante. El trabajo de campo realizado implicó que desde su vocación misionera³² asistiera y presenciara la vida cotidiana de las casas de migrantes que estudió. Respondiendo al contexto en cierto modo y como él menciona en algún punto: “le parecía extraño y a la vez entendible”, que las casas de migrantes o refugios seguros para estos, no hubieran sido antes tomados en cuenta para las investigaciones sobre las migraciones indocumentadas de México a los Estados Unidos. Su experiencia cercana al fenómeno de las asistencias desde la ya,

³¹ *Propuse que es más sensato integrar los dos modelos. De hecho, mi investigación apuntó en la dirección de una fuerte interacción entre los paradigmas institucional y de red a la luz del hecho de que los agentes migratorios institucionalizados son parte de una amplia red migratoria explotada por los migrantes.* Traducción mía.

³² René Manenti o, Padre René Manenti, es parte de los Misioneros Scalabrini, orden religiosa dedicada a la ayuda a las personas en situación de movilidad humana en el mundo.

para ese entonces, consolidada Red de Casas del Migrante Scalabrini, puede decirse, le absorbió. Tal vez uno de los puntos de crítica a su trabajo – en tanto campo – pueda ser el que se limitó a la experiencia scalabriniana de la cual es parte él mismo. Sin embargo, esto mismo en sí, es un ejercicio doble y que atiende de una buena manera una autocrítica reflexiva sobre los límites y alcances tanto metodológicos como epistémicos.

Para Manenti, las casas de migrantes son parte del patrimonio de la cultura del migrar o del saber migrar (migration knowledge patrimony) y su actuar está sostenido en su carácter caritativo (es decir, su origen religioso) y de compromiso social (que él asume como un *ethical dimension*): “In sum, the shelters are simultaneously part of the “migration culture,” and foster it as well as try to ethically mold it. Such a dual trait brings to the table once again the strict interconnection between the humanitarian/ethical dimension and the social dimension.” (Manenti, 2012, p. 199).³³

Este rol o dimensión ética, que si bien no eleva – y no parece el punto en su trabajo – como un actuar a modo de lucha o protesta por parte de las casas del migrante ante las formas precarias y violentas en aquella migración que él presencié en su trabajo de campo, deja la pauta de que esa diada de lo ético y caritativo/humanitario, es su razón de existencia, como menciona: “As such, their humanitarian and ethical roles, their *raison d’être*, assume more and more an intrinsic social connotation.” (Manenti, 2012, p. 200)³⁴; no es nulo ante el hecho de que estas casas son espacios y actores como parte de la cultura del migrar, un campo fértil de intercambios, sobre todo de información, que se moldea, transforma y disputa como un capital que es valioso en sí y da forma a una infraestructura social que se manifiesta en las casas de migrantes que recogen y distribuyen (en inglés: *garner/distribute*) la información – el saber migrar – y les expone como un actor de importancia y relevancia en los estudios de las migraciones y las movilidades humanas.

³³ *En suma, los albergues son simultáneamente parte de la cultura del migrar, la moldean y fomentan de forma ética. Este doble rasgo pone sobre la mesa una vez más la estricta interconexión entre lo humanitarista/dimensión ética y la dimensión social.* Traducción mía.

³⁴ *Tanto su humanitarismo como su rol ético son sus razones de ser y asumen cada vez más una intrínseca connotación social.* Traducción mía.

Cerrando: el estudio de las casas de migrantes y los flujos migrantes no autorizados presentado por René Manenti puede considerarse uno de los primeros trabajos académicos en llevar al campo de las ciencias sociales a las casas de migrantes como objetos de estudio; si bien, él reconoce que el trabajo de Jaqueline Hagan (2008) como seminal para su propuesta, descartó lo que Hagan toma como las instituciones de ayuda para migrantes desde la religión. Las casas de migrantes tienen una tradición de origen en la iglesia católica, el cual Manenti no abordó del todo sino como una característica que expone como parte de su naturaleza caritativa y ética humanitaria. Esto, no puede considerarse un fallo y en todo caso fue desagregado en razón de responder la pregunta ¿cuál es el papel/rol de la casa de migrantes?, la cual fue resuelta de forma que abrió no un probable nuevo campo de estudio, pero sí un terreno donde las investigaciones sobre las movilidades humanas no habían volteado con interés o que son de difícil acceso.



Foto 8. Un grupo de personas está expectante del paso del tren, muy cerca de la Casa del migrantes de Chahuities, Oaxaca; octubre de 2016.

II.III. Jardines y sombras: metáforas del humanitarismo.

Hacia la última mitad de la década de 2010 del presente siglo, las casas de migrantes estaban más que presentes en la realidad de los flujos migratorios de personas que desde la frontera sur-sureste de México, seguían transitando de formas irregulares e indocumentadas por México hacia los Estados Unidos. Es en 2014 cuando la “crisis de los niños migrantes” (Gativa, 2016; Villafuerte y García, 2016) hace eco en la vida de la sociedad mexicana e internacional dejando desnuda la cruda realidad en las detenciones, atenciones y formas de violencia que toman algunos de los tránsitos migrantes. Fue en 2009 cuando la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) publicó el Informe Especial de la Comisión Nacional de Derechos Humanos sobre los casos de Secuestro en Contra de Migrantes donde se evidenciaron las violencias atroces contra personas migrantes vía testimonios de estas mismas. Una “industria de muerte y dinero” podría llamársele a lo que dicho informe comunicó: cada persona que migrara era prácticamente un blanco y moneda de cambio para las bandas de secuestradores que iban desde lo local hasta lo ligado al crimen organizado. Sumado a esto, este contexto de las migraciones donde la presencia de las personas de origen centroamericano comenzó a tener más presencia que la década anterior (la de 1990) y los ecos de La Bestia comenzaban a resonar con más fuerza en la imaginación popular de las migraciones indocumentadas.

Si bien el trabajo del Padre René Manenti se ubicó en la misma década de 2010, su perspectiva no hizo una crítica u observación clara y sustanciosa al contexto en que esas casas de la red Scalabrini prestaban sus servicios como parte de sus cualidades caritativas y humanitarias ante el flujo de una migración no autorizada e inclusive dejando una imagen de que en todo caso la crisis era que este flujo no podía ser controlado tan fácilmente y representaba un problema para el gobierno de los Estados Unidos. Es en 2009 que el informe de la CNDH aparece para hablar sobre los secuestros y en 2010 que ocurre la Masacre de San Fernando (Tamaulipas) seguido de la de Cadereyta (Nuevo León) en 2012 al mismo tiempo, esto se enlaza con eventos como el descarrilamiento del tren, La Bestia, en Huimanguillo (Tabasco) en 2013 y en Ixtepec (Oaxaca) y Arriaga (Chiapas) en 2014 sucede lo mismo. Esta serie de eventos se anudan en tanto la

presencia de las casas de migrantes han estado presentes, actuado y proporcionado cuidados y seguridad de diversas (y en ocasiones difíciles) formas y, aun así, no eran vistas como un actor social de relevancia: seguían en la sombra.



Foto 9. Anuncios en Casa Belén, Tapachula Chiapas. Se puede apreciar una advertencia para las personas migrantes albergadas ahí; septiembre de 2016.

II.III. a *The Garden*.

Aquí entra el trabajo de investigación que presentó Priscila Solano en 2017 y su punto de partida es develar la relación entre la labor de rescate (ayuda/asistencias) y los derechos (humanos) que subyace como la impronta del trabajo de las casas de migrantes y da forma a su práctica humanitaria que, a su vez, es paralela al discurso oficial de los Estados y de las grandes organizaciones de atenciones y asistencias humanitarias:

This thesis sets out to contrast these two logics underpinning humanitarian logic: rescue and rights. In this quest I foreground not humanitarian subjects but humanitarianism and

human rights discourse as demarcating social hierarchies and social struggles between the Global North and South. (Solano, 2016, p. 19).³⁵

Antes de abordar esta propuesta crítica a los entramados discursivos y operativos humanitarios desde el norte y el sur global como parte de una agenda política (de contención e inmovilización de los flujos migratorios) quiero tomar dos elementos que son base para que su trabajo forme parte de este apartado: por un lado, la experiencia que ella tuvo en campo al poder seguir de cerca el trabajo de una casa de migrantes, el cual ella nombra desde el seudónimo: La Esperanza.³⁶ Se sitúa en La Esperanza en 2012, siendo su estrategia ser voluntaria en dicho espacio; si rescato esto es debido para conocer dónde se situó en terreno para poder dibujar su trabajo. Las reflexiones sobre sus impresiones, las voces de los otros que rescata desde las personas albergadas (*Marco, Carlos, Oscar*), la de la voluntaria que le llevó, el Padre (*Priest*), así como las condiciones materiales que le hablaban de cómo era, es y podría llegar a ser la casa, es una polifonía de la cotidianidad de las movilidades humanas y de la casa como símbolo o un algo (una cosa) que toma formas distintas para habitarle, pero también de cómo se materializa: sin bardas, muros o límites físicos se transformaba en un espacio que tenía dos entradas/salidas que daban tanto al tren como al centro urbano.

Es también de importancia la forma en que redacta la entrada a ese capítulo donde habla de la casa de migrantes ya que, hablando de lo situado, se propone desde las emociones encarnadas como parte de la experiencia de investigación, algo que, si se recuerda en el trabajo de R. Manenti, estuvo ausente: “The night before I pack to move into the shelter, which I will refer as La Esperanza, I am filled with anxiety and expectation.

³⁵ *Esta tesis apunta a contrastar esas dos lógicas humanitarias: rescate y derechos. En esto, no pongo en primer plano temas humanitarios sino el humanitarismo y el discurso de los Derechos Humanos y cómo demarcan jerarquías y luchas sociales entre el Norte y Sur Global.* Traducción mía.

³⁶ La referencia con base en seudónimos no queda clara, pero puede aducirse a dos cosas: por un lado, el ejercicio de conservar la privacidad de los informantes (sumando a la casa misma) y por el otro, como un recurso de narrativa que en la metáfora usada (*Garden/ Hope*) retrata precisamente lo simbólico y encarnado de su experiencia de investigación vuelta un dato. Quizá, para quienes estamos implicados en el estudio de las migraciones, los espacios y actores de atenciones humanitarias, la lectura de su tesis nos hará entender a qué casa /albergue de migrantes hace referencia y es por esto que, respetando su lectura, omito la mención (del nombre y locación) del lugar al que ella se refiere.

I stay with one of the shelter volunteers, who has generously offered me a place in her house in an-email exchange.” (Solano, 2017, p. 99).³⁷

En su descripción de La Esperanza aparecen las texturas y las sensaciones diversas que le provoca estar ahí. Desde el principio deja claro que no hay nada que haya experimentado del mismo modo antes:

The built environment can become the raw material for the humanitarian construction of a garden standing over the ‘oil mine’. Humanising space can have therapeutic effects, spiritual ones and even create the sense of a home. It can also serve the purpose of establishing trust and go beyond simply providing a meal. (Solano, 2017, p. 101).³⁸

Es interesante cómo vincula estas apreciaciones suyas para explicar y analizar la organización del espacio, que define como la distribución y la arquitectura tanto social, material, simbólica y encarnada que da sentido al microcosmos de la asistencia humanitaria: la casa del migrante. La problematización no es una mera exposición de las áreas de trabajo o de los espacios que se ocupan – o cómo se ocupan y distribuyen – son el reflejo de dos cosas: por un lado la forma que toman las prácticas humanitarias, solidarias y de asistencia entre personas migrantes, voluntarios, equipos de trabajo y por el otro, las asociaciones (o en palabras de Solano: vinculaciones) entre actores que tienen su propia agenda humanitaria que lejos de chocar con la de la casa de migrantes, se conjugan y trabajan dando lugar a intersticios donde la emergencia, las relaciones de poder y la movilidad humana se materializan y con esto apunta: “It is important to point out that the conditions of irregular migration in transit through Mexico are another indication that the need for humanitarian assistance emerges more pervasively in the

³⁷ *La noche anterior que empaqué para moverme al albergue, al cual me referiré como La Esperanza, estaba llena de ansiedad y expectación. Estuve con una de las voluntarias que generosamente me ofreció un lugar en su casa después de que intercambiamos correos electrónicos.* Traducción mía.

³⁸ *La construcción/entorno puede ser la materia prima para construir el espacio humanitario, un jardín sobre una mina de oro. Humanizar el espacio puede tener efectos terapéuticos, espirituales y crear el sentido de casa. Esto puede servir a los propósitos de generar confianza más allá de solo servir un plato de comida.* Traducción mía.

Global South, yet migration policies have a Northern bias, i.e. are decided mostly by receiving states.”. (Solano, 2017, p. 107).³⁹

La cita anterior cobra sentido cuando se exponen las relaciones con diversos actores que van desde las Naciones Unidas (NU) vía el Alto Comisionado para el Refugiado (ACNUR), por mencionar un ejemplo, pero lo mismo de otras organizaciones como Médicos sin Fronteras o la Cruz Roja que tienen una agenda humanitaria o de atenciones a contextos de emergencia a poblaciones vulnerables. Mientras que instituciones u organizaciones como las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) como Amnistía Internacional, otros del tipo estatal como la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado (COMAR) se articulan como parte de las asistencias a las personas migrantes en condición de irregularidad, sin embargo, el punto que se destaca es que ninguna de estas u otras, coincide con la práctica humanitaria de las casas de migrantes que por sí mismas tienen un *ethos* propio que va desde las *puertas abiertas* a la defensa de los derechos humanos.

La forma que toma la casa de migrantes parece en ocasiones resultado del capricho de los contextos en que surgen las mismas, es cuando Solano apunta a la distribución del espacio – humanitario – que nada o poco tiene que ver con las lógicas institucionales burocráticas, donde la instrumentalización impera para dar cierto orden. Sin embargo, surge la lógica de la casa en donde las tensiones de cómo y por qué ocupar, adecuar o habitar dicho espacio y que en este surjan otros espacios que se articulan y asocian entre sí no solo en su función sino en lo que pueden significar: un ejemplo es cuando habla de la distribución de los espacios destinados a dormir donde desde la comodidad ausente hasta la búsqueda de espacios “personales” de dónde dormir (como el techo) se vincula con las discusiones sobre la seguridad que da la lógica de puertas abiertas, los rumores de violencias contra las mujeres voluntarias o la presencia de personas ligadas al crimen. Y en esto, la idea de la arquitectura social de la casa donde las relaciones de poder se pueden rastrear con el trabajo en conjunto o no, con otros

³⁹ *Es importante notar que las condiciones de la migración irregular en tránsito por México es otro indicador de que la necesidad de la asistencia humanitaria emerge del Sur Global pero las políticas siguen siendo decididas por el Norte Global.* Traducción mía.

actores que tienen su propia lógica. Tratando de dar cierre a este apartado, ¿cuál es la posible lógica política de una casa de migrantes?, como un actor en el entramado de las atenciones a los flujos de personas en situación de migración irregular. La respuesta se haya precisamente en su práctica y las redes que se hilan desde esta; por otra parte, esa misma práctica que califica como un “humanitarismo cálido” en donde la militancia, la voluntad y la caridad responde subversivamente a un Estado racista y clasista que apunta hacia los menos, los pobres, en este caso: de las personas migrantes irregulares:

The struggles, tensions and cooperation manifested in these webs define the political reality of each shelter [...] I argue that the constitution and implementation of assistance as humanitarian in the form of traditional charity and spiritual support in the shelter, as ‘warm’ humanitarianism, presents a form of subversion of the state’s racist-classist migration and border controls. (Solano, 2017, p. 134).⁴⁰

II. IV. El rol de las casas del migrante y el humanitarismo de base.

El trabajo expuesto por Priscilla Solano permitió entrever que las casas de migrantes, en la metáfora de referirse a estos actores y espacios como *jardines*, proveen *sombra* y en esta se encuentra su fortaleza para desligarse de las prácticas burocráticas estatales y dirigidas desde el Norte Global para atender los flujos de personas que migran de formas irregulares, precarizadas y vulnerables. Esas dos metáforas que usa, “sombra” y “jardín” [*shadow* y *garden*, por su original en inglés] también contextualizan una línea de tiempo que expone por una parte el germen de unas incipientes redes de atenciones humanitarias desde y en las casas de migrantes (resolviendo en esto la parte de la distribución del espacio y la arquitectura social de su humanitarismo); a diferencia de René Manenti que se situó en la Red de Casas del Migrante Scalabrini, las cuales contaban para mediados de la primera década del 2010 con una presencia más que sólida, Solano apunta a otro tipo de escenarios y actores que en su sustrato, se definen también como casas de migrantes y que apuntan un contra discurso hacia las políticas

⁴⁰ *Las estrategias, tensiones y cooperación manifestadas en esas redes definen una realidad política de cada albergue [...] Arguyo que la constitución e implementación de la asistencia humanitaria en su forma de caridad tradicional y el soporte espiritual en el albergue, como un humanitarismo “cálido”, se presenta como una forma de subversión hacia los controles de fronteras de un Estado racista y clasista. Traducción mía.*

de contención de los pobres materializados y representados en las personas migrantes. Entonces, el actor *informante* pasó también a ser un actor que se *posiciona políticamente* en una escala no solo local sino global.

Poco después del trabajo de Solano aparece, desde una perspectiva desde trabajo social y sociológica, la tesis doctoral de Jaime Alejandro Olayo-Méndez, padre jesuita que también hace la pregunta: ¿qué son las casas de migrantes?, en concreto: ¿cuál es el rol de las casas de migrantes? – en donde cabe destacar que es el primero que se refiere a las “casas de migrantes” traduciendo esto como “migrant shelter” – su tesis es presentada y realizada durante la última mitad de la década de 2010.

La migración que él observa también da luces de haberse transformado; cuando René Manenti habló de aquella, aún daba mucho peso a la presencia de personas de origen mexicano deportadas o en espera de cruzar de forma irregular – ilegal, según el vocabulario de esa época – la frontera con los EE. UU. La presencia de personas de origen centroamericano aún era residual. De ahí, el salto al trabajo de Priscilla Solano, donde la fuerte presencia de las personas de origen centroamericano no solo implicaba nombrado Triángulo Norte (Guatemala, Honduras y El Salvador) sino que era toda la región, inclusive reconociendo su escala transnacional en tanto los orígenes nacionales de quienes llegaban a *La Esperanza*. El trabajo de Olayo-Méndez reconoce que es una amalgama en donde la multiplicidad de orígenes nacionales – que se sitúan de forma local, transnacional y continental en América – se pueden observar en las casas de migrantes.

Hay tres ejes que él toma para estructurar su estudio: la pobreza, la violencia y el humanitarismo y esto lo problematiza en cómo se estructuran o presentan las relaciones entre personas migrantes y las casas de migrantes, para dar luces sobre cómo este tipo de actores e intermediarios actúan en los procesos migratorios desde una práctica que él nombra humanitarismo de base (*humanitarianism from below*, en inglés originalmente) de movilidad humana. Continuando la lógica del presente capítulo, rescato el proceso de investigación de Olayo-Méndez en tanto la casa de migrantes como objeto y campo/terreno de estudio.

II.IV. a. Un mapa de las casas de migrantes.

Para Olayo-Méndez, la casa de migrantes es un actor que se debe de abordar e interpretar desde los niveles meso del análisis social: “[...] the project provides an occasion to interrogate and advance the theoretical approaches of meso-level structures (individuals, groups, and/or institutions).” (Olayo-Méndez, 2018, p. 11).⁴¹

Esto ayuda a situar la problematización que expone entre los ejes de pobreza-violencia-humanitarismo, en los procesos migratorios; plantea la necesidad de estar presente en las cotidianidades de las casas de migrantes y con esto dibuja un universo donde se puede apreciar cómo gestiona desde el análisis situado y reflexivo de su trabajo de campo lo heterogéneo que es hablar de este tipo de actores: su trabajo apunta a las casas de migrantes en México, pero reconoce la existencia de comedores (soup kitchens), centros de atención (attention centres) y albergues (shelters) en el sentido general; por otra parte, no desconoce la presencia de otros actores como la Organizaciones no Gubernamentales (sean estas nacionales, transnacionales o globales) así como de actores o instituciones del Estado.

Enfocándose solo en lo que engloba como *Humanitarian Aid Actors* (Olayo-Méndez, 2028, p. 30: Mapa 2) y dividiendo este mapa en norte, centro y sur para caracterizar de algún modo cómo son las casas de migrantes con base en su localización geográfica en México, son dos criterios los que permiten abordar esta distribución y con esto, su problematización: 1) son organizaciones que tienen un fuerte componente religioso en su mayoría, así como el conjugarse con la sociedad civil organizada y, tener una agenda propia de atención humanitaria, la cual no siempre es apoyada por las ONG o las instituciones públicas o privadas; 2) sus esfuerzos de atención se localizan en las rutas de los tránsitos de personas migrantes (generalmente cerca de las vías del tren) así como que las personas migrantes van más allá de ser centroamericanos (hablando de orígenes nacionales); él, mediante sus observaciones, es tal vez uno de los primeros en notar la urgencia de problematizar ¿a quién se le llama persona migrante?, evidenciando la problemática de atender a población en situación de solicitud de refugio o refugiada,

⁴¹ El proyecto provee la ocasión para interrogar y avanzar en las aproximaciones de las estructuras teóricas de nivel meso (individuos, grupos y/o instituciones). Traducción mía.

de personas parte de las disidencias sexo genéricas (trans y homosexuales, para el contexto en que él se sitúa) así como otros elementos que se visibilizan conforme el trabajo de estos actores que es más o menos especializado: “Through the years, migrant shelters have shared information and best practices. Nevertheless, each migrant shelter’s internal regulations depends heavily on its location, size, funding, and leadership.” (Olayo-Méndez, 2018, p. 31).⁴²

Sobre esta última cita, es interesante cómo aparece la figura del liderazgo, el cual a su vez se asocia con “la fuerza” que la casa de migrantes puede tener como parte de una red de ayuda a las personas migrantes y en esto, de la defensa de sus Derechos Humanos. Sin embargo, en los textos hasta este punto revisados, parecen dejar esto como algo residual en los análisis de las casas de migrantes – en el punto de hablar solo del actuar de la casa –; más adelante ilustraré esto desde mi propia experiencia de investigación. En el caso de P. Solano, es el *priest* (padre o sacerdote) que es una figura clave en el orden de organización y toma de decisiones de la casa (La Esperanza), en el caso de R. Manenti, son nuevamente los misioneros scalabrinianos. En el caso de O. Méndez, reconoce ciertos liderazgos que implican tanto a la casa como a quien /quienes dirigen-coordinan los equipos de trabajo.

Como lo mencioné, esto lo sitúa en un nivel meso (tanto a nivel teórico como metodológico) y esto es interesante ya que esto le permite moverse entre lo macro y lo micro: es un vaivén que mientras le permite observar la cotidianidad de las casas de migrantes puede también hacer lo mismo de las estructuras o instituciones sociales llegando a un análisis reflexivo y crítico sobre aquellos ejes que propone como guías de su trabajo: violencia-pobreza-humanitarismo y cuál es el papel/rol de la casa de migrantes en esto: exponer que la casa es un actor más en juego, si bien no lo aproxima o lo plantea desde alguna ontología orientada a los objetos, sí la problematiza desde una perspectiva metodológica.

⁴²A lo largo de los años, los refugios para migrantes han compartido información y las mejores prácticas. Sin embargo, las regulaciones internas de cada albergue para migrantes dependen en gran medida de su ubicación, tamaño, financiación y liderazgo. Traducción mía.

Expone que la relación entre casas de migrantes y su papel en las atenciones en la movilidad humana, recae en cómo estas se vinculan con los procesos históricos y las formas de la dimensión del humanitarismo como trabajo, como política y como forma de organización. Es importante resaltar que la base del actuar de las casas, en su perspectiva, es cómo estas se articulan en procesos históricos, sociales y culturales tanto de forma local como global. Tres son los puntos que sostienen esto:

1. No hay, por parte del Estado mexicano, un reconocimiento de una crisis humanitaria debido a las migraciones irregulares e indocumentadas.
2. La experiencia de la actividad humanitaria de actores locales se sobrepone a las prácticas de una agenda humanitaria global e institucionalizada.
3. El análisis que hace del humanitarismo desde sus orígenes religiosos ayuda a comprender cómo estas organizaciones locales, como las casas de migrantes, proponen, construyen y practican un tipo de humanitarismo de base que emerge y crece en la crisis no reconocida presente.

II.IV. b. El humanitarismo de base.

Lo anterior da pie a abordar un punto de articulación con los demás trabajos – y con el mío – que tiene que ver con el trabajo humanitario desde las casas de migrantes. Siguiendo un hilo, el humanitarismo que emana como práctica y discurso desde las casas de migrantes es parte de una respuesta a una emergencia y, por tanto, no es un ejercicio lineal y en todo caso, responde muchas veces a necesidades inmediatas y tal vez mediatas. Pensar a largo plazo muchas de las veces se limita, por los insumos con lo que puede disponer la casa de migrantes: capitales humanos como el voluntariado o de servicios profesionales y especializados y de consumo como alimentos, medicinas u otros, así como la capacidad de infraestructura entendiendo esta como la capacidad de alojamiento, camas disponibles, servicios como agua, luz o gas.

El contexto en que A. Olayo-Méndez conceptualiza las prácticas humanitarias (y no solo el humanitarismo) como una forma de atender la agencia de la casa de migrantes, no está muy lejos de una década llena de crisis constantes para el trabajo de estas casas: Las masacres de San Fernando (Tamaulipas), Cadereyta (Nuevo León) si bien fueron las

más sonadas, se debe recordar que también se marcaron por descarrilamientos del tren de Arriaga (Chiapas) a Ixtepec (Oaxaca) en 2014, en Huimanguillo (Tabasco) 2013, en Lagos de Moreno (Jalisco) en 2014 y sobre todo, que en 2014 se implementó de forma no tan clara el llamado Plan Frontera Sur que, entre otras cosas, impactó la manera en que las personas migrantes en tránsitos irregulares podían realizar sus tránsitos y varios estudios académicos coinciden en que esto solo vino a precarizar aún más estos tránsitos.

Para A. Olayo-Méndez, esto no estuvo fuera del análisis y así como P. Solano mostró cómo el humanitarismo desde las casas de migrantes era una respuesta particular – y contraria en cierto modo – a las políticas de gobernanza emanadas desde el Norte Global con una agenda bien definida, él suma un componente más: la fe.

Sin embargo, antes de esto, apunta hacia cierta naturaleza ambivalente de las casas de migrantes, debido a que, como en su momento apuntó P. Solano, si bien tienen su propia agenda y parecen ser “contrarios” al discurso oficial del Estado en tanto las atenciones a una población en particular, es precisamente desde el Estado y sus políticas en torno a la migración que se reconocen estos espacios de atención humanitaria:

On the one hand, shelters offer support to migrants out of genuine humanitarian concerns, but on the other hand, migrant shelters end up being part of a functional solidarity system sanctioned by the state. In this system, *casas de migrantes* end up being spaces of exception and confinement, which exemplifies the blurred line. (Olayo-Méndez, 2018, p. 210-211).⁴³

La casa de migrantes, en cierto espacio y tiempo, se vuelve también un lugar que se articula con las políticas que dan lugar a estados de excepción y confinamiento (las políticas de contención) aplicados a las personas migrantes, la forma de sus tránsitos desde su inicio a su posible fin ya sea deteniéndoles o aletargando el tiempo. Esto claramente rompe la posible imagen idílica sobre estos *oasis de vida y esperanza*, ya que

⁴³ Por un lado, los albergues ofrecen ayuda humanitaria de forma genuina; sin embargo, por otra parte, los albergues para migrantes terminan siendo parte de un sistema de solidaridad funcional validado por el Estado. Es en este sistema que las casas de migrantes terminan siendo parte de un sistema de confinamiento y control y esto ejemplifica una línea borrosa. Traducción mía.

la casa de migrantes, desde la perspectiva de A. Olayo-Méndez, está en constante tensión por lo que representa-hace tanto material como simbólicamente:

Casas de migrantes emerge locally but deal with transnational movements. Also, while well-intentioned, shelters occasionally stretch themselves beyond what they can do well, raising questions of effectiveness and safety. Inevitably, as they interact with the Mexican government and other international actors, casas de migrantes become part of the humanitarian governance of migrants. Regardless of their size, shelters exercise different forms of control and power while providing assistance. Thus, shelters must navigate the tension between welfare and containment. (Olayo-Méndez, 2018, p. 212).⁴⁴



Foto 10. La cruz franciscana y migrante en La 72; abril de 2023.

⁴⁴ *Las casas de migrantes emergen localmente, pero tratando con movimientos transnacionales. Aunque, con buenas intenciones, los albergues en ocasiones se esfuerzan más allá de lo que les es posible, dando lugar a dudas sobre su eficacia y seguridad. Inevitablemente, mientras actúan con el gobierno mexicano y otros actores internacionales, se vuelven parte de la gobernanza humanitaria hacia los migrantes. Independientemente de su tamaño, la casa de migrantes ejerce una forma de control y poder mientras brinda asistencia. Así, los albergues navegan entre la tensión de la ayuda y el confinamiento. Traducción mía.*

Es interesante que esta figura de tensión que aparece en la práctica humanitaria de las casas de migrantes sea tomada por él como un elemento importante en el actuar de las casas. En la serie de trabajos aquí revisados, el trabajo de A. Olayo-Méndez aparece como una bisagra entre el trabajo de P. Solano que trata y propone este humanitarismo como una forma de contestación a la agendas globales de gobernanza en materia de humanitarismo – si bien esto no le evita observar la crítica a cómo se constituye este humanitarismo desde las casas de migrantes – y el siguiente trabajo que expondré realizado por Yaatsil Guevara (2022) que desde el principio de su investigación, apunta a los tiempos de atrapamiento y/o de suspensión de los tránsitos que ella observó en las vidas cotidianas en la casa de migrantes.

En esto es que la idea de un *humanitarismo de base*, como intrínseco a la casa de migrantes, su trabajo, su sentido y su significado en los corredores humanitarios de atención a las personas migrantes, aparece como una constante de discusión en tanto observar cómo se articula con otros tipos de humanitarismo y, cuál es la pertinencia de este, siendo que globalmente “hay un humanitarismo” que es unívoco y tiende a homogeneizar cualquier otra práctica similar, siendo que la historia ha demostrado que no es así:

While these words come in the context of how the media has portrayed humanitarian interventions to the public at large, they also reflect the fact that in practice, there is no objective definition of humanitarian action; it may be motivated, oriented, practiced, and interpreted in different ways. (Olayo-Méndez, 2028, p. 165).

Seguido de esto, él expone que este humanitarismo de base tomó forma debido a tres elementos: una ausencia casi total de actores humanitarios internacionales, la preponderancia de actores humanitarios locales sobre aquellos de alcances globales y transnacionales y por último, una fuerte tradición del humanitarismo secular que en el caso de México, se ha reafirmado y desarrollado dando paso a un *humanitarismo de base* que se compone tanto de la participación de la sociedad civil organizada y la iglesia, siendo en esta última donde recae más el liderazgo. Finalmente, el humanitarismo de base es: “The ‘humanitarianism from below’ that serves the needs of migrants, deportees, and refugees is deeply humanitarian because it sees and recognizes the other who is

vulnerable and in distress. Thus, humanitarian actors in Mexico initially make their first concern to aid the other and alleviate their distress”. (Olayo-Méndez, 2028, p. 172-173).⁴⁵ Esta definición a la que llega A. Olayo-Méndez, considero que es el corazón de cómo poder enunciar la práctica humanitaria de las casas de migrantes, ya que recupera desde la historia y la política misma emanada de la casa, sus circunstancias y el objetivo de estas ayudando a no caer en reduccionismos como englobar la práctica humanitaria de estas casas en el mismo humanitarismo global (o del Norte Global, como lo señaló P. Solano) dándole una personalidad propia en cierto grado, lo cual hace entrever que la casa de migrantes materializa su propia agencia de este modo.

II.V. Vidas itinerantes. Vidas en espera. Una etnografía sobre la marcha.

Como se ha mostrado en los trabajos anteriores, tres son los elementos que se ensamblan para hablar de una misma problemática desde diferentes propósitos o enfoques de análisis: 1) las casas de migrantes; 2) la forma de los tránsitos (sur-norte, principalmente); 3) las acciones de ayuda o atención a las emergencias por parte de las casas ante lo que se comenzó a llamar como migración irregular; sin embargo, es hasta el trabajo de A. Olayo-Méndez que se arrojan luces a dos problemáticas poco o nada mencionadas: la creciente presencia migrante femenina y LGBT, por una parte y otra, un poco menos sustancial al ojo acostumbrado a ver la migración de forma convencional: el cambio en el ritmo y tiempo de los tránsitos migrantes. Algo que Yaatsil Guevara (2022) enuncia como un *atrapamiento que da lugar a vidas itinerantes*.

Yaatsil Guevara apuntó a las casas de migrantes con dos propósitos iniciales: entender el rol de las casas de migrantes en la forma que toman los tránsitos de las persona migrantes y, realizar para esto un ejercicio etnográfico que le permitiera caminar las rutas de aquellos tránsitos; estos propósitos como objetivos de investigación, cambiaron con el tiempo, abrieron camino a una forma de realizar su etnografía que nombró como *go-along*⁴⁶ como una forma de “hacer etnografía andando” en el sentido de

⁴⁵ El “humanitarismo de base” que atiende las necesidades de los migrantes, deportados y refugiados es profundamente humanitario porque ve y reconoce al otro que es vulnerable y está en apuros. Así, los actores humanitarios en México inicialmente hacen su primera preocupación por ayudar al otro y aliviar su angustia. Traducción mía.

⁴⁶ Go-along es un adelantarse, sobre la marcha, en su traducción más cercana al español.

mantenerse en constante movimiento como voluntaria en la casa de migrantes y no tanto como un seguir los tránsitos en ruta.

En este sentido, me he de concentrar en dos capítulos de su tesis: *Ethnography while in wait* y *La casa: from the scarcity to institution*⁴⁷ aunque esto no necesariamente me impide retomar la lectura de los demás capítulos que componen su tesis; podría decir que mi propio trabajo se vincula con el suyo, recordándome un poco la propuesta de la serendipia⁴⁸ en la investigación social de R.K. Merton; el trabajo situado, multisituado, las emergencias en terreno y las reformulaciones en el mismo son parte de la experiencia que Yaatsil comparte metodológicamente. Si bien su trabajo hizo uso de herramientas sofisticadas como el uso de softwares y codificaciones desde esto para sistematizar su trabajo de campo, me quiero centrar en la parte que se refiere a la experiencia en campo en las interacciones cara a cara.



Foto 11. Una familia observa el mapa en La 72. Discuten cual es la mejor ruta para llegar al norte; noviembre de 2022.

⁴⁷ *Etnografía a la espera* y *La casa: de la escasez a la institución*. Traducción mía.

⁴⁸ Más adelante trataré de resolver esta idea ya que en todo caso, los trabajos hasta aquí expuestos se articulan y unen con la propuesta que hago. Serendipia, en términos simples, se refiere a un hallazgo o descubrimiento accidental, inesperado o casual.

II.V. a Ser madre, ser etnógrafa.

El trabajo de campo fue realizado entre 2014-2016 en dos momentos que implicaron ser voluntaria en la casa de migrantes, La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes en Tenosique, Tabasco. Como se mencionó, en un principio su estudio iba dirigido a comprender el papel/rol de las casas de migrantes en las rutas de tránsito migrante, lo cual la llevó a considerar dos rutas: la del Pacífico y la del Golfo de México, ambas conectadas y con punto de partida desde la frontera sureste de México (El Ceibo en Tabasco y Ciudad Hidalgo, entre otros cruces, en Chiapas). Con esto, abordar el aparato humanitario que asiste a las personas migrantes en ruta y responder cómo estas personas enfrentaban las diversas problemáticas en su camino en su vida diaria: “I had planned to travel with people on the move: to study their transit, their trajectories, and their flows. However, due to the unsteady migratory policies and, consequently, the volatile dynamics of the routes and sub routes that also continually adapt to them, the present research had to readjust as well.”⁴⁹ (Guevara, 2022, p. 13).

Con una propuesta que se modificó debido a la emergencia, es que ella encontró – no en un primer momento – el sentido de su investigación; los tiempos en que la migración se entendía como una actividad aparentemente sin momentos de pausa. Cada una de las investigaciones abordadas en el presente capítulo se han desenvuelto en cierto contexto que moldea, condiciona, cambia o presenta ciertas circunstancias histórico-sociales en tanto el investigador(a) con el terreno o medio en que se sitúa. Hasta 2014-15, comenzó a tomar cierta relevancia la migración irregular de personas que atravesaban la frontera sureste de México hacia el norte de este en su paso a los EE. UU.⁵⁰ Es Yaatsil quien en su ejercicio etnográfico giró a la relación entre las casas de migrantes y las trayectorias-tránsito de las personas migrantes; esto ha de diferenciarse de los anteriores trabajos en dos cosas: que aquellos, tomaron desde el primer momento

⁴⁹ *Tenía previsto viajar con las personas sobre la marcha: estudiar su tránsito, sus trayectorias y sus flujos. Sin embargo, debido a las inestables políticas migratorias y, consecuentemente, a la volátil dinámica de las rutas y sub-rutas que también se adaptan continuamente a estas, la presente investigación también tuvo que reajustarse.* Traducción mía.

⁵⁰ Ya en otros apartados he mencionado cómo la llamada crisis de los niños migrantes no acompañados, años antes las masacres de San Fernando y Cadereyta, así como los descarrilamientos de trenes en Tabasco, Chiapas y Oaxaca evidenciaron un flujo creciente de estos tránsitos migratorios sur norte.

como objeto o campo de estudio a las casas de migrantes y las posibles relaciones sociales de estas. Por otra parte, parte de la problemática era la emergencia y prevalencia de las prácticas humanitarias de estas casas. En este sentido, Y. Guevara suma una variable más: el tiempo: “The points of reference for tracing time were not established by working days, but the passing of the train, the implementation of raids by agents of the National Immigration Institute (INM) the arrival of new food donations, the arrivals of huge groups of people, and overcrowding.”⁵¹ (Guevara, 2022, p. 18).

Los tiempos de cómo se daban los flujos migrantes habían cambiado y se transformaban más lentamente y con esto, afectando los cuerpos, propósitos y estrategias de las personas migrantes; antes de seguir avanzando en esto, y siguiendo “el ritmo” de investigación que Y. Guevara muestra en su tesis, quiero rescatar precisamente dos momentos del desarrollo en la etnografía que realizó: ser madre y decidir “viajar sola”. Para muchos de quienes realizamos etnografías esto se pone (confronta) frente a nuestras costumbres, prácticas cotidianas, formas de ser o la manera en que queramos enunciar el ritmo de nuestras propias vidas; ser madre y hacer investigación en un campo y terreno que es exigente de muchas maneras es algo que en las investigaciones previamente revisadas en este capítulo, no había aparecido como un elemento de relevancia.

En el caso de R. Manenti y A. Olayo-Méndez, sin embargo, en ningún momento aparece la idea de familia de procedencia o vínculos de este tipo con padres, madres o hijos lo cual puede obviarse al saberse que ellos son religiosos adscritos a la iglesia (católica, en este caso); aun así, no puedo dejar de observar en sus trabajos la ausencia de lo que Y. Guevara y P. Solano si materializaron como un elemento en sus tesis: lo emotivo y los vínculos familiares o de amistades como parte de la experiencia de investigación. Por otra parte, es claro que la condición de género tiene un papel para desenvolverse en campo está presente: ellos, hombres maduros, con una cierta autoridad como religiosos y parte de una orden (scalabriniano uno y jesuita el otro) incluso

⁵¹Los puntos de referencia para el tiempo de rastreo no fueron los días hábiles, sino el paso del tren, la realización de allanamientos por parte de agentes del Instituto Nacional de Migración (INM), la llegada de nuevas donaciones de alimentos, la llegada de grandes grupos de personas, y hacinamiento. Traducción mía.

plasman con cierta plasticidad cuán posible es para ellos moverse entre casas de migrantes a lo largo del país. No quiero decir con esto que no tuvieran o considere que no hayan tenido problemas o dilemas en el desarrollo de su trabajo de campo.

Distinto en el caso de P. Solano, que aun con el apoyo y acompañamiento de los religiosos o religiosas que le acompañaron, no hay que olvidar cómo en algún momento ella experimentó el miedo, así como tradujo este mismo desde las experiencias compartidas con otros habitantes de la casa. Es decir: esa clave emotiva-afectiva que, en cierto punto, Y. Guevara muestra y es un punto de inflexión en la toma de sus decisiones en cierto grado: “I ventured into new terrains in my personal life, and I became a mother in November 2013 which unavoidably shaped my research.”⁵² (Guevara, 2022, p.16).

II.V. b. Etnografía sobre la marcha⁵³.

Y. Guevara se encontró frente a un terreno que desafió su forma de hacer el trabajo etnográfico. Por un lado, reflexionó sobre su presencia y la dualidad de esta: voluntaria y etnógrafa. Por el otro, la reformulación la llevó a proponer un método novedoso de recoger el dato: una etnografía sobre marcha. Sobre el primer punto:

On the one hand, the researcher learns various skills to understand more intrinsically the humanitarian work carried out by these shelters; and the other hand, volunteering provides an “insider” perspective in the production of knowledge in ethnographic work. However, the challenges arising from the “volunteer ethnographer” role [...] that is, from the combination of exercising volunteerism and ethnographic simultaneously [...] ⁵⁴ (Guevara, 2022, p. 17).

⁵²Me aventuré en nuevos terrenos de mi vida personal y en noviembre de 2013 me volví madre, lo cual inevitablemente marcó el curso de la investigación. Traducción mía.

⁵³ Go-along: sobre la marcha, en su traducción más cerca, para referirse a un ejercicio o método etnográfico hecho in situ siguiendo el día a día en la casa de migrantes.

⁵⁴ Por un lado, el investigador aprende diversas habilidades para comprender de manera más intrínseca la labor humanitaria que realizan estos albergues; y por otro lado, el voluntariado proporciona una perspectiva “interna” en la producción de conocimiento en el trabajo etnográfico. Sin embargo, los desafíos que surgen del rol de “etnógrafo voluntario” [...] es decir, de la combinación de ejercer el voluntariado y la etnografía simultáneamente [...]. Traducción mía.

Me parece que es importante rescatar y reconocer esta faceta del trabajo de campo,; pensar los momentos en que el trabajo de Y. Guevara se va moviendo o, como ella trata de mostrarlo: de ir al ritmo de una forma que toma el flujo migratorio en México, en tanto como voluntaria en la casa de migrantes debe estar a la par con quienes son atendidos por la casa, lo cual se traduce en hacer entrevistas en el comedor, en la cocina, en momentos y espacios inesperados o fuera de lo común, pero que son parte de la vida cotidiana de las personas en tránsitos migrantes irregulares:

Both the shelter's inhabitants and I were always in motion. From the accompaniment of asylum procedures, to buying the ten kilos of tortilla for each meal a day, to walking with people throughout the shelter, this method provided me a greater panorama of every day experiences of the people I write about in this research.⁵⁵ (Guevara, 2022, p. 25).

Esto me parece que es un parteaguas con el trabajo de R. Manenti, de A. Olayo-Méndez y, aun con el de P. Solano, si bien ella estuvo más cerca de la cotidianidad de la casa de migrantes en *La Esperanza*. Claro, un argumento de esto es la naturaleza de aquellos trabajos: sociología y trabajo social que no se enfocan tanto en lo etnográfico y, que como A. Olayo-Méndez atinó a decir: se ubican entre los niveles meso y macro por la forma en que se sitúan y los análisis hechos. Para Y. Guevara el situarse en la cotidianidad de la vida en la casa de migrantes, le permitió hacer un ejercicio que escalaba y permitía situar en distintos grados, como se verá más adelante cuando atiende la cuestión de la espera en las casas o espacios que las personas migrantes usan y cómo son parte reflejo de las políticas de contención y fronteras verticales: “I analyze what waiting and “doing nothing” means when migrants get trapped in transit.”⁵⁶ (Guevara, 2022, p. 33).

⁵⁵ *Quienes habitan la casa y yo, siempre estábamos en movimiento. Desde los acompañamientos a los procesos de asilo, a comprar los diez kilos de tortilla para cada comida, caminar con la gente a través del albergue, este método me proveyó de un gran panorama sobre las experiencias en la vida diaria de quienes yo escribo en esta investigación.* Traducción mía.

⁵⁶ *Analizo lo que la espera y “no hacer nada” significan cuando los migrantes quedan atrapados en su tránsito.* Traducción mía.

II.V. c. Los atrapamientos.

En cierto modo, Y. Guevara no problematiza sobre ¿qué es una casa de migrantes?; de un modo sistemático apunta y recoge información en línea de tiempo sobre cómo se organizan, los orígenes de estas y los servicios que brindan en el contexto de una crisis no reconocida en las atenciones a la movilidad humana, los tránsitos irregulares y la violencia y precarización persistente en estos. Esto no debe opacar que ella le da un papel muy importante a las casa de migrantes en su investigación y es posible que, por la naturaleza del mismo, comenzó a apuntar más al método etnográfico y los tiempos de espera/atrapamiento en los flujos migrantes, no se detuvo a reflexionar más profundamente sobre lo que es la casa; sin embargo, esta apreciación mía debe ser considerada algo parcial ya que ella en algún punto de su tesis menciona y hace hincapié en el interés de retomar a la casa desde sus estética: los murales para ella eran un posible campo y objeto de análisis antropológico, lo cual lleva a problematizar a la casa de migrantes, de alguna manera. Como trataré de argumentar en el siguiente apartado, ella encuentra en *la casa* el nombre del lugar, espacio y actor que está presente y donde ella trabajará principalmente su etnografía: “*La 72, or la casa as colloquially known [...]*” (Guevara, 2022, p. 74). Ella, como muchos otros y en los trabajos expuestos, en la heterogeneidad de cómo nombrar al actor o espacio o parte del interés de investigaciones a desarrollar, halla que *la casa de migrantes* es algo que ayuda a asirse en un mar de definiciones.

La casa de migrantes le permitió observar los atrapamientos de las personas migrantes que veían sus tránsitos bloqueados o pausados debido a las estructuras de una política migratoria de contención que, desde muchos frentes, terminaba materializándose en los cuerpos de quienes solo mantenían el propósito de llegar al norte; esta cita algo larga puede ayudar a entenderlo desde sus palabras:

Arrival in Mexico is marked by violence, exclusion, abuse, and disenchantment. For this reason, migrant’s shelters have become “safe places” where migrants can reevaluate their trajectories and get to know the panorama in which they find themselves. By analyzing the quotidian lives of migrants who find themselves in a kind of unexpected “suspend” time, where they define themselves as “trapped” or stranded”, I have looked at the micro-social

consequences of border externalization policies and the “collateral damages” left by the U. S. and Mexican migration regimes. (Guevara, 2022, p. 202).⁵⁷

Tratando de cerrar este apartado dedicado al trabajo de Y. Guevara, quiero aclarar dos puntos en torno a la revisión del trabajo de ella: uno, la riqueza de su experiencia y propuesta etnográfica donde el género, la condición de ser madre y las dos temporalidades articuladas para estar en La 72 que hablan de un trabajo fuerte, sentido y vivido que no por eso deja de ser analítico, reflexivo y propositivo en torno a los estudios de migraciones. Dos, si bien en el grueso de su tesis expone ampliamente otros puntos como una descripción antropológico-sociológica y etnográfica de La 72, he rescatado algo que, a mi parecer, faltó desarrollar más y que tiene que ver con los cuerpos y los tiempos de espera; pero esto también es un reflejo del tiempo y contexto en que ella realizó el trabajo y el momento de presentar su tesis (2022, cuando ella dejó de hacer trabajo de campo en 2016). Al final de su trabajo, hay un guiño hacia una antropología del cuerpo, aunque es comprensible que no sea su propósito, pero esta cita es vinculante a lo que menciono:

[...] based on the analysis of this study, waiting then becomes an interim that oscillates between survival and disenchantment, between immediacy and a future that has not yet arrived, between an ordinary day, and an-utopia. This time-space in between is lived intensely because no one knows when the wait will come to an end. (Guevara, 2022, p. 207).⁵⁸

Es entonces que puedo decir que la elección de los trabajos previamente revisados y discutidos, no están aquí por mero capricho de englobarles en el estudio de las casas

⁵⁷ *La llegada a México está marcada por la violencia, la exclusión, el abuso y el desencanto. Por esta razón, los albergues para migrantes se han convertido en “lugares seguros” donde los migrantes pueden reevaluar sus trayectorias y conocer el panorama en el que se encuentran. Al analizar las vidas cotidianas de los migrantes que se encuentran en una especie de tiempo de “suspensión” inesperada, en el que se definen como “atrapados” o varados”, también analizo las consecuencias microsociales de las políticas de externalización de fronteras y los “daños colaterales” provocados por los regímenes migratorios de Estados Unidos y México.* Traducción mía.

⁵⁸ *Según el análisis de este estudio, la espera se convierte entonces en un intermedio que oscila entre la supervivencia y el desencanto, entre la inmediatez y un futuro que aún no llega, entre un día cualquiera y una utopía. Este tiempo-espacio intermedio se vive intensamente porque nadie sabe cuándo terminará la espera.* Traducción mía.

de migrantes; quiero decir que es posible pensar en una serie de eventos que me llevaron a conocer dichos trabajos (y otros más que por otras cuestiones estaré referenciando a lo largo de esta tesis); fue un hallazgo inesperado, pero también suficientemente pertinente: una serendipia, diría R. K. Merton. Este capítulo puede leerse como una línea de tiempo donde la casa de migrantes es el punto (o puntos en todo caso) que va articulando cada personalidad, reflexión o propósitos de investigación de quienes gustosamente me han compartido sus trabajos (algunos que son algo complicados de consultar, incluso). En todo caso, el siguiente apartado que es el último de este capítulo II de la tesis, se anuda fuertemente con todos y en particular con la propuesta de Yaatsil Guevara, con quien tengo puntos de convergencia y no tanto de tensión como ocurrió con los otros. Yaatsil estuvo hasta 2016 en La 72 y en el contexto de las movilidades humanas donde pudo observar y apuntar a los atrapamientos, en donde las casas de migrantes también juegan un papel importante de formas indirectas. Justo es en 2016 que yo conocí La 72. No mucho antes, A. Olayo-Méndez había dejado también La 72 y P. Solano estaba presentando su tesis sobre los jardines y sombras de *La Esperanza*. En 2019-20 realizo mi primer acercamiento formal etnográfico a La 72 y es en estas fechas (2024) que, siguiendo los pasos de los demás, trato de expandir la discusión desde otra perspectiva, , sin olvidar que R. Manenti, y J. Hagan son de las primeras personas en hablar sobre las casas de migrantes en 2008. Entonces, este capítulo es una línea de vida de las casas de migrantes y de quienes hemos vivido en ellas.

II.VI. La casa de migrantes: ¿un actante?

[...] Eri, usted sabe muy bien estar en la casa fue lo mejor que nos pudo pasar. Ahora que mi prima salió de Honduras, le dije: pregunta por la casa, debe haber una casa de migrantes donde tú estés – su prima entró por Cd. Hidalgo hacia Tapachula – debe haber una [...] ¿Se acuerda cuando le dijimos que estábamos en Tijuana? ¡gracias a Dios usted nos dijo que nos fuéramos a la casa de migrantes de allá! *Sí, pero no fue la que les decía, pero fue bueno que llegaran a una*, les respondí. Siempre hay una casa para que nos cuide, eso lo bueno, ¿no cree? [...].

Nota del diario de campo. Mayo de 2024. Llamada por WhatsApp con Sara R. del grupo de las Hermanas Rodríguez, ahora asiladas en Maryland, EE. UU.

Durante las últimas líneas traté de abonar, como parte de la discusión general de la investigación que he realizado, un panorama general de lo que se ha dicho sobre las casas de migrantes: como actor y espacio en diferentes perspectivas – como informante, parte de una red social, como lugar de atrapamiento, como santuario – sin embargo, hablar de la casa de migrantes invita a una problematización, si no más profunda, sí sobre su condición, cualidad y presencia en la dimension de las movilidades humanas (irregulares, indocumentadas, refugiadas, en espera, contenidas, entre otras) como *algo* que actúa, media y vincula: es la pauta para observar al *actante* como ese otro actor posible en las migraciones



Foto 12. Mural “El abrazo de la madre”. Detalle de la vista desde un piso superior donde se encuentra el módulo-dormitorio del voluntariado de La 72 mirando hacia la entrada principal y la capilla interior; abril de 2023.

La pregunta de partida tanto en este apartado como en los demás trabajos expuestos de las y los colegas que abordaron a las casas antes, es sin duda: ¿qué es una casa de migrantes? Y con esto: ¿qué hace la casa de migrantes?; en la caso del

trabajo de A. Olayo-Méndez y el de Yaatsil Guevara, la pregunta llega a transformarse – aunque no del todo – en: ¿cómo actúa la casa de migrantes? En cada trabajo, la casa de ha vuelto un actor – habría que preguntarse si no lo era ya antes – en tanto actúa de alguna forma en varios campos de la dimensión de la movilidad humana: los tránsitos de las personas, lo humanitario, lo político, lo altruista, lo cultural, etcétera. Más allá de definir en cuál o qué campo tiene más incidencia, se debe notar que la casa “está presente”: como arquitectura, como espacio, como símbolo:

[...] cuando yo llegué a la casa, esta ya tenía un trabajo hecho: la gente entraba y los voluntarios los acomodaban. Te diré algo: yo creo que la casa me llamaba, pero no era algo que en verdad al principio me llamara tanto la atención; entonces, en una ocasión que ayudé al fraile que estaba a cargo, me dijo: ayúdame a llevar estas aguas [...] ¡se supone que solo iba ese día y veme ahora!: ya pasaron más de 8 años y le he agarrado tanto cariño a la casa y al proyecto, pero creo que la casa también me ha cuidado y enseñado mucho.

Nota del diario de campo. Agosto de 2022. Entrevista a Fernando Santiago, coordinador del área de atención humanitaria de La 72.

Incluso puede argüirse una ecología propia y compartida en tanto se tomen en cuenta las condiciones materiales, ambientales, climáticas, geográficas, económicas, etcétera que hacen de las casas de migrantes un espacio donde las interacciones entre personas, migrantes y casas de migrantes – o, más abstracto: la movilidad humana – están imbuidas en su trato con el río, el tren, la selva, los desiertos, las comunidades por donde pasan o se detienen, etcétera:

El tren pasa por aquí, por lo menos tres veces a la semana y dos de estas es hacia arriba, al norte. Sé que la vía del tren se extiende hacia Honduras, pero no me queda clara la localización. Eso sí, no está cerca de Casa Belén en Guatemala. De ese lado entiendo, se cruza un tramo del río San Pedro hacia El Pedregal. Bueno, el tren, el río son complicados con el clima: todos los días hace un calor terrible y no me imagino cómo, cuando salen de la casa (La 72) se suben y es un viaje cansado, que sin bien va, llegará a Coatzacoalcos – habrán dejado atrás Boca Cerro del Río y en Palenque muchos optan por pasar a la casa de migrantes de ahí. En Coatzacoalcos está el Decanal Guadalupano

y su casa y más allá, Las Patronas. Pienso en la gente que viene desde El Darién: cruzar el estrecho entre Colombia y Panamá y luego la selva. ¿Acaso no cada elemento es una cosa – actor – que juega en que forma toman los tránsitos migrantes? [...].

Nota del diario de campo. Febrero de 2020. Apuntes sobre la relación entre el tren y las demás cosas presentes.

La casa de migrantes entonces se presenta, articula y actúa en distintas escalas y pliegues y así toma lugar en una polifonía de voces y posturas; se ensambla y/o une en formas que pueden ser tangibles o intangibles que dan paso a una red de vínculos o asociaciones en una dimensión y problemáticas concretas y de las formas posibles que tomen. Es decir: su actuar no es unívoco (cada casa se adecua o emerge según el grado de su intervención) ni definitorio (no es el inicio o fin, de los tránsitos migrantes, por ejemplo); no tienen un lugar definido en sentido geográfico (si bien las casas de migrantes surgen en tanto su cercanía a las rutas de tránsito que a su vez se localizan tradicionalmente junto al paso del tren, hoy en día esto no es regla). Cada casa de migrantes puede ser/significar/hacer lo mismo que otras y ser distinta de las mismas: descriptiva y localizadamente es como A. Olayo-Méndez planteó en el mapa de México dividir por zonas geográficas (norte, centro, sur) o formar parte de un corredor humanitario (Candiz y Belanger, 2018) y en esto se reconoce el alcance del trabajo de las casas en conjunto o particularmente con base en donde se ubican, sus posibles recursos y dificultades, adscripciones, etcétera. No es lo mismo cómo actúa ante ciertas circunstancias, por ejemplo, los tránsitos continuos de personas migrantes en el sureste del país que en el centro de México (como la Ciudad de México) a zonas de la frontera norte. Todas cuidan, albergan, alimentan y, sin embargo, cada una actúa-comunica diferente en algún momento:

¡Voluntario, venga! ¡venga! – me habló, cuasi ordenándome Kevin – ¿cómo cuánto falta para Monterrey? ¿Habrá casas del emigrante allá? ¡qué bueno sería que sí!, porque ¡ah cómo nos han ayudado aquí! Sí, pero no todas son como La 72, son más parecidas a la del Ceibo – le respondí. ¡Ucha! – exclamó como molesto.

Estábamos parados frente a un mapa mural que está en La 72 y donde se marcan algunas rutas, casas y puntos de peligro (incluso los retenes). No tengo idea de cuándo pintaron

este mapa. Mientras, Kevin delineaba con su dedo desde donde marcaba La 72 hasta Monterrey.

¡Oiga!, ¿y en todas las casas habrá un mapa? Si sigo todas las casas, ¿llegaré más rápido a la otra frontera? No lo sé hermano - le respondí y noté que se habían reunido más personas escuchando nuestra conversación – lo que sí sé es que son más de dos mil kilómetros.

¡pues yo creo que, si hay casas como esta del emigrante, sí llego! – casi gritó Kevin [...].

Nota del diario de campo. Febrero de 2020. Interior de La 72.

II.VI. a. Lo heterogéneo. Reconocer al actor.

El directorio hecho por la Organización Internacional de las Migraciones en 2018 de Casas y Albergues para personas migrantes es uno de los ejercicios más completos que se han hecho y mantuvieron hasta aquella fecha tratando de mapear los lugares y redes de ayuda para personas migrantes⁵⁹; más allá de esto es: ¿a qué nos referimos cuando decimos que algo es una casa de migrantes? Esto parece tan infortunado como necesario: primero porque una de las premisas de la ciencia social es reconocer lo heterogéneo en lo social y pareciera que, al definir, se pretende homogeneizar las cosas. Por otra parte, se vuelve necesario para poder hacer operacional cierta perspectiva problematizadora de algún evento o cosa de lo social. Aquí es donde puede darse la primera observación crítica ante el proponer a la casa de migrantes como objeto de estudio: ¿es necesario hallar un equilibrio entre lo que enunciamos como objeto de estudio y lo que significa ese objeto de estudio?:

Oiga fray: ¿usted le dice casa o albergue a La 72? Porque he visto en algunos comunicados que le llaman casa, pero, por ejemplo, en la página de ACNUR u otras, luego les ponen albergue u organización civil. ¿Qué piensa de eso? – aproveché para preguntarle a fray Gabriel, coordinador de La 72.

Pues mira, aquí la gente, los hermanos, hermanas que llegan, desde siempre preguntan por la casa del emigrante, migrante [...] desde que abrimos las puertas, como parte del

⁵⁹ El mencionado directorio es un esfuerzo que se suma al de otras organizaciones como ACNUR, REDODEM, Servicio Jesuita Migrante o La red de Casas Scalabrini entre otras, incluso como el BBVA-Research Center y otros que han tratado de cartografiar y mapear a las casas o albergues de migrantes.

proyecto franciscano, siempre ha sido la casa del migrante y la gente así la conoce o como La 72 [...].

Nota del diario de campo. Abril de 2021. Entrevista a fray Gabriel después del aniversario de La 72.

Si se toma como referencia el directorio mencionado lo que se obtiene es una enunciación de una cosa: la casa de migrantes o el albergue de migrantes. No es menester aquí problematizar desde la semántica, sin embargo, como la experiencia de investigación propia y la discutida en los apartados anteriores, la “casa” no siempre es una casa: en ocasiones solo es un comedor o un simple espacio donde recostarse bajo la sombra de alguna loza o lámina. Aquella construcción por simple y sencilla que sea, es la casa del migrante. ¿Cómo conceptualizar a la casa del migrante entonces?:

[...] así es Eric. Ya dejé Casa Belén y ahora ando acá por La Técnica (Guatemala). Estoy tratando de echar a andar una casa de migrante, un albergue pequeño, una casa del migrante formal, aun no llego a ese nivel, pero ¡ahí vamos! Tengo poquito y casi siempre ando solo, pero ya puse unos tabloncitos y ando despejando el lugar para que puedan pasar y descansar. Ya sabe: poco a poco.

Oye, qué bien, pero, estás ahí porque es la ruta que va para El Corozal, ¿no? – le pregunté ya que no ubico bien la ruta. ¡Sí, así es!, ya ve que luego de Esquipulas o bajan (para llegar a Tecún Umán o siguen por aquí para El Ceibo [...]) – eso le entendí a Juan Pablo.

Nota del diario de campo. Marzo de 2024. Intercambio de mensajes escritos y audio con Juan Pablo, anterior co-coordinador de Casa Belén-El Ceibo, Guatemala.

Bruno Latour (2008) arroja luces a quienes coincidimos en una propuesta: rastrear lo social de las cosas frente a decir lo social de las cosas. Esta propuesta que surge de la Teoría del Actor-Red (TAR) que implica tanto lo epistémico como lo metodológico sirve como punto de partida para abordar la controversia de cómo enunciar o definir a la casa de migrantes. Tres son los elementos que, desde la TAR, me han ayudado a rastrear y comprender lo que hace social a la casa: su condición de mediador, los guiones y la idea del actante. Hace tiempo, tomando como parte metodológica y como parte teórica,

busqué acercarme a la casa de migrantes desde la TAR, finalmente, resolví esto en el siguiente argumento a forma de tesis de aquella investigación pasada:

Propongo comprender e interpretar a La 72, como un actor no-humano (un actor red) y como un espacio social transnacional que tiene presencia en el circuito migratorio transnacional: en su movimiento y actuar, se asocia y comunica con otros actores de iguales o distintos intereses y fines. Como espacio social, es uno de los escenarios en donde la práctica social de los distintos grupos que confluyen en tal se materializa y le da sentido a la problemática de la migración irregular en tránsito por México. La 72 como *actante*, es aquello que no tiene una figura precisa, que tiene un significado para quienes (actores sociales, grupos, personas) hablan de la misma: es una casa, es un hogar, es un lugar seguro, un punto de ayuda, un espacio como un oasis, es esperanza, es algo, para aquellos que llegan, permanecen o se van, de la misma. (Luna, 2020, p. 114-115).

II.VI. b. El actante: la casa de migrantes.

Tomando como punto de partida, análisis y reflexión teórica a La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes como aquel actor-no humano presente en la dimensión de las movilidades humanas y los tránsitos migrantes, como se han mencionado, es que ahora me propongo elevar la propuesta tratando de cartografiar un mapa social más amplio de las casas de migrantes.



Foto 13. Mural exterior de La 72 con motivo de su 13vo aniversario; agosto de 2024.

La *mediación*: para la TAR, un mediador transforma, traduce o distorsiona la acción social (Latour, 2008); siguiendo esta idea, la casa de migrantes se presenta como un actor que media en diferentes niveles o estructuras entre otros actores o individuos. Tomo, por ejemplo, la cuestión del refugio en México como una problemática presente en que las casas de migrantes participan: pareciera que una disposición que es parte de las políticas en materia de migración y donde resalta la participación de instituciones como ACNUR, SEGOB, COMAR, INM entre otras, no es vinculante con espacios y actores como las casas de migrantes. Esto es por demás desacertado y resta importancia a un actor como el mencionado. El trabajo de campo realizado en los últimos 4 años (2019-2023) ha mostrado que la casa de migrantes es un actor más que esta presente y actúa de alguna manera; un ejemplo de esto es cuando la casa, por medio de ciertas áreas de atención de la misma como la de asesoramiento o acompañamiento humanitario o defensa de derechos humanos, la cocina o la enfermería, tienen incidencia en forma de acompañamientos, cuidados de salud física o mental, alimentación, etcétera, que no son otra cosa que formas en que se materializa cómo actúa la casa en la problemática dada. Esto, puede ser lo más evidente, pero no puede perderse de vista que, sin la casa, estas acciones no serían posibles:

[...] cuándo llegué, me preguntaron si quería solicitar el refugio o si quería que revisaran mi caso. Yo solicité refugio en Tapachula, pero me lo negaron y me dijeron allá que ya no era posible volver a pedirlo. Pero me dijeron que aquí en la casa lo ayudan a uno hasta para encontrarse con su familia. Por eso vine y mañana vamos a la COMAR con los abogados, salimos tempranito de aquí de La 72 [...]

Nota del diario de campo. Febrero de 2020. Charla informal con Osman, joven hondureño albergado en La 72.

La casa como un actor más en el entramado de las asociaciones entre actores y grupos, actúa en una problemática como lo es el refugio en México: un argumento cotidiano que puede escucharse en las casas de migrantes es “la casa no hace trámites de refugio en México, pero te puede acompañar a solicitarlo”; sin ahondar en si tiene o no atribuciones legales, administrativas o políticas – aunque puede parecer obvio en

algunos casos – se puede apreciar que la casa media entre las instituciones del Estado y las personas migrantes solicitantes de refugio en México por medio de: 1) acoger a la persona migrante, 2) cuidar a esta, 3) brindar apoyo y acompañamiento en el tema de refugio y derechos humanos a quien lo necesite. De esta forma, puede decirse que la casa traduce distintas acciones que son parte de su actuar humanitario en lo general, pero, que son específicas y diversificadas dependiendo de cuál acción-práctica tenga que implementar. Tanto la viñeta del diario de campo anterior como las posteriores, rescatan solo unas de muchas historias de aquellas personas solicitantes de refugio en México y cómo la acción de solicitud de refugio es transformada no en su sustrato administrativo burocrático (*la casa no tramita el refugio* es una frase reveladora) pero sin duda, la casa incide en cómo los procesos de solicitudes cambian acompañando, orientando y cuidando a las personas solicitantes de refugio:

[...] quieras que no, cuando ven que vamos de la casa – de migrantes – en COMAR hasta nos tratan distinto que cuando ellos o ellas van solos, ¡y eso es que es su derecho como personas!, ya hemos hablado de esto con gente de El Ceibo (Guatemala), Palenque (Chiapas), y con la misma migración – INM –, las casas de migrantes de allá, nosotros aquí podemos cambiar los modos de trabajo y que las personas solicitantes de refugio tengan respetados sus derechos [...].

Nota del diario de campo. Agosto de 2022. Entrevista con el abogado de La 72.

[...] ayer fuimos a denunciar. Hay cosas que, en verdad, si la casa no hace algo simplemente no suceden. Secuestraron a este grupo de chicos y los vinieron a botar aquí en la puerta. Luego la COMAR dice que como es el evento en México no procede a refugio: ¡pero si los recogieron – secuestraron – en la frontera antes de cruzar. A La 72 le hace falta tener un equipo más sólido de trabajo en defensoría: pero en la procuraduría saben que la casa del migrante no se deja [...].

Nota del diario de campo. Enero de 2020. Charla con Ana V., abogada voluntaria de La 72.

El *guion*: la TAR usa la metáfora del guion para referir a la forma en que se siguen los actores, es decir: hacia dónde van y el camino que dejan como rastro que nos habla

de lo social. Pero el guion es también lo que vincula o asocia a los actores presentes: ¿no son los tránsitos migrantes irregulares sino un guion extenso que puede unir fronteras? Si se segmentaran esos guiones, daría por resultado una serie que en cierto punto cruzan, articulan y unen a las casas de migrantes. Entonces, el *guion* con un uso metodológico ayuda a poder observar cómo se van enlazando o articulando en términos de la TAR los distintos actores sociales y estos *guiones* hacen actuar a la casa y otros, la pregunta que aparece es: ¿cómo observar o sucede esto? ¿cómo es esto? Un ejemplo para responder esto, puede ser en el entramado de guiones que se vinculan en los procesos de solicitud de refugiado donde, se puede rastrear desde que la persona migrantes llega a la casa de migrantes, pasando por el área de atención humanitaria y legal/derechos humanos, se vuelve solicitante de refugio (o no), los acompañamientos a la oficina de la COMAR, la vuelta a la casa, solo por mostrar un breve y esquemático panorama de lo que se va vinculando y como el guión ayuda a observar cómo actúa la casa:

[...] pues llegamos buscando la casa. Desde Esquipulas hasta acá en el Ceibo (Guatemala) y ahora en La 72. Luego, como usted sabe, pues salimos, nos vimos en la ciudad (de México) y usted nos ayudó a llegar a la casa en Piedras Negras. Entonces pues hemos ido casa por casa (ríe) pero es cierto: sin la casa ¿Quién sabe qué hubiera sido de nosotros? Cynthia, yo, los niños [...]

Nota del diario de campo. Julio de 2023. Videollamada con Nahum y Cynthia (Honduras) exrefugiados en México.

Fernando llegó a la Ciudad de México con 5 hombres más: ya habían pasado por El Ceibo en Casa Belén, La 72, no me queda claro si en Palenque a la Casa del Caminante, pero sí en Coatzacoalcos en el albergue del Decanal. Mucho antes, supe que en El Darién estuvieron en los refugios que levantó el gobierno de Panamá. Con lo que me han contado él y muchas otras personas antes, se evidencia el trabajo de una red que no necesariamente está formalmente conectada pero que actúa. Ahora mismo, me avisó que va camino a San Luis Potosí, que allá hay otra casa de migrantes. Yo ayer los acompañé a Casa Tochan, donde afortunadamente Gaby accedió a recibirlos [...] se actualiza la información: Eric, ¡ya estamos en Piedras Negras!; pasamos por Sonora (supongo que en

Guaymas o Caborca porque ahí hay casas también), estamos afuera de una casa que atiende una madrecita bien dura, pero ya nos dio de comer. Creo que no hay lugar – Me escribió hace unos días por WhatsApp Fernando, supongo que llegaron a Casa del Migrante Frontera Digna [...]

Nota del diario de campo. Mayo-julio de 2023. Intercambio de mensajes con Fernando, migrante venezolano, por WhatsApp.

El *actante*: la casa de migrantes ha estado presente, pero no estática. Tampoco es un mero escenario. Mencionaba: la casa de migrantes tiene presencia en la dimensión de las movilidades humanas, en tanto se articula con otros actores o colectividades con quienes comparte intereses con los cuales genera acuerdos y desacuerdos (media); se mueve en tanto se entiende esto como su forma de comunicarse e interactuar ya sea tendiendo guiones o uniendo estos (cuando acoge a las personas migrantes o estas llegan y salen de la casa a continuar sus tránsitos). La casa no es solo las paredes o los techos donde hay camas, fogones, puertas. La casa es un espacio donde las vidas migrantes habitan y reconocen a la casa como parte de sus vidas. Desde la TAR, un actante es aquello que no tiene forma definida (ninguna casa de migrantes es igual a otra ni todas son una casa en sentido de construcción formal) pero que tiene performatividad (hay un sustrato común en tanto las casas significan y hacen algo sin importar si es el sur o norte, si es grande o pequeña):

[...] ¿qué significa estar en la casa de migrantes? Es algo que me pregunto siempre. Ayer platicando con don César – que tiene más de 6 años viviendo en La 72 – creo que me queda más claro: [...] así es Eri, aquí en la casa, desde que llegué, he visto tanta gente. Yo no me voy porque mire, viejo y aparte arruinado de las rodillas, ¿a dónde voy? [...] la casa me ha cuidado. Mire, ahora ya hasta tenemos comedor, vamos por leña a una finca, las noches hay baile, vemos película. A mi edad me siento seguro aquí, pero en algún momento me tengo que ir, ya desde la vez pasada me andan queriendo sacar. Pero ¿sabe?: la casa siempre me le llevo aquí, en el corazón. Ya la gente que llega es otra cosa, la casa es la que siempre estará [...].

Nota del diario de campo. Agosto de 2022. Plática informal con don César que es uno de los habitantes más viejos de La 72.

La casa de migrantes es un actor no-humano, un actante en una red de actantes que se vincula y asocia desde su propia práctica y presencia o significado social; transforma o incide en esto último con un propósito que puede ser compartido o no con otros actantes. Si se retoma el ejemplo de la problemática del refugio, la casa ensambla y se ensambla en las múltiples formas o rumbos posibles que aquella problemática pueda tomar. No es que la casa de migrantes sea el centro, sino que es un mediador entre muchos que van dando forma a una red de traducciones. Una pregunta que surge es: ¿la casa de migrantes carga-contiene o reproduce símbolos-significados-prácticas sociales? Para la TAR, tal y como se plantea la cuestión de la materialidad, supone la base de aquella perspectiva, por eso la simetría posible entre lo humano y lo no-humano (como cosas, objetos, cuerpos materiales); en este sentido, la casa del migrante es un objeto u artefacto que actúa en las movilidades humanas en tanto su incidencia desde la práctica humanitaria en estas. Sin embargo, estos *movimientos* de la casa van más allá de las mismas personas que le habiten y usen/interactúen con esta. Sus paredes no solo son una cubierta de la intemperie y sus arquitectura no solo es un diseño habitacional, en todo caso, como dice M. Pozas: “[...] los objetos, además de intervenir en la construcción de significado, juegan un papel activo en un espacio y un tiempo que rebasa con mucho los límites de la interacción cara a cara” (Pozas, 2015):

[...] La 72 es un proyecto que se centra en la dignificación de las personas que migran; como tal, no es una beneficencia o mero asistencialismo. La casa aboga por que las personas sean las mismas que retomen sus proyectos personales y sean capaces de decidir estando o no estando en la casa. La 72 es un proyecto político humanitario y como tal, se posiciona ante las injusticias cometidas contra quienes huyen, migran y cruzan hacia México como una alternativa. La 72, como referente de lucha y esperanza para aquellas personas que son criminalizadas por Estado y las políticas de este, no es solo un lugar o un espacio más: es un hogar donde volver a reencontrarse. Por eso la importancia de la casa del migrante [...].

Nota del diario de campo. Septiembre de 2019. Entrevista con Ramón M., coordinador de La 72. Sala azul de La 72.

II.VI. c. No es suficiente la TAR.

Quiero exponer que, si bien la TAR epistémica y metodológicamente me permitió hablar del actante en su momento, me parece también insuficiente. Antes de esto, considero que puede considerarse novedoso el llevar los presupuestos de la TAR hacia el ámbito de los estudios migratorios contemporáneos, esto puede ser endeble y hay que trabajar más. Cerré el párrafo anterior rescatando algo que M. Pozas empieza a discutir en el ámbito de lo simbólico y significativo (que en ocasiones en la TAR se evade); pero no es una acusación y, en todo caso, hay que abordar las oportunidades que se extienden ante la mirada sociológica y antropológica, en palabras de Lidia Girola: “[...] la perspectiva de la TAR, acerca del mundo y de cómo la acción humana no puede pensarse separada del mundo material, nos abre una concepción más fructífera que la habitual consideración de lo mental, lo simbólico, la naturaleza y la tecnología [...]” (Girola, 2022, p. 196).

El argumento esgrimido por L. Girola, resume sucintamente lo que la TAR puede aportar en diversos ámbitos de la investigación social: ¿pensar la migración irregular de personas sin la casa de migrantes como ese actor/actante y espacio?, puede hacerse. Sin embargo, las casas de migrantes ahí están tan presentes como las mismas personas que les habitan. Entonces, es necesario un ejercicio reflexivo que lleve a pensar cuál es el actuar de las casas. Pero este debe hacerse desde dónde y cómo se considera a estas casas y la TAR puede llegar a tener huecos que pueden terminar forzando la interpretación desde esta. Entonces, siguiendo una de las iniciativas de B. Latour, es necesario hacer explicaciones arriesgadas.

[...] ayer por la noche que estuvimos en El Ceibo, me queda más que clara la relación entre esa casa y La 72, y sus múltiples contactos con ACNUR, COMAR, el DIF, las pastorales, las comunidades, etcétera. Me estoy resistiendo a pensar a los demás como meros satélites de La 72 (como si todo girara en torno a ella); sin embargo, no se puede negar su liderazgo. Inclusive, el Viacrucis Migrante no podría llevarse a cabo sin La 72: el mero hecho de que sepan que venimos de allá “mueve” a la gente, pero es curioso mirar cómo hay quienes dudan de que “vamos a caminar para que se nos unan en el camino”, como los 5 chicos hondureños que se fueron antes que nosotros y al final se nos unieron en Zaragoza. Ahora han llegado personas de Puebla (entiendo que donatarios) y algunas

personas a nombre de la Pastoral de Guatemala desde Flores todos y todas con una idea: vivir el viacrucis migrante y conocer a La 72 [...].

Nota del diario de campo. Abril de 2023. Ejido Zaragoza, terminando el primer día del Viacrucis Migrante.



Foto 14. Detalle del interior de la capilla de la Casa del Migrante en Chihuahua; marzo de 2025.

II.VI. d. La casa como un objeto. La OOO y la casa de migrantes.

Graham Harman es uno de los exponentes contemporáneos sobre aquellas visiones que apuestan por la interpretaciones de lo social más allá de las dicotomías y la separación naturaleza-cultura. En este punto, quiero retomar su propuesta filosófica tratando de llevarla al ámbito de análisis antropológico y de aplicación en tanto ejercicio metodológico

interpretativo de la casa de migrantes. El principal supuesto de la Ontología Orientada a los Objetos (Object Oriented Ontology) es que todo en lo social son *objetos*. Es decir, en términos menos elevados: la dicotomía sujeto/objeto no está presente, haciendo que, en plano de lo social, cualquier elemento presente es objeto en tanto su relación con otro (objeto), siendo que lo social se da material o inmaterialmente por medio de los posibles eventos que ocurren en el entramado de relaciones, interacciones y asociaciones: “[...] OOO defends the idea that objects – whether real, fictional, natural, artificial, human or non- human – are mutually autonomous and enter into relation only in special cases that need to be explained rather than assumed.” (Harman, 2017, p. 12).⁶⁰:

[...] me parece interesante cómo las casas de migrantes actúan entre sí sin necesariamente conocerse. Ayer platicando con Nicole, que me pidió ayuda para recuperar unos documentos de identidad que perdió en una pelea, resulta que estaba en Tijuana. Ella pidió ayuda a la casa de migrantes de ahí, a la de San Juan Bosco, con la abogada. Luego, pues yo hice enlace con La 72, porque Nicole decía que el abogado tenía copia de sus identidades. Claramente lo digital, las aplicaciones y las llamadas acortan y facilitan las acciones a distancia [...] a Nicole le robaron el celular, pero ya Alejandra me acaba de confirmar que La 72 mandó los documentos a Tijuana y ya Nicole los recogió. ¿Quién actuó?, ¿nosotros como voluntarios?, ¿las casas? Hoy por la tarde me llamaron de la casa de migrantes San Juan Bosco para corroborar, creo, mi identidad, ahora también aquella casa me tiene en su consideración [...].

Nota del diario de campo. Julio de 2023. Intercambio de mensajes de texto y voz con Nicole para tratar de recuperar sus documentos de identidad, resguardados en La 72.

No quiero extender una discusión – aunque a mi parecer inevitable - entre la TAR y la OOO, incluso colocando a sus dos exponentes principales como G. Harman y a B. Latour como *objetos* – sin embargo, las coincidencias en el sustrato de sus pensamientos (uno desde la sociología y otro desde la filosofía) me ayuda a seguir postulando a la casa de migrantes como un actante y como un objeto que actúa. Esta, – retomando la cita de

⁶⁰ La OOO defiende la idea de que los objetos – sean estos reales, ficcionales, naturales, artificiales, humanos, no humanos – son mutuamente autónomos y entran en relación solo en casos especiales que necesitan ser explicados antes que asumidos. Traducción mía.

G. Harman – es autónoma en tanto como objeto está localizada geográfica y espacialmente y como tal, es la casa de migrantes. Sin embargo, como objeto interactúa, se relaciona y asocia con otros objetos – actantes – en donde este tipo de acto es plausible de ser abordado y explicado, es decir, aparece una posible problemática sociológica o antropológica (o de otro tipo). Esto no está muy lejos de la idea de la TAR de explicar por qué lo social es social.

Para la OOO, los objetos pueden tanto – entidades – *reales* como *sensuales* (es decir, materiales como sensibles) lo que aproxima a la circunstancia de si la casa de migrantes como actante es solo en lo material o en lo simbólico también (argumento que di en los párrafos anteriores). Incluso en este sentido, la OOO desde G. Harman se sitúa en el ámbito del arte, ya que, en palabras de él, la OOO como filosofía, tiene más relación con la estética que con la matemática o la ciencia natural. Lo cual me lleva a cuestionarme si la OOO permitiera el abordaje del objeto no humano visto en la casa del migrante desde un enfoque emotivo y sensible:

[...] los murales que existen en las distintas casas de migrantes que he conocido, parecen siempre evocar a dos ideas o sentires: la forma de migrar y a cuáles lugares se llega migrando. El más común es el mapa de México que más o menos es representado con varios iconos de casas, de calaveras, de patrullas, de trenes y balsas. Otros, como el de La 72, inclusive ha sido adornado – ¿será la palabra adecuada? – tienen billetes de toda denominación: lempiras, quetzales, soles, dólares, pesos. Algunos son tan detallados o significativos como representando las caravanas o la marcha. Otros, como el que recién pintaron en Casa Belén, es engañoso por sus trazos y pinturas simples pero que muestran tanto: el cruce visto desde el lado guatemalteco. A decir verdad, pocas veces he notado que prevalezca alguna pintura o iconografía puramente de la iglesia y si es, es como la cruz franciscana de La 72 en cuyo centro hay pintada una fosa común. Potente el mensaje. Pero otros, como en casa Tochan, que aprovechando que es de subida, en su base – sobre unas jardineras – están representadas las vidas rurales de Centroamérica, como un recuerdo, para aquellos que llegaron, dejado en algún momento por quienes ya partieron: *mi hogar*, dice en pequeñas letras sobre unas chozas [...].

Nota del diario de campo. Octubre de 2022. Reflexiones posteriores a la visita a La 72 en agosto.

Antes de retomar esta idea, quiero abonar otro pensamiento con relación a los dos anteriores y que a falta de un título como la TAR o la OOO, referiré por el nombre de su exponente: Tim Ingold y *la vida de las líneas*.

II.VI. e. Las líneas y los globos: la casa de migrantes como nudo social.

Timothy Ingold (2018) arroja luces a lo expuesto anteriormente sobre tomar a la casa de migrantes como un actor/actante/objeto. Así como B. Latour y G. Harman, cuestiona y se desprende intelectualmente de la ortodoxia académica para abordar lo social. Como tal, también es un férreo crítico de la TAR y de la OOO. Nuevamente en la economía de espacio y a sabiendas que este, no es el campo para discutir de forma más amplia la pertinencia la propuesta de T. Ingold en el abordaje antropológico de las casas de migrantes, apuntaré a la precisión posible, como dice él:

Somos criaturas a la deriva, lanzados sobre las mareas de la historia tenemos que aferrarnos a las cosas esperando que de alguna forma el roce de ese contacto sea lo suficiente para compensar las corrientes, que, de otra forma, nos barrerían hasta el olvido. [...]. De hecho, se puede deducir que en ese aferrarnos o agarrarnos los unos a los otros, se basa la esencia de la sociabilidad. (Ingold, 2018, p. 23).

Es la casa de migrantes entonces, desde donde me aferro a algo: la casa, las amistades, las experiencias, la sensación de seguridad, el saber migrar, etcétera, de cosas que puedo – y – pueden – darme un punto de dónde asirme en un mar donde es tan fácil de naufragar como lo es en el estudio de las movilidades humanas y, que en la marea llena de conceptos, categorías, campos, metodologías y epistemologías pueden ahogarme y que, gracias a esas líneas que se tensan hacia y desde la casa, me vinculo y sigo navegando.

Avanzando en su obra, él propone una *Ontología de la línea* o, un *Mundo Sin Objetos-MSO* (*World Without Objects*) en clara alusión a la OOO, aunque no necesariamente como una contrapropuesta; en tanto a la TAR, cuestiona las ideas del *ensamble* y la *articulación* como actividades estáticas entre entes sociales. En punto, lo

que él critica de las propuestas anteriores es su falta de “vida”. Lo que me lleva a preguntarme: la casa de migrantes, ¿tiene *vida*?:

[...] ayer un muchacho que me es un poco desconocido (casi no habla) me sorprendió: a mí me da miedo cuando llueve. Yo me salí de Olancho – Honduras – justo en una lluvia, no tan fuerte como acá, pero llovía. Me dijeron en el Ceibo, en la casa – de migrantes – que buscara a la casa de migrantes de acá. Fíjese que – mientras me decía, compartíamos un cigarro – una vez, me quedé tirado ahí en el monte. Yo ya había ido al norte, y el coyote nos dejó ahí tirados [...] ¡ni idea de dónde estábamos! Nos agarró la migra y nos llevaron a un albergue o estación le llaman – supuse que se refería a alguna estación migratoria – pero ¡nada que ver con estar aquí! Estar aquí es bonito: la casa, la gente [...] para nosotros los emigrantes se siente cómo la casa nos cuida. ¿No cree que la casa extraña a la gente que se va? [...].

Nota del diario de campo. Diciembre de 2021. Charla con Hernán (Honduras) en el comedor de La 72.

En el MSO la líneas conectan, hilan y anudan – en cierto parecido, pero también oposición a la idea de los *guiones* de la TAR. Como ya mencioné, la crítica deviene en que los ensambles y articulaciones entre cosas (humanas o no-humanas) es estática y, sobre todo, carente de vida y que no cambia la forma de las cosas, sino que solo “embonan” como piezas de rompecabezas. Hay que percibir la idea de la contingencia y emergencia en la propuesta de la línea en T. Ingold; la otra idea es la del nudo-anudar, pero antes está el globo (*flop*, por su original en inglés). Este, parafraseando, es un ente, un espacio, un algo que monopoliza las cosas, pero es meramente un contenedor (Ingold, 2018) y no es sino hasta que las líneas se conectan, tienden y enlazan que ese globo tiene sentido en lo social. La crítica a la OOO es, por supuesto, que un globo como objeto es solo eso y no basta con que se encuentre en una dimension donde haya muchos otros globos para que lo social fluya en interacciones entre estos. Simplemente son objetos individuales y monopolizadores de ciertas cualidades que no nos dicen nada.

Entonces la acción de anudar aparece casi inherente en este sistema interpretativo-explicativo de lo social: “Sí así se entiende, el anudar tiene que ver con el cómo las fuerzas opuestas en tensión y fricción – entendiéndose como cuando uno tira

firme – son generadoras de nuevas formas.” (Ingold, 2018, p. 40). Aquellas tensiones y fricciones entre objetos/actantes/globos son intersticios donde la vida se une, hila y anuda: es la acción de atar. Desde el inicio mencionaba la presencia de vínculos que, en la TAR, son asociaciones/articulaciones, en la OOO son interacciones/incidencias y en el MSO son las líneas y nudos: ¿son las prácticas humanitarias de las casas de migrantes esas líneas que atan y anudan a las casas-globos y, por tanto, “sacándoles” de su ensimismamiento – monopolio – como objetos y haciendo que actúen? Desde cierta perspectiva, la casa de migrantes es un actor-globo que al ser enlazado por varias líneas – la migración irregular, las prácticas humanitarias, las políticas sobre migración, y, sobre todo: los cuerpos vivos en esto, etcétera – se vuelve ese nudo que anuda y se mueve, es decir: vive. La casa de migrantes no es estática siempre y cuando no monopolice lo que sea que defina o haga una casa de migrantes; así como puede ser enlazada, enlaza y anuda las líneas de vida. Como actor-nudo, no es un objeto sino una entidad que vincula y se vincula (no necesariamente hay un orden de esto) y la vida en la dimensión de las movilidades humanas, fluye, se conecta y anuda:

[...] sí, yo llegué aquí en 20 – no le entendí si 2008 o 2018 – y aquí conocí a mi esposo. Fue difícil, pero dije un día: yo quiero ayudar a los que vienen igual que yo. Tal vez no sea como una casa, pero hay donde quedarse, dormir, comer y descansar. De una manera u otra, todos llegamos a una casa de migrantes porque ¡no hay otro lugar más seguro!, ¡pregúntele a quien quiera! [...] yo que estuve en tantas y mire: ¡al final aquí estoy! Porque aquí siento que hago algo. Sí, a veces la gente se enoja porque todos tenemos culturas diferentes, pero luego se dan cuenta que la casa es ese lugar seguro que buscan, aunque no a todos les importa. Algunos son malagradecidos con la casa, pero son pocos. Estuve como en 5 casas y albergues, pero aquí decidí quedarme, antes vivía afuera pero ahora que me dejan hacerme cargo, vivo aquí con mi esposo. Como le dije: siento que aquí puedo hacer algo [...].

Nota del diario de campo. Marzo de 2023. Charla con Sandra, ex refugiada salvadoreña y actual residente en México. Interior del anexo a la iglesia de Cholula, Centro que funciona como casa de migrantes.

II.VI. f. La casa de migrantes: hacia una propuesta en los estudios de las migraciones.



Foto 15. Una persona observa el mapa de las rutas migrantes y donde se ubican algunas casas de migrantes. Casa del Caminante Jtatic Samuel Ruiz García; agosto de 2022.

Cada uno de los exponentes mencionados nos han dado su visión del mundo social y cómo acercarse, posicionarse, situarse, interactuar-relacionarse con este. El uso de metáforas es una constante: el guion, el nudo, el globo, entre otros. Sin embargo, no hay que olvidar que física y sensiblemente se enmarcan o parten de un espacio y circunstancia muy particular: B. Latour y la TAR se sitúan en los laboratorios y la tecnología y el devenir de la ciencia y conocimiento técnico; G. Harman en el campo del arte donde la noción del arte material e inmaterial está presente como objeto y cualidad; T. Ingold usa el ámbito de pintura y la música para mostrarnos las líneas de vida y los movimientos en esta. En casi todos los casos, la arquitectura aparece como un disciplina que se ha apoyado o tomado recursos desde aquellas tres propuestas contemporáneas.

¿Dónde cabe la casa de migrantes en todo esto? En el ámbito de los estudios sobre migración parece difícil hablar desde alguna de aquellas: TAR, OOO o MSO. Mariza Peirano (2021 [2014]) dice que hacer etnografía es, ineludiblemente, hacer teoría: “Si es una buena etnografía, será también una contribución teórica.” (Peirano, 2021[2014], p. 37). Durante estos últimos años, me he dedicado a visitar una y otra vez a La 72 y otras casas de migrantes en el sureste y centro de México, así como a conocer de formas indirectas a otras casas en el norte y bajío del país. En un primer momento me separo de las discusiones de índole institucional de cómo nombrar a este tipo de actores y espacios: la casa de migrantes en todos estos años y las revisiones de literatura (académica o no, que abarcan muchos más años) se ha presentado como como *la casa*. Esto, lejos de ser un justificante en mis enunciados, me abre un panorama en tanto cómo referirme a lo que investigo, indago o rastreo: recuerdo los días en que cuando, por facilidad, preguntaba por la casa del migrantes de tal o cual lugar y era más fácil obtener una respuesta que en ocasiones preguntar por el albergue u otro (aun sumando que era para migrantes) para que me dieran las señas o dirección y llegar a tal. Y lo mismo he recuperado muchas veces en los testimonios o entrevistas tanto a personas migrantes o personas que de una manera u otra tienen relación con la casa:

[...] ¿sabe dónde está el albergue de migrantes? – le preguntamos al chofer del taxi en Palenque. ¿La casa, dice usted? – nos respondió mirándonos desde el retrovisor como dudando de nosotros. ¡Ándele!, la casa de migrantes – le respondí rápido como evitando un momento incómodo. ¡Ah!, aquí adelante, como me dijo albergue no lo relacioné. Pero la casa está aquí adelante bajando las vías. Ahí se ve toda la gente [...].

Nota del diario de campo. Septiembre de 2016. Al tomar un taxi rumbo a la Casa del Caminante, en Palenque, Chiapas.

[...] y ¿la casa del migrante para dónde queda?, ¿ustedes vienen de allá? Sí, deme otras aguas. Estas fueron las preguntas que un chico que venía con otros 8 más en la carretera del Ceibo me hizo.

Sí, somos de la casa. Sigán derecho, ahorita vamos para allá a dejar más aguas, ¿vienen más atrás de ustedes? – le pregunté. Pues éramos como 30 pero no todos nos

conocíamos. Vamos para la casa, esa es la meta. Pero ¡a ver si los encuentra! – se rió – porque seguro ven las luces y se avientan al monte [...].

Nota del diario de campo. Enero de 2020. Sobre la carretera El Ceibo-Tenosique con el equipo de observación humanitaria de La 72.

[...] en Mexicali me queda lejos la casa del emigrante, pero yo creo que me voy para allá, pero también me da miedo. Ya ve que llevo a la niña y los niños conmigo. Pero en la casa creo vamos a estar más seguras que aquí [...].

Nota del diario de campo. Mayo 2022. Intercambio de mensajes vía Messenger con Xiomara (Guatemala) ayudándole a comprar boletos de avión de Guanajuato a Mexicali.

[...] oiga, ¿usted no sabe para donde esta la casa del migrante? Andamos medio extraviados, usted es de aquí, ¿verdad? Nos dijeron que la casa está aquí cerca [...].

Nota del diario de campo. Mayo de 2023. Afuera de la estación del metro Terminal de Autobuses del Norte, CDMX.

Si en el entramado de asociaciones entre actores, sujetos u objetos son estos quienes definen o muestran por qué algo es social, entonces, siguiendo esta lógica, la casa de migrantes es mi objeto de estudio porque en el sustrato de la vida cotidiana de la dimensión de las movilidades humanas en formas de personas en tránsitos irregulares, indocumentados y refugiados, la presencia y actuar de la casa de migrantes es enunciada de esa manera: *la casa de migrantes* es más allá de nombres, títulos o formas.

La casa de migrantes también es una arquitectura (comedor, dormitorios, oficinas, consultorios, patios, etcétera). Es un objeto material-real que se palpa. Su puerta se cierra y abre dejando dentro o fuera, permitiendo salidas y entradas de cuerpos físicos que le habitan y como un total, son un evento de la migración como se conceptualiza. Pero también es un espacio donde la serie de interacciones pueden ser atravesadas por sus murales relativos a la migración, la vida, la esperanza, la muerte, entre otros tópicos. Es el muro del dormitorio de hombres en La 72 con un rostro enorme de alguien, tal vez alguna memoria de un rostro formado de miles más pero que fue plasmado con la intención de recordar a todos aquellos que no han logrado llegar a la casa y menos a su

destino, es el muro externo de casa Belén El Ceibo que con trazos sencillos y colores primarios, nos muestra la vida de aquella persona que cruza ríos, que paga o es víctima de coyotes y tratantes de personas, que es extorsionado en el transporte público y aun así: sigue su camino sabiendo que hay lugares como las casas de migrantes:

[...] cuando cruzamos Aguas Calientes (la frontera entre Honduras y Guatemala) no sabíamos ni para dónde. Entonces, ¡avanzamos!, así, hasta el Cobán, a puro “jalón” (pidiendo ayuda a los automovilistas); ¡fue difícil!, no se lo voy a negar. Pero bendito Dios que en cada paso hallábamos gente buena. [...] Aun así, fíjese que cuando en un *rapidito* (transporte público en vagonetas) ya aquí en Guatemala el policía del retén nos pidió todo nuestro dinero y que, si no, que nos regresaban [...] Y antes, allá en Aguas Calientes, los mentados taxistas, que son los que controlan a los emigrantes porque sin ellos mire nomás que es imposible ir más adelante porque lo paran a uno los militares [...] es toda una mafia [...] Puede decirse que hasta que llegamos a Casa Belén (Guatemala) descansamos de todo.

Nota del diario de campo. Febrero de 2020. Entrevista con Cinthya y Nahum como parte del trabajo de campo en La 72.

Este mundo sensible-*sensual* no debe escaparse cuando observo a la casa de migrantes: las alegrías o tristezas, los arreglos posibles, los engaños, las estrategias, todo aquello que afecta en clave emotiva y sensible es posible en y con la casa del migrante precisamente porque no es un contenedor o globo que monopolice lo que ocurre o se hace en la dimensión sensible (u otras) de las atenciones humanitarias u otras como el activismo de la defensa de derechos humanos (de aquí mi crítica de ver a las casas de migrantes como meros actores secundarios o contenedores). En este sentido, una actividad como el Viacrucis Migrante⁶¹ que se organiza desde los esfuerzos de La 72 pero que busca vincularse con otras casas de migrantes, organizaciones de la sociedad civil, grupos de personas o individuos, así como con muchas otros actores, muestra cómo se

⁶¹ El Viacrucis Migrante es una actividad que lleva a cabo La 72 por lo menos desde 2014 más allá de sus puertas, involucrando recorridos sobre las rutas usadas por las personas migrantes entre la frontera de El Ceibo y el centro de la ciudad de Tenosique, lo cual se traduce en tres días de caminata por más de 65 kilómetros ya sea sobre la carretera o sobre terrenos irregulares como terracerías o caminos difíciles y peligrosos que, finalmente, muchas veces son usados por las personas que deciden internarse en México de forma irregular o indocumentada para evitar los controles migratorios.

traducen las voces y actos de una serie de actantes más que van tejiendo líneas de apoyo y reciprocidad o de limitación y contención:

[...] regresamos. O, ¡llegamos!, en otro sentido. Ahora sí puedo escribir tranquilo: recorrimos casi 70 kilómetros (un plan futuro sería poder mapear la ruta correctamente) desde El Ceibo al Pedregal y de ahí a Zaragoza fueron poco más de 32 kilómetros; al otro día, de Zaragoza a La Palma, otros 25 kilómetros y hoy según los cálculos, de La Palma hasta Guadalupe Victoria y de ahí hasta Tenosique, otros 12 kilómetros. Los pies los tengo terriblemente lastimados, tengo ampollas con sangre [...] ahora entiendo – o siento – de mejor manera el porqué del viacrucis: pasamos por kilómetros de camino a pleno sol y si no fuera porque Médicos del Mundo nos iba dosificando agua, no sé cuántos habiéramos acabado mal. Pasamos por 10 comunidades y en cada una nos recibieron con pozol, agua de maracuyá y en Zaragoza, La Palma y Guadalupe Victoria, que son los puntos de atención humanitaria en ruta atendidos por mujeres (principalmente) de esas comunidades con apoyo de la iglesia: comimos, en algunos casos solo la cena o las tres comidas. Si bien, por logística de La 72, Casa Belén y los puntos que mencioné, debíamos recorrer todo en tres días, ahora veo por qué a muchos les toma más de una semana. Es increíble cómo La 72 se ha conectado y los demás han conectado con la casa (aun sigo cansado y mis piernas me tiemblan tanto como mis brazos) o no sé de qué otra forma explicarlo [...].

Nota del diario de campo. Abril de 2023. Un día después de finalizar el Viacrucis Migrante.

Los nudos o anudamientos están ahí: se atan en cada “parada” y “caída” en la caminata durante del Viacrucis o al llegar a cada “estación”: esos hilos y vínculos humanitarios que se van tejiendo, extendiendo o anudando cuando se llegaba a cada comunidad (como El Pedregal, Zaragoza o La Palma) y el actante humanitario se hacía presente a cada tramo del camino. La vida y la muerte se trastocan en una representación de la liturgia católica y en una serie ensamblajes de prácticas que no se encadenan, sino que son una muestra de una red más grande donde diversas problemáticas son atendidas. Las casas de migrantes siguen donde están físicamente, pero se han movido hasta ese punto en la nada, entre la frontera de México y Guatemala y el centro de Tenosique, en Tabasco, pero igual entre la frontera de El Ceibo en el sureste y la frontera

de Piedras Negras, en Coahuila. La casa de migrantes ha actuado sin una forma definida: es un actante entre otros actantes.

[...] entonces así nosotros nos ponemos en contacto como casa con otras casas u organizaciones de ayuda. Sí, es un poco distinto aquí en la Ciudad de México. El proyecto de la casa de migrantes de Cáritas empieza con eso: que la gente que llega aquí canalizada de algún otro albergue, casa, de alguna estación, del DIF, se sienta como en casa y haga este espacio su casa. Ya tenemos experiencia con mujeres que ahora están en alguna casa en el norte (la frontera norte de México) y nos hablan para decirnos que están bien. Déjame decirte que a veces ni conocemos esas otras casas, pero como somos parte de una red que no solo es de la Diócesis, nos conocemos entre equipos por medio de Zoom y a veces hasta nos dan un recorrido virtual por su espacio. Es una red pequeña, pero trabajamos duro [...].

Nota del diario de campo. Septiembre de 2023. Entrevista con Edith, encargada de área en Casa de Migrantes Cáritas Ciudad de México.

La casa de migrantes, en su sustrato humanitario (techo-comida-descanso) se presenta como un actante que anuda, se vincula y asocia como parte de eventos donde su cualidad como objeto real-sensual no solo se articula como parte de una acción social que tiene parte tanto en lo estructural como cotidiano de la sociedad; traduce actos en clave emotiva y sensible ya que afecta y es afectada por los cuerpos que le habitan y dialogan-se relacionan con esta: el encierro, la partida, la espera, el tránsito son solo unos cuantos elementos que se comparten mutuamente en un devenir de los tránsitos refugiados o irregulares. Es el actante que acoge, es el espacio donde los hilos se anudan, es el símbolo de vida y esperanza en las incertidumbre de los tránsitos precarizados. Y a esta conclusión solo puedo llegar después de vivir en la casa de migrantes y aprender cómo esta me ha afectado, vinculado y asociado con las *vidas migrantes*:

[...] pasaron casi años dos y medio para volver a ver a Mirna. La última vez fue antes de despedirme de La 72 y saber que le había sido negado el refugio en México, después de casi 8 meses de espera. Todos los días ella se iba a trabajar de 5am a 5pm y solo faltaba para ir a su firma de la cita con COMAR. La 72 se volvió su casa-dormitorio y cuidadora

de un hijo adolescente que le acompañaba. Mirna – me acerqué a ella al verle llegar de vuelta a la casa – ¿qué te dijeron? Sin mediar más nos abrazamos y ella empezó a llorar, pero apretando los dientes. Estaba triste – y su tristeza me afectó. Me lo negaron, me lo negaron – dijo sollozando. Y ahora, ¿Qué voy a hacer? [...] poco después fray me comentó que La 72 seguía apoyando a Mirna el tiempo posible.

[...] nos volvimos a encontrar, o, mejor dicho, ella me encontró al saber que estaba de nuevo en La 72. Vine porque me dijeron que usted andaba aquí. Ya la otra semana me voy, ¡por fin!; también vengo a darle las gracias a los abogados de la casa y ver La 72 por última vez. Aquí siempre me cuidaron a mí y mis hijos. Estaba emocionado y, tal como la vez pasada, surgieron lágrimas, aunque en esta ocasión fueron más de alegría [...].

Nota del diario de campo. Agosto de 2022. Reencuentro con Mirna (Honduras) al darme la noticia de que obtuvo el refugio en México.

Entonces comprender desde lo señalado cuál es su presencia en la dimensión de las movilidades humanas es mirar a la casa de migrantes como un objeto y campo de estudio antropológico y sociológico de primera importancia. Y es, desde aquí, que sustento también – en el apartado correspondiente – que, en el ejercicio etnográfico, propongo enunciarlo como una etnografía orientada a los *objetos*, así como *simétrica*. El punto de partida fue la TAR y las lecturas posibles desde ese enfoque también se han diversificado. Si se habla de la casa de migrantes como parte de lo sensible, no hay que olvidar que: “un cuerpo está en constante proceso de aprender a afectar y ser afectado [...] el cuerpo va ataviándose de componentes o dispositivos adicionales a lo largo de su vida que nos hacen sentir [...]” (Sabido, 2022, p. 261). Apoyándome y tratando de sumar a las nuevas lecturas desde la TAR, que bien pueden aplicarse también desde las otras como la OOO y el MSO, nacidas o emanadas desde el pensamiento situado latinoamericano y global, cuestiono mi lugar en la madeja de lo social como persona, como etnógrafo, como investigador. Si hablo de simetría no es porque piense a la casa como algo con lo que se atavía la persona migrante: es, en todo caso y siguiendo lo expuesto, que la casa del migrante es quien atavía a las personas migrantes. Metodológica, epistémica y empíricamente es situarse y situar la labor etnográfica entre esos intersticios posibles donde las cosas/objetos no-humanas dialogan, afectan y actúan

en la construcción etnográfica. Eso puede que quede más claro en el capítulo etnográfico ya que desde los presupuestos enunciados es que realicé el trabajo en terreno:

La 72. Así, con género femenino, La 72 es una casa acogedora donde las personas migrantes no sólo encuentren pan y cama para dormir, sino encuentren el abrazo solidario, la bendición materna, el lugar donde las mujeres embarazadas den a luz y donde los sueños de una vida mejor se empiecen a hacer realidad. [...] **Hogar – Refugio.** No es la nuestra solo una casa, un albergue, es un verdadero hogar donde las y los migrantes encuentren no solo el lugar para descansar, curar sus heridas, comer, dormir, sino también puedan ser escuchados, consolados, atendidos espiritualmente, donde puedan ser orientados y asesorados jurídicamente. Es un refugio, un espacio para protegerlos de los victimarios sean delincuentes, criminales o autoridades civiles. [...] **Para Personas Migrantes.** Renunciamos a llamarlos sólo así: migrantes. Son ante todo seres humanos. (Página de La 72 en la web).⁶²



Foto 16. Una familia de origen haitiano pero que habían vivido en Brasil antes de llegar a México, mira el mapa mural de La 72; enero de 2022.

⁶² Este es el texto de entrada en la presentación de La 72 que se usó hasta hace unos años cuando renovaron su página web; esta entrada y otros elementos fueron sustituidos o eliminados (desconozco la razón); sin embargo, desde sus inicios hasta cercano el 2020 fue lo que se podía leer como parte del proyecto de la casa. El dominio aun está vigente y aun se puede consultar: <https://web.archive.org/web/20170624015749/http://www.la72.org/> la página actual de La 72 es: <https://www.la72tenosique.org/>

Intersticios e hilos: de la casa del hilandero a la casa de migrantes.

Entre los guiones, las líneas, globos y cosas-objetos humanas o no humanas, *reales* o *sensuales*, aún no he dejado en claro cuáles son o cuál es la posible idea a modo de metáfora para hablar de lo social. En un primer momento, no es algo que me pareciera del todo necesario, pero en las discusiones con mi directora de tesis, me preguntó sobre el punto. Entonces, recapitulando: más adelante quiero exponer como parte de los hallazgos y/o reflexiones finales de investigación las propuestas sobre los *cuerpos en espera* y los *micro espacios de contención*, en el aspecto teórico donde me sitúo en esta propuesta de una etnografía simétrica donde trato de traspasar ese velo entre lo emotivo y encarnado con lo material y ambiental en el trabajo de campo ([...] *no puedo hablar de la casa de migrantes sin hablar del tren, la lancha, el río, la selva, el clima*, es algo que alimenta la propuesta) o esa otra forma de enunciar el trabajo como una etnografía orientada a los objetos (tomando como base ciertos presupuestos de la OOO, la TAR y el MSO: *¿qué hace la casa?, ¿qué no hace?, ¿cómo se vuelve social la casa de migrantes?*, son solo algunas de la preguntas que motivan esto). Pero para poder llegar a todo esto, la relectura tanto de imágenes, de textos, así como las reflexiones constantes que tienen un sustrato común se concreta en dos preguntas que me hago: *¿cómo me relaciono en el terreno antropológico y etnográfico de la investigación que realizo?, ¿cómo veo o qué veo en todo esto?*

La tesis por presentar apunta a hacer una etnografía de los vínculos humanitarios entre y, desde las casas de migrantes, las personas migrantes, las problemáticas presentes y yo. *¿Cómo miro esos vínculos?* Nuevamente recurriendo a los diccionarios y conocer la etimología y uso de las palabras, *vínculo* según la RAE en su definición más simple es unión o atadura de una persona o cosa con otra⁶³; por otro lado, según el Oxford English Dictionary *vinculum*⁶⁴ (desde su uso en latín tardío), implica lo mismo *bond*=vínculo, *bind*= unir, *tie*=atar, por sus usos en inglés moderno y su traducciones más

⁶³ Para su consulta en la página de la Real Academia Española: <https://dle.rae.es/v%C3%ADnculo>

⁶⁴ Para consultar en el Oxford English Dictionary: <https://www.oed.com/search/dictionary/?scope=Entries&q=vinculum>

apropiadas al español, aunque aclara que es más de uso en lenguaje médico y matemático. Lo interesante es que, entre el vínculo posible, hay ciertos huecos que parecen *vacíos* y esto parece ser lógico si se entiende que debe haber un espacio para unir. ¿Qué une o que hay entre esos intersticios?

Un *intersticio* es, según la RAE, un espacio o hendidura entre dos cuerpos o cosas o, entre dos partes de un mismo cuerpo; también puede ser en el sentido de tiempo, un intervalo de espacio o distancia entre dos tiempos o lugares.⁶⁵ Es, en este espacio mínimo donde pienso que los vínculos se dan y, como un hilo: se extiende, tensa y en ese intersticio como si fuera el ojo de la aguja, se enhebra con otros hilos fortaleciendo esos vínculos, así como también se pueden desenhebrar.

El peso de la visión etnográfica es posiblemente lo que me hace llegar a momentos y espacios tan pequeños (no por eso limitados, reducidos o inoperables); el hilo y el intersticio son las dos metáforas que aplicaría en mi visión y labor etnográfica: no ser quien tiene la madeja (lo cual equivaldría a ser lo que critica la TAR, sobre dar por hecho lo social) sino en todo caso poder seguir el camino de este hilo o hilos, en el tejido o red donde lo encuentre. Hay un intersticio tan visible como los 65 kilómetros que hay entre la frontera de El Ceibo y La 72 en esto, hay más intersticios más o menos graves o visibles y en cada uno es un actante posible si pensamos que el paisaje, el medio ambiente, la ecología y otros elementos presentes donde la carretera es solo uno de los más visibles. Estos intervalos de espacio y tiempo están unidos-atados por – en un primer momento y enunciando desde el propósito de esta tesis – un hilo que es la práctica humanitaria de la casa, la cual no necesariamente es un encuentro físico (lo que en su momento defino como techo-comida-descanso) también es lo que significa, simboliza y representa socialmente no solo en El Ceibo: esto mismo puede ser con Las Patronas en Veracruz o en Frontera Digna en Coahuila: las primeras con esa imagen de una mujer arrojando comida a las personas migrantes en el tren en marcha y con esto, lo que se ha significado y simbolizado en tanto un campo de las representaciones sociales de las ayudas y prácticas humanitarias en las migraciones. La otra, en un punto crítico de la frontera

⁶⁵ Para consultar en la página de la Real Academia Española: <https://dle.rae.es/intersticio>

norte recibiendo a personas que, desde el sur, se han enterado de que en “la casa de Piedras Negras – pero bien pudo ser otra – ayudan con el trámite del CBP One”. El nombre: Frontera Digna, invita a pensar lo que simboliza y significa en este tipo de contextos. No es un nombre sin razón.

Pero volviendo a la casa del hilandero (Ta-na tsiic que, en chontal, una lengua maya, significa “la casa del hilandero”): La 72, como en muchas casas de migrantes es de donde pueden buscarse las hebras de ese hilo (vínculo) que lejos de ser una fantasía (claro, alguien podría preguntarse: ¿cómo un hilo?) se materializa en la unión que se establece cuando, por citar un ejemplo muy común en la cotidianidad de la práctica humanitaria, la persona migrante recibe un plato de comida, intercambia miradas, gestos y actos con las personas voluntarias, ocupa una cama o colchoneta, pasa a servicios médicos o de enfermería, etcétera; ahora, este vínculo no se ata de forma unívoca, es decir, no basta con solo que la persona extienda el brazo con un plato de comida y la otra lo reciba por la necesidad de nutrir el cuerpo.

El juego de las relaciones de poder está presente y en todo caso debe pensarse que, si el vínculo como algo que hila a través de los intersticios del humanitarismo se puede anudar o desanudar debido a la agencia de cada uno de los actores o actantes presentes, los intereses que fluyen en los acuerdos y desacuerdos posibles pueden reforzar el hilado a modo de llegar a una red o trozarlo esperando – como en una suerte de latencia – ser nuevamente tomado. Lo último se puede observar cuando lo que hace y es la casa de migrantes es usado por los propios intereses de la persona migrante que puede o no realmente necesitar una ayuda urgente o simplemente la casa no cubre las expectativas de por las incomodidades o carencias, de las cuales muchas casas aun padecen, haciendo que la persona migrante decida *cortar* su relación con la casa.

Ahora, este ejemplo tan sencillo no debe ocultar que la práctica humanitaria sigue permaneciendo y la casa de migrantes no deja de actuar. Se observó en la pandemia por Covid-19, el contexto de la cuarentena y la sana distancia cuando aún en el cierre de fronteras, los controles sanitarios más o menos rígidos, las casas de migrantes continuaron su actuar: en este punto, podría pensarse que el intersticio provocado por el

miedo y prevención al contagio también afectó y tensó el hilo del vínculo humanitario: la pregunta no fue a quién ayudar sino, ¿cómo ayudarlo?

Estos dos ejemplos me permiten ilustrar cómo la metáfora del hilo y el intersticio ayudan a situarme y problematizar las interacciones, relaciones y asociaciones entre actantes en su distintos pliegues y escalas de la dimensión de la movilidad humana en su forma de tránsitos irregulares, indocumentados o en condición de refugio buscando las hebras en la vida cotidiana, lo transnacional o global y, al mismo tiempo, etnográficamente ese hilo me multisitúa en el vaivén de lo micro y macrosocial. Y entonces, la casa de migrantes es, desde mi propuesta, un actante donde los intersticios se anudan y permiten el atado de los vínculos humanitarios que, a su vez, se traducen en otras formas de hilar y anudar en las redes de actantes.



Foto 17. Escena cotidiana en La 72 en el área del comedor. En las tardes se reúne a todos antes de la comida para dar los avisos parroquiales por parte del voluntariado de la casa: citas médicas, recordatorios de ir a COMAR, etcétera; febrero de 2020.

Capítulo III. Hilando caminos: vivir la casa de migrantes. Una etnografía de los vínculos humanitarios del actante.



Foto 18. Detalle del mapa mural de La 72 visualizando la ruta desde El Ceibo hasta Palenque pasando por La 72; abril de 2023.

Cuando escribí y hablé por primera vez sobre las casas de – personas – migrantes, busqué una narrativa que pudiera transportar a mis interlocutores a ese lugar donde estuve; con la idea del *transportar como una forma de hilar*, este capítulo más que una etnografía que describa o explique una problemática, es una etnografía que busca hacer sentir la problemática: el entramado de relaciones y sus nudos o articulaciones en las redes de prácticas del migrar y las prácticas humanitarias de y con esos actores que son las casas de migrantes. Una etnografía que se ha nutrido de las experiencias de vida que

he tenido y me han compartido las casas, las personas migrantes y los equipos de base y voluntariado que he conocido a lo largo de estos últimos 6 años.

Como tal, este capítulo es el más personal en muchos pliegues en tanto escarba en mi sentir y ser como etnógrafo y voluntario en las casas de migrantes en que he estado y que ha sido el papel que he desempeñado a lo largo de mi estancias en terreno. Como expliqué en un capítulo anterior, no hay una línea clara: puedo ser el etnógrafo que a altas horas de la noche trata de rescatar la información etnográfica desde la memoria mediata del día a día en la casa de migrantes desde mis notas rápidas (muchas veces confusas hasta para mí por lo rápido de las mismas), de las fotos, de los comentarios escuchados o memorizados y si en ese momento escucho el grito *¡voluntario!*, correr a atender o estar pendiente de lo que se necesite como parte de las prácticas humanitarias de las que soy parte. Considero que mucho de esto le ha dado la riqueza al relato etnográfico que pretendo.

La etnografía se ha construido con mis notas del diario de campo, de la comunicación vía apps y plataformas digitales, de llamadas telefónicas o mensajes de texto a media tarde o noche de alguien saludando mientras yo trataba de descifrar quién o por qué estaba del otro lado del teléfono. Es entonces que se vuelca también en una etnografía situada y multisituada: de alguna forma recorrí casi todo el país (México) y pude llegar al Darién (Panamá) o estar en Tegucigalpa (Honduras), pero fue en Tenosique, Tabasco, en La 72 y Casa Belén-El Ceibo (Guatemala) donde comí, dormí y descansé sintiéndome cuidado y querido por las casas y las personas migrantes o refugiadas.

Pude admirar a *La Bestia* antes de que dejase de pasar debido a las obras del Tren Maya: escuchar su aviso a medianoche y despertar con todos para ver cómo salían a montarla o, en cierta derrota, regresar esa misma noche o a la mañana siguiente a la casa. Admirar los atardeceres majestuosos en la carretera El Ceibo-Tenosique o en el malecón. Mojarme hasta el alma con las lluvias torrenciales o fatigarme con el calor y humedad de estos lares. Ver en las noches un cielo tan claro que no veo en otra parte y perder mi vista en el silencio. Cruzar el Río San Pedro y andar ese paso transfronterizo entre México y Guatemala. Ser testigo de las últimas “devoluciones”, que fue como

llamaron a las deportaciones exprés desde los EE. UU a Guatemala debido al cierre de fronteras por el Título 42. Curar y que me curaran ampollas de los pies. Sentir miedo por mí y quienes me rodeaban, sentirme observado y vigilado también. La frustración de ver algunas situaciones o de saberlas y no poder hacer algo, sino solo eso, saberlas y con esto, en ocasiones el enojo o el desacuerdo que parecen desequilibrar de pronto esa pintura que, como etnógrafo, me parecía inmaculable. Pero fue eso lo que precisamente, en algún momento, me hizo entender lo que estaba haciendo: una etnografía en clave emotiva en y con la casa de migrantes.

Sin más, este capítulo se teje y anuda recuperando la vida y las actividades de las casas de migrantes. Tres son los hilos que guían: las prácticas humanitarias de la casa, la forma del tránsito irregular y el tiempo de espera para obtener el refugio para responder, como puede inferirse: ¿cómo actúa la casa de migrantes?, ¿cómo es la práctica del migrar de las personas y su llegada a la casa? y algo que aparece tardíamente en mis observaciones: ¿cómo transcurre la vida durante el proceso de solicitud y obtención del refugio en México?

III.I Las prácticas humanitarias de las casas de migrantes.

Ta-na-tsiic: La casa de migrantes, para mí, es la casa del hilandero y aquel lugar de asir y partida para comenzar el hilado etnográfico, atravesar los intersticios entre los cuerpos, las cosas o actores no humanos, el medio ambiente y la problemática de la migración en su forma de tránsitos irregulares, indocumentados e inclusive, actualmente, en condición de refugio por México. ¿Dónde más había de situarme, sino en donde pudiera ver y ser parte de las prácticas humanitarias de las casas de migrantes? Estas prácticas se entretajan con otras, que pueden nombrarse prácticas del migrar, las cuales dan forma y sentido a esas *migration cultures* (*culturas del migrar*) que Ibrahim Sirkeci y Jeffrey Cohen consideran parte de este mundo globalizado, pero también fragmentado, diferenciado y en el cual no todas las movilidades humanas se dan de la misma forma.

Ahí hay un intersticio y es donde la casa de migrantes, como un actante que vincula y asocia en el entramado de las movilidades humanas transnacionales, da un atisbo sobre lo que hace, cómo se presenta y la presentan y, me parece importante, cómo impactan la vida de las personas migrantes, del voluntariado y de una comunidad o red

de actantes con quienes se vincula de alguna manera. En cada uno de los apartados que hilan este capítulo, presentaré una serie de viñetas a modo de mostrar y responder a las tres preguntas hechas y que dan sustento al trabajo autoetnográfico realizado.

III.I. a La casa de migrantes: el humanitarismo del actante.

Para muchas personas que migran de forma indocumentada e irregular, cruzar la frontera sureste de México, hasta hace poco, podía significar dos cosas: buscar cruzar los puertos fronterizos (aéreos, terrestres o marítimos), los cuales son más o menos permeables, y ser detenidas o entregarse voluntariamente a los agentes de migración y ser canalizadas a las Estaciones Migratorias donde, por práctica administrativa, se les vincula con la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado (COMAR) y solicitar (si es el caso) una solicitud de Tarjeta de Visitante por Razones Humanitarias (TVRH) o Reconocimiento de Persona Refugiada (RPR), lo cual, de forma muy general, describe lo que puede transcurrir para quienes deciden tomar esta “ruta”; el otro caso, que por lo menos hasta antes de 2019 era bastante común, es cruzar por pasos informales, y muchas veces peligrosos, hacia México.

Esto implica una cierta complejidad que empieza con saber desde dónde se parte y hacia dónde se quiere (o puede) llegar. En ambos casos, en mayor o menor grado, la presencia de las casas o albergues para personas migrantes entra en juego como punto de coordenadas de llegada en los mapas de rutas trazados por los tránsitos en lo que Guillermo Candiz y Daniele Belanger (2018) y otros nombran corredores humanitarios. En este sentido, para mí, como alguien que buscaba hacer una etnografía de las casas de migrantes, también implicó la creación y conocimiento de un itinerario de viaje, localizar a los informantes posibles y claves, conocer de formas indirectas (como visitando páginas de internet) ciertos contextos de dónde se haría la investigación, pero también de cómo es el lugar y sus condiciones ambientales o materiales:

Nota del diario de campo. Tercera semana de septiembre de 2016, entre las 09:00 am y las 03:30 pm. Palenque, Chiapas-Tenosique de Pino Suárez, Tabasco. Visita a La 72 y entrevista a Ramón Márquez, coordinador de la casa de migrantes.

El itinerario es simple: estamos hospedados en Palenque y desde el centro salen unas combis que van hacia Tenosique y, por lo que investigué, La 72 está muy cerca de la base. Cuauhtémoc había preguntado por un taxi y el costo del viaje: casi 400 pesos y la combi costó 65 pesos el pasaje. Hace calor, ¿hace calor?: ¡no, esto es un horno! Pude ver en mi celular que estábamos a de 29°C y eso que apenas eran las nueve de la mañana. Pero la combi no tiene clima, ¡al menos pude sentarme en la fila de asientos individuales! Cuauhtémoc no sé qué habrá pensado, pero se fue a la banca de cinco lugares hasta atrás.

Llegar a Tenosique es un trayecto de no más de hora y cuarenta minutos con dos paradas: una en Playas de Catazajá aun en Chiapas y posteriormente en Emiliano Zapata, ya en Tabasco. Se cruza Boca Cerro del Río y en poco más de media hora se encuentra uno cruzando los arcos de entrada al municipio de Tenosique. Justo ahí miré la Estación Migratoria de Tenosique, a la izquierda la Terminal del ADO y del mismo lado de la Estación Migratoria está un centro de investigación meteorológica dependiente del CONACyT⁶⁶ [...]

[...] cuando entré a La 72 quedé prendado. Los murales fueron lo que llamaron mi atención: acá el mapa mural con billetes de varias denominaciones de varios países de Centroamérica, adelante en el comedor un mural que me dejaba pensando en su estética, pero que entendí que representaba a un fraile sentado con migrantes. Lo amplio de la casa también me pareció sorprendente. Pero lo que más llamó mi atención fue la vida dentro de la casa: muchos rostros de niños, hombres y mujeres; también fue algo llamativo ver que había algunas personas que diría que son parte de la comunidad LGBT. ¡En fin!, todos se veían contentos, ¡eso!: contentos.

En las otras casas -más pequeñas, además, salvo la de Arriaga (Chiapas)- las caras eran más como de cansancio, de cierta hosquedad. Aquí no. Acá unos corriendo, otros en las escaleras, en los pasillos. Hay quienes usan chanclas o simplemente van descalzos, cosa que llama mi atención también. Al parecer no hace mucho fue hora de comida y por eso hay cierta algarabía también. ¿Así es una casa? [...] Me recordó algo de lo mencionado por Alberto Donis cuando pude hablar con él hace unas semanas: *La 72 no es una casa de asistencia, La 72 se propone como un proyecto político de acción desde*

⁶⁶ Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología como se conoció al organismo hasta 2022, cuando por una iniciativa aprobada en el Senado de la República Mexicana, cambió su nombre a Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCyT). Para consulta: https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5678609&fecha=02/02/2023#gsc.tab=0

lo humanitario donde se les brinda a las personas que se acogen las herramientas o modos posibles para que ellas mismas tomen sus decisiones. La 72, sí, es una casa, pero es más un hogar. Es un espacio de acogida para aquellos que la sociedad no quiere voltear a reconocer y, por tanto, La 72 es un espacio de lucha por la dignidad de la persona.

Conocer las rutas, el camino, da una certeza de qué hacer, pero hay un punto-lugar al cual llegar. En la viñeta mencionaba cómo el camino podía inclusive dar un aspecto a quien lo transita. No es el viajero subterráneo de Marc Augé (1998) que deambula buscando puntos de memoria y significado en y de una vida que ha transcurrido al recorrer las calles de París. Este viajero o viajeros que pueden llegar a la casa son en ocasiones sombras que deambulan en las carretas del sureste de México y que en la misma penumbra pueden llegar a cruzar los ríos o selvas de aquella región que hoy denominan el Corredor Selva varias organizaciones de defensa de Derechos Humanos de personas migrantes. Recuperé una frase de la conversación que en su momento tuve con Ramón Márquez sobre la visión que se tenía de La 72 como un proyecto político de acogida y de reconocimiento de la persona. Esta acción, emanada de la casa de migrantes, no es meramente contenida en la casa: los equipos de trabajo (voluntarios o de base) gestionan esos hilos de atenciones humanitarias que la casa brinda. Los llamados, acompañamientos en ruta, son una actividad y práctica de corte humanitario que ayudan a tener un panorama mediato más allá de la casa y con relación a la ecología y medio ambiente en una región como la frontera entre Tabasco y Guatemala. Esto arroja luces a una problemática que, como Oscar Martínez (2010) atina a decir, afecta a *los que no importan*:

Nota del diario de campo. Primera semana de enero de 2020. Carretera Tenosique-El Ceibo. Acompañamiento en ruta. Entre las 2:00 y 5:00 de la tarde.

[...] llevo una semana en La 72 y ya empieza la actividad buena, considero; “Eric, tú que traes tu cámara puedes irte con un grupo y Anneka con nosotros en el otro [...] así nos podemos dividir y hacemos dos equipos de La 72 para observar la ruta”, fue lo que Fray Gabriel nos dijo hoy en la mañana. Al parecer hay cierta preocupación porque se avecina una serie de caravanas -migrantes- que partirían desde El Ceibo, del lado guatemalteco.

Pero al mismo tiempo, la frontera está cerrada. El MPP (Migrant Protection Protocols: Protocolos de Protección al Migrante) aplicado básicamente como un ejercicio de control fronterizo y de ingreso-permanencia migratoria en los EE. UU. ha devenido en una serie de deportaciones (o devoluciones) voluntarias y asistidas. Sin embargo, por lo que me han comentado en La 72 y lo que he visto en las noticias, esto se ha desfigurado en un montón de gente siendo primero dejada a su suerte en la frontera norte de México y ahora en la frontera norte de Guatemala, que a su vez se ha “blindado” con el cierre total de las garitas migratorias [...].

Colores: morado, rojo, violeta... soy pésimo para definir los tonos -pienso mientras veo el atardecer de vuelta a La 72 desde la frontera de El Ceibo. No pudimos pasar, pero sí observar (y gracias a la cámara) cómo partían los autobuses con presuntas personas migrantes deportadas hacia el interior de Guatemala o hasta Honduras a la frontera con Corinto: [...] *ahí los van subiendo y los van a aventar hasta Corinto* -decía Fernando mientras esperábamos ver gente de este lado mexicano. Los días aquí son calurosos. Mucho. Me la he pasado sudando como nunca y no se diga de los piquetes de los zancudos: mis pantorrillas, los muslos, ¡los tobillos!, poco menos los brazos, los tengo llenos de ronchas. A veces no sé si son los zancudos o las hormigas, como sea, en ocasiones ni el repelente funciona. [...] hace rato regresamos a La 72, son cerca de las 6 de la tarde, en el camino no vimos a muchas personas que fueran migrantes: *mira allá* - me decía Fer- *son migrantes. Hay que preguntarles si llevan agua.*

[...] *por El Pedregal viene mucha gente. Suponemos que evitan la del Ceibo porque está cerrada, pero mínimo vimos como a 50 personas y vienen más. En la noche seguro llegarán más. No vienen en caravana, pero mínimo llegarán unas cien personas. Ahorita me voy en la camioneta con Fray Manuel y Amanda y a ver cuántos nos traemos. Más que nada a los que estén muy lastimados* -decía Fray Gabriel en la reunión que se tuvo esta tarde. *Entonces habrá que ir previniendo al equipo de cocina, para que por lo menos haya frijoles y sopa para darles a las gentes, seguro muchos de ellos vendrán con hambre ¡o igual llegan a dormir!* – sumaba ideas Fernando a las indicaciones de Fray Gabriel – *Bueno, pues hay que ir preparando, a ver dónde los acomodamos. No ha pasado el tren y entonces, hay mucha gente, aunque posiblemente pase hoy en la noche, hay que prevenirnos. Hay que pedirle a la guardia que apoye con el registro. Seguramente muchos igual solo se quedan la noche y se van temprano.*

Esta noche la casa recibió a más de 150 personas y en la casa ya había cerca de 180 personas; esto no se detuvo: cuando eran las 11 de la noche y estaba ocupado tratando de escribir mis notas de campo, tuve que interrumpir esto debido a que estaban llegando más grupos de personas migrantes a las puertas de La 72 y el equipo de cocina estaba a tope: la comida preparada estaba ya en lo último así que simplemente se les acogió al lado de la capilla y se les sirvió un vaso de atole y posteriormente, cuando este se terminó, se preparó avena y arroz con leche. En algún momento se perdió la cuenta, pero La 72 tenía en su interior cerca de 450 personas y las que se quedaron simplemente en las puertas, echadas sobre la arenilla o la breve rampa de concreto del portón. Recuerdo lo que dijo Fray Gabriel sobre esto: [...] *no son caravanas, pero son gotas que siguen cayendo y se vuelven un mar que sigue creciendo* [...].

El trabajo de campo que realicé me permitió observar y participar de primera mano en las atenciones humanitarias que se proponían desde las casas de migrantes en la zona fronteriza del sureste de México. ¿Qué es lo que las casa hacen ante tantas eventualidades como las que se presentan en las atenciones a personas migrantes? Ya líneas arriba, un primer hilo fue la mención de reconocer a la persona en su dignidad y respeto a su vida, en donde la primera acción de la casa es la acogida hospitalaria. Sin embargo, precisamente partiendo que se requieren acciones, había que rastrear cuáles eran estas acciones – y que no se limitan solo a dar una comida y techo temporales – y ser partícipes de estas con todos los retos que esto supone. Decía que las casas de migrantes se han visualizado como parte de un corredor humanitario, pero la propuesta de Wendy A. Vogt (2018) de ver redes como *constelaciones de cuidados* invita a pensar el trabajo del día a día ya sea por parte de los voluntarios, de las y los religiosos o de las mismas personas migrantes que ayudan a que la casa de migrantes actúe.

Estas redes y constelaciones de cuidados que tienen un origen en las casas o albergues para migrantes se han de asociar y vincular con otros actores o actantes sociales: los grupos de personas migrantes, los equipos de voluntarios, los de religiosos y otros forman una constelación de grupos y actores sociales, sin embargo, la presencia del tren, el río u otros que pueden considerarse como parte de una constelación y red de actantes tienen un papel en cómo se ejecutan y toman sentido las prácticas humanitarias.

Tomando la presencia del tren, “La Bestia” era un actante presente: no porque este estuviera involucrado o de este partieran acciones humanitarias, en todo caso, su presencia influía en cómo aquellas tomaban forma contingente y emergente en y desde la casa:

Nota del diario de campo. Última semana de enero y primera semana de febrero de 2020.

La 72. Recibiendo las caravanas, acompañando al tren.

Eran las 11 de la noche cuando escuchamos el sonido de las ruedas y engranes del tren y ese otro sonido como trompeta que suelta al avisar su llegada a la estación vieja. La casa se hace un revuelo, no había pasado más de una media hora que decidimos hacer cierre de actividades e invitar a dormir a la población en general. Había más de 500 personas dentro y mínimo unas 100 más afuera y seguían llegando, fue una semana y días excepcionales. Nunca vimos grupos de más de 20...si acaso 5 u 8 personas, pero llegaban uno, dos, tres grupos seguidos sin conocerse entre sí, pero todos con la esperanza e idea de que en la casa de migrantes estarían seguros (al parecer muchos solo conocen de la casa y su existencia, por voz de otros, ya que algunos habían pasado antes y albergado en la casa). Yo estaba junto a Julia (que si acaso un par de minutos antes se había ido a acostar). Irene y Raúl, que recién habían llegado, también ya habían pasado al dormitorio. ¡Es que qué días más cansados!

¡El tren, el tren! -se escuchaban los gritos de los vigías en la azotea de La 72, justo en el módulo de varones. *¡Vamos, vamos!, ¡jarre, arre!* -se escuchaba en la algarabía. Los guardias prendieron las luces, se iluminó el patio nuevamente y me asomé primero desde arriba, donde estaba en la sala del voluntariado. Ahí van corriendo uno, una tras otra y otra. En sus espaldas las mochilas o el morral de plástico que dice “ACNUR”: *¡Sale compas! ¡Con cuidado!, ¡ya saben, si no se suben se regresan a la casa!, ¡tienen media hora para volver, no lo olviden!* -les grité mientras bajaba las escaleras- *¡vamos, vamos! ¡suerte, suerte!... ¡Mucha suerte!* -me tembló la voz, supongo se debió al juego tan fuerte de emociones conjuntas en ese breve escenario de diez o quince minutos. [...]

El tren aparece como un actante que hace actuar a la casa; una metáfora podría ser que esta tiene un parto y como efecto de esto, la algarabía entre los gritos, los avisos, el ruido generado por las pisadas y voces dan lugar al “nacimiento” de aquella persona

migrante que se había detenido y en ese momento retomaba su razón de ser: moverse, vivir el tránsito. El tren es ese brazo que se extiende y carga sobre sí miles de almas que se hilan en un solo movimiento que a su vez toma muchas otras formas, destinos, fines. Una escena como la descrita anteriormente, describe densamente lo que sociológica y antropológicamente los estudios transnacionales sobre las movilidades humanas conceptualizan como tránsitos irregulares que traspasan las fronteras simbólicas, económicas y políticas; el tren, como actante, actúa en esos intersticios donde las políticas de control migratorio dejan un hueco o espacio: si el tren no se detiene más adelante, ¿quién o qué actor va a cuestionar y sancionar el tránsito de las personas?, ¿a quién le importa que no tengan una condición regular migratoria? No hay un pago de un visado, un pasaporte, mucho menos de un boleto de autobús o camión de transporte público. Conforme avanza el tren, La Bestia que es tan temida, respetada y esperada por aquellas personas, el hilo humanitario de la casa se extiende, se tensa, posiblemente hasta llegar a otra casa, otro punto seguro en donde otras hebras vinculen o se vinculen con la que partió desde la casa. Continuando con la viñeta:

[...] Las últimas noches han sido largas, pesadas. Parece que el tren también supiera que debe de pasar para que la casa se desembarace un poco. La gente sigue saliendo, hoy miércoles el tren pasó también en la tarde y la casa se vació un poco pero así fue también que después de las cinco de la tarde se comenzó a llenar: era un hervidero de gente, de calor y humedad, de humores y olores [...]. La palapa de La 72 estaba llena, eran las nueve de la noche y aun iba a llegar fray Gabriel con otras personas más, reconozco que la forma en que fray se compromete en el trabajo de campo del equipo de La 72 es de admiración de todos los involucrados. Inclusive Ana (la abogada) que termina su jornada a las 6 de la tarde ha estado dando seguimiento por cualquier percance que ocurra. Si bien los frailes se arropan en su manto religioso para evitar algunas sanciones que puedan venir de las autoridades de migración o las policías, siempre hay que estar atentos.

[...] ¡hey, compa!, ¿todo bien? -había estado un rato en la puerta esperando que llegara más gente de vuelta a la casa. La mayoría que quedó fue gente que recién había entrado hoy en la tarde noche y algunos lastimados de los pies. ¡Aunque hubo unos que con todo y sus ampollas corrieron al tren! [...] -jadeos- ¡no, no alcanzamos a llegar, se

paró tantito el tren, pero luego, luego nos cayó migración. No, creo, se llevaron a nadie, está oscuro y pues ni idea. Nos esperamos tantito antes de volver a cruzar la avenida y pues el tren se fue. A ver si mañana [suspiro] – así recuerdo como Josué (hay muchos “Josués” aquí) llegaba a la puerta de La 72, con una mirada de resignación mientras abrazaba y se apoyaban entre sí junto a otro muchacho que ubiqué que había recién llegado. Uno de ellos regresó sin tenis: ¡Eri’!, ¿no tienen tenis? -me preguntó como si esa fuera la mayor de las preocupaciones en ese momento. ¿Cómo cree compa? Ya es bien tarde, váyase a lavar y mañana le buscamos unas chancletas o a ver qué encontramos. ¡Ahorita no voy a abrir la bodega!, ¿se lastimó? -le traté de evadir su pedido por un tenis. Está bien -me decía mientras atrás de ellos llegaron más personas.

Ya me iré a dormir, qué bueno que no hubo emergencias o de ir al hospital. El calor está terrible esta noche. Amanda anda enferma de gripe, espero que se recupere pronto. Hace una semana que Sandrine y la otra señora se fueron casi a escondidas. Les entiendo, es un choque emocional el vivir esto. Me preocupa que en ocasiones uno mismo lo interiorice y se rebase la idea entre verlo como algo normal y algo que solo hay que atender. Este voluntariado no es para todas las personas o ¡no sé!, tal vez ha sido el contexto, pero ¿cuándo el contexto del migrar como lo hacen ellos y ellas ha sido “apacible”? Tengo sueño, si escribo esto en mi diario es porque no quiero que se me olvide y menos que deje de sentir lo que he venido sintiendo desde hace semanas. Ya quiero que sea mi día libre. Pienso: ¡obvio!, ¿cómo no le va a preocupar su tenis? ¿qué tal si pasa de nuevo el tren y no puede salir corriendo? -pero estoy cansado. Mañana será otro día.

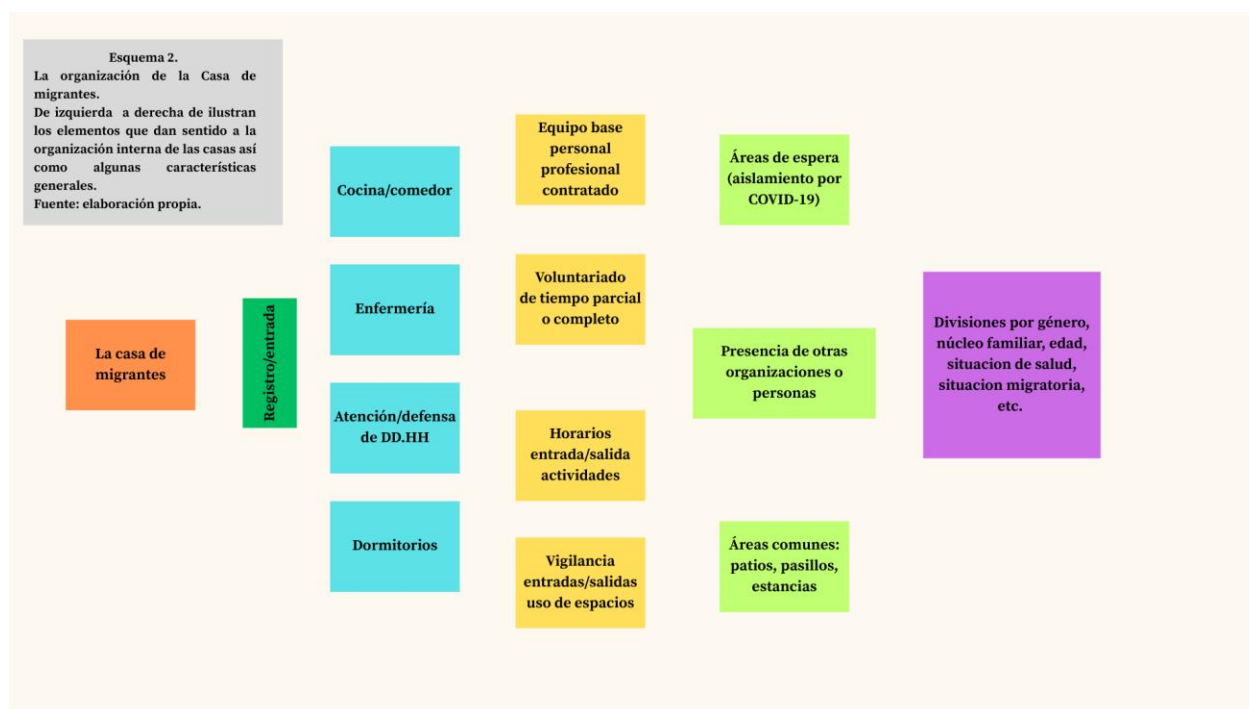
Cuando Flaviano Bianchini (2016) se transportó como “migrante” clandestino, mostró lo que es subir al tren, pero, en cierta parte de su novela, también lo que es bajar de este y llegar a la casa de migrantes o algún otro lugar donde recuperar aliento y vida. La viñeta anterior no mostró salvo un escenario que en términos territoriales comprende la distancia entre la casa (La 72) y la estación vieja del tren en Tenosique, que son cerca de 300 metros, los cuales atraviesan una cancha de béisbol y de fútbol, requieren cruzar la avenida donde termina la carretera muy cerca de los arcos de entrada al municipio y donde está la oficina – antes estación migratoria – del Instituto Nacional de Migración y un cuartel de la Guardia Nacional. Donde se ubicaba la estación vieja, en el conjunto de

la construcción de esta, se levantaban cuartuchos de lámina, madera y cartón que en el día funcionaban como tiendas y de noche como cuartos para dormir rentados entre las mismas personas migrantes o por integrantes de la delincuencia común a los cuales muchas veces se les ligaba con alguna célula de los Zetas o de la Mara Salva Trucha. Como puede leerse, la presencia de muchas circunstancias y de actores sociales está presente en la viñeta. El limitado terreno donde todo ocurre se puede reproducir en Palenque, Coatzacoalcos, Apizaco, Acayucan, Metepec, etcétera, en donde el encuentro-desencuentro entre dos actantes como el tren y la casa de migrantes moviliza toda una red de actores y actantes más que pueden ser más o menos visibles y de mayor o menor tamaño e importancia. La importancia del actuar de la casa, como puede apreciarse, es que sigue recibiendo y acogiendo: aquellas personas que no pudieron subir al tren regresan con desánimo o desgano. Algunas veces, los agentes de migración ejecutan operativos para detener tanto la marcha del tren como de las personas migrantes, lo que se traduce en tensiones que vuelcan en violencias físicas, emocionales y simbólicas generalmente vistas en el miedo que expresan las personas migrantes ante estas actividades de un actor como el INM o de la presencia de otros actores como la delincuencia que, para muchas de estas personas, es sinónimo de extorsión, secuestro, violación y que también impacta en cómo la casa actúa, tal y como han documentado organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales como la Red de Documentación de Organizaciones Defensoras de Migrantes (REDODEM), el Instituto de las Mujeres en la Migración (IMUMI), Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova (CDH Fray Matías), Cruz Roja Internacional (CICR) a instancias colectivas como el Colectivo de Observación y Monitoreo de los Derechos Humanos en el Sureste Mexicano (COMDHSM). Muchos de estos trabajos van a la par del trabajo de las casas y albergues de migrantes desde sus inicios.

Aparece la problemática de las violencias y precariedades que, de algún modo, más graves unos que otros, acompañan los tránsitos de estas personas en movilidad: ¿Cuáles son las estrategias?, ¿dónde toman forma?, ¿Cómo se articula y anuda esto con las casas de migrantes?:

Nota del diario de campo. Última semana de diciembre (navidad) entre el 23 y 27 de diciembre de 2021. Casa Belén- El Ceibo, La Libertad, El Petén, Guatemala.

Ayer se fueron las hermanas Rodríguez. Se fueron en la madrugada mucho antes de las 4 de la mañana, solo espero se hayan ido con cuidado: me han platicado tantas cosas del paso informal que a veces es de no creerse. Pero entre “los de los machetes” y “los de las motos” y la zona que para el ojo no entrenado solo puede pasar como “otra frontera más” aquí las cosas son “calientes”, difíciles todo el día y noche. [...] Sí, se fueron en la madrugada: *Yo les dije que se fueran con cuidado, pero ya sabes, ¡son necios y más si son mujeres!* – era lo que argumentaba Agustín, el guardia. Era 24 de diciembre y las hermanas Rodríguez aprovecharon este día suponiendo que no habría tanta vigilancia. Y yo me iba a quedar casi una semana cuidando la casa. [...] veo la lista de platos de comida servidos desde el 21 hasta el 23 (ayer) que llegué: cerca de 200 platos repartidos entre desayuno (o almuerzo como dicen acá), comida y cena. Los últimos son los de las hermanas Rodríguez, son 3 mujeres adultas, dos mujeres adolescentes, una más de unos 8 años, un chico de la misma edad y otro de unos 17 años. A estos se suma un niño de cinco años. Prácticamente un bebé. Casa Belén es de paso, no es para estancias largas y eso está definido en el cartel de “bienvenida” que enumera las reglas de la casa. [...].



Algunos textos académicos mencionan las casas y albergues de migrantes como espacios de vida, esperanza donde la persona recobra su identidad y en esto, como si fueran una especie oasis en un desierto (Tavera, 2014; Camacho, 2018; CNDH, 2018); si bien, la metáfora se entiende, esta tiende a pensar al actante como aislado o contenido en una suerte de “lugar inmaculado”. Retomando una vez más lo vivido por F. Bianchini, entre sus líneas deja ver que, si bien es cierta esta idea de esperanza y vida, también lo son las incertidumbres y los peligros. Por ejemplo, hay cierta incertidumbre cuando una persona migrante llega a un albergue o casa y esta solo puede darle un día o una noche de descanso, tal vez dos más. Este intersticio entre seguir y descansar, pero también entre la seguridad y el peligro, es lo que lleva a poner en práctica estrategias de supervivencia tal y como Noelle K. Brigden (2018) expone al estudiar a fondo cómo y cuáles son las estrategias de vida en el “camino del migrante” (*migrant passage*). Las casas o albergues actúan porque las personas migrantes les hacen actuar – podría decirse de uno los enunciados desde la TAR – y, pensando de otra forma, como una red que se expande y esto mismo les quita el monopolio de las prácticas humanitarias y conecta líneas de vida - si se piensa desde el MSO – y la serie de eventos que acontecen relacionan a cada una de las agencias como objetos afectados – como podría pensarse desde la OOO – la frontera, el río, los policías, el camión, la delincuencia, etcétera, cada cosa, objeto, se va hilando e impacta de alguna forma cómo actúa la casa. Continuando la viñeta:

Esto me hace recordar cómo en La 72, la charla de bienvenida es más una introducción a las reglas de la casa: *Bienvenidos, bienvenidas a La 72, están en un lugar seguro. Bueno, ahora solo para ir acomodándonos, me presento, soy Amanda, voluntaria de La 72 y esta pequeña charla es solo para que conozcan el reglamento de la casa y así podamos convivir más a gusto y contentos, ¿se vale? [...]*, recuerdo esto, ya que fue la primera vez que escuché completa la “charla de bienvenida” a quienes decidían pasar una o dos noches en La 72, aunque hoy en día con lo de la pandemia han cambiado muchas cosas, se mantiene ese espíritu de la casa de dar la bienvenida. Por lo que entiendo en Casa Belén las cosas son más directas: se pasa por un vestíbulo, se hace un registro breve y alguien del equipo les enuncia las reglas. Aunque todo es dirigido por la casa, los métodos pueden ser distintos. Algo que no puede dejarse de lado es que hay un antes y un

después: un antes en que se les registra, se les enuncian las reglas y resuelven dudas (generalmente de horas de salida-entrada, de si hay apoyo legal o no, hasta de las horas de dormir) y cuando pasan a ser población general y con esto, personas migrantes reconocidas por la casa como sus habitantes-usuarias.

Me parece que el estar tanto rato solo en Casa Belén me ha permitido reflexionar sobre esto. Ambas casas cuidan, proveen, resguardan, pero también son espacios donde ocurre esto de diferente forma y claro, son espacios para descansar e intercambiar información o aclarar esta: [...] *¿cómo cuántas horas son de aquí a Villahermosa, Eric?*, me preguntaba una de las hermanas Rodríguez en su afán de conocer o despejar esas incertidumbres sobre las distancias sabiendo que estaban por entrar a México. Si bien no todas las personas se conforman con las pocas comodidades de las casas (siempre hay quien se queja por la falta de espacio, de camas, de cobijas, etc.) nadie pone en duda que están más seguras dentro que afuera. Pienso que esto es a su vez discutible, si recuerdo que hace un año un grupo de hombres armados entraron y amenazaron a todos en Casa Betania en Salto del Agua, Chiapas⁶⁷ [...].

Por otra parte, las casas de migrantes se vuelven en verdad lugares seguros, pero también de control; entonces, entiendo cierta crítica a las casas de migrantes como contenedores de las personas y experiencias migrantes; en su trabajo, Y. Guevara aborda los atrapamientos como esos momentos-espacios en que las personas transcurren sus estadías en la casa de migrantes y es en esta que, si bien como espacio seguro, se comparten o generan estrategias, los tiempos de espera en lo que el actante es partícipe son inevitables. La misma casa es parte de una serie relaciones entre otros actores y actantes que participan de las políticas de contención migratoria y los cuerpos atrapados

⁶⁷ Aquí quiero aclarar que no es que considere a las casas de migrantes como inseguras; al contrario, amplios trabajos han documentado su cierta eficacia para disuadir en algún momento las violencias y agresiones directas hacia las personas migrantes en tránsito por México; sin embargo, esto no las hace inmunes al ambiente de violencia, totalmente (dentro o fuera). El 12 de octubre de 2021, Casa Betania (Salto del Agua Chiapas) fue tomada a la fuerza por un grupo de supuestos agentes que parecían policiales -sicarios- que ingresaron a la fuerza con armas buscando a una menor amenazando a todo el personal de atención humanitaria y personas albergadas; esto fue ampliamente señalado y acusado por medios de las ONGs, de las mismas redes de casas de migrantes y de observatorios de defensa de Derechos Humanos, pero por los medios de comunicación (ni locales ni nacionales) fue siquiera mencionado: <https://redfranciscana.org/incidente-de-seguridad-en-la-casa-para-migrantes-betania-santa-martha-en-salto-de-agua-chiapas/>

en el espacio del actante si bien son protegidos y cuidados, al mismo tiempo son contenidos no porque esta sea la función o actuar de la casa, sino porque al ser parte de una red más extensa, de formas indirectas participa de esa contención:

Casa Belén es pequeña, pero ha crecido: [...] Eri', antes ahí les ofrecíamos un rincón en el piso y mire ¡qué pena yo sentía por esas personas!, pero: ¿pues de dónde sacaba yo para darles más? Yo mismo he migrado y sé lo que es, tal vez no he recorrido como muchos que vienen desde ya bien lejos como uste' sabe, pero mire, un plato de comida, agua y un rato de descanso siempre se les ofrecerá [...] antes era ahí en mi casa, aquí atrasito, pero ya bendito hemos logrado con ayuda de la Pastoral y del ACNUR, levantar esto. No tiene mucho, recién con los eventos de hace dos años, es que se pidió el apoyo para esto. Cuando empezaron las deportaciones exprés, miré que aquí como más de 300 gentes ¡ni cabíamos!, pero Casa Belén no cerró sus puertas y como pudimos les cuidamos, como en su momento me platicó Andrés, que continúa la labor que inició su papá y parece que la prueba de fuego fue hace dos o tres años entre la aplicación de MPP y el Título 42⁶⁸ que dejaron a cientos de personas varadas entre México y Guatemala.

Retomando: quiero mirar hacia el actante que es la casa como aquel que vincula esperanza y vida, pero, al mismo tiempo, es un espacio o escenario de tensiones y dramas. Podría ser que la *liminalidad* y la *communitas* (Turner, 1988) son parte de cómo poder situarse en un antes y después de llegar y estar en la casa de migrantes: una persona migrante irregular e indocumentada que “permanece” en el umbral – ya que no lo cruza sino, tal vez siendo literales: “ahí está” lo cual a su vez se debe considerar debido a que se le resta movilidad – pasa por diversos umbrales *liminales* desde el momento en

⁶⁸ Como muchas otras veces, las atenciones humanitarias de las casas de migrantes, en ocasiones resultan insuficientes y son emergentes ante las contingencias que se presentan. En los casos mencionados, las deportaciones exprés impuestas por los MPP y recrudecidas con la aplicación del Título 42 (desde la administración de D. Trump y continuadas en parte por la administración de Joe Biden en los EE. UU.) han dejado a cientos de personas varadas y a su suerte en la frontera México-Guatemala en el puerto de El Ceibo, donde la única casa de migrantes es Casa Belén- El Ceibo (a 600 metros de la frontera del lado guatemalteco). La 72 es la siguiente, pero hay que recorrer más de 65 kilómetros, con lo que esto implica. Las deportaciones pusieron al límite las capacidades de la casa donde, sin los apoyos devenidos de otras organizaciones, simplemente no hubiere sido posible atender a tantas personas por día en El Ceibo, donde también deben lidiar con la inseguridad que merodea y está instalada en la zona y que ha visto en las personas migrantes un mercado de extorsiones y secuestros. Para consulta: <https://prensacomunitaria.org/2021/09/deportaciones-en-el-ceibo-todo-esta-calculado-para-que-haya-la-menor-visibilidad-posible/>

que deja ser ciudadana en regla de algún Estado Nación para internarse cruzando las fronteras de otro en formas clandestinas y ocultas. Sin embargo, la idea de la *communitas* en la casa de migrantes le reintegra a una sociedad – una sociedad sostenida en el humanitarismo, tal vez – que es extensible y vinculante. Esta idea de la *communitas* aparece más atractiva para ver el escenario y drama social (Goffman, 2008) que puede ser la casa de migrantes, donde las interacciones entre personas y con el actante, arrojan luces a las líneas que se anudan en un lugar-espacio y tiempo donde, como había mencionado, en otros trabajos consideran como espacios de vida y esperanza. Sin embargo, parto de la mención del actante y en algún punto, la idea de la liminalidad y la *communitas*, e inclusive la del drama, no son suficientes para mirar entre los intersticios – y con esto, alejarse de las ideas de jerarquía de V. Turner o de un escenario homogéneo, de E. Goffman – entonces, surge la pregunta: ¿cuándo una persona se vuelve migrante?; es más sencillo ver a una persona refugiada, ya que esta categoría descende desde un aparato jurídico-administrativo estatal mientras que la personas migrante irregular por sí misma es difícil de conceptualizar (no pasa lo mismo con la categoría de indocumentado); estas últimas ideas la retomaré en cierto grado en el siguiente apartado de este capítulo, donde dedicaré las líneas a hablar sobre cómo se migra, a quiénes y desde dónde se nombran cuando migran. Continuando la exposición de la casa-actante:

Nota del diario de campo. Segunda semana de febrero 2022. Entre las 05:00pm y las 10:00pm. La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes, Tenosique, Tabasco, Méx. Casita Naranja. Recibiendo una emergencia en la noche.

Pasando las 6 de la tarde me llamó Jane (o Lupita, para las mujeres de la casa): [...] oye Eric, estás en la casa. Ya sé que nos habías pedido esta semana para limitar tus actividades como voluntario, pero necesito tu ayuda ¿puedes? Es que hay un caso delicado de una pareja, les pasó algo y ahorita seguimos en la Fiscalía, pero también vamos al hospital. Pasó lo peor y quiero ver si hay misoprostol por lo menos y en un día veremos los resultados de los exámenes médicos por si hay una infección. ¿Te pido un favor, puedes ir preparando la casita naranja?, creo que no está ocupada y si puedes decirles a los guardias, igual ahorita le aviso a Fernando para que les diga que por favor

no sean indiscretos, fue lo que me pedía por llamada Jane y que me tomé mientras estaba en la sala del voluntariado tratando de acomodar algunas notas del diario de campo.

Aproximadamente a las 7 de la noche, llegaron a la puerta de La 72 una joven pareja, tanto él como ella se veían de no más de unos 25 años. Ya Jane me había avisado y hace rato que ya había dejado limpio el cuarto de la casita naranja con ayuda de Luis. Pusimos sábanas nuevas, barrimos y trapeamos el piso, incluso conseguí un poco de aromatizante para el lugar. Jane me pidió consideraciones para esa pareja que pasó por un evento, a saber, muy traumático: al parecer, la chica fue abusada por uno o dos hombres vestidos como policías o que parecían serlo mientras al chico lo sometían y les quitaban su dinero... y su dignidad. Como sea estaba ya atento: *¡Hola, hola! Vengan, con cuidado. Pisen con cuidado* -eso atiné a decirles ya que noté que caminaban torpemente. Visiblemente golpeados, no tardaron en llamar la atención de la gente: acá y allá caían las miradas en los nuevos de La 72 y empezaban a acercarse. Increíblemente, en esa catarsis de encuentros y desencuentros donde podía percibir una presión por las emociones ahí presentes, algo se quebró y creció entre todos y todas las presentes al empezar a sollozar la mujer, delgada, de cabellos quebrados, vistiendo una licra y una blusa sencillas, descalza y con la chamarra de su pareja en hombros... fue un sollozo y todo se calmó: [...] *¡a ver a ver!, ¡váyanse para allá cipotes! Acá no hay nada que ver*, fue lo único que bastó para que entre murmullos y silencios la algarabía se dispersara y como si todos entendieran el asunto, iban abriendo paso a la joven pareja que, con la mirada abajo y lágrimas en los ojos, caminaron cruzando todo el pasillo de entrada, el patio y hasta llegar a la casita naranja. Nadie preguntó nada, si acaso alguna mujer escuché decir que exclamaba un: *¡Qué bueno que ya están aquí, tan jovencitos y mira!*

Ese intersticio entre la contención y el auxilio es donde aparece el hilo de la práctica humanitaria del actante: sentir esa seguridad del cuidado en un lugar extraño es, aparentemente, una tragedia para las personas migrantes que llegan o, en otro sentido, el fin de muchas otras tragedias que han experimentado en sus tránsitos. Pero es también ese drama y tragedia social que se siente y se percibe: en la frontera entre México y Guatemala, en esta zona de Tabasco, no hay la “seguridad” que pueden brindar las caravanas como estrategias de cuidados entre personas migrantes (Pradilla, 2019; Varela, 2019); la violencia hace énfasis en los cuerpos y sus agentes, visibles en la

delincuencia – común u organizada –, las omisiones o demás actos hechos por otras personas, actores o actantes presentes se encargan de “marcar” aquellos cuerpos con la violencia de género que ejercen de muchas formas. Se vuelven “recuerdos cauterizados” (Pradilla, op cit). Continuando la viñeta:

[...] Regresando, Jane estaba con la pareja: *mañana nos vamos temprano al hospital, vamos a hacer los estudios y que nos den el medicamento [...] ¡No podemos dejar que pasen más de 72 horas! Pero ¡nunca hay nada!* Era evidente la molestia de Jane; quedándome un rato más con la pareja, hubo un momento algo complicado en tanto ¡no supe qué hacer!, sino solo estar: en la penumbra que se hace debajo de la marquesina de la casita naranja y la luz difusa de los reflectores que iluminan esta parte trasera de La 72, ahí ella soltó un llanto profundo, ahogado. Él solo le decía *que estaba bien, que todo iba bien*. Pero también lloraba. Abrazados, me limité a decirles que no se preocuparan por la comida que en la mañana yo les llevaría el desayuno o alguno de mis compañeros voluntarios. Solo asintieron. Hubiera querido abrazarlos, pero ¡no era el caso!; decirles que no tuvieran más miedo o algo, ¡no sé!, es complicado, por eso lo digo. Al final sé que La 72 los cuida. Supongo que este es el sustrato del trabajo humanitario de la casa y como voluntarios solo somos un vehículo de esto.

Retomando la idea de *corredor humanitario* (Olayo-Méndez, Haymes y Vidal, 2014; Candiz y Belanger, 2018) una de las proposiciones que enuncié en esta tesis es que las casas como actantes se vinculan no solo porque sean casas – es decir, no solo por nombrarlas socialmente – sino por lo que hacen por sí y entre sí. Se tiende a ver las redes de asociación tal y como se nos presentan, ya conformadas: La Red de Casas Scalabrini, la Red Jesuita Migrante, la Red Franciscana para la Migración, Hospitalidad y Solidaridad, etcétera. Cada una de estas redes lo que tienden a hacer es englobar a una serie de actantes con una misma identidad o adscripción, sin embargo, lo que pretendo evidenciar es que sus vínculos van más allá de ser parte de una organización ya dada o consolidada de varios actantes de la misma naturaleza y en cierta comunicación los hilos de esos vínculos humanitarios les unen – anudan – en tanto las personas migrantes/refugiadas en tránsito por México hacen actuar al actante tanto simbólica como materialmente. Un corredor humanitario no solo es la suma de muchos actores sociales

como las casas o albergue para personas migrantes – es decir, no solo son actores articulados – sino que la vinculación y asociación simbólica que tienen rebasa adscripciones de fe, de agenda política, inclusive, de cómo hacen y practican el humanitarismo de base:

Nota del diario de campo. Tercera semana de marzo 2022. Entre las 07:00pm y las 10:00pm. Estación San Lázaro-TAPO y Casa Tochan, CDMX. Fer y Omar, los hermanos venezolanos.

Recibí un mensaje por WhatsApp: *Hola, Eric. ¿Cómo estás? ¿Crees que pueda llamarte en la tarde?*, fue el mensaje por parte de Alejandra, que está con Las Patronas (actualmente como voluntaria y haciendo trabajo de campo). Ya en la tarde de aquel día cuando la escuché, entendí todo: *Hola, [...] fíjate que quería pedirte un favor, bueno, queremos pedirte un favor. Hoy en la tarde salieron unos compañeros de aquí, van para la TAPO y de ahí se van a San Luis, o eso es lo que quieren hacer. La verdad nos da un poco de pendiente porque no conocen la ciudad (CDMX) y entonces, no sé si tu puedas recibirlos, veo que a veces haces eso con los que llegan de La 72, ¿Puedes?, son 6 y, de hecho, hay uno que dice estuvo en La 72, ¡quién sabe, a lo mejor lo conoces!* Claro, no me iba a negar. Ando algo corto de dinero, pero espero no tener que gastar más de 200 pesos de pasajes si es que ellos no tienen para sus boletos del metro. *¡Sí, Ale!, no te preocupes. No sé, dale a este chavo que me dices que se llama Fernando mi número y pásame el suyo para escribirle y saber cómo y por dónde andan. Supongo que no tardan en llegar, son las 2 de la tarde. Si dices que salieron hoy hace rato, entre las 6 y 7 estarán por acá;* y así fue como estaba planeando mi tarde para recibirlos.

Ha sido algo curioso: resultó que Fernando es un hombre que conocí dos semanas antes de terminar mi estancia de campo en La 72. Después de la cuarentena por COVID19, La 72 sigue apostando por los protocolos de salud (recepción, preregistro, aislamiento-vinculación y entrada a población general que es pasar a capilla, al área de aislamiento y posteriormente a los módulos de dormitorios); esto claramente se logra con una reducción de población general (entre 120-130 personas entre mujeres, hombres, menores (adolescentes), niñeces, algunos adultos mayores y población parte de la comunidad LGBT) más el personal voluntario de corta estancia y equipos de guardias que en la mayor parte del día permanecen en la casa ya que el equipo base y de voluntarios de larga estancia no siempre está todo el día [...]

Qué mejor manera de presenciar el actuar de la casa que por medio de las prácticas humanitarias durante la pandemia y postpandemia por Covid-19: controles de seguridad, sanidad e higiene para delimitar las atenciones que se volvieron asépticas. El actante aparentemente se aisló, pero esta apreciación estaba muy lejos de ser real, como atinó a decir Lala Pasquinelli: “Hay un relato hegemónico sobre el coronavirus, es un relato en 2D, aséptico pero contagioso, superficial, pero disciplinador y sobre todo eficiente, un guion que se escribe sobre el escenario, en el que millones estamos intentando perfomar en todo el mundo, algo así como la vida.” (Pasquinelli, 2020, p. 169). Pocos trabajos se enfocaron en registrar el trabajo humanitario de las casas de migrantes y en un mundo que aceleró la digitalización de las interrelaciones e interacciones poco se supo más allá del discurso macrosocial y hegemónico, como en su momento demostró Priscilla Solano en su crítica a la agenda humanitaria del norte global que organizaciones como OIM o ACNUR presentan. En este, desde las sombras, la otra agenda humanitaria de base, más local y en constante tensión con otros actores, las casas de migrantes seguían trabajando. Continuando la viñeta, el viaje de Fernando y los demás había empezado en La 72 en Tenosique (Tabasco), Casa del caminante en Palenque (Chiapas), pasaron por Coatzacoalcos (posiblemente en el Albergue del Decanal Guadalupano en Veracruz) y antes de llegar a la Ciudad de México, donde les recibí y encaminé a Casa Tochan, salieron de Las Patronas (Veracruz):

Después de recibirlos en la terminal de San Lázaro, noté que no sabían cómo irse de la ciudad, entonces les ofrecí buscar alojamiento en Casa Tochan; la verdad, yo no estaba tan seguro de que les recibieran, pero dentro de las opciones lo consideré, aunque había que movernos hasta Observatorio. Le marqué a Gaby (Gabriela, la coordinadora de la casa): *¡Hola, Gaby!, espero estés bien. Perdona que haya marcado así sin previo aviso. ¿Sabes?, hay unos compas migrantes que vienen llegando, pero perdieron su hora para salir de CDMX, son unos venezolanos y un hondureño, me parece que, salvo uno, ya todos tienen su refugio. Perdona que sea tan directo: ¿pueden ir a pasar, aunque sea una noche en Casa Tochan?;* en verdad me preguntaba si fue necesaria esta llamada. Pero me ganó más el sentir preocupación porque se quedarán en la calle o en este caso en la

terminal, ya que al mismo me pesaba la petición de Las Patronas vía Ale de que les “echara un ojo”. Afortunadamente Gaby aceptó que los llevase.

Casa Tochan está al poniente de la CDMX a unos 700 metros de la estación del metro Observatorio. Está enclavada en una zona popular urbana [...]. En Casa Tochan solo se aceptan hombres y generalmente ya con refugio o en trámite de tal. Ricardo sirvió unos platos con guisado y les ofreció el servicio de regaderas. Les iban a acomodar en una sala que usan para ocio, ya que las camas estaban ya ocupadas. Fernando y sus amigos no se incomodaron y al contrario, habiendo aceptado que no había más qué hacer sino hasta el otro día, lo que buscaban era ya descansar: no habían parado desde que salieron de Veracruz y el viaje desde la Terminal del Norte hasta Observatorio es prácticamente cruzar toda la CDMX [...]; salí tranquilo. Le dije a Fernando que cualquier cosa me llamase o escribiera al WhatsApp. Les expliqué cómo partir y llegar a la Terminal del Norte de nuevo, pero al parecer de ahí de Observatorio de la terminal de autobuses piensan que en vez de ir a San Luis (a una casa de migrantes de la cual escucharon, pero no tienen certeza) mejor irán a Metepec. Alguien, que ignoro quién sea, les dijo que era mejor. Al menos descansarán en Tochan gracias a la casa, gracias a Gaby y Ricardo.

Vivir la casa de migrantes implica comprender los alcances íntimos de la permanencia en esta; durante mis estancias en terreno, algo que comprendí es que cada uno de los espacios de una casa de migrantes tenía su propia intimidad y en esta se podían empezar a rastrear distintas claves para comprender al actante: las dinámicas de los dormitorios separados generalmente en varones y mujeres (ya cuando el espacio lo permite, como en La 72 u otras casas: dormitorios para niños y niñas, para madres o padres solos, para la comunidad LGBT, etcétera), las divisiones espaciales y apropiaciones de estas demarcaban límites de acción para quien haga la etnografía, pero también siendo voluntario. Sin embargo, un espacio donde algunas barreras o fronteras simbólicas pueden superarse es la cocina/fogón donde se preparan los alimentos. Por lo menos en el caso de La 72 y algunas otras casas de migrantes, así ha sido. Viene a colación la metáfora del hogar, del calor materno, del cuidado, cosas que de formas diversas pueden verse y vivirse en dicho espacio de la casa:

Nota del diario de campo. Segunda semana de agosto de 2022. Por la mañana, entre las 06:00 y las 08:00 am. Fogón y cocina Hermana Clara, en La 72. Acompañamiento a Makiko en trabajo de campo.

Llevamos una semana y media en la casa, pero Makiko parece haberse acoplado muy bien. Hace unas semanas que Makiko me ha contactado para poder trabajar en campo juntos; es una historia larga [...]. Aquí hemos conocido a buenas personas voluntarios y voluntarias y eso que fue apenas en febrero que me fui y solo han pasado 6 meses aproximadamente. Saira, Angélica, Karen, Miguel, Juan Pablo, son unas personas que bien entiendo, han llegado como parte de la iniciativa de Hospitalidad y Solidaridad⁶⁹ y les noto muy entusiastas y entregados, tal y como en su momento lo fueron Jocelyn, Víctor, Raúl, Vianey y otros.

En la cocina todo pasa: picar, rebanar, limpiar, escuchar bachata, bailar, escuchar rock cristiano, los gritos, tararear cuando no hay bocina, descontentos porque la gente no ayuda en la cocina, lavar trastos, echar agua, calcular la cantidad de comida, pedir más insumos, reír. Esta mañana Makiko estaba ayudando, picando unos jitomates y cebollas, el cuchillo que tenía no estaba tan afilado así que le costaba un poco de trabajo. *¡Eri'! venga pa, cá mijo. Venga y mire esto [...], me decía doña Lupita, ya dos años siendo la jefa de cocina de La 72. ¡No puede ser, mire! ¡Dios solo sabe qué quieren!, ya les dije que no deben de dejar las cosas aquí y aun así lo hacen y mire: son ellos, ellos solitos se amuelan porque mire, ahora qué hacemos con esto. ¿Cómo fue posible que no metieran los frijoles al refri y sí lo llenan de refrescos... [...]?,* la queja era tan amplia que hasta Makiko se fue a asomar sobre lo que decía Lupita [...]

Vivir en la casa de migrantes es un reto metodológico, por lo más trivial que pueda sonar para alguien dicha afirmación: no se trata de aprender los horarios y las actividades en estas que pueden estar – aunque no siempre – bien estipuladas en un cronograma. Las personas que están en la casa se apropian también de estos tiempos y espacios y

⁶⁹ Hospitalidad y Solidaridad (HyS) es una Asociación Civil que surgió como una iniciativa de conformar un cuerpo de voluntariado sólido que pudiera desplazarse a las distintas casas y albergues de personas migrantes en México; cuenta con una instalación-albergue en Tapachula, Chiapas (Méx.) donde se han formado las recientes generaciones de voluntarios, los cuales tienen perfiles pertinentes a las necesidades de las casas de migrantes. Cabe señalar que el personal de La 72 y otras, ha participado en la conformación de este proyecto y las redes de apoyo formando y sensibilizando a quienes buscan ser voluntarios. No confundir con HIAS (la vocalización en español hace confundirles): <https://hospitalidadysolidaridad.com/>

en todo caso, un voluntario recién llegado a la casa puede ser un total extraño aun con la cierta autoridad que tenga para organizar actividades. Estos intersticios permiten que los vínculos se vayan estrechando o sean endebles, por ejemplo, entre voluntario y persona migrante y a su vez, de estos con la casa. La casa, como se ha mencionado, es un actante que da acogida y en cierta forma, una adscripción que vincula y en los breves y cortos intersticios de esto es donde me he situado para estudiar al actante siendo un espacio como la cocina donde pude ser testigo y conocer de manera más íntima las dinámicas y problemáticas de convivencia que, si bien aparecen como parte de la cotidianidad, se anudan con otras formas más complejas o arrojan luces sobre el punto, por ejemplo, la cuestión de género, las redes familiares, los procesos del migrar como mujer, etcétera, todo condensado en una charla matutina en la cocina de la casa de migrantes; continuando la viñeta:

[...] *Y ¿entonces, ya no nadas con ese negro? ¡ja!, te lo dije, ¡esos nomás andan picando acá y jum!, decía una mujer a otra de la que ignoro el nombre. Es como la chingada esa, le estoy dice y dice, pero ¡ay!, ¿pues qué están tonto o qué?* Entonces todas empezaron a reírse. Había una mujer alta, muy alta, que estaba acomodando los leños en el fogón mientras tarareaba algo, las demás solo siguieron en su diatriba del porqué algunas mujeres pierden el sentido común con sus parejas del momento. *No mire, ese cipote, sí quiere conmigo y ya me dijo, pero pues no. O sea, si en su momento le di la oportunidad, pero ya no. Yo no necesito un güevón que nomás me quiera mover las nalgas. ¡Si por eso dejé a mi marido en Honduras!, ¡Válgame que venga a hacer lo que no acá! Sí, soy una mujer y ya una mujer mayor. A veces esos creen que porque una anda sola necesitan estarla cuidando [...]* Me impresionaba de cierto modo la soltura con que lo decía, casi sin guardarse detalle y más siendo Makiko y yo unos extraños.

Aquí en la cocina se hace toda la comida para la casa: desde muy temprano y hasta tarde las personas migrantes se turnan en equipos de 3, 5, hasta 7 personas generalmente, todos van rotando y es un proceso autogestivo en la casa en tanto son las mismas personas migrantes quienes se proponen, proponen y ¡claro!, dan y piden condiciones que en ocasiones son arreglos por cambios de turno, usar el fogón para cocinar alimentos propios, usar espacios en el refrigerador, etc. Pocas veces he sido testigo de algún conflicto, salvo los más comunes como el que algún miembro del equipo en turno no se presente. También hay que reconocer que es un espacio donde la cuestión

de género no es solo referida a la mujer: las actividades que devienen de preparar los alimentos las hacen tanto mujeres como hombres, personas trans y muy de vez en cuando los menores que llegan a participar que más que nada son del grupo de adolescentes que estén en la casa.

[...] ¡ay!, ¿pues se antoja no? o ¿qué?, ¿desde cuándo no tiene de eso? y se sueltan las carcajadas de las mujeres. La discusión había pasado a los encuentros sexuales que habían tenido o no con sus parejas. ¡Uuhh!, ¡desde que salí, nada!, ¿qué tiempo tengo de pensar en eso?, si lo que quiero es que ya me den el refugio para irme y ahí, verá: diario, ¡diario!, allá tengo al hombre esperándome, nomás que llegue [...], nuevamente se sueltan las risas entre las mujeres. De hombres solo estaba otro compañero migrante que estaba echando agua al tambo y yo. Pero eso no parecía incomodarles. Y tú -nombra a la mujer haitiana pero no puedo entender como le llama: ¿no has hecho (hace gestos moviendo la cadera con claro sentido del acto sexual)? Más risas. Aquella mujer nos miró a los ojos y sonriendo dijo algunas palabras en creole que creo que nadie más entendió más allá del: *tengo a mi macho, mi hombre*, mientras hacía un gesto como de triunfo. En eso apareció un hombre que claramente era su pareja, se sonrieron y dijeron algo, cerrando todo en un beso. Mientras todos hacían fanfarria, Makiko parecía no entender todo el contexto. Mientras trataba de explicarle, seguíamos picando, limpiando y preparando el desayuno que sería ensalada de atún, café y galletas saladas. Somos como 170 personas (entre personas albergadas, voluntarios y gente que solo pernoctó en la capilla) en la casa y en la mañana casi todos desayunan. Llegaron los demás a ayudar, aun bostezando. Aquí siempre faltan manos.

Hasta ahora, he realizado una exposición de lo que hace la casa de migrantes – o las casas – y la manera en que se vinculan los demás actores-actantes, así como las personas y grupos de estas – migrantes, refugiadas, voluntarios, etcétera – presentes; en el apartado siguiente trataré de responder *¿cómo migran las personas?* y *¿cómo se presenta la casa de migrantes?*; sin embargo, para cerrar este primer apartado del capítulo trataré de cerrar la exposición de cómo se vinculan para actuar los actantes, las personas y el medio ambiente y la ecología del espacio de los tránsitos de la movilidad humana en lo que se llama recientemente como el Corredor Selva en donde, retomando las palabras de Flor María Rigoni: “El migrante pasa días y semanas en aquella tienda

llamada naturaleza, con el cielo por techo y los animales por compañeros [...].” (Rigoni, 2008, p. 63).

Como etnógrafo me sitúo y posiciono proponiendo que hay que estar lo más cerca posible de la experiencia sensible en tanto al fenómeno que se estudie siempre y cuando esto no exponga la integridad física, mental y emocional a un peligro que bien pueda evitarse (Shoshan, 2015; Restrepo, 2018). Esto que enuncio no es nada nuevo y bien se puede, por mencionar algunos trabajos, ejemplificar de mejor manera cómo el cuerpo es expuesto: Philippe Bourgois en Harlem, el crack y sus riesgos; Sudhir Venkatesh (2008) el *outsider* en los guetos de Chicago; no menos inspirador y aleccionador etnográfica y emocionalmente, la aflicción de Renato Rosaldo (2000) o Velvet Romero (2019) y la traducción de la muerte en su propia familia. Los ejemplos pueden ser inagotables y es porque parte de la misma naturaleza de realizar una etnografía es experimentarla corpóreamente o, como dice Loïc Wacquant (2004), que esta sea *encarnada*.

Preciso terminar este apartado con una experiencia que me vincula desde una propuesta reflexiva más profundamente con dos cosas: las formas que toman los tránsitos en forma irregular de las personas migrantes, en tanto localizados muy puntualmente en la zona del Corredor Selva y en concreto, el camino o llamada Ruta de El Pedregal, que comprende desde la casa de migrantes Casa Belén-El Ceibo, del lado guatemalteco y llegar a La 72, en México. Y dos: las prácticas humanitarias extensivas de la casa junto a otros actantes y las tensiones con otros. Esta experiencia, que no es la única, la rescato ya que representa también el cierre de un trabajo de campo extensivo y de largo aliento, lo cual me produjo serios cuestionamientos sobre lo que pretendía con el mismo y cómo lo estaba realizando y una pregunta lo condensaba todo: ¿esto me sirve para el desarrollo de mi tesis doctoral? Antes de responder esto, expondré en tres partes la experiencia que viví como parte de la actividad llamada *Viacrucis Migrante*, que es llevada a cabo por La 72 desde 2012 aproximadamente, donde junto a personas migrantes, refugiadas y equipos de trabajo humanitario recorrimos poco más de 67 kilómetros a pie en tres días entre el 3 y 5 de abril de 2023:

Nota del diario de campo. Primera semana de abril 2023; 3, 4 y 5 de abril: Viacrucis Migrante. La 72 y Casa Belén. Espacios transfronterizos, ampollas y los cuidados de las comunidades en la ruta de El Ceibo-El Pedregal-Tenosique.

Primer día, 3 de abril:

El primer día y ya estoy que muero; mis pies han reventado y las ampollas me molestan tanto... estuve a punto de irme de vuelta a La 72, pero debo decir que las voces de Alejandra y David me han reanimado, igual he recapacitado que estoy cansado, apenas ayer en la tarde llegué desde Ciudad de México en un viaje de 17 horas hasta Tenosique y apenas llegué a La 72 ya partía con el equipo a El Ceibo, vaya: ¡No podía perderme esta oportunidad! Además, sentía la necesidad de hacer todo el trayecto. Estamos en La Palma, la señora Amanda no nos ha recibido, pero una de sus hijas y los frailes de aquí nos recibieron en el puente. Mi diario de campo es un caos esta vez, no sé qué apuntar, no sé qué poner... ¡todo me parece tan rico en tanto la experiencia del cuerpo, las afectividades, las emociones y los lugares, por lo menos creo que esto lo debo llevar a un ámbito teórico y metodológico etnográfico. Fueron casi 12 horas de andar a más de 35 grados de calor sobre un camino pedregoso. Pero ¡el asfalto del último tramo, ese no tuvo comparación! Fueron las cuatro horas más pesadas que pueda tener en este año, creo. ¿Por dónde empezar?

El viacrucis migrante claramente conjuga la práctica cristiana de la representación del viacrucis y resurrección de Jesucristo unido en las prácticas de quienes migran de forma irregular por México, siendo la llegada a la casa de migrantes en punto clímax, una resurrección. Recorrimos la ruta del El Ceibo-El Pedregal-Tenosique para realizar esta representación y alegoría. Vamos a pasar por 15 lugares, si se cuenta Casa Belén más las 14 estaciones del viacrucis -así es como viene en el itinerario que me compartió Ale para los invitados. Salimos temprano de Casa Belén, algunas personas migrantes se nos unieron, otras, salieron más temprano (al parecer no confiaban tanto en que iríamos en “bola”); la noche anterior fue pesada y yo caí como piedra en mi saco de dormir (¡qué bueno que me lo traje!). [...].

Una de las preocupaciones presentes en el trabajo de R. Rosaldo y su relación con los ilongotes era, entre muchas otras cosas, cómo sentir ciertas circunstancias, contextos; una idea que precisa es cuando se pregunta cómo es la ira/aflicción – aun así,

esto visto desde una perspectiva occidental – que detone una cacería de cabezas. Aún más, preguntarse ¿es necesario cortar una cabeza? Las preguntas en una etnografía que pone como base-receptor el cuerpo, no pueden eludir algunas preguntas que aterrizan en el campo de lo sensible, lo *sensual*. Es cierto que nunca podré – o eso pienso de forma mediata – ser un *viajero ilegal* (illegal traveler) como Shahram Khosravi (2010) y que tal vez mi experiencia está más cercana a los primeros mencionados. Cuando decidí unirme al Viacrucis migrante, mi intención era *sentir* cómo es el trayecto que las personas migrantes recorren a pie y con esto, hacer inferencias que se alimentaran de mis experiencias previas.

No es lo mismo, documentar después del hecho, registrar las voces y testimonios sobre cómo las personas migran y con esto, las evocaciones a los peligros – secuestros y accidentes, sobre todo – en los caminos andados, ha, estar en una situación similar; es decir: durante años escuché los testimonios de quienes caminan por los corredores migratorios o parte de estos y ahora, tuve la oportunidad de hacer lo mismo (claro, con sus matices y grandes diferencias. En primer lugar, *sentí* la diferencia entre curar ampollas por caminar kilómetros al tener esas ampollas y decidir entre desistir o continuar el viaje:

[...] Ahora que lo pienso, no conozco a nadie y nadie me conoce a mí, hablando de las personas migrantes; en general, supongo que el verme con la cámara y que me llevo y hablo muy confianzudamente con Alejandra, Saira y David así como con Andrés y Juan Pablo les hace verme como “un voluntario más”, también, juega mucho el papel que tengo después de tantos años yendo a La 72, supongo que aunque siempre tengo cierto nerviosismo o incertidumbre por lo que pueda pasar en mi estancia y cómo vayan mis relaciones en la casa y Tenosique mismo, me desenvuelvo con más seguridad y confianza.

Cruzamos el Ceibo aun del lado guatemalteco por un paso informal usado tanto por la gente de la zona como por los *coyotes* de la zona atravesando por diez minutos el río San Pedro que es una extensión del Usumacinta; 25 quetzales, algo así como 60 y tantos pesos mexicanos. Un día antes, cuando llegamos a Casa Belén el domingo, Ale y Andrés fueron a buscar ofertas de cruce en lancha, siendo que el señor que aceptó a pasarnos nos dio precio “preferencial” por ser tantas personas. Ignoro cuánto le cobrarían a una persona migrante y debo de pensar que será hasta más inclusive. Entiendo que al señor de las lanchas lo conoce Andrés y claro, más que nada era la seguridad para

nosotros. Caminamos casi un kilómetro hasta llegar a la ribera: éramos cerca de 25 personas y nos repartimos en 3 lanchas: yo fui en la última con Ale, Fray Ricardo, Andrés, algunas personas que fueron invitadas y una hermana religiosa y otra chica del voluntariado. Caminamos cerca de 30 kilómetros; cuando bajamos de la lancha caminamos cerca de dos horas en una franja de camino que básicamente es la frontera México-Guatemala, pero solo se ven parcelas de tierra, no hay sombra y en efecto: todo es un pedregal.

Llegando propiamente a la comunidad de El Pedregal (ya en México) eran cerca de las 9 y media de la mañana. Se dio la bendición y lectura de la primera estación al tiempo que llegaban dos camionetas con gente de La 72 entre demás voluntarias y voluntarios, así como personas albergadas en la casa que el final hicieron el grueso de la compañía en el viacrucis. En el camino nos encontramos con unos hombres que habían salido antes de Casa Belén, los rebasamos y ellos aún no se decidían a unirse. Al final esta actividad es voluntaria [...] caminamos a Nueva Esperanza, el crucero (que es donde el camino se bifurca hacia Guatemala y a una parte de la carretera al Ceibo) y en la penúltima de Punta de Montaña nos detuvimos un poco. Ya de ahí debíamos caminar sin parar casi 4 horas hasta llegar a la Palma donde sería la primera noche por pernoctar.

No hay una cifra “real”, es decir, concreta sobre el número de personas que cruzan de manera irregular la frontera mexicana en sentido sur-norte; no hace mucho, una nota periodística mencionaba que entre enero y mayo de 2024, más de 1.4 millones de personas cruzaron las fronteras en México de forma irregular (Proceso, 2024) rescatando datos de los Boletines Estadísticos de la Unidad de Política Migratoria; esto en términos simples puede ilustrar un promedio de poco más de 300 mil personas por mes, lo cual no está tan alejado de los datos que se han manejado desde por lo menos 2015. Para mayo de 2024, Tabasco, según el INM, presentaba más de 200 mil casos de personas en situación migración irregular, que habían sido detenidas en esa entidad federativa de México, ocupando incluso el primer lugar, dejando a Chiapas en segundo puesto, que es por donde se presentan más internamientos de personas migrantes en la condición mencionada (UPM, 2024). Cuando mencioné que no hay una cifra real, es porque es fácil de inferir que los datos proporcionados por instituciones y organismos como el INM u

otros, simplemente recolectan los datos, en primer lugar, de lo que categorizan como “casos presentados” o personas detenidas por el INM; por otra parte, los cruces de información con otros organismos o con colectivos y organizaciones de la sociedad civil permiten ahondar en la construcción del dato. Es en este intersticio estadístico que los tránsitos irregulares y precarizados pueden escapar ser captados y volverlos un dato. En la viñeta expongo cómo el camino de El Pedregal es solitario e incomunicado. Para esa fecha de 2023, en que se llevó a cabo el Viacrucis, personal del equipo base de trabajo confirmaban lo que desde 2020 tenía informado: por aquí no pasa casi el INM, pero sí hay bandas de secuestradores. Realmente no se sabe cuántas personas pueden llegar a pasar por ese camino, se dice que en ocasiones solo unas cuantas, otras aparecen grupos de más de 30 a 50 personas. Este intersticio es incierto y solo se tiene seguridad de quiénes y cuántas personas caminan por El Pedregal al estar ahí:

Ale me explicaba que sí o sí, debíamos llegar a La Palma: en las demás comunidades que pasamos, las personas encargadas de recibirnos en las estaciones del viacrucis nos dieron agua y pozol. Una camioneta de Médicos del mundo nos iba acompañando desde la retaguardia y a la vanguardia iba la *bichota* con la bocina y en ambas camionetas se subían a ratos las personas que no aguantaban el paso. ¡Y es que andar a más de 35 grados sin sombra es cansadísimo!; pero recupero: Ale me decía que particularmente la zona no es segura, si bien las personas que nos recibieron son gente que se une en sentido a la parroquia y los frailes y claro, a la labor de sensibilización sobre el tema de la migración y lo vulnerables que pueden estar las personas migrantes, son comunidades en las que se encuentran enclavadas familias que han visto como negocio el tráfico de personas, pasando por secuestros hasta extorciones. Además, aquí no hubo señal (celular-datos) aunque de pronto en algún punto del cruce y unos kilómetros antes de llegar a La Palma había cierta itinerancia de esto. Me pongo a pensar: ¿cuánta gente ha tenido que soportar este camino?, ¡sí!, para muchas de esas personas tal vez es como ¡algo que debe de pasar!, *es riesgo de andar a pie migrando*, como muchas veces los he escuchado decir. Muchas veces se cree que lo que hace la casa de migrantes es “adentro” y pocas veces o de forma superficial creo, se registra lo que estas hacen afuera. Entiendo que el contexto en que surge y trabaja La 72 es tan o más parecido al de otras casas de migrantes; supongo que el trabajo en equipo es fundamental, pero también es la propuesta de proyectos y el viacrucis es uno; Ale ha estado trabajando, si no me equivoco, los últimos

4 años en labores que desde la academia llamaríamos de incidencia social, pero desde La 72 no es otra sino una labor de sensibilización (lo cual conlleva tanto lo afectivo como lo material y si no, ¿cómo lograr que parte de una comunidad se desprenda de sus escasos recursos para brindárselos a personas ajenas a la comunidad misma). El tiempo ha rendido frutos, por lo que me ha dejado entender a sus palabras: El Viacrucis Migrantes es la materialización de un trabajo de años y que, con Ale, se ha consolidado aún más.

Los tránsitos de las personas migrantes son accidentados y con esto me refiero a que no son uniformes y, en todo caso, son dos las constantes: la incertidumbre que implica el continuar un camino – ya sea por casi mera intuición, pagando por esa información, recibirla de buena mano o, inclusive: suerte. Por el otro lado, la constante de los peligros y precariedad de un tránsito que puede tomar muchas formas: dormir a la intemperie, exposición a enfermedades o lesiones que pueden derivar, por ejemplo, de una picadura de insecto u otro animal. Las condiciones materiales y de subsistencia se agravan con la limitación de gastos o lo excesivo de estos, no es extraño que hay quienes ven la oportunidad de vender a sobreprecios productos como agua, galletas, refrescos (sodas) o productos de higiene como jabón. Las medicinas en ocasiones son impensables. Los riesgos de sufrir una extorsión, robo o secuestro quedan invisibilizados en las tramas del tráfico de personas que del mismo modo pueden tomar muchas formas, siendo una de estas la desaparición de personas, que en el contexto de las migraciones se estima que entre 2009 y 2017 hay entre 10 mil y 70 mil personas migrantes desaparecidas (Hernández y Morante, 2019) siendo este uno de los más grandes intersticios donde la presencia de un actor/actante como el narco mexicano y sus redes transnacionales criminales, tienden sus hilos de formas impunes. Las condiciones ambientales y la ecología también pueden considerarse como actantes (Oliveras, 2022) en tanto juegan un papel: el monte toma un rol de refugio, mientras el río es tanto una trampa como una frontera franqueable. El Pedregal y los casi 35 kilómetros para llegar a La Palma tienen caminos pedregosos que, combinados con una temperatura que rebasa los 38°C a la sombra, donde el agua se limita a las aguas turbias del río o de algunos estanques que resultan en fango, solo presencia de las comunidades y algunos

establecimientos como tiendas de abarrotes aseguran poder hacerse del vital líquido. Continuando:

Segundo día, 4 de abril:

Estoy cansadísimo. Hoy llegamos a Zaragoza. Ayer que pisamos La Palma pude descasar mis pies: todos llevábamos los pies ampollados, desde algo ligero a algo como lo mío que se llenaron de sangre. ¡Que dolor!, acordé con el equipo que la primera mitad del camino la llevaría a pie y la otra me subiría a la *bichota*. La doctora de Médicos sin Fronteras está en la Capilla de aquí en Zaragoza curando las ampollas a un señor que nos acompaña de El Ceibo y que creo que llegó desde Esquipulas (Guatemala) de plano le pidió irse a La 72 bajo el riesgo de quedar muy mal (el señor tiene diabetes) creo es algo de la pastoral de allá. No hay mucho que hablar, el camino nos consume y si bien desde La Palma para acá solo son unos 15 kilómetros, el desgaste de ayer sigue mermando: no puedo olvidar cómo en el último tramo mis pies se trabaron, mis músculos de la pantorrilla para abajo se acalambraron y en algún momento inclusive ni mis muslos sentí. Sentía el ardor de mis plantas de los pies, pero lo toleraba; sin embargo, mis ojos y mis brazos ya ardían ante el calor que emanaba del asfalto. Solo puedo decir que, aunque claramente era consciente del evento cuando llegué al puente de La Palma y vi al fraile indicándonos con un: *paz y bien hermano, adelante, ahí está la capilla*, por un momento me parecía una cosa como de película o mera alucinación.

¿Cuál es el sentido de caminar con los pies llagados – ampollas –?: “Con sus hijos enfermos, cansadas, pies con llagas, deshidratados, con hambre y sin dinero, mujeres y hombres migrantes llegan a esta ciudad tras caminar más de 500 de kilómetros desde Frontera Corozal, evadiendo los controles migratorios [...] (INM, 2017); a lo largo del texto he expuesto que la casa de migrantes como actante humanitario – o parte de una red de actantes – cuida y protege los cuerpos de las personas migrantes o de quienes necesiten algún tipo de cuidado corporal, emocional y espiritual. El recorrido de El Pedregal me puso en “los pies” de quienes caminan este mismo con el fin de seguir internándose en México; sé que esto puede generar suspicacias ya que es posible interpretar que digo que “siento o sentí, lo mismo que una persona migrante”. Esto es medianamente equivocado y no es mi intención alcanzar dicha situación o, “intercambio de papeles”, sin

embargo: como he explicado, el Viacrucis migrante interpretado y situado como ejercicio sensible sobre conocer las prácticas del migrar irregular me permitió reforzar lo que había ya vivido en la casa de migrantes. Nuevamente entre una experiencia y otra encontré un intersticio que aún no podía vincular, salvo los registros etnográficos como parte de las actividades cotidianas de la casa: curar ampollas, atender episodios de ansiedad, procurar alimentos, acompañamientos al médico o a las oficinas de COMAR – u otros lugares – entre muchas otras situaciones que me enseñaron de formas indirectas cómo se migra y cómo se vive la pausa del migrar, las atenciones humanitarias, los procesos de soledad de refugio desde las cotidianidades de las personas solicitantes, entre otras situaciones. No puedo decir que no había una experiencia sensible en esto: puedo argüir que estaba conociendo las formas de vinculación por medio de las prácticas humanitarias del actante. Inclusive, al estar en Casa Belén-El Ceibo u otras casas de migrantes, vivía esto y potenciaba mi entendimiento de los distintos procesos y/o problemáticas presentes. Precisamente en esto me percaté de que me faltaba transitar este otro hilo o línea que tenía que ver con caminar: así es, la acción de caminar para conocer, percibir y ser afectado como podría serlo, cualquier otra persona en condición de un tránsito irregular y en esto, lo primero en ser afectado fue mi cuerpo, en particular mis pies. ¿No son acaso los pies, las piernas, el sistema locomotor lo que puede en un primer momento, hacer la diferencia entre llegar o no llegar a un lugar como la casa de migrantes?; continuando la viñeta:

Hoy no caminamos tanto, por así decirlo: partimos temprano a las 7am y a las 3 de la tarde ya estábamos aquí en [Ejido] Zaragoza. Muy hermoso todo, nos dieron de cenar tamales (en la tarde casi todos dormimos o descansamos a la sombra, yo me quedé un par de horas pesadamente dormido en una silla de plástico dentro de la capilla) después que la médico que nos acompañaba se dedicó a curar ampollas en los pies; nos habían encargado la olla de tamales que las señoras de la comunidad se habían dispuesto a hacer. Antes, se llevó a cabo una labor de integración con actividades lúdicas: el objetivo era simple. Sensibilizar a la comunidad (ya que al parecer hay aun personas que no se convencer de que quienes migran y pasan por sus tierras no son de peligro) además de que llegaron jefes de comunidades vecinas interesados en el punto. Nos presentamos

casi todos (unas 40 personas), hablamos de nosotros en pocas palabras y después jugamos. Al poco tiempo, llegó Fray Mario, que es el encargado de proveer espiritualmente la zona de Tenosique. Al término de la liturgia cenamos: esos tamales con salsa de habanero y el agua fría de tamarindo, juro que no la olvidaré. Creo que nadie.

Tercer día, 5 de abril:

Después de tres días, por fin llegamos a La 72. El grupo se redujo bastante, pero el de personas migrantes se mantuvo (unas 15 personas) además, en el camino desde Zaragoza hasta Guadalupe Victoria, donde nos dieron de almorzar, se nos unieron parcialmente personas de aquellas comunidades. Y de Guadalupe Victoria se nos unieron más. [...] debo decir que todas las comidas recibidas supieron a gloria, pero si ayer los tamales fueron oro, hoy el almuerzo de pollo guisado con jitomate y verduras, bueno, ¡no hay parangón!, nuevamente: ¿cómo no entender los tránsitos migrantes vulnerables con esto? Y más sabiendo que una de las necesidades de cualquier organismo vivo es comer y con esto ¡la energía para moverse! Dos paradas puedo recordar ahora: en la entrada de un ejido al lado de una puerta de reja donde el señor que nos recibió y dio lectura de la estación recordó y pidió ese lugar para la lectura ya que ahí fue donde hallaron a unas personas migrantes, que habían lastimado y una de estas murió. La otra parada fue en el Cuartel: esto tiene también su carga simbólica porque si bien el ejército no tiene facultades de detener a personas migrantes, han participado de forma directa o indirecta en las agresiones u omisiones hacia quienes migran.

Tres días nos tomó llegar a La 72: hay a quienes les toma una semana o más, algunos solo esos dos o tres días. Cuando llegamos, los ánimos cambiaron: las cuatro o cinco personas que no se detuvieron en el trayecto de verdad que me pareció hasta verlas más animadas. Corriendo y brincando ¡como si no hubiéramos pasado suplicio alguno! Un hombre que contó que fue militar en Honduras decía que estaba super cansado, pero que el ánimo y el recuerdo de volver a pasar por el camino del Pedregal le motivaba. Otros, me decían que los motivaba a manera de despedida, ya que estaban seguros de recibir el refugiado y que sintieron la necesidad de volver a pasar por un camino que, en definitiva, piensan no volver a pasar.

Mis pies arden, mi cara arde. Estoy exhausto. Ahora mismo que trato de darle sentido a esto, a mi diario y escribir rápido antes de olvidar las cosas, solo puedo detenerme a recordar las caras de todos sonriéndonos, abrazándonos, dándonos ánimos.

Lupita, doña Lupita me reconoció y fue directo a abrazarme y preguntar por mi estado. Nos reunimos todos en la capilla de La 72. Con sus puertas abiertas, toda la población de la casa reunida ahí; era bastante catártico. Había quienes lloraban de cierta alegría o nostalgia, no sabré decirlo con certeza. Yo mismo quería llorar. Hicimos un silencio de 72 segundos en memoria de quienes han transitado esa ruta u otra hacia Tenosique u otras partes y no han tenido la fortuna o la han perdido junto a sus vidas. La fortuna, creo yo, de encontrarse con personas que les cobijen o den algo de comer, más que la indiferencia. Pienso y sigo sosteniendo que la presencia de las casas de migrantes no es meramente un resultado de las líneas de tránsito de personas, sino que son una extensión de este y de las vidas de aquellas. Será para reflexionar. Hoy estoy cansado pero cuidado por la casa y los demás.

Intencionalmente, a manera de cierre de este apartado no intervine con algún argumento desde la mitad de la viñeta del *segundo día* hasta el término de la del *tercer día*; algo que ha de notar quien lea, es que las viñetas correspondientes al segundo y tercer día son más cortas⁷⁰ y esto es un reflejo del desgaste corporal que tuve al tratar de registrar el evento. ¿Esto fue bueno o malo para la investigación situada? Y. Guevara (2022) y su *etnografía sobre la marcha* es un buen ejemplo de cuán difícil es lograr los registros etnográficos en contextos de movilidad humana, como argumenté en el capítulo I, donde se hace una revisión de la etnografía que realizó coincidentemente también en terreno de La 72 y la zona transfronteriza de El Ceibo. El cansancio es un trauma que el etnógrafo debe asumir como parte de proceso de investigación: un cansancio mental, emocional y físico. ¿No es esto parecido a lo que muchas personas migrantes en sus tránsitos irregulares experimentan? Retomo la novela de F. Bianchini (2016) o bien podría ser nuevamente la etnografía de Khosravi (2010), pero me parece que el poema de Warsan Shire (2022) *Hogar (Home)* ilustra de alguna forma los procesos de movilidad precarizados y peligro constante, el andar, el caminar, embarcarse en la lancha, montarse en el tren, pero también esos traumas emocionales, de identidad o de apreciación propia, citando su poema:

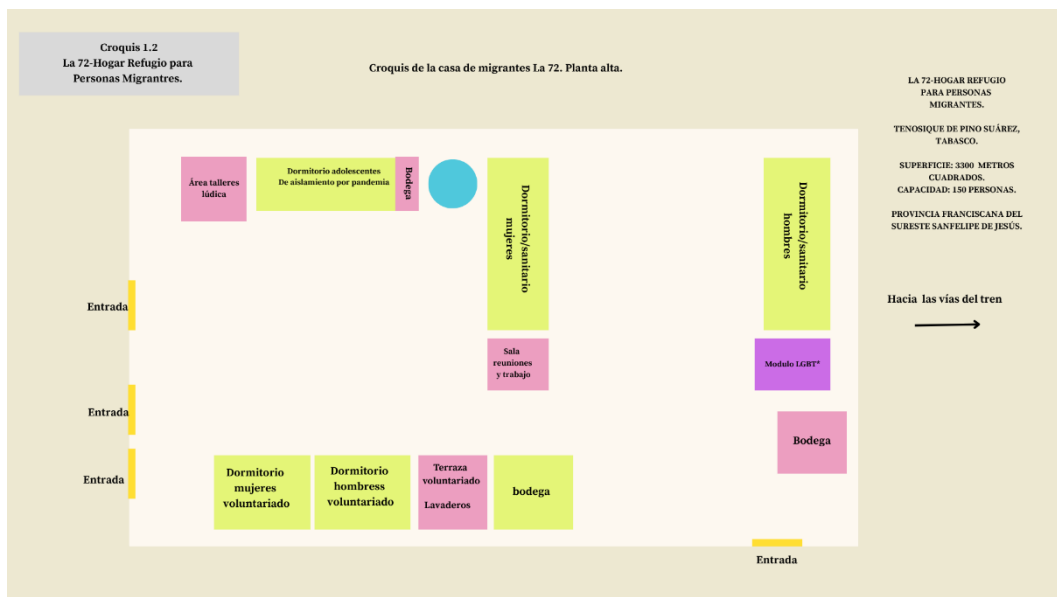
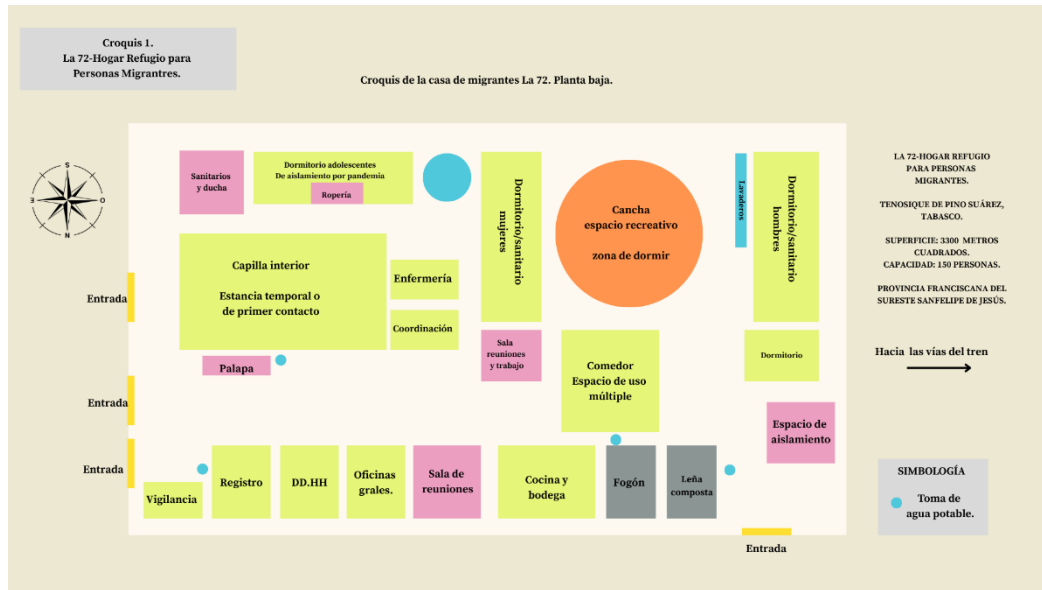
⁷⁰ Esto también obedece a que en “la limpieza” de la transcripción del diario de campo, hubo elementos, palabras o párrafos que decidí omitir por el momento.

I don't know where I'm going. Where I came from is disappearing. I am unwelcome. My beauty is not beauty here. My body is burning with the shame of not belonging, my body is longing. I am the sin of memory and the absence of memory. I watch the news and my mouth becomes a sink full of blood. The lines, forms, people at the desks, calling cards, immigration officers, the looks on the street, the cold settling deep into my bones, the English classes at night, the distance I am from home. (Shire, 2022, s.p).⁷¹

En el caso de México, la red de actantes como las casas de migrantes se extiende y no se limita a solo ser un espacio de acogida: el viacrucis migrante o el poema de W. Shire son representaciones de algo que acontece realmente como parte de las problemáticas de la movilidad humana. Incluso los ejercicios literarios mencionados se han creado con base en las experiencias (directas o indirectas) de sus autores o autoras en esto. Este primer apartado trata de mostrar y no solo decir que los actantes actúan vinculándose; si bien el punto de partida que tomo es la casa de migrantes, a lo largo del texto traté de mostrar cómo esta se va relacionando, asociando y vinculando desde su práctica humanitaria que se materializa ya sea desde y con el voluntariado, con los grupos-colectivos de personas que participan, de las mismas comunidades ejidales, de organizaciones no gubernamentales o instituciones públicas estatales. Las casas de migrantes tienen poco más de 35 años de existir – o por lo menos de tener una presencia más visible e incluso mediática – en México y hasta hace poco, eran un fenómeno social muy particular que se diferencia en muchas formas de los campos de refugiados en Europa que reciben a personas migrantes e incluso, de los albergues estatales en México y fuera de este como los albergues en Panamá dispuestos explícitamente para quienes atraviesan el Tapón de El Darién (OIM, 2018); aquella diferencia que se cristaliza en la vinculación entre el sector religioso y de base de fe, la sociedad civil laica o secular, organizada o voluntaria, entretejen una práctica humanitaria de base – el

⁷¹ *No sé a dónde voy. De dónde vengo está desapareciendo. Soy molesta. Mi belleza no es belleza aquí. Mi cuerpo arde con la vergüenza de no pertenecer, mi cuerpo está añorando. Soy el pecado de la memoria y de la ausencia de memoria. Veo las noticias y mi boca se convierte en un lavabo lleno de sangre. Las colas, los formularios, la gente en los escritorios, las tarjetas telefónicas, los agentes de inmigración, las miradas en la calle, el frío calándose en mis huesos, las clases de inglés por las noches, la distancia a la que estoy de casa.* Traducción mía.

humanitarianism from below de A. Olayo-Méndez (2018) y presente en los trabajos revisados en el capítulo II – que va más allá de la casa del migrante: esta, como actante, se vincula y no monopoliza las atenciones humanitarias sino que comparte y vincula a sabiendas que los intersticios en sus propias prácticas pueden suponer algo que no alcanzan a atender o resolver.



III.I. b. Los tránsitos irregulares. Cómo andar. Cómo migrar y hacer caminos anudados.

Una de las problemáticas que es más visible en tanto los estudios de las migraciones y transnacionales, irregulares, indocumentadas y/o en refugio es la que tiene que ver con la forma en que estos flujos, tránsitos o trayectorias de las personas que migran y que comprenden procesos de salida, pausas y llegadas, se visibilizan. Estimaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) al 2020, mencionan en los últimos reportes que hay cerca de 281 millones de personas migrantes a nivel global, lo que representa cerca del 3.6% de la población estimada en el planeta. Como anteriormente se mencionó, es difícil acercarse a una cifra que alcance a estimar el número de personas migrantes en situación de tránsitos irregulares a través de territorio mexicano (internamientos, estadías, salidas) y se complica aún más cuando en los casos de deportación o devoluciones y retornos algunas personas regresan y nuevamente cruzan las fronteras del país y permanecen a la espera de hacerlo. En todo caso, tomando la cifra de 2023 del Instituto Nacional de Migración de México, para ese año hubo más de 700 mil casos de personas presentadas como migrantes en situación irregular por parte del INM (OIM, 2023). En este apartado trataré de mostrar cómo es la práctica del migrar tomando como punto de partida las experiencias compartidas por las personas migrantes y solicitantes de refugio que fueron atendidas y acogidas en las casas del migrante La 72 y Casa Belén-El, principalmente.

El sentido y propósito de esto recae en comprender y visibilizar cómo esta práctica es clave en la vinculación entre las personas que migran, las casas u otros actores (los actantes) por medio de las estrategias y la forma que toman estas. De alguna forma, este apartado guarda una memoria que servirá – o eso considero – a quienes deban dibujar estrategias de investigación futuras en terreno de la movilidad humana en la frontera sureste de México donde el tren dejó o ha estado dejando de ser el principal medio de moverse de un punto a otro por parte de las personas migrantes en tránsitos irregulares. La recuperación de la red ferroviaria por parte del Estado Mexicano para la construcción del Tren Maya desde 2020 en la región que comprende su paso por Tabasco, significó un golpe para quienes veían en el antiguo tren de carga la posibilidad de dirigirse a Palenque

y seguir la ruta del Golfo (Golfo de México) para llegar hasta Nuevo Laredo (Tamaulipas) o simplemente tomar los desvíos posibles y llegar a sus destinos.

La importancia de las casas de migrantes en la forma que pueden tomar los tránsitos de las personas en movilidad humana tomó mayor relevancia con la pandemia por COVID-19. Las deportaciones masivas por el Título 42, la posterior aplicación de las citas de solicitud de asilo en EE. UU. por medio de la aplicación móvil *CBP-One* por parte de la Oficina de Adunas y Protección de Fronteriza (U.S. Customs and Borders Protection- US CBP) de aquella nación ralentizaron y contuvieron las formas anteriores de migrar, por lo menos desde la frontera sureste de México. Sin embargo, las personas siguen cruzando la frontera – y lo seguirán haciendo – y transitando el territorio mexicano y es en la zona sureste donde esto queda muy claro, sin embargo, esto a ha agravado las de por sí precarizadas condiciones en que muchas de estas personas lo hacen, lo que hace recordar la metáfora de la sombra usada por P. Solano: se puede decir que las personas en situación de tránsitos irregulares e indocumentados por México ahora lo hacen a la sombra de eventos o actantes como el Tren Maya, que proyecta dicha sombra evocando a *La Bestia*.

Como mencioné antes, es importante conocer cómo la forma de migrar se vincula con la práctica humanitaria, en un primer momento para entender la dinámica de esta asociación entre personas migrantes y casas de migrantes, la cual también se construye con tensiones y conflictos, dejando muy lejana la romanización de estos espacios de acogida, lo cual no desestima su papel como espacios de vida y esperanza. Por otra parte, considerar que es en las casas de migrantes donde el escenario extensivo de los tiempos de espera puede o no comenzar, sin embargo, es posible mirar a un futuro sobre esto siguiendo y conociendo las estrategias de quienes continúan migrando, pero con una nueva figura: el reconocimiento de persona refugiada, lo que da paso a lo que Fiorenza Picozza (2024) llama condición de *refugiosidad*. Aunque esto es posible que lo atienda más pertinentemente en el tercer apartado, donde rescato las experiencias compartidas con las personas migrantes solicitantes de refugio en México cuando pasan a una nueva fase en sus tránsitos, fuera de la casa. Por otro lado, mostrar cómo mediante una auto etnografía situada y multisituada se pueden visibilizar estos tránsitos; esto

claramente no es un esfuerzo nuevo y desde el periodismo de investigación u otras disciplinas sociológicas se han rescatado narrativas que retratan esto. En todo caso, me sumo a la postura crítica ante una *pornomiseria* (Varela-Huerta y Gabrielli, 2024) que retrata, incluso desde la academia, la parte trágica de este tipo de migración dando fuerza al giro de una rueda de lo que podría llamarse como *revictimización constante y latente* de las migraciones precarizadas, vulnerables y violentadas dejando de lado que, dentro de estas mismas formas de migrar, las personas migrantes tienen agenda y agencia propia que incluye que busquen ser *no víctimas* de las redes de trata, secuestros, extorsiones, etcétera y buscar las mejores maneras de transitar de manera cómoda, segura y certera.



Foto 19. Durante una observación en ruta, en la carreta El Ceibo-Tenosique, se observaban y brindaba cierta ayuda a las personas migrantes en el camino; enero de 2020.

Este argumento, claro, muestra una tensión entre la estructura y la vida cotidiana, nuevamente ese intersticio es donde me sitúo para observar las prácticas del migrar de las personas en tránsitos irregulares, que parecen permanecer en un estado latente

liminal hasta encontrar lugares o espacios como las casas de migrantes donde no tienen que ocultarse. Una pregunta es: ¿qué tanto en verdad se ocultan y cómo hacen esto? Retomando las ideas de A. Varela-Huerta, sobre el espectáculo transfronterizo de las migraciones que puede ocultar hechos y tergiversarlos en la mediatización informática que es una forma de la verticalización de las fronteras (Bauman, 2016; Rodríguez, 2017): esta verticalización tiene un punto visible y crítico en El Tapón del Darién (Panamá), pero también puede rastrearse como ese intersticio entre Necolí y Acandí (Colombia) para internarse por Capurgana o El Cielo, a Panamá y rastrear y evidenciar la precarización de los tránsitos migrantes irregularizados e indocumentados: es decir, la frontera verticalizada como un ejercicio de precarización, vulneralización y de esperas que se traducen en el aumento de los peligros para quienes migran en forma de TIIR

Muchos nudos se habrán enlazado, reafirmado o trozado en ese corredor transcenroamericano: las redes de apoyo, de acompañamiento, de peligros o de subsistencia y supervivencia. Me sitúo en uno de esos nudos que es la frontera entre México y Guatemala, en el puente fronterizo de El Ceibo, que en una escala macro de esa fronterización vertical me permite tomar un hilo y acompañar el tejido que deja la práctica del migrar:

Nota del diario de campo. Tercera semana de septiembre de 2016. Cerca de Casa del Caminante Jtatic Samuel Ruiz García, en las vías del tren. Antes de entrevistar a Sor Nelly.
[...] lo que más me sorprendió fue ver cómo el tren pasaba a través de las casas. ¡Sí!, para muchas personas es: “¿qué te sorprende?”, bueno, a mí sí me sorprendía y hacía sentir algo parecido a una mezcla de angustia, miedo, curiosidad. El taxista que nos llevaba nos dijo que mínimo unos quince minutos nos iba a tomar cruzar la vía (del otro lado íbamos a la casa del migrante de Palenque). Me bajé del taxi y me decidí a hacer unas tomas fotográficas. ¡Sí!, también de pronto me sentí tan novato en esto del trabajo de campo, pero por algo se aprende, ¿no? [...] miré cómo se iba parando poco a poco el tren: mantuve cierta distancia de unas mesas donde miraba que la gente juntaba dinero, tenía bolsas con comida y además se miraban unos cuartuchos hechizos de madera y plásticos. El taxista me advirtió: *nomás no se arrime tanto pa'lla, que luego la gente desconoce y no les gustan las fotos [...]*.

[...] unos chicos se me acercaron -de forma precavida hice de lado la cámara: *Tenosique, ¿para dónde queda Tenosique?* -me preguntaban. *¡Para allá!, están lejos, ¡como a tres horas!* -automática mi respuesta, casi ni dudé, pero al mismo me extrañaba, ¿qué no iban para el norte?, ¿Coatzacoalcos? Se miraron entre ellos, eran tres, no puedo olvidarlo: sudorosos, polvorientos, se notaban exhaustos; el olor a sudor era fuerte además que se mezclaba con otro más de humedad. Sus tenis desgastados y llevaban los tres unas bolsas de plástico con ropa. Vestían mezclilla y unas camisas bastante sucias y dos de ellos llevaban mochilas. Sus manos estaban sucias, supuse que del metal del tren, del óxido.

Pero sus miradas eran vivas, agudas: miraban acá y allá como cuidándose de algo o alguien. *Y tú, ¿cuánto traes? [...] ¡No pues como 50 pesos! [...] ¡Unos doscientos! [...]* – se preguntaban y respondían plenamente ignorando que estaba escuchando, aunque por un momento pensé que me pedirían dinero. *Oiga: ¿Cuánto vale el kilo de tortilla aquí?, los cipotes de allá dan bien caro, que la bolsa 50 pesos y no alcanza para los tres* – dirigiendo su mirada y gesto a las mesas. *¡No pues, como 20 pesos!, creo. ¡Pero no pasa de ahí, eh! no se vayan a dejar cobrar más* – les dije, sintiendo que hacía algo *muy bueno*. *Y, ¿aquí donde está la pulpería o la tortillería?* – ¿pulpería?, no entendí eso bien, pero sí les dije de la tortillería: *¡allá!, miren, justo en la esquina está [...]*. Bueno, yo igual recién la había visto cuando me bajé del taxi [...].

La práctica de migrar también tiene una estética y performatividad que muestra social e íntimamente esto: recorrer decenas o cientos de kilómetros en condiciones no favorables bien puede evidenciar a la larga hambre, falta de sueño, ropas desgastadas, mal humor o desorientaciones. Un actante como el tren sirve de guía, compañero o de una trampa que se visibiliza con quienes sufren accidentes y en el menor de los casos, amputaciones. Citando a S. Khosravi: “The invisible border, or in Balibar’s words, the ‘color bar’, waylays you everywhere and nowhere. It startles, humiliates, hurts you. It pierces your soul. The border subtly sets the rock rolling down, forcing you to start rolling it up again.” (Khosravi, 2010, p. 97)⁷²: retomando la experiencia con el chico que me

⁷² *La frontera invisible o, en palabras de Balibar, “la barra de color” te vigila [acecha] en todas partes y en ninguna. Te asusta, humilla y lastima. Te atraviesa el alma. La frontera [el borde] sutilmente te hace desistir y bajar y, a su vez, hace que retomes la subida nuevamente.* Traducción mía.

preguntaba hacia dónde se encontraba Tenosique (Tabasco), pude hasta después de unos minutos entender que tal vez él quería estar seguro de haber dejado el sur cada vez más atrás. Muchas personas migrantes no dimensionan por cierto desconocimiento, las distancias entre un punto y otro, pero recurren al significado de “ir más arriba y estar lo más lejos posible la frontera con Guatemala”, es decir: de avanzar. Es común observar mapas murales o mantas en las casas de migrantes que ilustran desde la posición en el territorio mexicano de las casas, los puntos de riesgo o seguros, así como en algunos pocos se marcan las distancias en kilómetros o días que tomaría llegar caminando o en tren a alguna ciudad más al norte. Y sin duda siempre habrá una, dos, tres o un grupo grande de personas migrantes preguntando: *¿Cómo cuánto es de aquí a México* [Ciudad de México]?:

Nota del diario de campo. Segunda semana de enero de 2020. Carretera Tenosique-El Ceibo. Camino de vuelta a La 72 después de hacer recorrido de observación en ruta. Entre las 05:00 y 08:00pm.

[...] ¡ahí, ahí!, ¡míralos!, Eric, si puedes tómales una foto -me dijo Fernando mientras íbamos de vuelta a La 72. Un grupo de jóvenes, 8 en total, donde había un par de mujeres, estaban detrás de una cerca de alguna propiedad, muy cerca de Sueños de Oro. Cuando nos vieron circular cerca con la camioneta dudaron un poco y se alejaron (la verdad es que yo ni los había notado sino hasta que Fer dijo algo sobre esto). Fer les dijo algo así como: *¿hey, pa' dónde van?, ¿quieren agua? ¡somos de la casa del migrante!* Palabras más menos, pero suficientes para causar un revuelo: ahí los estuve capturando en foto tras foto, en medio de la oscuridad. Me iba a bajar de la camioneta, pero en eso fray Manuel le preguntó a Fer si no los llevábamos, a lo que Fer respondió: *pues a ver si quieren. No los podemos obligar si no, ¡imagínate!, al rato nos llevan a la Fiscalía.* Todos empezamos a reír. Humor en las acciones humanitarias, pensé en ese momento.

Cuando alguien se pregunta, *¿cómo migran estas personas?*, es difícil responder con plenitud. La práctica del migrar – o del cómo migrar – no es una acción solitaria, si bien la *pornomiseria* se ha encargado de mediatizar la precarización y de precarizar los tránsitos que acontecen de esta forma y, sobre todo, de individualizarla o, como algo que se desprende de las últimas caravanas migrantes, de hacerla espectáculo. Esto, claro

entra en tensión con el trabajo de campo realizado por quienes estamos en terreno: etnográficamente es el registro de una práctica del migrar o de cómo las personas están migrando, que es presente y mediata. Zygmunt Bauman habla de los extraños para referirse a las personas migrantes y/ o refugiadas – aunque hay que acotar que, si bien plantea una visión global, aterriza más en el caso europeo – deshebra esa imagen de una migración encarnada y hecha espectáculo al decir que: “Los extraños tienden a causar inquietud precisamente por el hecho mismo de ser extraños, es decir, atterradoramente impredecibles, a diferencia de las personas con las que interactuamos a diario y de quienes creemos saber qué esperar [...]” (Bauman, 2016, p. 7). Para Bauman, la presente securitización y políticas de contención dirigidas a los flujos y tránsitos irregulares e indocumentados de personas migrantes se han también mediatizado creando un espectáculo de miedo al otro: al extraño. Continuando la viñeta:

[...] Ahí, conocí por primera vez a *Vanesa*, a *Mike*, a *Osman*, a *Josafat*, a *Kevin*, a *Manuel*... varios de quienes no recuerdo bien los nombres porque algunos inclusive se fueron hoy en la noche en el tren. Cuando iban cruzando la valla de alambazón de púas, mientras dos de ellos sostenían y tensaban hacia arriba y abajo la alambrada, los demás pasaban entre esta; ahí, Kevin se rasgó el brazo y Vanesa la cara. *¿Se suben o qué?, vamos para la casa del migrante* – les insistía fray Manuel. Nada de duda, se subieron: ocho personas más en la bodega de la *bichota* y así llegamos a La 72. Ya había más gente, ¡vaya! Cuando salimos no estaba tan lleno. Amanda ya les estaba dando la plática de bienvenida, Julia ya pasaba a otros a enfermería, unos iban caminando con los talones de los pies o con estos de lado debido a las ampollas, otros más estaban saliendo de bañarse, Alejandra recibiendo y acomodando a las mujeres, por allá Fray Eddy apuntando cuántos adolescentes y niños y niñas llegaron. La puerta de La 72 abierta y los guardias recibiendo, registrando. Eran las 9 de la noche y seguíamos, así han sido estas semanas. [...].

Las lastimaduras corporales son lo más visible cuando se migra: los testimonios que he recogido a lo largo de estos últimos 5 años, cuando se abordaban sobre cómo se había migrado o cómo había sido el camino migrando, apuntaban a los pies tanto en discurso como señalando esas extremidades del cuerpo; la suciedad como parte de

caminar por días en ocasiones sin bañarse y dormir en el piso o terrenos agrestes son algo que aparece como el miedo a que el cuerpo esté vulnerable a enfermedades o agresiones de animales, insectos u otras personas. Estas formas de migrar imbuyen un sustrato sensible, emocional y material que se reproduce a lo largo del camino y muestra ciertos saberes: al principio de este apartado, rescaté la escena de los chicos que habían bajado del tren de carga en Palenque y haber notado que una de sus primeras preocupaciones no fue esconderse sino saciar su hambre, hacerse de provisiones y ubicarse en el mapa de la ruta que solo ellos conocerían, pero que se alimenta de las diversas experiencias e información compartida.



Foto 20. Una de las labores que hay como voluntario en La 72 es la curación de pies por ampollas o lesiones leves. Muchas persona migrantes llegan después de días de caminar y debido a las condiciones climáticas y lo precario de su andar, llegan con los pies muy lastimados; diciembre de 2022.

Los autocuidados son parte de la misma práctica. Siguiendo la viñeta, cómo unos y otros se apoyan para cruzar una valla de alambazón de púas puede solo ser un espectáculo para el ojo poco entrenado; sin embargo, una herida, un corte que se puede infectar en un medio ambiente donde la vegetación selvática con su humedad y calores

extremos en una región como la zona sureste de México, puede marcar una diferencia entre llegar y no llegar al destino y en el tránsito mismo, debido a una deshidratación, infección, enfermedad estomacal, entre otras cosas que no han de ser atendidas:

Las personas en movimiento enfrentan diversas enfermedades, como infecciones respiratorias, diarreas y problemas de la piel, debido a las condiciones precarias durante su experiencia migratoria. Además, luchan con desafíos emocionales, como la tristeza, el miedo y la angustia, debido a las dificultades del viaje y a vivir en lugares inadecuados. (Médicos Sin Fronteras, 2023).⁷³

En el apartado anterior, sobre la labor extensiva de la red de actantes humanitarios, explicaba cómo para la circunstancia del Viacrucis Migrante la compañía de actores como Médicos del Mundo, las comunidades ejidales y de las rancherías en ruta, proporcionaban espacios de acogida, cuidado y protección, si bien esto es parte de una sensibilización hacia los pobladores de aquellas comunidades, habría que preguntarse cómo sobrevivir sin el respaldo constante de las organizaciones u otros actores.

Nota del diario de campo. Cuarta semana de enero de 2020. Vías del tren en La Estación Vieja de Tenosique, entre las 11:00am y 01:00pm. Acompañamiento y observación humanitaria a personas migrantes cuando abordan el tren.

[...] ¡pues vámonos!, Anneka y Eric que traigan sus cámaras. Nos vamos en la bichota. Hay que observar cómo les va a los compas que se van y que no pase nada, ahí anda ya migración y seguro van a querer a uno que otro desprevenido. Pero no creo, ahorita que venía de por allá, vi cómo el tren ya traía gente, entonces se hace la bola y más difícil. Si van a querer parar el tren va a ser allá, pasando Boca Cerro [...] – nos dijo fray Gabriel al momento de que llegó el tren y mucha gente salió de la casa. Entiendo que los recorridos de este tipo se hacen para documentar y observar que no haya violencia a los derechos humanos de las personas migrantes, aunque se remiten a las horas del día porque de noche es riesgoso.

⁷³ Médicos Sin Fronteras en la ruta de personas migrantes y refugiadas. Artículo para consulta: <https://www.msf.mx/migrantesyrefugiados/>

[...] solo puedo ver el tren, tan inmenso. Creo que en todo este tiempo no me había tocado verlo así. Alguna vez estando con Las Patronas, participé aventando las bolsas de comida, pero fue rápido, fugaz, en un punto. Aquí no: es interminable, me parece, la gente va corriendo entre los vagones buscando dónde acomodarse. Las personas que estaban desde hace unos días o desde ayer en la casa lo mismo, salen corriendo, es entendible si se entiende que pueda que el tren esté más de una hora parado o solo haga una breve pausa o inclusive siga andando y simplemente vaya más lento. ¡Adiós, adiós! -se levantaban las manos de quienes estaban en la casa dándonos las gracias o, mejor dicho, dando las gracias a la casa. Hacía (hace, todo el día hace) calor, es temprano pero ya arreciaba. Siempre la humedad es de pronto insoportable: el lente de la cámara se empañaba o ensucia muy rápido. Usar lentes de contacto no es tan cómodo entonces porque entre apuntar con el objetivo y sostenerme de la camioneta es... ¡bueno!, [...].

Ícónicas son las fotos que retratan a las personas migrantes en sus tránsitos por México; el uso de la foto puede ayudar a retratar, pero también a dimensionar las formas que toman las prácticas del migrar, como menciona Víctor Payá: “La imagen puede tener muchas lecturas en torno al sentido o el significado que contienen, pero sin duda altera la intimidad, la estremece” (Payá, 2017, p. 149). Mirar los rostros que bien se transforman en un mapa junto a toda la piel y que permite acercarse a inferencias de cómo ha sido el tránsito de las personas migrantes no solo es un ejercicio de observación: se vuelca introspectivo y pone en duda lo que conocemos sobre el andar:

Seguramente, nunca se ha utilizado tan poco la movilidad, la resistencia física individual, como en nuestras sociedades contemporáneas. La energía propiamente humana surgida de la voluntad y de los más elementales recursos del cuerpo (caminar, correr, nadar ...), hoy es raramente requerida en el curso de la vida cotidiana, en nuestra relación con el trabajo, los desplazamientos, etc. (Le Breton, 2000, p. 7-8).

Esta cita de David Le Breton parece contraria si se piensa en los contextos de la movilidad humana, no solo local, sino transnacional y global: esa movilidad humana que en su forma de tránsitos irregulares hace uso de todo medio posible para desplazarse y que se vuelve signo de huida o de búsqueda. Las personas migrantes, en el contexto de

las movilidades sur- sur y sur-norte ya desde antes de atravesar la frontera mexicana, han caminado, corrido, nadado – si no es que ahogado – deambulado por caminos y espacios desconocidos. Pero es precisamente la mayor muestra de la energía humana – individual o colectiva – donde la voluntad toma forma de “querer llegar”. Un propósito posiblemente tan explícito en la práctica del migrar que por eso mismo puede parecer como algo extraño: tantas veces estando en terreno he escuchado a quienes se preguntan *¿por qué migran?, ¿por qué así?* Tomando nuevamente a D. Le Breton: “La marcha es entonces el triunfo del cuerpo [...]” (*op cit*). Migrar y caminar, es una forma de mostrar, por parte de las personas migrantes, que están triunfando de algún modo, al intentar alcanzar sus propósitos y es claro que como contrario a esto es que la marcha, el tránsito irregular e indocumentado que practican, sea detenido, criminalizado, vulnerado. Continuando la viñeta:

[...] cuando comenzó a avanzar el tren, ya casi había pasado una hora desde que llegó, salimos y empezamos a despedirnos. Ahí iba, tronando, rugiendo. Muchas manos desde arriba nos saludaban y despedían: *¡adiós! [...] ¡adiós y gracias 72! [...] ¡Nos vemos pronto!, ¡gracias! [...] ¡viva La 72, vivan los voluntarios! [...] ¡gracias!* – se escuchaban los gritos de despedida mientras los vagones se jaloneaban. Gorras, mochilas, camisas, tenis, chancletas, zapatos... la escena era impresionante. Cuerpos apretujados entre bajones, donde había espacio. Muchas mujeres que no había visto en la casa las observé ahí, me pregunto si habían llegado con el tren o estaban entre las calles de las vías esperando al tren. El tren avanzó y pasó justo por el cuartel de la Guardia Nacional que se está construyendo aquí. Calles arriba (la vía está sobre la avenida Constitución-7 de noviembre) está la estación migratoria de Tenosique. Es increíble pensar que en los operativos que en ocasiones realiza el INM, muchos de quienes son detenidos y llevados a la estación migratoria o son “liberados” porque la estación está llena, o los trasladan a la estación migratoria de Villahermosa (o de allá los traen acá) o como una vez me contaban: de esas estaciones migratorias en ocasiones se contactan con la casa para enviar a algunas personas migrantes que ya no caben en las estaciones. Los demás llegarán a Palenque en unas tres horas, si bien va. Tal vez en unas 8 horas a Coatzacoalcos. De todos modos, la 72 sigue recibiendo gente que llega y no deja de llegar.

Dice el Padre Flor María Rigoni sobre la persona migrante: “Se disfraza conforme la necesidad. No tiene nada que perder: ya metió su vida en una baraja sin límites. Ya metió todo su haber en una mochila o en una bolsa de plástico de la última tienda donde compró unos tacos. A veces toda su patria y su cultura se expresan en el descamisado que cruza como quien se mete a bañarse.” (Rigoni, 2008, p. 13). La práctica migrante conlleva una estética que se muestra de manera material, simbólica y encarnada: al parecer, al hablar de personas migrantes se llega a pensar en términos conceptuales de lo que significa *persona*, pero en esto, se pierde la *percepción encarnada* de lo que es y hace esa persona. El intersticio en esta apreciación es donde el ejercicio etnográfico ayuda a voltear a los pies, las manos, las pieles requemadas, los utensilios, como apunta Rigoni, como las mochilas o bolsas donde se portan otras metáforas que se materializan en las identidades o partidas de nacimiento envueltas en bolsas plásticas que antes habrán contenido una torta, un bollo o una muda de ropa. La *práctica del migrar en forma irregular e indocumentada y o refugiada* va más allá del espectáculo de las fronteras o la pornomiseria: no se reduce, sino que visibiliza relaciones y asociaciones estructurales y macrosociales mediante los cuerpos de las personas migrantes que evidencian procesos desiguales, excluyentes y vulnerantes de cómo migran uno u otros en un mundo transnacional y global. Pero es precisamente en esa práctica que se demuestra que las personas migrantes encarnan y corporeizan políticas, culturas y sistemas sociales de relaciones y asociaciones y que no están desatadas o desvinculadas de todo eso: No son sujetos carentes de emociones y descorporeizados, son cuerpos críticos en su movilidad (Sabido, 2022, p 126).

Migrar en familia es una de las prácticas del migrar que se ha visibilizado exponencialmente durante los últimos diez años; diversos reportes o informes de casas y/ o albergues para personas migrantes, así como de algunas otras organizaciones, evidencian esto en sus diversos informes como la REDODEM (2021-2022) o la OIM (2022); lamentablemente no hay una estadística y los pocos datos que se pueden recoger son a nivel de los registros de las casas y/o albergues de migrantes, los cuales también han tenido que redimensionar sus atenciones y espacios de acogida ante la llegada y presencia de familias nucleicas y extendidas, así como con fuerte presencias de jefas-

madres de familia que llevan la cabeza de toma de decisiones familiares en los tránsitos de estas; por lo menos desde 2020 esta ha sido una tendencia a la alza y el trabajo de campo me permitió constatar cómo entre las estrategias de esas mujeres y sus familias está el llegar a la casa de migrantes como un lugar seguro para sus familias:

Nota del diario de campo. Tercera y cuarta semana de diciembre de 2021. Casa Belén-El Ceibo, Guatemala. Las hermanas Rodríguez.

[...] nosotras venimos de Honduras [...] de allá pasamos por Esquipulas y ahí nos dijeron de este albergue o casa. Ya aquí nos hablaron de La 72 que está cerca dicen [...] somos mis dos hermanas y las niñas y los niños, nos venimos todos. [...] ¡Sí!, este tramo fue muy difícil y pues ya sabemos que pasar a México es lo más difícil, pero confiamos en dios que podamos irnos sin problema. Nos hicimos cuatro días, como cargamos en carnet de vacunas de los niños, no tuvimos problemas y pudimos pasar por Corinto [...] dicen que uno puede llegar caminando a Tenosique, ¿no? – recuerdo la pregunta de una de las hermanas Rodríguez con quien me senté a comer un rato. Bueno, sí pero ¡está muy lejos!, son como unos 60 kilómetros que caminando, no sé... no creo que los puedan hacer en un día. Además, hay que considerar los riesgos, ya sé que han venido sorteando cosas, pero aquí entre pasar la frontera, que no los vea migración y los retenes en la carretera, además de los de las motos, ¡no sé!, no creo que sea tan fácil! – respondí un poco sorprendido, recuerdo. Solo pude ver sus miradas, no supe interpretarlas: de duda de lo que decía, de asombro, otra vez de duda. Creo que no entendía que me encontré con quienes no tienen otra opción sino seguir su camino sin importar qué.

[...] pero nos dijeron que aquí podemos agarrar la combi. Que son como quinientos pesos por cada uno – lo decía Sara mientras se llevaba la mano a la frente; hacía calor, pero creo que su sudor fue de preocupación por mencionar otra vez esa cantidad: 500 pesos mexicanos. Eso no lo sabía, la combi a nosotros, bueno, a los mexicanos nos cobra 50 pesos, entonces... ¡es 10 veces el precio! – pensé en voz alta. Pues ahí el guardia dice que a veces hasta piden más, pero que a lo mejor como somos muchos nos hacen descuento – decía otra de las hermanas mientras los niños estaban atentos viendo un mapa de la zona en forma de monografía que les dan de las organizaciones como ACNUR u OIM. Pues yo creo que nos vamos a ir caminando. Ya ahí adelante a ver si nos quieren levantar o nos quedamos ahí en la noche – decía una de las hermanas un poco más resignada. Pero tengan mucho cuidado. No se vayan a ir con los de las motos – les dije.

Recordando esa observación que siempre me hacían sobre las bandas de secuestradores en la carretera que usan las motos para abordar a la gente.

Tratando de enlazar las formas en que se materializan las formas de migrar, me había centrado en el caminar como parte de un ejercicio performativo encarnado; sin embargo, dentro del abanico de estrategias y prácticas el uso de vehículos terrestres, aéreos o marítimos está presente, siendo el tren tal vez la imagen más nítida que aparece en la mente y los discursos o voces que evocan los modos del migrar de forma indocumentada. Hay que cruzar la frontera: ¿cómo? Viene a mi mente el pasaje de la novela de F. Bianchini cuando se disfraza en un ejercicio de mimetización de lo que sus observaciones en terreno le hacían decir: así se ve un migrante. Debía cruzar de Guatemala a México, por alguna de las brechas que ofrecía el cruce el río y adentrarse a Ciudad Hidalgo en México. Las hermanas Rodríguez no se disfrazan: ellas como muchas mujeres que han llegado a la frontera con México van vestidas con lo mínimo: ropas delgadas y ligeras de un material más plástico que de algodón donde ni siquiera los jeans se salvan y son solo una imitación en algún tipo de elastano.

La mochila: utensilio y herramienta que duele perder, como lo pude constatar en diversas ocasiones. Utensilio que ayuda a cargar las cosas personales y de sobrevivencia. Una herramienta en sí, con la cual una persona posiblemente no podría migrar y usarla hace más llevadero todo. Una mochila no es algo convencional: puede ser una bolsa de plástico de cualquier supermercado incluso una bolsa del mercado. En funcionalidad no son tan prácticas, pero sirven: Flavio Bianchini entendió esto y supo que la mochila sería tanto o más importante que simplemente subirse al tren. El caso de las hermanas Rodríguez es ejemplo de dos cosas: lo complejo que puede ser cruzar la frontera, pero al mismo tiempo, de lo simple que se vuelve. Hay que caminar, cruzar y ver cómo seguir adelante. Y en ese seguir adelante comienza otra batalla, tal vez una que ha sido constante: ¿cómo seguir adelante? Ellas, como muchas otras personas, han salido de la casa del migrante de El Ceibo, ya sea que como ellas toman el camino más directo, “por atrás” de la frontera institucionalizada en el Puente Fronterizo de El Ceibo o, como otros, toman el camino alargado hacia El Pedregal. Pero no hay disfraces. Datos del INM

reportan que para 2023 se internaron 782 176 personas catalogadas como migrantes irregulares. De estas, 292 457 lo han hecho por Tabasco (UPM, 2023, p. 143). Esta cifra, como he argumentado y otros trabajos también, no refleja el número real de personas que llegan a y cruzan la frontera, transitan a pie, toman un transporte y/o llegan a una casa o albergue de migrantes, mucho menos sobre cuántas de estas personas permanecen días o semanas no solo en los albergues o casas, sino a las orillas de estos espacios, en cuarterías o en la calle misma. Tomo a colación el caso de *Gaby*, una mujer venezolana con poco más de 45 años que permaneció más de 3 meses en espera de poder cruzar a México trabajando en los locales de comida y venta de abarrotes en El Ceibo, del lado guatemalteco. Esto no deja de ser una situación precaria si dentro de los formalismos se atiende que el trabajo que realizaba *Gaby* estaba condicionado a la palabra de quien le empleaba, sin embargo, esto mismo está lejos del espectáculo y más cerca de una práctica del migrar que muchas personas migrantes replican a lo largo de sus tránsitos. En el último apartado dedicaré más líneas a analizar esto último.

Continuando la viñeta con las hermanas Rodríguez:

[pasando navidad de 2021]... no sé cómo le hicieron, pero hace rato pude hablar con Ale y parece ser que las hermanas llegaron a las puertas de La 72 por sus medios en varios *pochis*⁷⁴ (mínimo tres). Les tomó casi tres días, pero llegaron y al parecer fue porque en Axolotal, pasando la entrada al Ejido Lázaro Cárdenas, les ayudaron [...] *¡llegamos, Eri', llegamos! Le hablamos al abogado y ya llegamos a La 72 y nos recibieron luego* – me contó Sara por teléfono. Por lo que entiendo, ellas y sus hijos-hijas, caminaron de madrugada por el paso “informal” que puede uno tomar detrás de la casa de migrantes: hay una barda que brincar y de ahí, se pasa a cierta propiedad privada aun del lado guatemalteco. Este paso es famoso porque son cerca de 800 metros (al final es paralelo al paso formal por las garitas) pero al ser una zona boscosa es famosa también por los

⁷⁴ Los *pochis* son vehículos que se componen de un tipo de motocicleta con una cabina en donde formalmente caben el conductor y dos personas atrás como pasajeros; sin embargo, es común ver más de tres personas en ocasiones. En Tenosique, el color típico es un verde casi tono bandera, aunque en otras zonas como Palenque hay de color rojo. Son vehículos viejos y poco a poco han empezado a cambiarse por motocicletas eléctricas o mono-vehículos eléctricos de posible manufactura china. Al día que escribo esto, el precio del viaje oscila entre los 10 y 15 pesos, pero cabe decir que cuando los usé por primera vez en 2016 el pasaje costaba 5 pesos. Otra cosa que considerar es que es un transporte colectivo: tienen rutas (aunque es arbitrario esto) y se comparte el viaje con otras personas.

asaltos y violencias que pueden pasar a las personas migrantes. O en su defecto, alguien puede perder el rumbo y encaminarse hacia dentro, al monte, siendo otra de las causas de extravío de personas ya que, al ser una zona rural, no hay casas cerca y no todos los habitantes son amables con quienes migran.

Al final, ellas caminaron hasta salir muy adelante incluso de las cuarterías de El Ceibo, una combi les recogió y no les cobró tanto (si no mal recuerdo les cobró 100 pesos por persona) pero las dejó a medio camino y de ahí avanzaron caminando hasta llegar a Tenosique (básicamente también donde vuelve a haber señal celular. Tal vez la frase de uno de los niños mayores, un adolescente de unos 16 años resume bien el tránsito que tuvieron. Antes de salir de Casa Belén, el 23 de diciembre, pienso que el estrés provocaba que las niñas no comieran bien, por lo que él les dijo: *janda!, come bien, que no sabes cuándo vas a volver a comer... ¡cuándo vamos a volver a comer todos! [...]*.

Un intersticio difícil de apreciar en las muchas dimensiones de las prácticas del migrar es la esperanza: un atisbo entre la distancia a andar y la que puede ser la caminata final que representa una deportación, un accidente, una pérdida. La esperanza de esperar con una certeza de que algo va a pasar, parafraseando a Pedro Laín (1978): de algún modo permanecí expectante de que las hermanas Rodríguez cumplieran su propósito, pero ellas como muchas otra personas, podían resumir esa expectación de llegar o no a su destino en esa frase lapidaria: *come, no sabemos cuándo vamos a comer de nuevo*.

Cerrando este apartado, quiero retomar un testimonio que me permitió conocer de una mejor manera – dentro de lo posible – cómo una familia migra desde Honduras. Considero que este testimonio condensa, en buena parte, lo que la experiencia etnográfica me llevó a conocer sobre cómo migran las personas en sus condiciones físicas, emocionales, materiales y de riesgo. Cuando inicié este apartado se habrá notado que la práctica del migrar la situé en la casa, posteriormente fuera de esta y en un punto crítico que es cuando se cruza la frontera. En este caso, trato de ir anudando los hilos de esta práctica y visibilizar algunos otros intersticios que en este caso llevan a considerar dos fronteras, kilómetros de camino y estrategias de sobrevivencia donde uno de los nudos o espacios donde anudar estas experiencias no se limita a las casas de migrantes,

sino que es una serie de espacios, actantes y contextos que permiten, facilitan, tensan o dificultan la práctica del migrar de las personas:

Nota del diario de campo. Segunda semana de enero de 2022. Entre las 10:00 y 11:30pm; entrevista con Cynthia y Nahum. La 72, Hogar Refugio para Personas Migrantes.

[...] lo compartimos en familia. Nosotros somos pareja ya hace unos ocho años, prácticamente nueve. Vivíamos en una casa que fue una herencia familiar de mi papá y la cuestión está en que ¡pandilleros!, porque en nuestra colonia lo que hay son pandillas, específicamente la pandilla 18, me pidió mi casa [...] -fueron las primeras palabras de Cynthia cuando entrevistándola a ella y a Nahum (su pareja) accedieron a que les entrevistara. Usamos la sala azul de reuniones del voluntariado (abajo, al lado de la bodega); fui afortunado de que aceptaran esta entrevista ya que uno de mis objetivos era lograr el testimonio de las personas con la intervención mínima de mis compañeros de La 72. Me interesaban dos puntos: cómo fueron los modos y circunstancias de su tránsito y su vinculación con otras personas o actores:

[...] dieron con nosotros donde estábamos con nuestro amigo y nos fueron a buscar. Pues nosotros andábamos comprando comida [...] y él (el amigo) estaba en la casa y nos llama diciéndonos: “váyanse porque los vinieron a buscar a mi casa y los andan buscando para matarlos, fue lo que a mí me dijeron” y pues ni modo, tomamos la decisión con lo poquito que teníamos y a agarrar camino. Fue como salimos hacia San Pedro Sula y agarramos un transporte en Comayagüela que es la zona de transportes de Tegucigalpa y salimos rumbo a San Pedro Sula a agarrar el transporte que viene hacia Agua Caliente; ¡salimos del lado de la frontera de Agua Caliente debido a que no teníamos el pasaporte de los niños ni el dinero suficiente para viajar por Corinto porque por Corinto hay que traer permiso y pasaporte. Entonces decidimos emprender este camino: salimos como las 10 de la noche de la terminal de buses de San Pedro Sula y llegamos de madrugada ... ¡al desvío!, porque los buses no lo llevan... son de Ocotepeque y siguen el tránsito y lo dejan a uno en un desvío, no entran hasta la aduana [...].

La frontera vertical (Silva, 2015; Yee y Torre, 2016; Rodríguez, 2017) como aquella que se impone y construye como muros físicos y simbólicos también es institucional en el sentido de una administración de las fronteras; el relato de Cynthia comienza con la

huida por una amenaza de muerte que se concretó en una persecución que atentaba hacia sus vidas; en esta huida ella y su familia eran conscientes y llevados al límite con y desde sus recursos que implicaban la ayuda de un amigo o de la familia – migrar implica a los vínculos familiares – pero su camino se empezaba a volver contenido por las disposiciones administrativas de los cruces fronterizos.

Pocas veces se hace un seguimiento de cómo son las disposiciones y condiciones para que las personas que migran de formas irregulares lo hagan antes de hacerlo por México; esto puede apuntar a un centralismo dado a cierta territorialidad que está al alcance de los trabajos, como el presente, donde la etnografía y el trabajo en terreno corporalmente se sitúan y el alcance puede ser amplio o reducido. Abrir o poder abrirse camino, fue un reto al que me enfrenté al estar recabando los testimonios de las personas albergadas en las casas de migrantes de El Ceibo y de La 72. Hace unos párrafos, apuntaba al testimonio de los hermanos *Fer* y *Omar* de Venezuela: tuve la oportunidad de conocer de primera mano su experiencia en cruzar El (Tapón del) Darién y era bastante sorprendente para mí escuchar cómo su narrativa era de una aventura, inclusive *Fer* decía que “*lo volvería a hacer*”. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando esta posible agencia de la que dispone la persona migrante es coercionada por el Estado? Pero tampoco hay que olvidar que el *saber migrar* o *aprender a cómo migrar* como componente que da sentido a la práctica del migrar surge en las emergencias y ciertas omisiones y recomposiciones de lo que implica migrar fuera del país de origen por parte de las personas.

En el caso de Cynthia, ella argumentaba que su familia no podía salir del país de origen debido a que sus hijos no portaban los carnets – que en este caso deben ser los pasaportes y/o las cartillas de vacunación – que sirvieran de salvo conducto en el cruce por Frontera Corinto con Guatemala: el tiempo, como parte del análisis etnográfico, me ha permitido entender ciertas dinámicas que no dejan de ser complejas y problemáticas: mucho tiempo pensé que Nahum y Cynthia eran padres de la adolescente y los dos niños que formaban el núcleo familiar y no fue hasta tiempo después que caí en cuenta de que ella es madre de la adolescente y los niños pero él solo de los niños y padrastro de la adolescente; esto implica que, según el Instituto Nacional de Migración de Honduras

(INMH), para que un menor pueda salir del país deben presentarse los siguientes requisitos: 1) identificaciones (DNI)⁷⁵ de parte de los dos padres de los menores, 2) acta de nacimiento o DNI reciente del menor y 3) el pago por el permiso.⁷⁶

Entonces, una mezcla de desesperación por ser perseguidos y en esto, la huida, así como una serie de decisiones emergentes que se podían o no sostener con la portación de ciertos documentos y la formalización de vínculos familiares, los llevaron a desistir por un cruce formal y terminar realizando un tránsito irregular prácticamente desde su país de origen. Continuando la viñeta:

[...] de ahí hay que agarrar unos “rapiditos”⁷⁷ que van allá, porque no está cerca, es como media hora – intervino Nahum. Llegamos como a eso de la una de la mañana y dentro de nuestro propio país ya empezó, no sé cómo llamarlo, un asalto no a mano armada porque ya desde ese desvío los dueños de los “rapiditos” y los encargados y los choferes de los que están ahí, los taxistas empiezan y piden, porque es solo un trayecto donde le piden 25 lempiras y ahí a esa hora le están cobrando a uno 100 a 150 lempiras por cabeza [...] aparte, hay cuatro retenes y en cada uno están pidiendo dinero. Solo uno, que son militares que no te dejan pasar si no traes documentos de los niños, ellos no te piden dinero porque son militares [...] – continuó Cynthia.

Se llega a considerar que el territorio mexicano es el más peligroso o donde las personas migrantes en tránsitos irregulares son más vulnerables (París-Pombo, 2016; UPM, 2020, 2022). Lo cierto es que esto puede ser un sesgo que, como mencioné, se relaciona con dónde y cómo se sitúa la investigación y quién haga esta en terreno. El Proyecto Migrantes Desaparecidos (PMD) apoyado por la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) muestra en su página electrónica que hay cerca de 9679 personas desaparecidas o muertas en su condición de migrantes irregulares e indocumentados por México entre 2014 y 2024, siendo el 2022 el año con mayor casos registrados.⁷⁸ Por un

⁷⁵ Documento Nacional de Identidad.

⁷⁶ Para consulta en la página gubernamental del Instituto Nacional de Migración de Honduras: <https://inm.gob.hn/pasaportes.html>

⁷⁷ Los llamados “rapiditos” son vehículos tipo vagoneta o en ocasiones del tipo microbús que se caracterizan por ser más pequeños que un camión de transporte convencional. En México su símil es lo que popularmente llaman *combi* o *pecera*.

⁷⁸ Para consulta: <https://missingmigrants.iom.int/es>

lado, es de llamar la atención que se engloba tanto la desaparición como la muerte como una sola problemática y por otra parte, si bien el proyecto muestra datos de las Américas como región, los datos siguen concentrándose en la zona de las fronteras norte y sur de México y muy actualmente, entre Colombia y Panamá. La lógica de esto puede inferirse desde considerar la importancia y visibilidad de esos espacios como puntos de cruce y de inicio o fin de tránsitos. Sin embargo, dentro de los peligros y riesgos existentes (enfermedad, violencias sexuales, emocionales, extorsiones, secuestros, detenciones arbitrarias, hambre y sed, etcétera) con la presencia de actores institucionales como los cuerpos de seguridad estatales (ejército, policías, agentes migratorios) también están presentes ciertas actividades que limitan los tránsitos de formas convencionales, que si bien no apuntan a lastimar a las personas que migran, sus acciones son parte detonante de ciertas decisiones o circunstancias que pueden exponer a las personas migrantes a contextos de riesgo a su salud y seguridad:

[...] como traíamos las partidas de nacimiento de los niños, pudimos pasar, pero como media hora investigando hasta que nos dejaron pasar -Cynthia mencionaba que en la frontera les señalan que al no ser de la zona (Ocotepeque) inmediatamente les dicen que seguro van a los EE. UU; es interesante esto porque si bien no parece ser un filtro formal de control de tránsito migrante irregular, los retenes de la policía y los militares y otras acciones al momento de desplazarse les constriñen aun siendo hondureños. [...] Pues llegamos a la aduana de Aguas Calientes y ¡pues nosotros nunca habíamos salido de nuestro país!, no sabíamos cómo era el trámite y esperamos a que amaneciera y abriera la aduana para viajar legalmente por Guatemala. Inmediatamente se te acercan, cae gente que dice: “¿va a rodear?, ¿va a rodear?” -haciendo alusión a cruzar informalmente la frontera. Entonces, ya con la carga emocional de que nos vienen persiguiendo, que era un peligro ya eminente [...] ¡pues nos negaron el tránsito porque no traíamos pasaportes de los niños [...] un trabajador de la aduana nos acompañó fuera y ahí nos dejó; ¡nosotros ya no traíamos dinero!, lo más como 30 lempiras. ¡Ni habíamos salido de Honduras y ya se nos había acabado el dinero! [...] y pues esperamos a que fuera de noche; ya habíamos llegado de madrugada y estaba cerrada y nos dimos cuenta de que no había ni vigilantes ni nadie y dijimos: nomás que sea de noche y ¡vámonos! Y así fue: esperamos a que fuera de noche ya ahí con nuestros niños y bajo una tormenta, pues pasamos por ahí, solo que

el puente se cayó [...] y solo había un puente de amate (de lazo) y pues ahí de noche pasamos.

Porque todo el día se la pasaron rondándonos, diciéndonos que si “van a rodear” y nos cobraban 300 quetzales para llevarnos casi hasta Esquipulas [...] pudimos salir y caminamos como a las 10 de la noche [...] ya del otro lado están los llamados “taxistas”, bueno, ellos se llaman “taxistas” pero son los mismos “coyotes” -la interrumpe Nahum: [...] y si usted no arregla nada, no lo dejan pasar. Adelante está el retén: usted le paga al taxista y ellos le pagan al retén [...] ya en Guatemala. Sigue Cynthia: ¡desde ahí empieza la corrupción! Desde ahí empieza el asalto a los migrantes.

Las palabras de Cynthia se repiten en muchos testimonios que recabé a lo largo del trabajo de campo: las palabras “asalto”, “retén”, “extorsión”, “coyotes”, “escondarse”, entre otras, muestran verbalmente ciertos contextos y panoramas que son descritos como parte de la forma de migrar; en el caso de la familia de Cynthia quien ya tenía experiencia migrando era Nahum; sin embargo, él lo había hecho antes entre 2014 y 2018 pero nunca en familia. Su práctica del migrar como componente de una cultura del migrar ahora era extensiva – a su familia – y aprendía nuevas estrategias de cómo avanzar en su tránsito. Esto me lleva a considerar lo que S. Khosravi (2010) propone al hacer una reflexión de cómo la práctica del migrar no era algo practicado en su familia ni en muchas familias iraníes hasta antes del conflicto bélico con Irak (entre 1980 y 1988) y la instauración del régimen islámico, aun así, al huir de la leva impuesta por el régimen iraní para que los jóvenes se unieran al ejército tuvo que vivir como clandestino y desplazado aun en su misma tierra. En sus palabras: “A ‘culture of migration’ emerges when migration becomes so deeply rooted that the prospect of movement become normative.”⁷⁹ (Khosravi, 2010, p. 14). Continuando la viñeta:

Nahum: [...] el camino es difícil; no es lo mismo que alguien se lo cuente que conocerlo de ello. Porque la verdad ¡es horrible!; para mí fue horrible salir huyendo [...] el problema es que, para nosotros, la marcha atrás está horrible [retoma el hilo del tránsito hacia México] venir a puro “jalón”, venir a puro lomo con los niños, cargando, caminando, en el

⁷⁹ Una “cultura del migrar” surge cuando el migrar se arraiga tan profundamente que el moverse-desplazarse se vuelve normativo. Traducción mía.

sol y nos agarraba la noche y nosotros buscábamos un lugar para medio descansar y a las 5 de la mañana ¡otra vez! caminábamos y pidiendo “jalón”; como siempre, hay personas buenas, pero también malas [...]

Cynthia: [...] en Esquipulas llegamos como a las 11 de la noche a la casa del migrante, pero ya estaba cerrada, cierran a las 8 de la noche [...] Y él (Nahum) ya sabía de la casa (La 72) porque ya había pasado antes hace unos 5 años [...] logramos... ¡un jalón!, con unas personas que nos llevaron en su carro y que de hecho tenían placas salvadoreñas. [...] ¡no paramos!, llevábamos tres días andando [...] fue duro, ¡muy duro!, para nosotros cruzar Guatemala [...]. En la calle, buscando una galerita o algún lugarcito donde no hubiera gente porque pues luego la gente se molesta y le echan a uno migración [...].

Terminando este apartado del capítulo, he tratado de exponer cómo *el saber migrar* da forma a lo que desde los estudios migratorios se nombra *cultura del migrar* (o cultura de la migración) a partir de la práctica que he observado y de la que fui partícipe desde la escucha activa y los cuidados humanitarios en las casas de migrantes situándome en un terreno crítico: la frontera de El Ceibo en el sureste mexicano donde puede rastrearse el inicio de una de las rutas de tránsito migrante irregular e indocumentado, concretamente en el Corredor Selva que se compone por lo menos de dos rutas conocidas, una que cubre tres tramos entre el ejido de El Pedregal, la comunidad de La Palma y el centro de Tenosique y que atraviesa por cerca de 10 comunidades o rancherías en caminos tanto de terracería como pavimentados. La otra ruta más conocida toma el nombre de la carretera de El Ceibo-Tenosique.

Traté de mostrar que el recorrido de las personas migrantes en tanto sus tomas de decisiones no es meramente individual o solo entre estas mismas: se vinculan y asocian con actantes o actores sociales como las casas de migrantes u otros, al mismo que la ecología o el medio ambiente también son parte de estas decisiones donde toman forma las distintas formas del migrar. También, trato de apartarme de la sombra del meta relato del espectáculo de la frontera y la pornomiseria que, como dice Sayak Valencia (2010), solo alimentan el discurso de una periferia que es víctima o causante de su propia miseria, dando paso al capitalismo gore que apunta a seguir sometiendo cuerpos, territorios,

ideas, afectos y, en este caso, las movilidades humanas, en favor de los centros económicos. Las movilidades humanas en su forma de prácticas del migrar en contextos de irregularidad, indocumentalidad y *refugiosidad* deben dejar de verse solo como espectáculos donde se prioriza la victimización de las personas, precisamente porque en ese mirar como espectáculo el fenómeno sigue reproduciendo discursos de miedo al extraño y al extranjero haciendo de lado que las personas que migran tienen proyectos, ambiciones, estrategias y prácticas que no siempre se vinculan a la figura o representación dramática del ser víctima; sin embargo, es precisamente apartándome y posicionándome desde esa forma de ver, escuchar, sentir, como forma de vivir los acompañamientos a las personas migrantes, lo que me permite decir y advertir – como ya lo han hecho desde otras acciones, particularmente de la sociedad civil organizada y la iglesia en sus dimensiones humanitarias y de defensa de derechos humanos de personas migrantes y/o refugiados en México – que la precarización es constante en los tránsitos irregulares y no así, que las personas migren precariamente como si esto fuera *per se* condición de la cultura del migrar.

La precarización que acontece en la práctica del migrar no es una condición de las vidas en tránsitos irregulares, sino, como lo he tratado de mostrar, es una serie de articulaciones y ensamblajes de actividades entre personas, actantes, ecologías/medios ambientes que pueden ser vistos desde un panorama estructural, pero solo puede encarnarse desde la vida cotidiana. El proceso de investigación auto y etnográfica permite acercarse y conocer las formas de vinculación, interacciones y asociaciones y lo que pueden significar en las vidas de los cuerpos de las personas en tránsitos irregulares, indocumentados y/o refugiados (TIIR). El papel que tienen las casas o albergues de personas migrantes con sus prácticas humanitarias, las cuales no son homogéneas, pero tienen una base en común: el humanitarismo de base es claramente de suma importancia para las migraciones en TIIR: los corredores humanitarios, de los cuales forman parte, vinculan los intersticios donde las precarizaciones a los TIIR se agudizan y alcanzan un punto crítico. Sin embargo, hay que notar que no se limitan al territorio mexicano y que en el ensamblaje transnacional las precarizaciones o la precarización de los TIIR tienen un continuum que no siempre es fácil de rastrear en espacios y tiempos: puede ser el

cruce de Necolí a El Darién o bien puede ser la llegada a Ciudad de México o, como lo expondré en el siguiente apartado, en la frontera con Estados Unidos. Otra forma de ver esto es considerar que es un proceso de precarización de los TIIR constante y que hay momentos en que esto puede agudizarse o no.

III.I. c. El refugiado en México. ¿A dónde van?, ¿dónde están? Los tránsitos después de la casa de migrantes.



Foto 21. Dos familias de origen hondureño llegan a la Ciudad de México camino a Monterrey después de ser elegibles de reconocimiento de personas refugiadas en México; mayo de 2023.

Este último apartado del presente capítulo tiene dos características: por un lado, es donde se podrá encontrar en la lectura de las viñetas del diario de campo, cómo mi relación y vinculación con las personas en situación de TIIR por México y fuera de este se volvió más densa e íntima. Por el otro, esto me llevó a considerar cómo el proceso creativo

desde la autoetnografía como una posetnografía puede ayudarme a reevaluar algunas reflexiones del trabajo de campo, mi papel en este y las narrativas y poéticas antropológicas o sociológicas posibles para poder analizar críticamente. Con estos dos elementos abogo por el sentido del vaivén entre una narrativa autoetnográfica y una etnografía más convencional donde *la casa del hilandero* sigue siendo mi punto de partida o, mejor dicho, nuestro punto de partida, en el que dejo de ser voluntario pero las otras personas dejan de ser habitantes de la casa de migrantes en distintas formas.

Dentro de lo argumentado en este apartado, también pretendo abrir el panorama al siguiente capítulo con dos ideas que pondré a discusión con la intención de mostrar los hallazgos de una investigación que invita a reflexionar sobre el tiempo y los espacios de espera de quienes migran o se refugian en México y con esto sobre sus cuerpos que esperan y confrontan a la frontera vertical en sus muchas manifestaciones.

La pregunta que guía y se hila para darle forma final a este capítulo III es cuestionarse *¿qué sigue después de la casa de migrantes?*; en un principio, lo pensé como en muchos trabajos académicos pasa: lo dirigí a las experiencias de las personas en TIIR dejando de lado cuán amplia o no puede seguir siendo mi participación en aquellas experiencias que se volvían compartidas – finalmente, seguía siendo un *voluntario* – y entonces, viré la pregunta a: *¿cómo se vive después de la casa de migrantes?* El reto metodológico de esto recayó en reconocermelo como parte de aquella otra experiencia y cómo poder dar seguimiento y registro de esto.

Nota del diario de campo. Primera semana de febrero de 2021. Ciudad de México. Carlo, llega a la CDMX.

[...] Eri', ¿cómo anda?, soy Carlo, ¿sí se acuerda de mi o no? Con este saludo, recibí un mensaje por WhatsApp de un chico hondureño que había sido parte del equipo de guardia en La 72 y con quien me llevé muy bien: Fíjese que por fin me dieron mi resolución. Ya tengo mi tarjeta de residencia, ¡ahora sí ya soy mexicano también! Voy para el Distrito Federal⁸⁰, usted es de allá ¿no? A ver si nos miramos por allá. Voy con mi esposa y su mamá. Para saludarnos. Yo me voy para Saltillo.

⁸⁰ Algo que llama la atención, por curioso que parezca, es la idea e imagen que se tiene de la actual Ciudad de México (CDMX); para muchas personas de Centroamérica, esta sigue siendo el Distrito Federal. Esto puede llegar a ser problemático en ciertas escalas para sus tránsitos o proyectos de estos y que contemplan

Carlo es un chico hondureño de unos 18 años para ese 2020 en que lo conocí. Para esos meses de enero y febrero la pandemia y la posterior cuarentena aun no eran temas presentes: [...] *se pasaron, muchos se salieron de la casa. A mí me sacó Ramón, ¡se pasan!; de todos modos, ya solo era de que me dieran la resolución, pero con lo de que cerró COMAR nada más nos dejaron esperando. Mire, me gasté hasta mi último peso, ¡ni una lempira tenía!* – se quejaba de los últimos días que pasó en La 72 y de que, con la pandemia, COMAR, el INM y toda institución relacionada con su reconocimiento como persona refugiada se haya detenido.

Durante la primera estancia de campo que cubrió la última semana de diciembre de 2019 y los meses de enero y febrero de 2020, estábamos por enfrentar las consecuencias de una pandemia anunciada y aparentemente muy lejana en ese entonces. Salvo pequeñas notas sobre la enfermedad en China y algunas partes de Europa. Las personas migrantes en TIIR que se vinculan con las casas de migrantes pasan por dos tres fases de diferente extensión de tiempo: la llegada, el habitar y la salida; como se fue exponiendo en los apartados anteriores la llegada puede tomar días, semanas o inclusive meses.

La estadía o el habitar la casa se condiciona por las capacidades del actante de brindar espacios de acogida relacionado con su estructura, dimensiones y administración: su estructura en tanto exista condiciones de acogida como 1) cuartos y camas disponibles, 2) alimentos, 3) servicios. Su dimensión se refiere a qué tan extensiva pueden ser habitados sus espacios: una casa de migrantes pequeña como Casa Belén-El Ceibo (Guatemala) puede ofrecer solo una o dos noches con sus días, máximo tres. Un casa como La 72, puede extender la permanencia de la persona por más de un mes en casos especiales o bien definidos. Administrativamente, me refiero a la manera en que la casa gestiona a sus habitantes: esto se complejizó con la pandemia por COVID19, sin

su paso por la zona centro del país ya que, al nombrar de una manera que es ciertamente pasada, hay casos, como el de una familia que al preguntarle a unos jóvenes por el DF (*de efe*) no supieron responder. Tal vez, otra de las confusiones y que sigue persistiendo en el discurso vernáculo es referirse a la zona centro (CDMX y Valle de México) como *México* que es muy común entre la sociedad mexicana en general cuando desde las entidades federativas se refieren al centro del país. Nuevamente, a pesar de lo mínimo que parezca, este tipo de referencias pueden incidir en los trayectos de las personas migrantes u otras acciones que toman.

embargo, la base sigue siendo la misma en tanto se diferencia entre quienes hacen uso de los servicios de la casa por razones de salud, legal o migratorio, así como por quienes solo están de paso o, inclusive, que no buscan permanecer en la casa debido a que no están de acuerdo con las reglas de esta. Mucho de esto lo dejé plasmado de forma más descriptiva en la tesis de maestría, donde tomé a La 72 como un posible modelo de comprender cómo actúa la casa de migrantes.⁸¹ Continuando la viñeta:

[...] Me cerraron la COMAR, ya me habían dado la constancia de reconocimiento, pero: ni COMAR ni migración (INM) ya ve que con lo de la pandemia. [...] luego los de ACNUR tampoco. Desde marzo Eri', desde marzo me dijeron. Me gasté lo poquito que nos dieron. ¡Todos! (ríe), con la pandemia en la casa muchos se salieron porque pensaron que la iban a cerrar; otros pensaron en regresarse, pero El Ceibo (la frontera) estaba cerrada, ¡ni para dónde jalar, pue! Yo mejor me quedé. Ahí estuve unos días afuera de la casa, luego veía a los demás: Julia, Mathilde y otros voluntarios. Pero mire, ¡ya pasó!, ahora si ya voy para el norte y bien [...].

Encontré a Carlo en una estación de autobuses, de esos llamados de segunda, en la esquina de República de Cuba y Eje Lázaro Cárdenas en la parte popular del centro histórico de la CDMX que se niega a sucumbir (o es orillada) por la gentrificación del primer cuadro de la ciudad. La verdad es que ya había visto esa terminal de autobuses, pero nunca me detuve a pensar que aquí también llegaban muchos desde el sur debido a que este tipo de servicio es más económico: un boleto en ADO desde Tenosique o Palenque hasta la Terminal del Norte en CDMX estará entre los mil y mil quinientos pesos. Carlo me contó que los pasajes le salieron en 750 pesos. Mi error es pensar que todos llegan a la Terminal del Norte porque lo relaciono con el Programa de Traslado Seguro de ACNUR, pero olvido que no todos se adscriben y los refugiados no solo se mueven en ADO. Recuerdo que hay una pequeña terminal de vagonetas turísticas y autobuses muy cerca de la rotonda de Tenosique ofreciendo viajes a Monterrey y la CDMX por menos de 500 y 700 pesos.

⁸¹ La tesis o trabajo de investigación anterior a esta que presento fue parte un ejercicio etnográfico más descriptivo ya que mi intención fue comprender cómo se organizaba una casa de migrantes y qué hacía con base en esa organización. Siguiendo los postulados de la TAR, de *no dar por hecho las cosas sociales por lo social sino rastrear por qué son sociales*, me adentré en la complejidad de lo que hace la casa y cómo articula sus diversas actividades de forma interna: distribución espacial, horaria, de actividades, de género, de disputas, de acuerdos o arreglos, etc. La tesis de grado (maestría) puede consultarse en: <https://doi.org/10.24275/uami.p2676w04x>

La situación de Carlos (*Carlo*) evidenció – como la de muchas otras personas en medio de la pandemia a inicios y mediados de 2020 – la extensión de los tiempos de espera en retomar sus TIIR por México. Al mismo tiempo, evidencia las tensiones que surgieron al tener las casas de migrantes que encarar la nueva situación por la pandemia. Hasta enero de 2020, la característica principal de los TIIR consistía en llegar a la casa, permanecer unos días o semanas – como lo he explicado antes – y esperar a partir en el tren o continuar la ruta a pie u otro medio de transporte, generalmente a otras localidades cercanas donde no necesariamente hubiera una casa o albergue de migrantes, por ejemplo, la siguiente casa de migrantes después de Tenosique en Tabasco, está en Palenque, Chiapas a poco más de 75 kilómetros vía la carretera Tenosique-Emiliano Zapata y atravesar por lo menos por tres centros semiurbanos y urbanos (Boca Cerro del Río, E. Zapata y Playas de Catazajá). Hasta ese entonces las personas como Carlos que habían solicitado el reconocimiento de persona refugiada en México, habían adecuado sus tiempos de espera a los más de tres meses que podían pasar para saberse reconocidos o no por esta figura que les permitía después obtener residencia en México: esto claramente dependía en buena parte de la rapidez del trámite por parte de la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado (COMAR) y que las personas en TIIR atendieran las instrucciones de aquella, como la asistencia a firmar para evidenciar su permanencia en el trámite.

Por otra parte, esto me posicionó en una situación que no preveía como posterior a mi trabajo de campo: continuar siendo *el voluntario*. Esta posición en un principio me resultaba incómoda y algo fuera de contexto, lo cual considero que se debía dos cosas: una certeza de haber terminado mi labor como voluntario y no considerar tener más contacto con las personas con quienes había convivido, especialmente las personas albergadas en la casa. Tenía la certeza que estas, al salir de la casa, lo mismo que yo, romperíamos relación alguna y en todo caso, me centré en mantener los vínculos con las personas de los equipos de trabajo humanitario de la casa debido a que debía seguir yendo en años venideros a la casa de migrantes. Continuando la viñeta:

[...] Vamos a dar la vuelta. A que conozcan – les dije cuando llegué por él y su familia. Nunca supe en qué momento Carlo se volvió jefe de familia, aunque, en cierto modo, no me extrañaba tanto. Pasamos la tarde en la plancha del Zócalo, dimos la vuelta por la calle de Madero, vieron maravillados la Torre Latino y terminamos en el parque de Bellas Artes. Su bus salía a las 6 de la tarde así que solo era pasar el rato.

Esta experiencia me permitió conocer qué ocurría después de que las personas salían de la casa, particularmente con la calidad de personas reconocidas como refugiadas por el Estado mexicano, por ejemplo, una de las prácticas presentes tenía que ver con la aplicación a el Programa de Integración Local de ACNUR⁸² (que en algunos momentos nombran como traslados seguros) con el cual las personas refugiadas reciben un monto económico por hasta dos meses.⁸³

Siguiendo a Carlo y otros, hasta el 2023:

Tiene mucho tiempo que no hablo con Carlos, pero hasta hace poco sabía que seguía trabajando en Saltillo. Él, junto a Brayan (*Cuba*), Vanesa, Pastora, Julio y Tania y otras personas, han permanecido en México casi todos en ciudades del norte de México (Tijuana, Monterrey) pero en el caso de Eliú, que ha decidido permanecer en Guadalajara (Jalisco) y Brayan en Mérida (Yucatán) a pesar de haber tenido que esperar resoluciones de COMAR y demás trámites (en este caso, Julio y Tania salieron antes de la cuarentena, pero con lo poco que supe de ellos, también tuvieron problemas en Monterrey debido a que justo a poco de entrar la cuarentena, Julio quedó fuera de la ensambladora donde

⁸² En este programa que la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para el Refugiado, en su presencia en México se ha enfocado no solo en apoyar económicamente a personas refugiadas sino también a brindar talleres y/o vinculación con el sector empresarial (pequeña y mediana empresa principalmente) en territorio mexicano vía terceros actores como ONGs y OSCs. Sin embargo, esto se aplica mediante filtros; durante los años previos a la pandemia de COVID19, muchas personas recibieron el apoyo y existía a la par un programa de traslado seguro que consistía en llegar a una de las ciudades de acogida designadas por ACNUR y que coincidiera con los propósitos de las personas refugiadas, generalmente estas eran ciudades en la parte norte del país. Para más detalles consultar: <https://www.acnur.org/mx/programa-de-integracion-local-para-personas-refugiadas-en-mexico>

⁸³ El monto recibido catalogado de apoyo económico humanitario no es claro: en algunos casos pude conocer este monto por lo dicho por personas que recibían el apoyo vía transferencias bancarias a una tarjeta plástica del programa *Sí Vale* del Gobierno Federal de México. Según la página de ACNUR con información de 2018, cada persona recibía un monto diferido en 3 pagos que sumarán 220 dólares estadounidenses (poco más de 4400 pesos en ese entonces al tipo de cambio aproximado de 2020); para consultar: <https://www.acnur.org/mx/noticias/historias/acnur-facilita-el-acceso-tarjetas-de-prepago-solicitantes-de-asilo-en-mexico>

trabajaba) al parecer se han acoplado muy bien, integrándose a las comunidades donde llegaron cuando se les reconoció el refugio. *Michel*, *Yovas*, *Anita* y otros de quienes no recuerdo, están en EE. UU. [...].

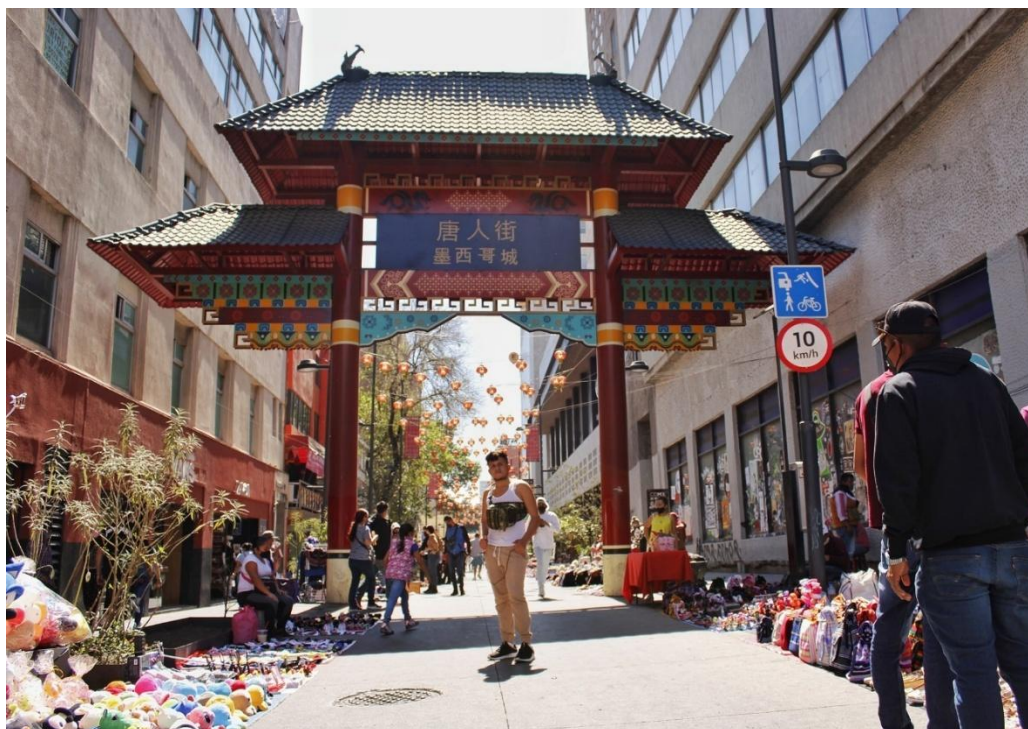


Foto 22. “Carlo”, después de esperar casi un año para poder salir de Tenosique debido a la pandemia por COVID19, pasa por la Ciudad de México para ir hacia Coahuila; febrero de 2021.

Entonces, sin pretenderlo me volví una especie de *vínculo y voluntario situado* de forma estratégica en la Ciudad de México; esto surgió como parte de la práctica del migrar de las personas que, en un principio, dejando la casa de migrantes como refugiados reconocidos en México, buscaban una cara conocida en espacios que les eran desconocidos, muchas de estas personas al adscribirse al programa de traslado seguro de ACNUR. Un poco antes de recibir a Carlos, cuando regresé en febrero de 2020 del trabajo de campo y los autobuses aun salían de forma directa desde Tenosique, Tabasco hasta la Ciudad de México, en la Terminal de Autobuses del Norte, coincidí en el autobús con Eliú, Pastora y sus hijos, así como otras personas albergadas – casi todas estas personas de origen hondureño – en la casa hasta entonces. Cabe mencionar que son

más de 17 horas de viaje (hasta 22 horas he llegado a registrar) y me enteré de que algunas de estas personas habían elegido ir a ciudades como Guadalajara (Jalisco) o Monterrey (Nuevo León) y era de llamar la atención que debían hacer la escala en Ciudad de México por más de 10 horas en ocasiones.⁸⁴

Quiero apuntar que esta forma de trasladarse de un punto a otro seguía obedeciendo a buscar cierta seguridad en su tránsito, a pesar de contar con documentos (tarjeta de residencia y constancia de persona refugiada) que implicaba para ellos de facto poder desplazarse libremente por México; muchas de las personas que entrevisté o con las que conversé sobre el punto, coinciden en que este tipo de traslados sirven para ahorrar pasajes y llegar con mayor seguridad a puntos que les acercaran más a la frontera norte. De esta forma, casi inesperadamente me volví un “voluntario a distancia” ya fuera que las casas de migrantes me contactaran o las mismas personas refugiadas hicieran lo mismo: mi presencia como acompañante y observador de sus tránsitos se había extendido más allá del terreno etnográfico situado originalmente. Terminando el caso de Carlo – de quien he seguido hasta un punto su trayectoria de vida – pude con esto abrir un panorama que me mostraba precisamente *a dónde van las personas después de la casa y si estas continuaban en contacto con la casa o viceversa*. La pandemia entre 2020 y 2022 marcó una pausa, como lo exponía el caso de Carlos, pues inicialmente las oficinas de COMAR cerraron parcialmente (no solo en Tenosique sino a nivel nacional) sus puertas y los servicios en línea, telefónica o en redes socio digitales fueron poco a poco suspendiéndose también, generando pausas muy alargadas en las trayectorias de los tránsitos.

Por su parte, la casa de migrantes replanteó sus protocolos de atención y estas acciones provocaron tensiones que pasaban por desacuerdos como el poder fumar

⁸⁴ Más adelante quiero retomar esto como parte de visibilizar los espacios y tiempos de contención. Una persona refugiada que viaja a Ciudad de México en la modalidad expuesta, después de las más de 16 horas de viaje debe aguardar en ocasiones más de 10 horas para tomar el autobús hacia alguna otra ciudad, lo que le condiciona a estar en condiciones de espera en un espacio que puede llegar a ser hostil e incómodo para estar; sin embargo, esto queda invisibilizado porque, según el discurso que impera “así son las cosas” y se sustenta aún más al percibirse que es “lo último del viaje”. En el capítulo 4 trataré de dar más argumento a esto.

dentro de la casa⁸⁵; muchas personas que consideraban que la situación de la cuarentena y la pandemia pasaría pronto decidieron salir de la casa entre acusaciones de que se les estaba “reprimiendo” o que “la casa había dejado de ser un buen lugar”; podría decirse que un evento así modificó la práctica y estrategia del migrar poniendo – desde la perspectiva de las personas migrantes o solicitantes de refugio – en duda que la casa de migrantes podría ser de utilidad para sus fines. Cerrando la viñeta de Carlos y las menciones de otras personas:

[...] Carlo me ha sorprendido con una nueva familia. No me atrevo a preguntarle qué pasó con su pequeña hija y la otra mujer con quien entendí que vivía en pareja. Hoy en día Carlos se dedica a hacer fletes de carga de muchos tipos. Eliú siguió su sueño de ser cocinero y trabaja en un restaurante en Guadalajara. Brayan se insertó en el sector de servicios turísticos (en un restaurante-posada de un paisano suyo de Cuba) y también vive en pareja. Vanesa sigue en Monterrey y lo mismo, ha hecho familia. Pastora y familia en Tijuana, asentados. Me parece que de quienes estuvieron en La 72 en ese 2020-2021 la mayoría decidió y pudo asentarse en México. Es decir, han ejercido su derecho como personas refugiadas y ahora residentes en México. Cosa no menos sorprendente si considero que en medio de una pandemia y cuarentena vieron truncadas sus expectativas. Algunos otros como el *catracho* (Josué Garay) o *Charly* (Carlos Ucles) van y vienen desde Honduras y no terminan de afincarse.

Durante la pandemia pude ser testigo indirecto – es decir, no presente – de cuáles fueron las condiciones de los tránsitos y las formas que tomaron, pero también del papel de las casas y/o albergues de migrantes y mi papel extendido, como había ya mencionado líneas arriba. Entre 2021 y 2022 y mediados de 2023, las casas de migrantes atravesaron por una serie de cambios que de manera muy general implicaron dos situaciones: reducir en más de la mitad en ocasiones su capacidad de albergar personas y generar espacios de aislamiento. Esto, a su vez, fue sostenido en una misma práctica

⁸⁵ Dentro de la casa de migrantes, como La 72 pero en otras también, el consumo de tabaco es tolerado, sin embargo, también ha sido combatido implementando ciertas normas o reglas dentro de la casa para la convivencia interna, llegando a puntos donde se prohíbe totalmente su consumo. Esto, por fútil que parezca en algunos casos, ha detonado serios problemas de aceptación por parte de las poblaciones que se albergan, volviendo endeble la aplicación de dicha regla de “no fumar”. Durante la pandemia, muchas personas decidieron salir y abandonar La 72 debido a que ya no podían fumar.

humanitaria: comida-techo-descanso a la que se sumó asepsia. En cuanto al tiempo, este se extendió evidenciando en un principio el intersticio entre la personas que migran y la persona que es refugiada, empezando a surgir una figura que metodológicamente considero como la *persona en espera* de continuar su tránsito e inclusive de finalizarlo.

En abril de 2021 pude ir nuevamente a La 72 y visitar la Casa de Migrantes de Caritas de Ciudad de México. En la primera acudí debido al décimo aniversario de la casa y con la gracia de que el semáforo de pandemia⁸⁶ había sido iluminado de amarillo y prácticamente de verde en Tabasco,⁸⁷ junto a que había ya pasado la primera etapa de vacunación a la población en general en marzo de 2021 – por mi rango de edad la primera vacuna la recibí en junio de ese año – siendo pauta a que me desplazara en autobús hasta Tabasco. Antes de llegar a mi destino noté que las personas – hablando de personas migrantes y/o refugiadas - seguían haciendo uso de aquel medio de transporte, así como una presencia más notable de líneas de transporte más económicas que en México se conocen como “de segunda”.⁸⁸ Ya en las puertas de La 72 pude notar algo impresionante para mí, que había estado en un tiempo antes de la pandemia y que no era tan visible: un nutrido grupo de personas que no sabía bien si eran migrantes, refugiadas o ninguna de estas. Lo que era visible también era que la mayoría vivían en la parte exterior de la casa o en las calles de Tenosique:

⁸⁶ Para consultar información sobre cómo se calificaban las actividades posibles a realizar o no con base en el semáforo de pandemia en México: <https://coronavirus.gob.mx/semaforo/>

⁸⁷ El manejo del control de exposición por actividades al aire libre y el consecuente contagio de COVID19 ha sido un tema de disputas y controversias que hasta la fecha no han sido del todo aclaradas. La parte sureste del país permaneció mucho tiempo en semáforo verde, pero a mediados de junio de 2021 el gobierno y el sector salud de Tabasco declararon emergencia y semáforo en rojo. Justo a los dos meses de que, en semáforo amarillo y a punto de estar en verde, acudí a La 72 y a poco más de un año de que se declaró cuarentena en todo el país.

⁸⁸ Aquellas líneas de transporte en autobuses que son reconocidas empresas como Autobuses de Oriente (ADO) u otras, se les considera de primera debido a que representan condiciones de seguridad y servicios garantizados, así como el uso de bahías y andenes dentro de las terminales de autobuses más grandes del país. Por otra parte, aquellas que son consideradas de “segunda” en un principio se consideran líneas de servicio no formalizadas y con autobuses con modelos de años anteriores, así como “menor comodidad”, lo que se traduce en menores precios. Esto último las hace más accesibles por costos para uso por personas migrantes y/o refugiados. Mientras en las de primera un boleto entre Villahermosa, Tabasco y Ciudad de México puede costar entre los 1100 y 1600 pesos mexicanos, en las de segunda puede llegar a costar menos de 600 pesos mexicanos.

Nota del diario de campo. 21 de agosto de 2021. Llegando a las puertas de La 72. Tenosique, Tabasco.

[...] después de casi 20 horas estoy de vuelta. Ha sido tedioso usar el cubrebocas todo el camino y he notado que, desde Veracruz, las medidas se han relajado y salvo algunas terminales importantes como Villahermosa o Palenque, las personas no usan el cubrebocas. Pero mi sorpresa no termina: la casa de migrantes está llena... pero por fuera. Bueno, en todo caso resulta que miré demasiada gente afuera de la casa, pero no necesariamente eran personas albergadas. Hasta donde sé nadie, salvo excepciones, podían salir ya que La 72 seguía aplicando la cuarentena y aislamiento; como llegué a la hora de la fiesta por el aniversario de la casa pude notar que solo había cerca de 80 personas (contra las más de 150 personas que en ocasiones llegaban a estar a la hora de la comida). Era un ambiente relajado, pero no dudé en mantener el cubrebocas – aún no me vacunaba – y el ir y venir dentro de la casa persistía, aunque algo cambió: ya no se podía uno sentar a comer con la población en general.

Vi unas caras conocidas, pero por lo demás entendí que muchos se habían ya ido en cuanto se reestablecieron las vías de comunicación y de otros, supe que seguían rentando por las colonias del centro de Tenosique e inclusive, pude notar que un callejón donde había hasta hace un año un par de familias haitianas ahora estaba lleno de muchas más. No era necesario meterme al callejón, todos estaban sobre la banqueta. Y de la casa de migrantes, ahora había un espacio de aislamiento, así como la norma de que quien quisiera permanecer en la casa primero debía esperar a que alguien saliera y dejase su lugar o simplemente aguardar y aguardar. Por otro lado, solo quienes recibieran apoyo por el área de defensa de DDHH de la casa podrían permanecer en la población. Por obvias razones, las consultas gratuitas que daba esta área a población externa se suspendieron, así como los ingresos nocturnos, salvo para mujeres y niños/niñas al interior de la capilla [...].

Por otra parte, en Ciudad de México pude conocer el trabajo de una casa de migrantes cerca de la Colonia San Juan de Aragón, en la Alcaldía Gustavo A. Madero que es coordinada y forma parte de Cáritas México; en esta casa, me resultó importante conocer algunos procedimientos que si bien conocía, no había logrado comprender la vinculación con los TIIR, además de que esto me permitía un panorama más amplio en

tanto entender el papel de las casas y las estrategias de las personas en TIIR en el contexto de pandemia. Aunque escaso el trabajo de campo – tomando en cuenta que en la Ciudad de México persistía la *sana distancia* – la lógica de las casas y/o albergues de personas migrantes es distinta: en Ciudad de México, generalmente las personas en TIIR son canalizadas por otras organizaciones como ACNUR, principalmente. Hay una – me atrevería a decir – falsa impresión sobre la labor de las casas de migrantes en tanto la idea de “puertas abiertas” ya que finalmente no siempre “están abiertas” y después de la pandemia, esto quedó más que claro. Casa Tochan (Alcaldía Álvaro Obregón), CAFEMIN⁸⁹ (Alcaldía Gustavo A. Madero), Casa del Migrante Arcángel Rafael (Alcaldía Iztapalapa) en otros espacios de acogida humanitaria para personas en TIIR en la Ciudad de México se vieron rebasados en el tiempo de post cuarentena entre el 2022 y 2023 siendo este último año uno de los más críticos que evidenciaba que los corredores humanitarios no podían seguir respondiendo como siempre lo habían hecho, ya que al aumentar la presencia de las personas en TIIR en un espacio como la ciudad mencionada – y que fue extensiva la situación a nivel nacional – en verdad muchas casas y/o albergues de migrantes tuvieron que cerrar puertas al verse rebasadas: algunas con capacidades de 80 a 100 personas se vieron saturadas hasta con más de 600 personas como reportaban instancias como ACNUR y Médicos Sin Fronteras en 2023:⁹⁰

Nota del diario de campo. Septiembre de 2022. Entrevista con Edith, coordinadora de Casa del Migrante Cáritas, Ciudad de México.

[...] así es, como te explicaba, aquí en la casa recibimos más que nada mujeres solas, con hijos y en casos más amplios, familias completas, pero por lo regular se da prioridad a las mujeres [...] sí, en nuestro caso la casa recibe solo a mujeres que están tramitando su refugio o que ya lo tienen. No, no recibimos a personas de fuera, aunque en los últimos meses, como se han enterado de “es la casa de migrantes” llegan y en ocasiones hasta se esperan afuera pensando que les podemos albergar. Una vez lo hicimos, pero resultó

⁸⁹ CAFEMIN: Casa de acogida, formación y empoderamiento de la mujer internacional y nacional.

⁹⁰ Para consultar sobre la condición que se vivía en las casas y/o albergues para personas en TIIR en México: ACNUR <https://www.acnur.org/mx/noticias/avisos/situacion-de-los-albergues-en-la-cdmx-octubre-2023#:~:text=Al%20menos%2013%20albergues%20en,de%2040%20personas%20alberga%20hoy> MSF: <https://www.msf.mx/actualidad/albergues-rebasados-y-afectaciones-a-la-salud-la-poblacion-migrante-en-la-ciudad-de-mexico-enfrenta-una-realidad-precaria/>

en una muy mala experiencia y por tanto decidimos seguir trabajando con personas que son canalizadas por ACNUR principalmente y el DIF.

[...] desde la pandemia y la cuarentena tuvimos que tomar medidas de seguridad, la famosa “sana distancia”; afortunadamente no hemos tenido casos de contagio aquí, pero sí hubo unos meses en el 2021 que no recibimos a nadie y solo estaban dos familias. Fue difícil porque el confinamiento y, como ves, aunque la casa es grande tuvimos que ir adecuando espacios y formas de convivir. Una de las cosas es que, si bien la casa puede tener cerca de 60 personas, hemos decidido a solo tener máximo 30, aunque es raro y en todo caso hemos tenido solo a 15 personas cuando hay mucha canalización de personas por ACNUR [...].

Considero que estos dos ejemplos ilustran de alguna manera tanto el trabajo de las casas de migrantes como esa red de actantes que actúan dentro de un contexto complejo (la movilidad humana en forma de TIIR, la pandemia, la cuarentena, etcétera) por un lado, y por otro, las formas que tomaron las prácticas y saber migrar como parte de la cultura del migrar hablando de los TIIR. Este apartado trata de responder a la pregunta *¿qué sigue después de la casa de migrantes?*, en el sentido de conocer hacia dónde van y cómo continúan o no sus TIIR; algo constante es que la presencia, la figura y el actuar de la casa de migrantes: estas, se vuelven tan extensivas como los TIIR de las personas que en algún momento se albergaron en alguna.

Por otra parte, se evidenciaron tensiones entre las casas y la práctica del migrar: no se debe de perder de vista, que eventos como la desaparición de tren de carga (que para entonces solo podía tomarse en Coatzacoalcos, Veracruz y ya no desde Tenosique, Tabasco), la cuarentena por motivo de la pandemia de COVID-19 así como una verticalización y securitización de fronteras (Bauman, 2016; Treviño, 2016; Rodríguez, 2017; Del Monte 2023) que, como un ejercicio de control, gestión y contención de los flujos y procesos de las movilidad en TIIR se magnificaron de formas materiales y simbólicas (no una sino “multiplicar” las fronteras de arriba abajo o de sur a norte), resultaron en espacios no disponibles o seguros, nuevas reglas de convivencia o del uso del espacio, puertas no abiertas o semi abiertas, etcétera, que podía observarse al interior y exterior de las casas de migrantes.

No hay que olvidar que, después de los lamentables acontecimientos en que una persona falleció dentro de la Estación Migratoria en Tenosique debido al incendio que se presentó por un motín que surgió por el temor de los contagios, en muchas otras estaciones migratorias comenzaron a dejar “libres”⁹¹ a quienes tenían dentro de las instalaciones debido a que la cuarentena se extendió y al no haber garantías sobre si continuarían y se daría seguimiento de las solicitudes, entrevistas, entrega de tarjetas y otras actividades que se realizan en vínculo con la COMAR y evitar “vulnerar” sus derechos humanos, se optó por vaciar las estaciones migratorias en general.⁹²

Otro de los actores presentes en el cambio que tomaron las prácticas del migrar y cómo se construyen los tránsitos de las personas en TIIR a través de México es uno que ha estado presente desde hace mucho: el crimen y la violencia. Durante la cuarentena esto parecía haber disminuido, pero en todo caso, quiero argumentar que era una impresión errónea. Quiero tomar como ejemplo un testimonio de la señora Amanda Z. que desde hace unos 10 años ha sido impulsora de la defensa de derechos humanos de personas en TIIR que transitan por la Comunidad de la Palma y que es el punto medio entre El Pedregal y el centro urbano de Tenosique, todo esto en Tabasco y la ruta conocida como de El Pedregal que, como ya he mostrado, realmente empieza desde el lado guatemalteco al tener que navegar parte del Río San Pedro y, en este caso, se puede tomar como punto de partida la casa de migrantes Casa Belén- El Ceibo:

Nota del diario de campo. Charla con la señora Amanda, coordinadora del albergue de La Palma para personas migrantes. Comunidad La Palma, Tenosique, Tabasco. Cerca del mediodía. Abril de 2021.

⁹¹ Entrecorriente la palabra “libres”, ya que en términos técnicos las personas canalizadas a una Estación Migratoria no son *detenidas* ya que jurídicamente no cometieron un delito y la Estación migratoria no es un centro carcelario. Lo que hay es una falta administrativa en materia de regulación migratoria, aunque en términos vernáculos y de percepción entre las personas migrantes en TIIR y colectivos u organizaciones de defensa de DDHH en México, la Estación Migratoria es una cárcel y el trato como vulnerador de sus Derechos Humanos. Para consultar, Informe de Sin Fronteras IAP sobre las estaciones migratorias: <https://sinfronteras.org.mx/wp-content/uploads/2019/02/informe-estaciones-migratorias-2019-final.pdf>

⁹² A mediados de abril de 2020, la mayoría de las estaciones migratorias en México liberaron a las personas que habían sido canalizadas y permanecían presentadas en dichos espacios. Para consulta: <https://www.inm.gob.mx/gobmx/word/index.php/tema-migratorio-270420/>

[...] sí mire: aquí no ha dejado de pasar gente. A veces llegan muchos otros, unos poquitos. Pero pensamos que con lo de la enfermedad (COVID19) se iba a disminuir, pero ¡no fue así!, ¡se sorprendería!, familias y familias pasan, más de esto, ¡haitianos! [...] es muy triste, aquí hay gente muy mala. Mire: para nadie es un secreto que como aquí nadie pasa, no pasa nada (se refiere a los cuerpos de seguridad de policías o Guardia Nacional) ¡mire!: ¡Camionetas llenas! ¡llenas! de gente que ya traen desde allá del otro lado (se refiere a la parte extrema de la comunidad, en los límites con Guatemala) lo que yo sé es que les cobran y se los llevan hasta Palenque. Y ya de ahí, pues no sabemos. Pero sí, siguen existiendo secuestros o los obligan a que paguen [...] yo tuve que dejar el lugar un tiempo, me desanimé, pero no quería que mi familia y yo corriéramos peligro [...] varias veces vinieron aquí a gritonarme que “les regresara a su gente”. Como muchos de los migrantes se daban cuenta que los querían extorsionar, al saber que en al casa estaban seguros, mejor se quedaban o ya llegaban directamente aquí. Pero nunca dejaron de llegar [...].

Las casas y/o albergues de migrantes siguen siendo clave en tanto la toma de decisiones para que estas personas decidan a dónde ir; también, aún en contextos de emergencia como la pandemia por COVID19, seguían significando espacios seguros y no necesariamente por permanecer al interior: bastaba con estar a las orillas de esta y sentir cierta seguridad. ¿Hacia dónde iban las personas en TIIR al salir de la casa o albergue de migrantes? La respuesta parece apuntar a que se dirigían a otra casa o albergue, estuviera esta o no en sus planes. Pero esto no es definitivo ni mucho menos norma. Regresando a lo que pude seguir de Carlos y otras personas que estuvieron en la casa hasta antes de la pandemia, tuvieron una tendencia a permanecer en México, lo cual daba sentido en cierto modo al Programa de Integración Local impulsado por ACNUR en el que hay que destacar que hasta 2020 muchas personas buscaron llegar a destinos lo más cercanos a la frontera norte de México en el afán de en algún momento cruzar hacia Estados Unidos.

Sin embargo, en el contexto de la postpandemia y postcuarentena esto cambió. Los registros que pude llevar de muchas personas que salieron de La 72 así como algunos otros por fuera de la casa, me mostraron una tendencia a buscar llegar al norte,

pero no para afincarse temporalmente sino para cruzar lo más pronto posible. Tal vez un caso que ejemplifica esto es cómo dos personas refugiadas identificadas dentro de las disidencias sexo genéricas, *Paloma* y *Jean P.*, me ayudó a ver cuán veloz puede ser esta búsqueda de la meta de cumplir el tránsito con ayuda o no de la casa de migrantes:

Nota del diario de campo. Marzo de 2022. Recibiendo en la Terminal de autobuses a George (Paloma) y a Jean P.

[...] después de un día ajetreado por haber recibido a George y a Jean P. en la terminal de autobuses y acompañarlos tanto al Ángel de la Independencia en Reforma como a la Basílica de Guadalupe, estoy en casa. Muy contento por ellxs. Sobre todo, por George que, desde el 2020 que lo conocí, estaba intentando llegar a su destino. Ambxs se identifican como parte de las disidencias sexo genéricas o población LGBT de La 72 – esto es lo más común a usar – y huyen por ser perseguidos por su identidad de género. Pero por fin han logrado ser aceptadxs como refugiadxs en México.

[...] y, *¿de aquí a donde se van?* – les pregunté mientras tomábamos fotos en el Ángel. *¡Uy, pues no sé Eri!, yo creo que nomás una semana en Monterrey y a los USA* – me respondía J.P. George es más introvertidx, así que permanecía más agustx mirando la avenida Reforma. Allá tengo unas amistadas, no sé Paloma, pero yo quiero estar en Miami. Allá ya tengo trabajo asegurado. Pero con el refugio, no sé, igual me quedo más tiempo, pero si nos vuelven a cerrar la frontera por pandemia, ¡no!, ¿se imagina?, otro año más y Paloma que tenía más de tres veces de intentarlo [...].

Retomando el viaje de George y J.P.: [...] han pasado un par de semanas y después de saber que habían llegado a Monterrey sin tanto problema, me enteré – porque J.P. me pidió las fotos en CDMX – de que aprovecharon el cruce del Río Bravo, por la baja del río, que permitía cruzar a los EE. UU. y ahora andan en Miami. Ambxs pasaron la pandemia y esperaron solo una semana para cruzar. Al parecer quisieron pasar unos días en la casa del migrante de Monterrey, pero no me queda claro; en ocasiones pienso que no debo ser tan invasivo con mis preguntas y no me gusta incomodar a la gente, si bien por otro lado, me acuso de “no aprovechar el momento”. Supongo que es parte de aprender a ser éticamente profesional en campo [...].

Precisamente esta tensión entre hacer o no hacer preguntas como: *¿a dónde vas?*, muchas veces me hacía dudar de la viabilidad de hacer un trabajo de campo extensivo

fuera de la casa de migrantes. Y no porque no pudiera hacerlas, sino porque en ocasiones podía sentirme comprometido ante todo lo que las personas en TIIR me confiaban. Un caso que me ha permitido afrontar ese vaivén afectivo-comunicativo entre las personas que conozco o conocí y mi papel de voluntario-etnógrafo fue el caso de Cynthia y Nahum que a su vez me unió de nuevo a las hermanas Rodríguez y otras personas más, principalmente madres con sus hijos e hijas que viajaban desde Tenosique a Ciudad de México y de ahí a sus posteriores puntos de llegada como Irapuato, Piedras Negras y Monterrey.

Recibir a Cynthia y su familia me abrió camino a despejar dudas: ¿qué forma estaban tomando los TIIR después de la pandemia? ¿estaba en una situación algo privilegiada! o eso pensé en su momento: estaba conociendo de primera mano cómo los TIIR y el trabajo de las casas de migrantes se estaban vinculando, se seguía extendiendo ese hilo de prácticas humanitarias en los intersticios posibles entre sus puntos de salida y llegada, sus decisiones y los riesgos que les llevaban a acercarse o evitar a otros actores/actantes. Retomo su testimonio ya que, siguiendo el apartado anterior, se complementa con la idea de seguir los TIIR y el hilo que se va tejiendo con las casas de migrantes:

Nota del diario de campo. 30 de abril de 2022. Cynthia y familia llegan a la CDMX como refugiados.

Eri', nosotros llegamos el primero, salimos el 30 y llegamos al otro día allá a México: fue lo que me contaba Cynthia. Por fin les dieron el refugio y están siendo trasladados por ACNUR a Monterrey. Es, como siempre, problemático. El Programa de Traslado Seguro les ayuda a las personas migrantes que han sido reconocidas como refugiadas, una movilidad asegurada a un punto del país. Como sea, en 4 días espero encontrarles de nuevo. Lo mismo que en su momento hice con Carlo y su familia, los llevaré a dar una vuelta por el centro de la ciudad para que al menos pasen un rato fuera de la terminal de autobuses.

Llegaron junto a las Hermanas Rodríguez, ellas se fueron mucho antes, como a las 11 de la mañana y lamentablemente yo llegué a la terminal pasando de las 11:10. *Eri', ¡ya no lo vimos!*, me habló por teléfono Sara, una de las hermanas: *fíjese que ya vamos en el bus. Vamos a Guanajuato, Irapuato. Allá nos mandaron. Nuestro bus salió antes. Es*

que los demás van más para arriba. Nosotras también queríamos, pero vaya uste' a saber por qué no nos tocó. Ya veremos qué le hacemos

Cuando llegué y miré a *Cynthia*, a *Nahum* y sus hijos *Ramsés*, *Santiago* y *April* pude por momentos mirar de nuevo La 72: *¡nos lo dieron Eri', nos lo dieron!*, decía *Cynthia* del refugiado. *Después de tantas cosas, de mi Nahum* (a quien habían deportado cuando todos habían entrado a México), *el miedo, ¡todo!, estamos tan agradecidos. ¡Mis voluntarios!, ¡Mi Eri', que lo podemos volver a ver!* Pasamos la tarde en el centro de la ciudad de México; los niños se fascinaron con el trolebús y la cantidad de edificios y ¡la gente!, ¡nunca habían visto tanta gente!

Lo cierto es que estar presente en cómo algunas personas viven sus TIIR fuera de la casa – o después de la casa – permite, o me ha permitido, problematizar algunas cosas que posiblemente escapan al ojo que no esté familiarizado con este tipo de trabajo situado y multisituado. Retomaba hace unos párrafos la crítica y postura ante el espectáculo de las fronteras y la pornomiseria que se hace desde los *mass media* en tanto la construcción de un meta relato que parece ser hegemónico en la construcción de las narrativas migrantes en TIIR. Para muchas personas llegar a la Terminal de Autobuses es una continuación del salir de Tenosique – para el caso donde más he logrado documentar etnográficamente – ; todo empieza con rebasar los estadios de angustia y ansiedad que parecen caer como muros sobre las personas albergadas en la casa donde los días también les son contados en tanto su permanencia, como decía fray Gabriel, coordinador de La 72 entre 2019 y 2022: “la gente sigue llegando, como gotas de lluvia, sin detenerse y siguen tocando a las puertas de la casa”.

Recibir entonces la noticia de ser o no elegibles del reconocimiento de persona refugiada en México es un parteaguas en sus propósitos de TIIR. Si bien este reconocimiento como personas refugiadas sirvió y sirve como parte de las estrategias para hacer más seguros sus tránsitos, implicaba sus prácticas emotivas y afectivas: un ejemplo de esto, es cuando las personas salían (se despedían) de la casa porque ya iban a ser trasladadas y desde La 72, partía una procesión con casi todas las personas albergadas precisamente a despedir a “los que dejaron de ser migrantes” que parecían empezar una nueva vida, dejando atrás la palabra “migrante” ya que ahora eran “los

refugiados". Estas etiquetas lejos de ser despectivas mostraban un ejercicio de elogio, reconocimiento y, sobre todo, de alegría.

Por otra parte, quienes por alguna razón no resultaban elegibles o demoraban más sus procesos de resolución se seguían mirando y mostrando (enunciando) como "emigrantes", "migrantes" y en un ejercicio de esperanza y pausa, aguardaban con el mejor de los ánimos y como lo decían, "con el apoyo de la casa", algún día obtener el refugio y poder "empezar de nuevo su vida". La experiencia autoetnográfica emotiva y encarnada me permitía experimentar la algarabía en la estación de autobuses despidiendo a los nuevos refugiados, pero también llorar o sentir un ensimismamiento junto a quienes, por diversos motivos, veían frustrados sus planes. Llegar a Ciudad de México, pude notar y documentar fotográficamente, significaba arrojar luces a sus planes futuros. El espectáculo de las fronteras no siempre comunica esto, ya que predomina la construcción de una narrativa de violencia, precarización y sufrimiento, como si esto fuera *per se* de los TIIR.

Lamentablemente, esas violencias y sus actores siguen presentes también en los hilos que se van tejiendo por las personas en TIIR, como pude constatar más tarde, algunas semanas después de ver a Cynthia y su familia en la Ciudad de México:

Nota del diario de campo. Junio-julio, 2022. Siguiendo la de trayectoria Cynthia y su familia.

Ayer es que me llamaron. Trataré de narrar lo mejor posible: desde abril hasta finales de mayo no sabía nada de Nahum y Cynthia. El número de WhatsApp al parecer no lo usan más y sus perfiles en Facebook han quedado inactivos (por lo menos en Messenger), esto no me causaba más extrañeza que la necesaria; sin embargo, ya habían pasado más de 5 semanas sin saber. Lo último es que llegaron a Monterrey. Ayer recibí un mensaje por Messenger: *Eri', ¿cómo le ha ido?*, era Nahum que me escribía. Sucede que llegaron a Monterrey (Nuevo León) pero decidieron irse a Piedras Negras (Coahuila). Hubo un rumor con algo de cierto sobre que allá era más fácil cruzar la frontera para pedir asilo en los EE. UU.

Intentamos cruzar, estaba bajo el río y llegamos, ¡bendito Dios!, con los niños, April, ¡ay!, ¡pero que desgracia!: ¡nos regresaron esa misma noche. Sin dinero, sin nada, ¡nada, Eri', nada! Era nuestra segunda vez, la primera fue allá en Monterrey, pero ni llegamos

tanto. Acá sí, pero no: fue lo que me contaba Cynthia en una llamada al otro día. Ellos estaban muy a su manera enterados de ciertas concesiones que en ese momento había para personas migrantes de origen venezolano, nicaragüense o haitiano donde básicamente el tener un patrocinador en EE. UU. (que puede ser alguien con vínculo de amistad, familiar o que se responsabilice a forma de tutoría) que no es otra cosa que alguien que se responsabilice y reciba a las personas migrantes de aquellos orígenes nacionales llenase unos formularios y permisos. Cynthia y Nahum conocían esto medianamente, pero siendo hondureños decían: *a nosotros no nos dan facilidades, pero sé que si se puede. Pero hay que sacar cita para que a uno lo atiendan y lo pasen a uno del otro lado.*

Durante su trayecto muchas personas en TIIR me contactaron para conocer las ubicaciones de las casas y/o albergues de migrantes en distintos puntos del país; algo que llamó mi atención y me llevó a preguntarme si esta información es de difícil consulta para la personas en general; fui cuidadoso de no hacer un sesgo, ya esa información inclusive la tengo memorizada en su mayor parte, de forma general – finalmente, la investigación etnográfica que construyo, es con base en las casas y/o albergues de migrantes en México – sin embargo, entiendo que no es algo que toda persona conozca a detalle. En todo caso, sucede que precisamente en mi calidad de informante para las personas en TIIR yo era una vela en una oscuridad donde la luz que habían hallado en La 72 u otras casas en el sureste de México, mientras más avanzaban al norte, les parecía que se extinguía.

Eso mismo me llevó a ver cómo las redes de actantes que se tejen con las casas de migrantes no solo obedecen a una adscripción de cierta identidad o pertenencia, por ejemplo, a una orden religiosa. En el caso de Cynthia, al llegar a Piedras Negras habían pasado por vivir en la calle o estar a al espera de entrar a una casa de migrantes en esa localidad. Antes de eso, ella y su familia volvieron a contactarme porque pensaron que al haber sido voluntario de La 72 y que la casa de migrantes Frontera Digna era también atendida por religiosas franciscanas (ambas están agrupadas junto a otras casas de migrantes como parte de la Red Franciscana para Migrantes en México) podía interceder hablando con las religiosas a cargo o hablar con personal de La 72 para que intercedieran

en su ingreso a la casa. En otro caso similar, en algún momento del 2022, Nicoll, que estaba en Tijuana, me contactó con apuro – de alguna manera consiguió mi número telefónico – para que le ayudara a recuperar unos documentos de identidad que en un pleito le habían quitado los policías. Si bien esta acción evidencia un modo de microviolencia, más adelante argumentaré esto, por el momento retomo este pasaje para evidenciar también cómo la red de trabajo humanitario se extiende de maneras que son difíciles de registrar y documentar, pero que pueden tener serias consecuencias en tanto los TIIR.

Comprendo cabalmente que la posición de poder y preferencia en algunas circunstancias para abordar situaciones como las expuestas anteriormente me favorecieron para estar presente (inclusive si era a distancia) para que ese hilo humanitario siguiese tejiendo la red completa y ser parte del mismo en un intersticio que podría ser bastante inesperado. Retomo el testimonio de Cynthia y su familia, que después de algunos periplos, ingresaron a la casa del migrante Frontera Digna, en Piedras Negras, Coahuila:

Nota del diario de campo. Julio, 2022. Casa del Migrante: Frontera Digna, Piedras Negras Coahuila.

[...] Eri', sí nos recibieron, no muy bien, pero la madrecita aquí nos dijo que nos iba a dar chance. ¡Hay mucha gente! Y la lista para apuntarse nomás no avanza. Ya aquí, Nahum anda ahí buscando trabajo porque dice la madrecita que "a las mujeres con niños se les da prioridad, pero los hombres deben de buscar mantener a su familia y no pueden estar todo el día aquí dentro", ¡ay, ¡cómo extraño La 72!: me comentaba Cynthia en una llamada espontánea que les hice hoy por la tarde. No pasó una semana y me decían que ya estaban en la lista y que seguramente irían a la entrevista con los abogados mañana (escribo esto a una semana prácticamente de finalizar julio y nuestra última llamada). En resumen: de alguna manera pude enterarme de ciertos detalles de sus tránsitos: en el camino de Monterrey se fueron primeramente a Ciudad Acuña (Coahuila) bajo la misma premisa del "poder cruzar de forma segura" sin coyotes ni nada que implicara pagar de nuevo. En el trayecto de autobús fueron secuestrados (un tipo de secuestro exprés, por lo que me detalló) en el cual les quitaron el dinero. Aunque alcanzaron a esconder el

celular que usaban decidieron quedarse sin nada, por lo que se deshicieron de la tarjeta SIM.

Los rumores que desinforman o informan son una constante en los TIIR; en algún momento a finales de enero de 2020 se había esparcido un rumor sobre que en Tenosique se invitaba a reunirse para organizar la *caravana migrante*; esto inclusive tuvo que ser desmentido en algún momento por fray Gabriel que era el coordinador de La 72, debido a que también se había comenzado a rumorar que dicha caravana saldría de la casa de migrantes y que era desde ahí que se estaba organizando. Tuve que decir en la misa que no era cierto lo de la caravana, porque los vecinos ya se estaban alarmando. *Así es Eric, ni nosotros sabemos quién o por qué se dice que habrá una caravana* – me respondió en un su momento fray Gabriel. Lo cierto es que los rumores llevan a las personas a tomar decisiones en ocasiones controversiales: sucedió en el contexto de la cuarentena por COVID19 cuando se empezó a decir, por un lado, que “no iba a durar más de una semana” o, posteriormente, “que la casa – y las demás casas – iban a cerrar por siempre porque ya no había gente”. Estos y otros en algún punto dieron pauta a que algunas personas salieran de la casa pensando que en un poco tiempo las oficinas del INM o de COMAR, así como ACNUR, retomarían actividades.

A mediados de 2022 comenzó a surgir un rumor sobre que “en Piedras Negras (Coahuila, México), se estaba dejando pasar con cita a los EE.UU. y era posible ya quedarse del otro lado”; lo cierto en un primer momento fue que muchas personas en TIIR comenzaron a llegar a ciudades como aquella o a Ciudad Juárez en Chihuahua o Ciudad Acuña también en Coahuila que, junto a Piedras Negras, comenzaron a ser foco de atracción por aquel rumor, que tenía que ver con “unos tickets para entrevistas que solo se podían obtener en la casa de migrantes”; Continúa la viñeta:

[...] Esto en parte explica el que les haya perdido la pista desde que los vi en CDMX y supe de su llegada a Monterrey; al no tener oportunidades en Ciudad Acuña, escucharon de la casa del migrante en Piedras Negras. Ahí es que volvimos a tener contacto ya que, entre otras cosas, me preguntaron si no sabía de alguien que les ayudase en la casa o para entrar a esta. [...] cuando llegaron a Piedras Negras, trataron de cruzar nuevamente por el río (entiendo, antes de ser aceptados en Frontera Digna) [...] un dato interesante

es saber que muchas personas migrantes creen que la casa del migrantes “da las citas para poder ser entrevistados por agentes de migración en EE. UU”, situación confusa, pero nada alejada de la situación que en el sur tanto escucho: que casas como La 72, dan el refugio. Esto es, considero, una confusión que, entre otras cosas, muestra la mezcla y complejidad de vínculos y relaciones entre casas de migrantes, organizaciones humanitarias y los Estados ante la atención de la regulación migratoria.



Foto 23. Tres familias de origen hondureño y guatemalteco esperan viajar hacia la Ciudad de México desde Veracruz, esto en el contexto del CBP-One. Antes, sufrieron un asalto y perdieron casi todo; agosto de 2024. Foto correspondencia con Las Patronas.

Mucho antes del uso de la aplicación móvil de CBP-One para solicitud y registro de citas con autoridades migratorias en los EE. UU. con motivos de asilo y/o regularización migratoria, no había una seguridad o claridad de cómo, algunas personas lograban ingresar a territorio estadounidense – salvo esos casos donde cruzaban de forma indocumentada e irregularizada – y en ocasiones, en los casos de los testimonios que fui registrando durante y después del proceso de solicitud de refugio y la continuación del tránsito por parte de algunas familias o personas solas, solo quedaban claras dos

situaciones: que muchas de estas personas recibían apoyo de familiares o, en algunos casos como el de Cynthia y su familia, de alguna organización de base de fe. Debido a los tiempos de realizar la investigación, que me situé principalmente en el sureste de México y que en ocasiones perdía por meses contacto con las personas, ocurrió que el proceso de sus TIIR en el norte del país o en EE. UU, no pude hacer un mejor registro. Sin embargo, el caso de Cynthia puede arrojar luces sobre esto:

Nota del diario de campo. Entre agosto y septiembre de 2022. La familia de Cynthia y Nahum llegan hasta Canadá y allí entran al programa de refugiado de aquel país.

Eri', ¡qué bueno volver a verle!: me decían Nahum y Cynthia desde una videollamada que tuve con ellos, ahora enterándome de que están en Toronto (Canadá). ¿Pero cómo fue que llegaron hasta allá!?, me quedé en que cruzaron, les perdí la pista de nuevo y pensé estaban realizando su trámite para asilo en Nueva York, no dejaba de sorprenderme. Ah, mire, es algo ¿cómo decirlo?: ¡increíble!, solo puedo decir que Diosito santo nos ha puesto ángeles como uste' en nuestro camino, decía Nahum. Fíjese que sí, entramos luego, ya ve del día que hicimos la videollamada nos hablaron en la noche que teníamos que ir ya, a la de ya a la garita que ya nos esperaban. Entonces pues, como cuando salimos de la casa (pienso, en referencia a su salida de Honduras), nos fuimos. De ahí de la casa (Frontera Digna) nos acompañaron, pero pasaron por nosotros unos abogados que hacen el enlace -esto no me quedó claro- y ya nomás nos revisaron los papeles, lo del refugio aquí en México, nos entrevistaron y a las 11 de la noche ya estábamos en Eagle Pass. Así, por nuestra cuenta.

Pero mire que andábamos ahí, pues sin saber qué. Solo que, pues teníamos que movernos porque nuestro juicio sería seguido en una corte en Nueva York, (¡más de 3 mil kilómetros!), al final, se nos acercó un hombre que dijo que era padre (religioso) y nos preguntó que si estábamos de refugio. [...] bueno, para no hacerla más larga, toda esa gente nos ayudó a llegar hasta Nueva York. Desde aquel que le digo que nos recogió y nos llevó a un albergue, pasando con las madrecitas que nos acompañaron y nos llevaron al aeropuerto. Nos llevaron de donde cruzamos, a Houston, de ahí nos pasaron a ... ¿dónde?, le pregunta a Nahum a Cynthia que se había desocupado y me estaba contando esta parte de su tránsito: bueno, llegamos a Charlotte (Carolina del Sur) y de ahí en avión

hasta Nueva York. [no pudimos seguir la llamada, se le terminaron los datos a su tarjeta SIM].

Entendí que – en posteriores mensajes – que se pusieron en contacto con Juan Carlos y Sindi, pareja venezolana que terminó también siendo refugiada en Canadá, pero en Quebec. Hoy Cinthya y Nahum están bajo la protección del programa de refugio en Canadá esperando que sus resoluciones sean positivas; entiendo que allá están Juan Carlos y Sindi, Yunieth y Franklin, y ellos. Núcleos familiares que en total dan 14 personas que salieron de La 72.

III. IV Reflexiones. Los vínculos humanitarios. Un vaivén hacia el refugio.

Las viñetas y reflexiones-discusiones anteriores sobre tres elementos: la casa y su práctica humanitaria (el actante no-humano), las formas de migrar en condición de TIIR (el saber/cultura de migrar) y la trayectoria hacia o después del reconocimiento del refugio en México (la extensión de la relación con la casa de migrantes) son parte de una asociación que se puede enunciar como el vínculo de la migración en TIIR con la casa de migrantes.

La intención era arrojar luces sobre algo que considero que ha sido descuidado en los estudios sobre las migraciones en tránsito y condición de irregularidad, indocumentados y en refugio (más actualmente): la actividad de las casas de migrantes como actores-espacios sociales de primera importancia en las atenciones de corte humanitario hacia las personas que migran, son desplazadas o están en condición de refugio en México, particularmente personas de orígenes nacionales diversos y no solo de Centroamérica – un discurso que se ha incrustado también en las investigaciones es dar por hecho que quienes migran son solo de Centroamérica – aunque se acepta que siguen siendo mayoría quienes llegan de Honduras, la realidad es que quienes llegan de Venezuela o que se presentan de origen haitiano pero muchas veces llegan de Brasil, Chile o Ecuador, empiezan a “desbancar” a quienes llegan desde Centroamérica.

Como traté de exponer, las casas de migrantes tienen un posible modelo que se ha replicado desde mediados de la década de 1980 con la apertura de la Casa del Migrante de Tijuana en donde a los servicios de dormitorios para hombres y mujeres, cocina y comedor, así como de duchas y sanitarios se les suman – dependiendo el

presupuesto, el espacio disponible y otros agregados como la fuerza de trabajo de voluntaria – servicios médicos, de enfermería, psiquiatría u odontología. Otra de las áreas de servicio en los últimos años han sido los de acompañamiento y asesoramiento legal para denunciar delitos de diversa índole que las personas en situación de TIIR hayan padecido; otra actividad es la de acompañar y orientar en tanto las solicitudes de refugio en México, lo cual ha ido profesionalizándose cada vez más debido a los constantes cambios en materia de políticas – y aplicación de estas – de migración, regularización y refugio en México. Las áreas de defensa de derechos humanos de las casas de migrantes, son otro pilar de estas.

Techo-comida-descanso: es como antropológicamente se enuncia la práctica humanitaria de las casas de migrantes, una práctica que en ocasiones parece realizarse a la par de la agenda internacional que, desde organismos como la ONU, ACNUR, OIM, Cruz Roja, etcétera, implementan como “el humanitarismo que deber ser”; en este caso, la literatura revisada en el capítulo II de la presente tesis, ha demostrado que la práctica humanitaria es particular y tiene una agenda propia que se vincula con esa otra agenda del humanitarismo global sin necesariamente replicarla. Las casas de migrantes como actantes tejen también mediante sus propias prácticas – que son emergentes y contingentes en la mayoría de los casos – redes de atenciones humanitarias que se basan en esa tríada de elementos que aquí menciono como *techo-comida-descanso*.

Esto permite atender el vínculo entre casas y personas que migran en condición de TIIR. Estas personas migrantes y refugiadas viven en la casa de migrantes como parte de sus prácticas y saberes de cómo migrar, aunque esto es solo una parte del posible espectro de saberes y prácticas que dan sentido a algo que puede enunciarse como *cultura de migrar*. Esto último es lo que me lleva a atender desde una perspectiva cultural a la casa de migrantes. La práctica como algo que significa y resignifica, pero que también (re) produce espacios o actores en este caso no es solo de una vía, es un intercambio y asociación constante entre la casa y las personas que le habitan. Cuando menciono que *se vive la casa de migrantes* se posibilita verla como un actante más.

Este capítulo permite ver algunos claroscuros que solo podrían ser atendidos de forma (multi) situada en terrenos donde las personas en condición de TIIR estén (o vayan

a estar), por eso el tercer apartado “¿Hacia dónde van las personas en condición de TIIR después de la casa de migrantes?” en cierta forma no termina de responderse, pero esa es la intención del mismo apartado ¿en verdad la migración en condición de TIIR se detiene-termina en algún momento? Las distintas historias o trayectorias que logré transcribir aquí pueden mostrar ese panorama etnográfico en que las vidas se entrecruzan y no es posible atinar a entender cuándo dejan de “caminar”; si debo atender a las vidas y cuerpos que migran en forma de esas personas que de forma individual o familiar continúan sus tránsitos, considero que sería autoritario de mi parte mencionar que “ahí, el tránsito o movilidad humana termina”. Más aún: el vínculo con la casa no termina, tal vez en una temporalidad que nos rebase se diluya, pero después de casi 6 años, este vínculo aun remite a los tránsitos irregulares, indocumentados o en refugio de aquellas personas.

Justo en los días anteriores a escribir esto, dos familias de origen venezolano y la familia de Cynthia se han comunicado conmigo en sentido de buscar ayuda para resolver dos cosas: su comunicación con la casa de migrantes, por un lado y, por el otro, ayudar en la redacción de cartas sobre su paso por México. Esto, como ya lo he expuesto en el capítulo I de esta tesis, me lleva a confirmar mi papel como un mediador/intermediario más – en el lenguaje de la TAR – y una clara vigilancia ética y profesional de mi quehacer etnográfico: esto es parte del corazón de la autoetnográfica de narro desde mi experiencia como voluntario/etnógrafo en y fuera de las casas de migrantes y trastoca acompañar y “caminar” algunos tramos en el vida aquellas. Lo cálido de la vida, ante lo frío del dato.

¿Cuáles son los derroteros o veredas que unen o desunen los archipiélagos de la migración? Las casas de migrantes pueden constituir un archipiélago en sí en un océano como lo es la movilidad humana. Por ahora, en el uso de estas metáforas, este capítulo me sirve para demostrar que las casas de migrantes actúan y vinculan de forma directas o indirectas mediante su práctica humanitaria y que el nudo que surge de esto y la práctica del migrar de las personas en TIIR muestra alcances que pueden ser tanto locales como transnacionales donde la presencia del refugio, como manifestación de las políticas de protección, atención y contención de las migraciones en TIIR, es solo una superficie de algo que debe buscarse en las sombras, que no es tan visible y requiere un

ejercicio – en este caso etnográfico – para problematizar y narrar lo elusivo de este fenómeno social. Por ejemplo: ¿cuáles son las formas que toma la movilidad humana en tanto los tránsitos que llegan a Canadá?

Por eso es que la figura del vaivén junto las de cuerpo en espera y microespacio de contención – estas dos últimas se desarrollan en el siguiente capítulo – pueden ayudar a indagar y escudriñar en los paisajes de fronteras. El refugio se ha vuelto un vaivén en su forma de practicarlo, mientras para algunas personas el refugio es una solución o meta final es verdad que para otras es solo un paso más a llegar a los EE. UU. o Canadá. Ese vaivén no empieza en México, es desde sus lugares de origen o desde donde hayan partido para migrar. Un vaivén que pone en juego las vidas y proyectos, cruzar el Darién, pasar Nicaragua, cruzar la frontera sur de México es un vaivén de experiencias que se ponen en juego para construir estrategias – el refugio es una de estas - y esos muchos vaivenes hallan un final cuando dejan o renuncian al refugio en México – y no necesariamente es dejando el territorio nacional mexicano – y empieza otro vaivén ahora fuera de México donde, para fines prácticos de esta investigación etnográfica desarrollada, escapa a mi experiencia por muchas razones y es por ello que no le desarrollo más. Pero soy consciente de que hay “algo que atender”, en tanto las experiencias de esa práctica y vaivén llamado *refugio en México y fuera de este*.



Foto 24. La reunión antes de dormir en La 72. Esa noche éramos más de 500 personas en la casa; enero de 2020.

Capítulo IV. El microespacio de contención y el cuerpo en espera: de las puertas abiertas a las puertas que seleccionan.



Foto 25. Persona migrantes se forman fuera de La 72 para poder tener un lugar en la capilla interior, recibir una cena y dormir. En el contexto de la pandemia por COVID19, las casas de migrantes no dejaron de trabajar, pero redujeron su capacidad de atención o de recibir población; diciembre de 2022.

En los siguientes apartados plantearé de forma general lo que puede considerarse como hallazgos de investigación y posible aporte a los estudios sobre migraciones. Abro con una nota del diario de campo:

Nota del diario de campo. Septiembre de 2017. Primer día de voluntariado.

[...] la casa es impresionante. Aunque esto no me ha impedido notar cierto choque: lo considero normal ya que soy “el extraño”, supongo que en unos días me verán como parte del “paisaje”. Sin embargo, he notado cómo todo va a prisa dentro de la casa y afuera todo es como más lento. La gente me mira, algunas risas discretas y algunos saludos animosos ¿es usted el nuevo voluntario?, ¡alaaa!, ¿cuándo se va?, ¿de dónde es?, ¡caramba!, ¿a poco sí es mexicano? – son algunas de las preguntas y expresiones que recibí este día. [...] afortunadamente tenemos ventiladores, no había reparado en esto ni

en los mosquitos (estoy acabado de las piernas y pies de piquetes de mosquitos) [...] ¡qué dura es la vida dentro de la casa y al mismo tiempo tan buena! nos sentamos todos a cenar, después de unas palabras de fray Tomás que nos pidió dar gracias a la casa, al equipo de voluntarias y demás personal [...]; he quedado impresionado, aunque no niego cierta molestia por lo atropellado de la recepción en la casa. Mañana será otro día. [...].

Pensarme, sentirme y recrearme dentro de la etnografía, el análisis antropológico y sociológico en la investigación ha sido un vaivén que a este punto puedo decir que ha sido fructífero, pero al mismo tiempo, me ha puesto *contra las cuerdas*. Han sido estimulantes las críticas y reflexiones en el intercambio con colegas en el ámbito académico o fuera de este; a estas alturas, parece que se entenderá que una de las motivaciones de haber hecho una investigación como la presente fue porque quería sentir de algún modo *cómo era vivir en la casa de migrantes* y esta búsqueda y descubrimiento de sentires, me llevó hacia otros derroteros antropológicos en tanto los estudios de las migraciones humanas en forma de tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad (TIIR):

Nota del diario de campo. Agosto de 2017. Comedor Hermana Clara de La 72. Hora de la comida.

[...] no voy a negarlo: me dio un poco de asco la comida. Pero me sentiría mal si esta se desperdiciaba. Me cuestioné mis propias palabras de que *yo como lo que sea* – como para reírme de lo estúpido que sonaba eso. Una sopa aguada, con un pedazo tremendo de algo que descubrí quera betabel (remolacha) junto a un huevo, eran un manjar al lado del plato de ayer en la tarde que fue una porción de alguna mezcla de atún con sopa y arroz con algo de verduras donde los brócolis resaltaban como arbolitos en una planicie de color rojo y anaranjado.

Hoy en la mañana temí que mis intestinos me jugaran mal: un vaso enorme de arroz con leche y avena fue todo el desayuno. No alcanzamos pan y yo no tenía salvo un refresco congelado en el refrigerador que tenemos los voluntarios. No conozco bien las dinámicas, así que me dio un poco de pena salir a comprarme un pan al OXXO que está a unos metros de aquí. Yo veo que los compañeros migrantes albergados salen y entran (aún no encuentro el ritmo del horario posible) pero curiosamente yo casi no salgo porque

me sigo considerando un extraño. Debo hallar la manera de romper esto, vaya: ¡yo soy un voluntario! [...].

En la mayoría de los textos que he revisado –véase capítulo II del presente texto– hay un hilo que nos une a quienes hemos tomado la labor ardua de estudiar a las casas y/o albergues de personas migrantes: explicar o mostrar cómo hemos vivido en estas y lo que hemos hecho a lo largo de esa experiencia. Lo hemos hecho desde nuestros propios capitales y las formas en que corporeizamos estos ya sea intercambiado en el hablar, hacer, sentir y pensar las problemáticas a lo largo de la convivencia con las personas con quienes nos unimos y vinculamos en la casa de migrantes. Esto, me parece que ha sido una especie de combatir el mito colectivo y el exotismo prefabricado (Wacquant, 2006) en torno a estas últimas:

Nota del diario de campo. Octubre de 2016. Casa del migrante Hogar de la Misericordia. Visita para conocer la casa. Arriaga, Chiapas.

[...] había un aroma ocre al entrar; nos recibió el coordinador mientras en la cocina una persona llamada Silverio y la cocinera pelaban papas para la comida del día [...] la casa es de una sola planta, con dos pozos para tener agua y está pintada de color blanco y rojo. No deja de ser sofocante, pero al salir al patio pude percatarme de cómo las personas que migran descansaban (eran aproximadamente las 12 de la tarde) sobre colchonetas: ¿qué más pueden hacer sino descansar y matar el tiempo? [...] dentro de la casa los aromas se confunden con el clima húmedo y caluroso, y lo noté más al estar platicando con la gente: olor a sudor, bocas sucias, tenis que por más que los laven no dejan de oler a humedad; inclusive algunos se habían bañado con jabón de ropa en polvo [...] *Es lo que hay* – decía el coordinador, sobre cómo cubren las necesidades de quienes se albergan en la casa – *de todos modos, mañana o pasado, muchos de van a ir* [...].

Conocer la casa de migrantes también nos llevó a conocer los espacios, lugares y personas fuera de estas: las relaciones entre vecinos y la casa, entre las autoridades y los equipos de derechos humanos, de los mercados con los voluntarios que recogen las donaciones, los lugares marcados como de peligro inclusive, enfrente de la puerta de la casa, así como los de ocio. No menos, apreciar los paisajes que en algún momento

pueden llegar a “ocultar las tragedias de la migración”; siguiendo esta idea, es algo que se relaciona con lo propuesto por Sandro Mezzadra y Brett Nielson al tomar la frontera como método, donde desde lo etnográfico se puede rastrear: “[...] a supuestos implícitos acerca de las relaciones entre el tiempo y el espacio, los métodos de reflexividad, los enfoques acerca de la traducción y así sucesivamente” (Mezzadra y Nielson, 2017, p. 29).

No quiero agotar la lectura con más ejemplos por ahora, sin embargo, este tipo de eventos que se iban presentando a lo largo del tiempo me empezaron a hablar y mostrar cómo estas personas en condición de TIIR estaban viviendo más allá de la casa, pero en un vínculo constante con esta hizo surgir también otras preguntas: ¿dónde estaban? Es decir: ¿dónde estaban viviendo esta experiencia?:

Nota del diario de campo. Abril de 2023. Visita a La 72 con motivo del Viacrucis Migrante. [...] hay poco más de 150 personas, en un conteo rápido y discreto que hice el día de hoy. Siempre ha habido gente que está fuera de la casa y esta curiosamente siempre ha sido catalogada como peligrosa y extraña – la ironía del extraño entre extraños – porque o no quieren estar en la casa, obedecer las reglas o meramente son simples personas en condición de indigencia. Algunos, se sabe, son personas que se han dedicado a ser un tipo de halcones o distribuidores de drogas que pasan por recolectores de basura (latas, cartones y pet) y, aun así, no pasaban de 10 personas. Hoy se ha instalado un tipo de mercado afuera de la casa, antes solo eran unos cuantos puestos, inclusive eran retirados. Hoy hay unos 20 puestos a manera de *foodtruck*, covachas o construcciones de madera y carrizos cubiertas de plásticos, lonas de telas plásticas.

Pero esto no me hace quitar la vista de las más de 100 personas afuera de la casa que se tienden ahí. Muchos esperando un lugar en la noche en la capilla. Pero más: en la esquina de la calle de la escuela secundaria hay dos familias donde antes solo, si acaso, había una persona pidiendo limosna. Lo mismo ahora en la otra avenida principal que corre paralela a la vía del tren. Las calles ahora se ven de vez en cuando con personas durmiendo en estas y claro, el número de personas que rentan en Tenosique parece haber aumentado, pensando en las personas migrantes que buscan un lugar donde permanecer por meses [...].

Lo que muestro en la viñeta anterior, no es algo que sea presente en Tenosique y, en todo caso, es solo uno de muchos ejemplos de cómo las personas que migran en condición y situación de TIIR se puede observar en Ciudad de México, en Tapachula (Chiapas), en Tijuana (Baja California Norte), Piedras Negras (Coahuila) o Ciudad Acuña (Coahuila) y en tierras del bajío de México aunque no tan sonado, también en Irapuato (Guanajuato) o Querétaro (Querétaro) según los distintos testimonios que pude recoger y que tienen que ver con la ocupación del espacio público como parques, camellones, esquinas, etcétera por parte de aquellas personas:

Nota del diario de campo. Mayo de 2023. Encuentro con Marcel en la Terminal de Autobuses del Norte.

[...] no había reparado en esto: el camellón paralelo a la terminal de autobuses está lleno de casas de campaña. Es tan común ahora ver cómo las personas que presumo que son de origen haitiano están con los celulares y la aplicación móvil de traducción mientras acuerdan precios de tarifa de taxi. Los choferes de estos son una parvada de buitres: más de 500 pesos, he escuchado, les cobran para llevarlos de ahí hasta San Lázaro. Es un abuso si creo que el taxímetro no debe de cobrar más de 150 pesos sin tráfico. El camellón que está sobre el metro se ha vuelto un campamento también. El año pasado, Joyce me comentaba que ella y Estefanía estaban en el parque Braulio Fernández de Ciudad Acuña y muy cerca estaban Cynthia y familia en Piedras Negras. En Ciudad de México, también ya hay campamentos de personas migrantes en Iztapalapa cerca de la casa del migrante y cerca del metro Misterios por donde está la vía y está cerca CAFEMIN. Ignoro si por Casa Tochan haya, pero no me extrañaría [...].

Una condición en común en cada uno de los testimonios es el tiempo de espera como parte de continuar o no, sus TIIR; esto, apunta a buscar responder la pregunta: ¿cuándo se detiene la migración?, o en este caso responder si en algún momento esta migración en condición de TIIR se detiene definitivamente. En todo caso, toman otras formas, tiempos y ocupan diversos espacios para el desarrollo de sus dinámicas (Micolta, 2005; Canales y Meza, 2016). Esto, para fines prácticos, me permite abordar al espacio social con miras a dimensionarlo en los estudios de las migraciones transnacionales, globalizadas y precarizadas en condición de TIIR:

[...] definimos el campo social como un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos. Los campos sociales son de múltiples dimensiones y engloban interactividades estructuradas de diferentes formas, profundidades y alcances que se diferencian, en la teoría social [...] Levitt y Glick Schiller, 2004, p. 66-67).

Durante y posterior a la pandemia por COVID19 los regímenes de control en los cuerpos y espacios en donde las personas migrantes en condición de TIIR por México se endurecieron o afianzaron, siguiendo la cita anterior de P. Levitt y N. Glick-Schiller sobre los espacios sociales transnacionales en clave de los estudios de las migraciones, las redes y relaciones diferenciadas y desiguales se reorganizaron o reconfiguraron: los controles y contenciones tomaron forma de cierre y/o retraso de solicitudes y continuación de trámites de refugio o, en otras formas aparentemente menos implicadas, el vaciado de las estaciones migratorias y la consecuente “echar a su suerte” a las personas en condición de TIIR, no se diga menos de los múltiples retenes en las carreteras por los cuerpos de seguridad y agentes de inmigración. Los tiempos y los espacios de espera no son nuevos en tanto ser abordados y visibilizados en los estudios de las migraciones: sucede que tomaron otras formas en que es difícil atestiguar (y por ende registrar) si se han precarizado aún más esos tiempos y espacios de espera de las personas en condición de TIIR:

Nota del diario de campo. Abril de 2021. Regreso a la Ciudad de México después de los festejos por el décimo aniversario de La 72.

[...] solo antes de llegar a Villahermosa en un recorrido de unas 6 horas aproximadas en un tramo que parte desde Tenosique y cruza Palenque, conté más de 6 intervenciones en el camino de personal del INM: dos entre Tenosique (cruzando los arcos y otra antes de salir de Emiliano Zapata), la menos intensiva fue la de Playas Catzajá que es la entrada hacia Palenque, pero es interesante y algo controversial cómo, mientras más nos alejamos, más sentido de cierta violencia simbólica y verbal tienen estos retenes: es decir, se vuelven y sienten intimidatorios.

En el penúltimo retén no hay (como buena parte del tramo carretero) buena señal de celular; nos detuvimos y suben dos agentes de migración junto a uno de la Guardia Nacional: *¡Buenas noches!* – casi gritando – *credenciales en mano por favor* – nos daba una orden. Y, *¿Usted de dónde es?, ¿a dónde va?* – se escuchaba a una de estas agentes decir en la parte trasera del autobús. *¡Acá tenemos uno!, dos, tres... ¿quién más viene contigo?* – se baja de la unidad y entonces suben dos hombres más mal encarados: *¡bájate!, ¡no digas nada!* – escucho mientras pasan delante de mi asiento y el agente de migración le da empujones en la espalda. Me pregunto si estos son los protocolos de atención a los derechos humanos de las personas en movilidad que se anunciaron en 2018 con la entrada del nuevo gobierno de México [...].

Entonces esto debe hacer pensar sobre dónde ocurren estos tiempos de esperas, atrapamientos o contenciones de los flujos migratorios en condición de TIIR y lo que se vive en estos retomando la idea de la frontera como algo persistente: “border crossing is experienced daily within the immense territory between their point of departure and destination” (Basok, Bélanger, Rojas y Candiz, 2015, p. 51).⁹³ Sin más preámbulo, buscaré exponer dos ideas que puedan ayudar a reflexionar y plantear algún punto de partida en los estudios sobre las migraciones en condición de TIIR. Primero, la idea del *microespacio de contención* donde los actantes y los espacios sociales (como las casas de migrantes) visibilizan de alguna manera las migraciones transnacionales en condición de TIIR por México y permiten –o eso trato de mostrar– observar y abordar cómo las redes de estos actantes y espacios se van hilando y enlazando, dando forma a lo que se llama corredores humanitarios y al paralelo, también de la existencia de los corredores de contención. En un segundo momento, pero desde la noción del cuerpo en clave antropológica y sociológica emotiva y corporeizada, expondré la idea de los *cuerpos en espera* con lo que pretendo apuntalar claves sobre cómo se viven precisamente estos microespacios de contención. La suma de esto es poner en discusión estas ideas donde las relaciones y asociaciones entre los actantes-espacios y los cuerpos sensibles de quienes migran forman una red donde las contradicciones están presentes, sobre todo

⁹³ *Cruzar la frontera es una experiencia cotidiana en un inmenso territorio entre el punto de salida y el de llegada.* Traducción mía.

en tanto el trato que se da a las movilidades humanas de personas en condición de Tránsitos Irregulares, Indocumentados y/o en Refugio (TIIR) más allá de las políticas transnacionales, nacionales y globales y más cerca de la vida cotidiana donde se vive el impacto de aquellas políticas que otros han caracterizado críticamente como de contención.

IV.I. La veredas de la contención: una propuesta de acercarse epistemológicamente y en terreno etnográfico a los *microespacios de contención* de las movilidades humanas en TIIR a través de México.

Nota del diario de campo. Noviembre de 2021. Charla con persona migrante recién ingresada a la casa. La 72, Tenosique, Tabasco.

[...] he estado en la casa como tres veces – recapacité mientras tomé aire como tratando de dar veracidad a su dicho. La verdad es que sin las casas no podríamos, muchos de nosotros como emigrantes, no podríamos ni llegar a la mitad del camino. ¡Fíjese!: hace tres días que estoy aquí, pero la otra vez que estuve en la frontera – en el norte – tuve que estar en un albergue como este porque allá me deportaron, pero me dejaron solo del lado mexicano. Pero una vez, ¡no!, jesa vez sí estuvo bien jodido todo: me dejaron como a la mitad de todo. No supe si estaba aún en Coatzacoalcos o ya estaba más cerca de Tampico, pero me costó como una semana de vagar, poder llegar otra vez hasta acá, por Palenque. Estuve como una semana, pero ya no entré a la casa porque no había lugar. Traía los pies arruinados, ¡feo! [...] sí, las casas no siempre son lo mejor, pero gracias a Dios hay algunas que sí nos ayudan cómo sea [...].

Decidí comenzar este apartado con la viñeta citada, no porque sea el mejor ejemplo, pero sí porque puede ilustrar de alguna manera varios puntos: 1) lo vertiginoso y veloces que pueden ser los intercambios de información entre personas, llegando inclusive a ser fortuitos de alguna manera; 2) la escala de tiempo y espacios donde una persona en condición de TIIR puede estar y que no necesariamente es algo lineal y controlado; 3) la presencia de actantes como las casas y/o albergues de personas migrantes y, algo que puede escapar a una mirada rápida, 4) la condiciones materiales, físicas y emocionales de quienes viven estos TIIR.

Nota del diario de campo. Agosto de 2022. Afuera de La 72. Resolviendo dudas de cómo poder ingresar a la casa a una familia migrante. Tenosique, Tabasco.

[...] estuvimos rentando, pero nos hablaron de que aquí en la casa nos podían recibir ¿Cree usted que nos cobren algo? Estuvimos en otro lugar como este, pero nos pedían un dinerito para quedarnos y pues como era eso o seguir avanzando, pues mejor seguimos hasta llegar a Tenosique. Pero las rentas son muy caras, estábamos en un cuarto por 500 pesos al mes [...].

Cuando las personas que migran deciden usar ciertos espacios para descansar o pasar el día, solemos pensar en lugares convencionales como las casas/albergues de migrantes o inclusive en lugares como los pasos fronterizos, las calles, las orillas de las carreteras. El relato actual se ha llenado de imágenes de campamentos donde los materiales como bolsas y lonas plásticas, pedazos de madera y lazos donde se ven colgando ropa a secar, así como los olores de cierta insalubridad, entre otras cosas y actividades, como el retrato de una migración precarizada en su pausa, sin embargo, hay otros espacios que tal vez por falta de curiosidad, pero, me atrevo a decir, también por lo complicado que sería abordarlo (por lo menos desde mi experiencia mediata) tienen que ver con los alquileres de casas, departamentos, cuartos compartidos (incluyendo los de hoteles o moteles) que ha ido creciendo tal y como el registro que he hecho siguiendo a las personas en condición y situación de TIIR:

Nota del diario de campo. Noviembre de 2021. Plática vía telefónica con Yovas sobre su salida de La 72.

[...] mire pues, Eric, sí, así como yo le decía, pues me salí. Ya no estábamos a gusto en la casa y ya ve que Desirée nos quería fuera de la casa ya. Bueno, pues varios nos salimos y nos fuimos a rentar. Pero ya va más de medio año y pues la COMAR no nos responde y el dinero de ACNUR ya se nos acabó; estamos compartiendo con otras personas en la casa que rentamos, acá por las vías, pero ya se van y pues ocupo trabajar ¿podrá darme una...cómo le llaman... carta de trabajo? [...].

Los espacios habitados y ocupados por las personas en condición de TIIR están condicionados por el tiempo que pueden pasar en estos y son una forma de cómo las

fronteras se han externalizado, verticalizado y ciertamente ajustado política, económica, social y culturalmente como un paisaje de fronteras, idea tomada por S. Mezzadra y B. Nielsen (2017) de trabajos de Suvendrini Perera para los casos del Pacífico australiano y otras latitudes donde el mar, los botes y los cuerpos esperan un *destino de escisión* sobre el refugio: durante noviembre de 2003 un bote –el *Minasa Bone*– llegó a territorio australiano con 14 personas de origen kurdo y 4 más de origen indonesio buscando refugio, pero las autoridades australianas optaron por una veloz acción de regresarlos al bote y a altamar, lejos de las aguas nacionales australianas – de ahí la idea de escisión – configurado un paisaje de fronteras no solo terrestre sino marítimo – y por qué no, área – sobre los cuerpos en condición de TIIR (Perera, 2009).

En el caso de México, pero también de una región que implica Centro y parte de Sudamérica –pensando que la verticalidad podría encontrar su inicio antes de cruzar el Río Grande (EE. UU.) o pasando el Río Bravo (México)– son estos paisajes fronterizos que se visibilizan desde varios puntos como Necoclí (Colombia) y el cruce marítimo del estrecho para llegar a El Darién (Panamá) donde cruzar la selva llevará regularmente a Bajo Chiquito de donde muchas personas serán llevadas a los albergues que ha dispuesto el gobierno panameño⁹⁴ y la sociedad civil organizada junto a la iglesia, llegar a Costa Rica y cruzar Nicaragua que ha optado por la exención de visado a migrantes irregulares y de ahí, tal vez llegar a frontera Danlí donde el Instituto Nacional de Migración de Honduras les dé un permiso de tránsito para cruzar a Guatemala por Corinto o Agua Caliente. Han pasado posiblemente más de 3000 kilómetros en vía terrestre sumado el cruce del estrecho entre Necoclí y Capurgana (Colombia)⁹⁵: cada río, desierto, selva, zona urbana o rural, cada camino y tiempo recorrido o en espera da sentido a ese espacio de contención que ilustra las fronteras verticales y los paisajes fronterizos de las migraciones en condición de TIIR. Y aún, falta México:

⁹⁴ Para consultar esto: Gestión de alojamientos temporales en Panamá. Recuperado en: https://www.ecampus.iom.int/pluginfile.php/14566/block_html/content/manual_-_panama.pdf

⁹⁵ Lamentablemente no cuento con una fuente más fiable de constatar dicha distancia salvo las consultas a plataformas como Google Maps o similares que no mapean toda la ruta mencionada y en todo caso desde Yaviza (Panamá) a El Ceibo (Guatemala) señalan poco más de 2800 kilómetros de distancia; no suena irreal pensar en los 3000 kilómetros desde Necoclí (Colombia).

Nota del diario de campo. Octubre de 2023. Camino al CBP-One. Encuentro con Noe y otros llegando de las Patronas. Terminal de Autobuses del Norte, Ciudad de México.

[...] después de comprar los boletos a Noe y los demás (van para Piedras Negras, Coahuila) noté varias cosas que por una razón u otra no me quedaban claras: la impresión de un lista que contiene los nombres y va remitida al US Customs and Borders Protection sirve para dos cosas. Una de estas es un tipo de salvoconducto y otro, un probatorio de su cita con aquella oficina. Esperaron más de un mes para poder salir de Veracruz, pero antes, por lo que me contó Alejandra, que está con Las Patronas agentes del INM, los detuvieron y subieron a un tráiler y los llevaron a otra parte menos a la estación migratoria.

A esto se suma que en las terminales de autobuses en ocasiones no les quieren vender los boletos, bajo argumento de que no portan una identificación oficial válida. Esto es contradictorio con las noticias actuales donde se asegura que el gobierno de México ya no va a exigir identificación para abordar autobuses [...].

Hacia donde estoy apuntando es a considerar los espacios sociales de las movilidades humanas en condición de TIIR pero, yendo hacia lo más cotidiano: al *microespacio de contención* el cual nombro de esta forma debido a que considero puede ser la forma más observable –aunque no por eso más asequible– desde un lente etnográfico el cual se puede deslocalizar, reubicar, trasfronterizar y sobre todo, que es plausible de cartografiar no solo tomando la ejecución de las políticas de contención sino también como parte de las prácticas y saberes de las culturas del migrar. El microespacio de contención es todo ese espacio o espacios que se unen y articulan en el juego constante de la práctica del migrar de quienes lo hacen en condición de TIIR y de cómo se ejecutan las políticas en materia de migración y que contienen a esta. Pero aún más, la presencia de los actantes es clave para comprender las distintas escalas y formas que pueden tener estos microespacios. Siguiendo a Yerko Castro:

[..] atender a una perspectiva de escalas y niveles supone una doble mirada a los aspectos micro y macro de nuestros objetos de interés, tratando de no perderlos en el análisis. Sin embargo, desde esa misma necesidad nace una segunda propuesta para el estudio de las migraciones. Esta se puede expresar en la idea de atender siempre a un balance entre lo singular y lo global de los fenómenos que analizamos. (Castro, 2019, p. 24).

El microespacio de contención es una forma de observar y situarse en terreno que no evade su relación con la estructura de lo social: ¿qué implica un evento como las citas de CBP-One? Este evento reconfigura de una forma veloz la manera en que se estaban observando y atendiendo los TIIR en México y mostraban una política de fronteras externalizadas dirigida a la problemática de las solicitudes de asilo en los EE. UU y controlar los tránsitos de las personas no solo en la frontera norte de México sino desde el sur e inclusive antes de cruzar a México. Es precisamente cómo la participación de los actantes puede considerarse desde el uso de un *smartphone* y la *app* que hay que descargar, es decir: sin un teléfono inteligente y sin la aplicación móvil simplemente no se podría acceder a los “beneficios” de la política en materia de asilo. Esto puede parecer esencialista, sin embargo, ya he dado argumentos sobre cómo ciertos actantes juegan, participan e inciden en las decisiones e inclusive pueden configurar las migraciones en condición de TIIR: no solo es un mero artefacto –dispositivo tecnológico– sino que, dependiendo del enfoque, puede ser un dispositivo de control o un actante de control que es tan cotidiano que puede pasar desapercibido. Y, sin embargo, está *mediando* algo que, en términos de la Teoría del Actor Red, es una de las condiciones para mencionar y encontrar al actante.

¿Cómo escalar o descifrar las claves para abordar el paisaje de fronteras?, (o quiero pensar, transfronterizo), el cual está al mismo tiempo localizado en una calle, una estación de autobuses o un campamento a las orillas de los centros urbanos. La respuesta que propongo a esta cuestión es mirar al microespacio de contención como aquello donde estos eventos toman forma, son compartidos, evaluados y germinan nuevas – o no tan nuevas – estrategias y negociaciones en los TIIR. ¿Cuánto tiempo esperar?, ¿cuánto costará estar más días en tal sitio?, ¿cuál transporte es mejor?, ¿es seguro todo?:

Nota del diario de campo. Octubre de 2023. Campamento migrante en el Parque Giordano Bruno, Ciudad de México.

[...] algo que siempre me he preguntado y que se ha vuelto parte de la cultura popular es esa imagen de las personas de origen haitiano con su celular en todo momento. Más allá del estereotipo posible, no se me escapa que puede tener dos razones. Una, mantener

comunicación constante. Esto es fácil de deducir, aunque no es claro si es la única razón: constantemente están en llamadas en altavoz o inclusive en videollamada. Considero que no les importa ser escuchados al saber que nadie entenderá creole. La segunda, que es algo que recién he pensado después de saber de Noe y su familia, es que están constantemente monitoreando los avisos en la aplicación del CBP-One. El parque parece el lugar ideal: cerca de COMAR, la red de Wifi, aunque de mala calidad, es continua y sobre todo, la instalación de un campamento da la noción de seguridad y un ahorro plausible (aunque no me extrañaría que ya hayan llegado a buscar cobrarles piso, pero lo ignoro).



Foto 26. Detalle del campamento de personas migrantes en la Colonia Vallejo, Ciudad de México; abril de 2025.

El ejercicio posible de realizar una cartografía con los microespacios de contención debe apuntar no a percibir la construcción, el uso, apropiación o presencia de estos por las personas y los actantes posibles como *per se* y consecuencia de los TIIR: al contrario, una postura crítica me lleva a proponer que los *microespacios de contención* pueden ayudar a realizar una cartografía de la multiplicidad en que estos espacios se materializan

evidenciando que en su precarización o no, revelan cómo los instrumentos de un modelo capitalista transnacional y de política migratoria *gore* contienen/atrapan los cuerpos de las personas que optan por una migración en situación de TIIR, acrecientan las distancias y tiempos, precariza y violenta, dando vida –irónicamente– a un *paisaje de la contención* que rebasa las fronteras, que es elusivo, plástico⁹⁶ y en muchos momentos, aceptable por quienes los viven.

Hablando de los actantes, en este paisaje los ríos, la selva, el tren o el desierto como los más visibles no deben ocultar a otros como las instituciones estatales, las casas de migrantes mismas o de otros, como los dispositivos tecnológicos y las aplicaciones móviles. Como mencionaba, un microespacio de contención puede ser el cuartucho a la orilla de las vías o un cuarto de departamento que se alquila y que debe contar con servicios básicos como la luz eléctrica y el servicio de internet para conectarse y dejar que el actante como el teléfono inteligente muestre los avances de la solicitud de cita; es el campamento a la orillas de las terminales de autobuses o en los parques donde las esperas se trastocan por el cobro de piso o alquiler de una tienda de acampar compartida con dos o tres personas más. También pueden ser los hoteles que en las periferias durante los últimos meses del 2023 y entrado el 2024, comenzaron a ser usados por las personas en situación de TIIR y que poco o nada pudo ser registrado de esto – había hablado de lo elusivo – y como fenómeno parece ser veloz y no problematizable, pero está ahí:

Nota del diario de campo. Enero de 2024. Recorrido por la Calzada Zaragoza, en los límites de Iztapalapa, Iztacalco y Nezahualcóyotl.

[...] hay cerca de 5 hoteles de los llamados de paso entre el metro estación Guelatao y estación Agrícola Oriental [...] desde hace un par de meses noté que afuera de sus puertas se aglutinan grupos de 5 a 10 personas que por sus acentos deduzco son de Venezuela. ¿Qué tiene de raro esto? Entre la calle 5 y 6 cerca del metro Canal de San Juan, filas y filas de personas descienden de estos autobuses (que después entendí vienen de Oaxaca) y se encaminan directo a los hoteles o moteles de la zona. [...] he descubierto

⁹⁶ Por plástico me refiero a que es capaz de tener plasticidad de cambiar formas o maneras de enunciarse: podría decirse que es una manera de camuflar su naturaleza y perderse se vista en este que nombro como paisaje de las contenciones.

de forma fortuita (escuchando discretamente) que se les está cobrando entre 170 y 200 pesos por persona en cuarto a la semana. Una familia o grupo de 6 son igual a más de mil pesos por habitación a la semana. Y en efecto: el CBP One es una de las razones, justo lo que le pasó a Noe y su familia [...].

Una de las premisas de la Ontología Orientada a los Objetos es que todas las *cosas humanas o no humanas*, son *objetos* ya que son plausibles de ser afectadas y con esto se da paso a los eventos posibles que dan sentido a la red de asociaciones posibles (Harman, 2017); Lidia Girola habla desde la idea de las representaciones e imaginarios sociales que:

[...] la preponderancia del imaginario tecnológico en las sociedades actuales, tanto en las pos-industrializadas como en las supuestamente emergentes, por su aceptación casi general, y la naturalización de cierto modo de existencia, donde lo humano, lo no-humano y los artefactos tecnológicos se intersectan, se penetran, generan una socialidad nueva, diferente [...] (Girola, 2022, p. 227).

Estas existencias son los eventos-afectaciones posibles parte de ese paisaje de fronteras de contención donde el uso de una idea como el microespacio de contención puede ayudar a visibilizar y problematizar desde lo cotidiano; dice Xavier Oliveras: “[...] el espacio relacional se constituye (o mejor dicho, de co-constituye) en y con un ensamblaje (o red, o hiperobjeto, entre otros términos) de múltiples ensamblajes, más topológicos que topográficos, entre distintos actantes, objetos y acciones, y en un proceso de espacialización continuo y mutable” (Oliveras, 2022, p. 438).

IV.I. a. Actantes y *microespacio de contención*: la red del paisaje de fronteras.

¿Cuál es la razón de hablar de actantes como parte de las políticas de contención y en particular de los espacios de contención apuntando a los microespacios de esto? En un principio mostrar que las relaciones y asociaciones entre lo humano y lo no-humano se experimentan en múltiples escalas, pliegues o claves en el fenómeno de los tránsitos en irregularización, indocumentados y en refugiosidad. Por otra parte, esta tesis que se presenta tiene su razón de ser en la existencia de estos actantes en un principio vista en

las casa de migrantes como espacio y actante en la dimensión de las movilidades humanas en condición y situación de TIIR; siguiendo la idea de Tim Ingold (2018) de la línea de vida, hay razón en pensar al micro *espacio de contención* no como un globo pero sí como una multiplicidad de nudos, con lo cual me alejo de la idea del espacio de contención como aquel meta relato que queda en una gran abstracción: es posible pensar y ver al *microespacio de contención* como algo que está ahí y, este mismo se vuelve un actante más.

Ahora, es preciso que en la observación crítica, cuando menciono que el *microespacio de contención* puede dar paso a rastrear una serie de actantes-espacios de la contención para (per) seguir la red de actantes, hay que desprenderse de la idea de continuidad lineal como si la construcción de esa cartografía fuera un mero ensamblado de las cosas cuando algo que he tratado de mostrar es que no es tan clara la forma en que se visibilizan esos microespacios y que no tienen una continuidad como si fuera una cadena de eslabones que siguen una secuencia hasta llegar a un candado. Al contrario, retomando la idea del hilo, este, puede experimentar cortes, nudos, otras formas de hilar o de mostrar otras puntas de hebra: un *microespacio de contención* no es solo el campamento y la suma de estos a lo largo del país y posiblemente fuera de este. Sí, nos ayudaría a crear y visibilizar una continuidad de uso-ocupación espacial y temporal, pero hay más en esto, inclusive un campamento no tiene la misma organización que otro: esto nos lleva a su sustrato político.

Apunto a lo que Doreen Massey en su crítica a Latour y su postura sobre el espacio social y menciona que las relaciones entre lo humano y lo no-humano son conflictivas para dar sentido al continuo proceso de constitución de lo social: siempre habrá movimiento: “But this also insisting on space as the sphere of relations, of contemporaneous multiplicity, and as always under construction.”⁹⁷ (Massey, 2005, p. 148). Entonces, como en algún momento X. Oliveras (2022) abre la idea que el Río Bravo/Río Grande es un actante, podría sumar que en el escenario de ciertos procesos los microespacios de contención se pueden observar: las esperas en las bardas, las esperas

⁹⁷ Pero es también insistir sobre el espacio como una esfera de relaciones, de multiplicidad contemporánea y siempre en construcción. Traducción mía.

a cruzar el río y los momentos de tensión de llegar o no la cita por CBP-One o esperar en la calle porque no hay lugar en la casa de migrantes se pueden reproducir en el norte o sur, en el centro o la costa.

Nota del diario de campo. Julio de 2022. Intercambio de mensajes de voz vía WhatsApp con Cynthia desde Piedras Negras, Coahuila.

[...] ¡el río, Eric!, ¡bendito no nos ahogamos!, estábamos esperando a que bajara para cruzarnos y entregarnos con los niños, ¡fíjese que estuvimos una semana ahí! Pero ¡infinitud de gente, viera usted! – escuchaba atento el mensaje de Cynthia mientras recapacitaba incrédulo sobre esa situación.

[...] al final ya ve que usted nos hizo el favor de que fray Gabriel hablara con la madrecita de la casa – se refiere a Frontera Digna, a la hermana Diana – ¡mucho mejor que estar en el río, ahí en la calle! Aquí, mire cómo hay de gente que espera entrar, pero muchos, mucha de la gente lo que quiere es el ticket: ¡aja! Aquí lo que dan es el famoso ticket (boleto) para las entrevistas con los de migración de los Estados Unidos [...] ya, ya nosotros nos apuntamos, ¡espero bendito, nos toque ya la otra semana! Aquí Nahum, pues todo el día está afuera y aquí en la casa lo esperamos en la tarde porque, pues la regla es que hombre deben estar afuera y mujeres y niños pueden estar dentro.

¡Pues no nos queda de otra más que esperar! ¡Qué bueno que podemos estar en la casa! [...].

La anterior viñeta muestra cómo la temporalidad toma forma debido a cómo las personas usan y se relacionan en el espacio, la presencia de actantes como el río, la casa de migrantes o la calle, así como las implicaciones de las políticas de gestión-contención migratoria con el “ticket” que en su momento se acompaña de una lista de espera. Los agentes, los actantes y las agencias políticas están en un continuo – pero no lineal – proceso de reconfiguraciones del espacio, las prácticas y las estrategias donde los conflictos son presentes en diversas escalas: la política de la casa de solo mujeres y niños “dentro”, la lista que da paso a los “turnos” de quién sí y quién no, va a la cita. O en otros extremos, aquella actividad puede dar paso a decisiones como arriesgarse a cruzar río y las “posibilidades” de ahogarse o no, pero también de llegar “al otro lado”; las casas de migrantes no deben escapar de la observación etnográfica en esto.

Nota del diario de campo. Diciembre de 2021. Día de descanso del voluntariado. ¿Cuánto ha cambiado la casa? La 72, Tenosique Tabasco.

[...] a las 6 am las personas que se quedaron en capilla salen de la casa – son sacadas, mejor dicho – pero antes, desde las 5 am ya limpiaron y acomodaron las colchonetas. Los horarios de salida ahora son más rígidos: solo los martes pueden salir a comprar cosas, pero en sí, todo el día están dentro – aunque esto no es tan al pie.

Hoy la casa abiertamente – y muchas otras a lo largo del país – entran al esquema de selectividad de “quién entra, quién permanece”. Ahora hay población de capilla que es un pre-aislamiento, población en aislamiento y lo último, población general. El uso de capilla es nocturno y de día, nocturno porque también hay una población “flotante” que se aprecia entre la indigencia y la itinerancia de estar a los alrededores de la casa y solo pasa a dormir cuando hay lugar. De día porque es constante que sigan llegando personas y aquí hay otro filtro: preferencia a mujeres y niños-adolescentes y personas muy lastimadas sin importar el género. Esto aplica a personas deshidratadas, lastimadas de quemaduras, piquetes, desgarres, etcétera donde es más común la insolación y las ampollas. Durante el día hay tres turnos para la población externa de pasar a las duchas y el uso de sanitarios.

La gente en aislamiento es eso, en la parte de atrás de la casa donde antes eran los dormitorios de las infancias migrantes y que tiene un par de rejas, es donde se “aisla” porque en sí, solo es un ejercicio de tiempos, aunque son pocos y parece que la casa se vuelve un embudo – aunque pensándolo, esa es la lógica de contención – y después de unas dos o tres semanas en que “se les observó para descartar COVID” pasan a población general que constantemente está también en cambio por las salidas de unos y entradas de otros. Al final, después de la pandemia, casas como La 72 pasaron de atender vía una política de puertas abiertas a una política basada en el extrañamiento y el reforzamiento de políticas de seguridad y asepsia [...].

Estas imágenes socioespaciales, de su gestión o posible autogestión, de su conflictividad y reconfiguración, de los eventos que transcurren entre la casa, las cosas, las personas en situación y condición de TIIR y la forma en que se asocian, relacionan o vinculan dan muestra de cómo los microespacios existen y se distribuyen – incluso dentro de un mismo espacio como lo son las casas o fuera de estas - y que en los intercambios

posibles precisamente nos hablan de su no-estática y de una estética de los paisajes de contención entre fronteras; dice Amarela Varela que México es el País Tapón porque [...] “es un espacio-tiempo por el que, desde la década del 2000, cada vez con mayor intensidad, transitan cientos de miles de migrantes internacionales, de todas las nacionalidades imaginadas, sobre todo, de América Central, léase Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua.” (Varela, 2019, p. 103). Sumo que el tapón es continuo, divergente, que en sus fronteras o límites no siempre es vertical, sino que toma muchas formas y distancias espacio temporales donde los microespacios de contención ayudan a rastrear y entender ese hilo llamado *tapón* o *política de contención*.

IV.I. b. El microespacio de contención.

Solo como recapitulación y situando en el posible intersticio entre el *microespacio de contención* y *los cuerpos en espera de la migración* quiero recuperar una viñeta:

Nota del diario de campo. Abril de 2024. Reflexiones posteriores al treceavo aniversario de La 72

[...] entre El Ceibo y Tenosique hay cerca de 65 kilómetros, pero realmente pueden hacer más de 100 por los desvíos, los rodeos, etcétera. Entonces pensar una línea recta es un error de quienes medimos los tránsitos migrantes como dictan los dispositivos geolocalizadores como *Google Maps* u otros. Entre la Tenosique y Coatzacoalcos se debe pasar por Boca Cerro del Río, Emiliano Zapata, Palenque, Villahermosa; son más de 200 kilómetros por carretera pensando en el recorrido y ruta que sigue el autobús que casi es paralelo a la vía del tren. Y entre Villahermosa y Coatzacoalcos (antes de llegar con Las Patronas) hay otros 170 kilómetros aproximadamente: no es ni la tercera parte del recorrido para llegar a la Ciudad de México y, en todo caso, es poco menos de la quinta parte para llegar a Nuevo Laredo.

¿Cuántas personas habrán quedado atrapadas, varadas, esperando, desaparecidas, retornado o meramente desistiendo de avanzar y mejor quedarse donde sea que se vayan a quedar? Si bien que haya oficinas de COMAR es un foco de atención no es meramente eso: el CBP-One vino a desbancar eso de alguna manera; además, la Ciudad de México desde hace 3 años por lo menos se ha vuelto ese foco de atención para esperar la partida. [...].

Esta viñeta bien puede ser representativa del *paisaje de fronteras* que S. Mezzadra y B. Nielsen toman de S. Perera; recuperando la idea del capitalismo gore de Sayak Valencia invita a ver esas espacialidades críticas enmarcadas en un modelo de producción necropolítica: “¿Cuántas personas habrán quedado atrapadas, varadas, esperando, desaparecidas, retornado, o meramente desistiendo de avanzar y mejor quedarse donde sea que se vayan a quedar?” (en la viñeta) y claro, a desposicionarse del espectáculo de fronteras al buscar cierta objetividad en lo que ocurre en esos espacios y a esos cuerpos que habitan del paisaje. Dice Amarela Varela: México el país Tapón: “[...] entre El Ceibo y Tenosique hay cerca de 65 kilómetros, pero realmente pueden hacer más de 100 por los desvíos, los rodeos, etcétera.” (en la viñeta).

En el espacio de contención hay cosas, artefactos, dispositivos, paisajes, agencias posibles:

Nota del diario de campo. Noviembre de 2023. Terminal de Autobuses del Norte. Ciudad de México.

[...] a la gente ya la movieron de aquí. Vine a ver cómo está este sitio aprovechando que me queda más cerca que Tláhuac. Aun así, ahí están los rastros de las casas de acampar y los palos que usaron como postes; hay incluso hasta cables de los cargadores de celulares, como si los hubieran arrebatado. Allá, antes de terminar hay hasta prendas íntimas de mujeres llenas de lodo.

[...] las personas siguen habitando en la terminal de autobuses: creo que la hicieron suya y estas han sido acogidas por aquella. Los pasillos de mármol gris se restriegan a las nalgas, costillas, espaldas, codos y hombros, depende la postura en que estén esperando dormir, comer o irse en el autobús. La terminal “los acoge” es algo irónico, pero parece mejor que estar en la calle.

[...] caminé por atrás, hacia Misterios: aquí los campamentos siguen; estamos cerca de la casa del migrante de CAFEMIN, abarrotada, por cierto. Pero la gente aquí se aglutina: me explicó el hermano de Karla que frente a la casa predominan los haitianos, en medio dando vuelta entre calles hay muchos venezolanos y más allá, por la vías del tren, hay el resto: nicas, salvadoreños, hondureños y africanos. Todos se arropan, pero no se mezclan. Lo mismo pasa en la casa del migrante en Iztapalapa [...].

Un microespacio de contención es ciertamente contingente y emergente: muchas personas que fueron removidas de la terminal de autobuses fueron recolocadas en el albergue de Tláhuac y vieron intervenidas sus prácticas cotidianas por un actante como lo es el Instituto Nacional de Migración (INM), una representación del actante social que ejerce poder en tanto el control de las migraciones. Bajo el discurso de la atención humanitaria y en salvaguarda de sus derechos humanos, se les conminó como a aquellas personas que habitaron el espacio del Parque Giordano Bruno, a dirigirse a las estaciones o instalaciones administradas por el INM (dentro o fuera de la Ciudad). Esta situación por el uso espacial no estuvo libre de conflicto ni controversias: *¿de quién es el espacio?*, parecía ser la pregunta que se usaba para sostener distintas acciones, lo cual muestra como iluminó D. Massey: que los espacios no son cosas lineales que surjan de forma ensamblada, sino que toman formas, caminos y usos distintos y los actores o actantes en disputa del espacio tienen sus propias agendas políticas sobre el espacio y cómo compartirlo. Esto es parte del porqué menciono que son *casas-albergues de migrantes* y no *casas-albergues para migrantes* (ya en el capítulo II ahondé en esto).



Foto 27. Detalle del campamento de personas migrantes en la Colonia Vallejo, Ciudad de México; abril de 2025.

Liliana Suárez (2015) usa la metáfora del *agujero negro* en tanto “devora” la luz. El espacio entre partida y llegada para las personas en situación de TIIR es un gran hoyo negro: las carreteras mexicanas donde es sabido que secuestran autobuses con personas migrantes, las selvas del Darién que entre los paisajes selváticos se pierden los que no avanzan o pagan, el gran hoyo negro que es el desierto de Arizona con México, las periferias de la Ciudad de México que ahora son ese agujero negro donde se pierden en la cotidianidad urbana. En estos y otros ejemplos más terribles aún, persiste la esperanza. Entonces, algo que no debe escapar es que los microespacios de contención también son espacios de esperanza: las personas migrante esperan, se fortalecen, vuelven hábito el espacio de espera o contención no porque “así sean las cosas” sino, porque tal vez la cita de CBP-One es hasta mañana o el autobús sale dentro de 10 horas o porque han decidido esperar a que el momento sea mejor, así pasen meses. La espera como esperanza, diría Pedro Elain (1978).

Entonces el *microespacio de contención* no es tanto un agujero negro, por lo menos no tanto en el sentido que L. Suárez lo plantea tan pertinentemente; no es un *tapón* en el entramado de las fronteras verticales y securitizadas, pero permite rastrear cómo se configuran esas fronteras y lo que se negocia en estas. Quiero proponer al *microespacio de contención* como un *nudo* y *actante* en tanto permite encontrar, dialogar y vivir las relaciones sociales espaciales y temporales que se vinculan – y este mismo vincula – con y desde los tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad (TIIR). Sus emergencias y contingencias son heterogéneas, así como los límites posibles por más obvios que parezcan (por ejemplo: ¿dónde acaba la casa de migrantes y su actuar?). El *microespacio de contención* como recurso de concepto espacial en los trabajos etnográficos de las migraciones en situación de TIIR puede ayudar a conceptualizar, reflexionar y ayudar en la cartografía de lo social en dicho fenómeno donde las vidas, los espacios, los artefactos, las prácticas entre lo humano y lo no-humano, son una serie de posibles eventos que nos pueden embarcar a navegar el gran paisaje de las fronteras sin naufragar en este.

IV.I. c. El actante humanitario en la emergencia. De *las puertas abiertas a las puertas que seleccionan*.

La mayoría de los trabajos académicos de investigación que han hablado o tomado como parte de sus líneas a las casas y/o albergues de personas migrantes coinciden en que son espacios y actores de esperanza y que como parte de su posible agenda política y social se posicionan por un tránsito libre y seguro de las personas en movilidad en forma de TIIR. En un contexto postpandemia por COVID19 es necesario apuntar hacia las nuevas formas que surgieron para que las personas en situación y condición de TIIR, voluntarios, equipos de trabajo, así como diversos actores sociales de diversa naturaleza, se han vinculado, asociado o relacionado con los actantes que son las casas de migrantes. Y cómo esta, también ha impuesto formas y prácticas para esto.

No hay que dudar que las casas de migrantes son también microespacios de contención de las movilidades humanas, sin embargo y sin afán de etiquetar sobre un discurso esencialista: son parte de aquellos en los que las personas que migran en situación y condición de TIIR pueden sostener la vida y su práctica del migrar. Son parte de esa cartografía que visibiliza la traza de los corredores humanitarios; sin embargo, habrá que preguntarse: ¿estos espacios no son parte del control de las migraciones en TIIR por México? Esto apunta no solo a la cotidianidad sino a cómo se vincula esto con las políticas transnacionales y globales: la autonomía de muchas de estas casas de migrantes se halla en sus orígenes desde la sociedad civil organizada y la iniciativa de las congregaciones religiosas dando paso a lo que se llama una *humanitarismo de fe o de base* (Ferris, 2005; Clarke, 2006; Paras y Gross Stein, 2012; Calderón, 2016).

En este tenor, las casas tenían – o parecen aun tener – una política que en la práctica bien puede enunciarse como el “recibir y ayudar en casa sin preguntar a quién”, lo cual es parte de la filosofía de estas casas y que en su momento es lo que me llevó a plantear que existen tres pilares sobre los que se enuncia el humanitarismo de las casas de migrantes: *techo, comida, descanso*. Y precisamente en un momento dado, esto sostenía que en la casa mientras se fuera migrante, vulnerable y con necesidad, *las puertas estaban abiertas*. Inclusive en un principio los testimonios pueden apuntar a que, en la materialidad, muchas casas no tenían puertas, portones o alguna cerca que indicara

un paso al interior o exterior de la casa, lo cual permitía hallar esa concordancia entre signo, significado y lo que podía simbolizar. Puedo decir que el ícono que se usa para representar a la casa de migrantes La 72, es una metáfora a las puertas abiertas.⁹⁸

Otros espacios como el de Las Patronas se ha caracterizado por que su reja da a las vías del tren y está siempre abierta dando paso a una gran parte del terreno donde se localiza el espacio de atenciones humanitarias. Dos cosas han desbordado y reforzado las puertas: las caravanas migrantes y, sobre todo, la pandemia. ¿Cuándo fue, que estas *puertas* se empezaron a estrechar y cerrar? No quiero obviar los eventos que ocurren debido a la inseguridad por razones de la criminalidad, ese otro actante presente y continuo en las migraciones que interesan para este trabajo y reflexión de investigación; ya en algunas líneas en el texto general he lanzado luces sobre las sensaciones de inseguridad, miedo e incertidumbre al respecto dentro y fuera de la casa y lo que esto implica: saber que hay células de las Maras, que se puede ser objetivo de extorsiones o violencias varias inclusive por parte de la población a la que se ayuda y acompaña. Estas violencias son parte de lo que se vive día a día.

Entonces, en ese día a día, ahora habrá que pensar cómo se ha normalizado la *selección de cuerpos*. Esta idea, que tal vez haya que desarrollar de mejor manera, permítaseme plantearla de una forma simple pero operable para aterrizar en terreno: según la RAE, *selección* es un acto de elegir, diferenciar y separar lo que es mejor de lo que no y esta actividad se aplica tanto a los cuerpos humanos como lo que no lo son, según sus características varias. ¿A quiénes se selecciona en y desde la casa de migrantes? La actividad de selección es un tema que se atiende discretamente ya que se contrapone o rompe cierta armonía de lo que en sentido amplio significan y simbolizan las casas de migrantes. Sin embargo, la pandemia por COVID19 vino a endurecer esta actividad que era flexible y entraba en tensión debido a la falta de insumos o una posible sobre población dentro de la casa lo cual lleva a implementar criterios de selección para ingreso y permanencia.

⁹⁸ Desde hace tiempo, el ícono que se usa como parte de la imagen de La 72 es recuperar el número – 72 – como una puerta mientras en el juego de la sombra que proyecta se observa a una persona migrante caminando al umbral de ingreso a la casa.

Hoy la pregunta es: *¿Quién va a pedir el refugio?*, que como mantra es repetida, vocalizada y enunciada como una posibilidad –si no, la única– que permita la entrada a la casa, a la oficina, al consultorio médico o psicológico, etcétera. A lo largo y ancho del país y fuera de este, esa pregunta es el signo de la política de externalización de fronteras: las puertas abiertas ahora son puertas que seleccionan. No es la puerta del albergue y la casa solamente, es la ventanilla de venta de boletos de autobús que tiene un aviso “se venden boletos a personas extranjeras mostrando su cita de CBP-One”. Es la “puerta” que simbólicamente está presente entre cada retén, cada revisión, cada tiempo y momento de espera y en su momento, es la política de asepsia donde la constancia de vacunación o de prueba negativa o positiva a COVID daba permiso de entrada a ciertos lugares.

Regreso a las casas: *¿tenían otra opción?* No hay una respuesta precisa. Durante décadas, este actante llamado *casa de migrantes*, ha estado acechado por el crimen, la violencia, el desamparo y la omisión de un Estado mexicano que hasta recientes fechas ha volteado a ver de otra manera –siempre y cuando se encuadren a una agenda “compartida” pero, mejor dicho: impuesta– a las casas. Estas, siempre han sido un crisol que de una manera poco convencional, han tejido hilos que salvan vidas, las cuidan, las protegen. Han arrojado luz y cuidados a lo largo de estos más de 40 años y en todo el país, las casas de migrantes –porque de una en Tijuana, ahora hay más de 100– han luchado por su autonomía. Las negociaciones con organismos que dictan cómo debe ser la acción humanitaria global han encontrado respuesta de autodeterminación por parte de estas casas.

Pero los tiempos apremian: la comida escasea, las medicinas son insuficientes, las actividades que requieren saberes profesionales como la abogacía, la medicina u otros no siempre son posibles de cubrir debido a un presupuesto (liquidez financiera) limitado o en casos inexistente. Las tensiones posibles por las coacciones sobre el microespacio de contención que es la casa de migrantes, su política y filosofía de puertas abiertas/de selección están constreñidas por los eventos globales económicos, culturales, políticos, etcétera. Entonces debe responder, parezca adecuado o no a la vista y juicio de quienes estemos, a esos otros eventos que le afectan.

Hoy, irónicamente, algunas instalaciones del Instituto Nacional de Migración en México (INM) ha quitado bardas, rejas y puertas y lo que antaño era un símbolo reconocido de miedo, aislamiento y cárcel ahora se presenta como un actante de *puertas abiertas*. Y no solo eso, el aparente *quiebre* con los espacios de contención – aparentemente– tiene nombre: *corredor humanitario*: el INM ha tejido una red de camino usando autobuses para trasladar de forma segura, pero también controlada, a las personas que requieran viajar y presentar a su cita de CBP-One.⁹⁹ Esto precisamente debe llevar a pensar que en la construcción de asociaciones y los posibles ensamblajes, articulaciones o relaciones no siempre hay actores antagónicos *per se*, sino toda una red de negociaciones y renegociaciones que producen y reproducen al actor y actante y amplían o limitan sus actos. Una constante sigue siendo el control del tiempo en los espacios, el control del tiempo de los cuerpos de quienes migran.

Nota del diario de campo. Noviembre de 2021. Después de servir la comida.

[...] *Pero ¿qué haces? ¡No puedes hacer eso! Los voluntarios no pueden comer con los migrantes.*

Esas fueron las palabras que me indicaron un antes y después en una corta temporalidad de mi trabajo como voluntario en La 72 y de cómo han cambiado las cosas en la casa. Una compañera del voluntariado me señaló verbalmente esto y casi como un regaño. Pero más allá de ese “control” sobre mi práctica corporal, había más: hace dos años aun era obligatorio comer con la población de la casa. Era un sí o sí. Tal vez tan normalizado que no me percataba de que también era una forma de control-trabajo. Ahora, después de una vacuna, una pandemia y una semi cuarentena, estamos atravesados por el miedo del contagio, todo contacto parece sospechoso.

[...] ¡curioso!, no podemos comer con la población, pero resulta que hoy tuve que acompañar al hospital a dos personas que parece que dieron positivo a COVID. Y antes, en la mañana, en la reja, los saludos, los abrazos, las sacudidas de mano se dieron a

⁹⁹ Para consultar INM, comunicado del 31 de agosto de 2024: <https://www.gob.mx/inm/prensa/el-gobierno-mexicano-y-el-inm-articulan-corredor-emergente-de-movilidad-segura-para-el-traslado-de-personas-extranjeras-con-cita-cbp-one> ; Primer autobús llega a Tamaulipas: <https://www.milenio.com/estados/autobus-con-migrantes-del-corredor-humanitario-llega-a-tamaulipas>; sobre la estación migratoria: <https://www.gob.mx/inm/es/videos/inm-presenta-la-deconstruccion-integral-de-la-estacion-migratoria-en-reynosa-tamaulipas>

diestra y siniestra (como si el sudar aquí no fuera tan copioso). Eso sí, en la hora de cena se continuó con el ritual. Población, por un lado, voluntarios por otro lado [...].

Es posible que los siguientes años nos muestren cómo se extiende o contrae el intersticio entre *las puertas abiertas* y *las puertas que seleccionan* y nos enseñen modos más sofisticados y no tan obvios del control de las corporeidades y los cuerpos donde se encarnan. Nuevos dispositivos tecnológicos y biopolíticos actuarán. Una cosa es también segura: las casas de migrantes como ese actante humanitario, aun en las tensiones posibles por su actuar, presencia y permanencia, seguirán acogiendo a quien lo necesite.

IV.II. Los cuerpos en espera. El cuerpo que migra.

La literatura (novelas, crónicas, cuentos, poemas) es –me parece– la primer fuente para imaginar y dar cuenta de forma sensible de los cuerpos de hombres, mujeres, personas de las disidencias sexo genéricas, niños y niñas o adultos mayores que migran en forma de TIIR. Por otro lado, la experiencia etnográfica en el terreno, compartiendo espacios y temporalidades es una manera sensorial de constatar esto; claro, la presencia de prejuicios o prenociones es algo a lo que quienes nos embarcamos en este tipo de investigaciones –y cualquier otra– nos enfrentamos. El imaginario o las preconcepciones que cada persona pueda explicitar es una construcción social compartida en ciertos puntos de encuentro-desencuentro. La pregunta: ¿cómo es un –una persona– migrante? es ciertamente retadora pero también engañosa. Retadora porque las respuestas posibles pueden surgir desde las ideas dispersas, prejuicios, imaginarios que dictan cierta representación social de alguien o algo, que no necesariamente se conoce a cabalidad y entonces se contrastarán experiencias y saberes sobre cómo y a quién se enuncia como una persona migrante. Entonces, ahí es donde lo engañoso que puede venir de una respuesta posible, da forma a una infinidad de respuestas ya que al final ¿quién puede decir cómo es un migrante? sino la persona migrante misma.

Considero que responder esa pregunta –ya sea personal o colectivamente– es un deber de ética en la investigación, más allá de alcanzar una conceptualización o categoría sobre algo o alguien; sin embargo, el debate es tan necesario como el que surge de tratar de responder ¿por qué o cuáles son las razones por las que migran? Este espacio no es

el adecuado para tratar dichas problemáticas que surgen de preguntas como las enunciadas, pero no puedo dejar aquello de lado cuando me aproximo antropológicamente al cuerpo y en particular al cuerpo de las personas *migrantes*, *refugiadas* o cualquiera que se relacione con los procesos migratorios en situación de irregularidad desde su experiencia corporeizada¹⁰⁰:

Nota del diario de campo. Octubre de 2016. En el Centro de Ayuda Humanitaria Chahuítes. Chahuíte, Oaxaca.

[...] entonces entramos y había unos 10 hombres, sentados en una pequeña barda. Algunos con playeras y otros con los torsos desnudos. Las barrigas de unos y lo delgado de otros solo se diferenciaba cuando algunos se presentaban como garífunas, otros como salvadoreños y los más como hondureños – si bien los garífunas están dentro de los nacionales de Honduras –, eso sí, el sudor y la tierra en el cuerpo estaban más que presentes. [...] *no hay agua, así que esperamos que llueva para que se refresquen, solo usamos el agua para los sanitarios y cosas necesarias* – me decía Arturo, que junto a Jessica coordinan el albergue.

[...] sonó el tren, la máquina se escuchaba a la par del silbido característico. Entonces: uno, dos, tres...más de 8 personas salieron y se afilaron. Cautos, con la mirada buscando una respuesta *¿va para arriba o para abajo?* – preguntó uno. *¿Quién sabe?, no se ve* – responde otro. El sol, quemante y algunos solo movían los pies desnudos en la arenilla y las piedras, pero no se inmutaban a más. Parecía que habían tomado una formación como cuando a los equipos de fútbol les toman la foto antes del partido, una fila atrás de pie y los adelante en cuclillas. Pero también daban la impresión de salir corriendo en cualquier momento.

[...] *¡va para abajo!* – dijo en voz alta uno. Algunos manotazos al aire, muecas de disgusto, otras de aceptar la espera nuevamente. Mientras volteo y veo el reglamento de la casa en un papel demasiado seco y deslavado, me llaman la atención unas reglas: *No usar los pantalones a media nalga. No ir a la centro después de las 5. No piropear a las mujeres.* No sé si siguieron esperando o se fueron [...].

¹⁰⁰ Es decir, si bien los TIIR indican cierta característica en que algunos tránsitos y movilidades humanas se dan, no puedo dejar de lado a las personas en situación de tránsitos en retorno, deportación incluso los que tienen esperas en formas de pausas continuas (RDPc).

La última viñeta, considero, muestra varias circunstancias que muestran nuevamente, el hilo que se va tejiendo, cortando o anudando, entre actantes no humanos y las personas migrantes. La mayoría de las casas y/o albergues de migrantes se hallan a las orillas o sobre lo que ha sido la ruta de tránsito de las personas que migran en situación y condición de TIIR y es, en esta lógica, que también como parte de los *microespacios de contención*, impactan las corporeidades de las personas que les habitan, ocupan o usan para sus propios fines que se vinculan con los fines de la casa – su práctica humanitaria –, ¿cómo ver esto? Podría pensar que esto sucede con base en las experiencias de ese cuerpo y cómo ha vivido estas, en palabras de Alejandra Aguilar y Francisco Morfín: “[...] el cuerpo humano y los procesos por medio de los cuales corporeizamos (embody) nuestras experiencias de vida, es decir, el modo en que incorporamos y encarnamos nuestras experiencias de vida.” (Aguilar y Morfín, 2007, p. 22).



Foto 28. “Sandi y Estefi”; padre e hija de origen nicaragüense parten de Casa Belén-El Ceibo, rumbo a la garita del puente fronterizo en compañía de abogados para entregarse a migración mexicana; diciembre de 2021.

Aquella experiencia de vida, como práctica del migrar, se encarna junto a la casa de migrantes tanto como con el tren – siguiendo la viñeta – por un lado, la falta de agua que podría proporcionar la casa para la higiene corporal y el descanso o saciar la sed, es aceptada como parte de vivir las esperas. Pero, otro tipo de esperas transcurren con otros actantes como el tren: estar expectantes a si aquel “va hacia arriba” o “va hacia abajo”, como condición del continuar o no su tránsito migrante y permite observar toda una performatividad de la práctica y experiencia de esta. Hay un ejercicio colectivo y socializado de continuar o esperar:

Nota del diario de campo. Enero de 2020. Llega el tren a la estación vieja y salen las personas albergadas en La 72. Tenosique, Tabasco.

¡El tren, el tren! – se escucha gritar a Noe, quien está en el techo de la casa, en el “nido” que sirve como puesto de vigía. *¡El tren! ¡va para arriba!* – sigo escuchando los gritos. Por suerte no me había dormido. Son más de las 11 de la noche, casi la media noche. La casa se cimbra: a las 9 de la noche ya estábamos prácticamente terminando de dar la “acostada” en el patio y dormitorios de la casa. Un ritual de todos los días y noches: más de 150 personas estaban acostadas, muchas con más de 5 días en la casa ya que había tardado en pasar el tren.

Pero a esta hora pasa y todo mundo se levanta, no alcancé a ver a los primeros en salir – salieron tan solo de escuchar el aviso – las luces se encendieron de nuevo y ahí veo las siluetas: ¡corre, corre!, ¿o te vas a quedar? – escucho como se dicen entre Kevin y Alex. ¡Adiós Eric, gracias! Me alcanzan a ver [...].

Aun así, hay que esperar a todos los que regresen y, sobre todo, ver que no llegue gente “extraña” haciéndose pasar por alguien ya registrado en la casa: ¿caótico?, la respuesta es obvia. [...] parece que casi todos pudieron subir al tren. De todos modos, hay que esperar, el tren solo bajó la marcha y he aprendido que en el puente de Boca Cerro del Río, hay operativo del INM y los bajan [...] nota: me desperté a las 6 de la mañana y a esa hora regresaron Kevin y otros. Alex sí se pudo ir, pero trascendió, en palabras de Kevin, que el INM sí los esperaba en Boca Cerro del Río. Kevin se aventó del tren y se luxó el tobillo – se notaba bastante revolcado y con raspones en cara y brazos – y otros de quienes regresaron a la casa lo venían ayudando. *¡Pucha, Eric, no me pude ir!* – me decía mientras cojeaba y entraba de nuevo a la casa a esperar más tiempo para poderse ir, tal vez en el otro tren [...].

En esta asociación con las cosas no humanas y el cuerpo (como aquello humano) se encuentran vinculados e interactúan de múltiples formas: la casa, sí como aquel espacio de espera y ese actante que acoge, en una viñeta u otra la presencia de la casa y lo que hace es relevante para esos cuerpos que entran-salen o transitan-esperan; por otra parte, el tren en sus movimientos que se alentan permite abordar su estructura metálica pero que en el sentido del camino se encuentra con otro actante (un puente que atraviesa el río) evidenciando las múltiples formas de asociación pero también de desencuentros o encuentros posibles para que las personas continúen su tránsito. Se manifiesta una frontera material y simbólica que puede tener múltiples significados, por ejemplo: la angustia o miedo a la detención, a la trampa y tener que terminar su viaje; entonces, el cuerpo que migra en TIIR debe ser contenido de su marcha. Debe esperar a una “nueva oportunidad”.

Sin embargo, hay representaciones –simbólicas y normativas– de ciertas sanciones como las enmarcadas en el cartel de las “reglas de la casa”, como mostré en la viñeta: son el *representamen* (Peirce, 1986) que en un ejercicio de hilar intertextualidades – la condición en que se migra, el espacio o los espacios de esta y los actos de los actantes – da una luz a ese signo de control que puede mostrar un contexto más complejo (Grondona, 2019): “no ir al centro después de las 5”, entre otras enunciaciones que complejizan la relación de la práctica corporeizada con las casas o albergues de migrantes.

Recuerdo, en mis primeros acercamientos a estos actantes y espacios de las migraciones, en una pared cercana al Hogar de Misericordia (Arriaga, Chiapas), había una advertencia: “no sentarse aquí, viene la migra”; esta memoria es del 2016 y me llevó a (re)imaginar las relaciones de la comunidad, la casa y las personas que migran. Rescato esto para descifrar también algunas trampas posibles al problematizar cómo los tiempos de espera se hilan con elementos no tan *visibles* como lo pueden ser las palabras escritas o habladas y lo que *evidencian*. Decía Kevin: “[...] no me pude ir”, lo que lleva a preguntarse cuán difícil puede ser tomar el tren y regresar a la casa de migrantes: pero es ahí, ‘precisamente, cómo se vinculan los actantes por medio de la corporeidad de

Kevin que es la materialización de la práctica y el saber migrar. Sin embargo, la espera es lo que me interesa abordar con más detalle.

Tomaré ahora un par de notas de campo entre la pandemia y la postpandemia por COVID-19:

Nota del diario de campo. Abril de 2020. Intercambio de mensajes de voz con Julia, compañera voluntaria en La 72.

[...] pues aquí no salimos. Como te comentaba la vez pasada, desde que se declaró la cuarentena, Mathilde, yo y otros ya no nos pudimos ir en los tiempos que teníamos previstos. [...] Aquí en la casa todos andan bien, pero muchos no estuvieron de acuerdo con las reglas y decidieron salirse de la casa; así como pinta la cosa, no sé si sea algo que vaya a durar más. De nosotros, solo los frailes entran y salen, pero los demás estamos prácticamente encerrados. Yo creo que eso es lo que no les gustó, pero ACNUR y la COMAR están cerradas y que esté enterada, no hay servicio para los que solicitan refugio o para sus resoluciones [...].

La pandemia reciente por COVID-19 sin duda agravó los tiempos de esperas en tanto las resoluciones de solicitudes y seguimientos de estas para el reconocimiento de persona refugiada en México y la aparición de “[...] un triple atrapamiento: espacial, legal y sanitario. Una confluencia entre la condición de (in) movilidad, mayor incertidumbre en torno a las estancias y procesos de asilo o refugio [...]” (Mena y Cruz, 2021, p. 60). Este panorama debía llevar a preguntarse: ¿dónde estaban siendo vividas las esperas?:

Nota del diario de campo. Noviembre de 2021. Interior de La 72. Después de la hora de la cena. Tenosique, Tabasco.

[...] considero que las personas que están afuera de la casa son un caso excepcional. Hay más de 30 personas, pero es posible que haya más en la noche (he visto a algunas que se esconden entre los pastos crecidos cerca de donde estaba la pileta). Ahora, en la casa, solo la capilla se usa para dejar dormir a quienes pernoctan (o alcanzan lugar); los demás están afuera en cartones o en algo que les permita dormir sobre el piso.

[...] todo mundo “espera” a poder entrar a la casa o continuar su camino. Es curioso porque no me queda claro si esperan solicitar el refugio o irse así. Sucede que ahora para pasar a la casa deben decidirse por solicitar el refugio. Bueno, esto es para que puedan

pasar a “población general”; por lo demás, la capilla acomoda a más de 50 personas cada noche. Ahora ya no usamos el patio para la “acostada”.

Creo que la casa ahora es un espacio de espera dentro y fuera de la misma [...].

Hay cuerpos sensibles que migran viviendo las esperas posibles; los actantes como la casa, el tren, o COVID19 afectan las formas de los tránsitos y cómo se viven; el ejemplo de la pandemia y la cuarentena mostró la cara más angustiante de las esperas al simplemente no saber cuándo, se podría volver a transitar, pero no solo eso: también hizo surgir una emergencia en tanto delimitar los cuidados posibles que podrían brindar los actantes humanitarios. Fue incertidumbre, pero también miedo.

IV.II. a. *Tempografía*¹⁰¹: hacia una etnografía del cuerpo que migra en espera.

Mucho se ha puesto en debate sobre ese rompecabezas entre procesos de securitización, la verticalidad y externalización de las fronteras, las políticas, la aplicación de políticas de contención hacia las migraciones irregulares –y el proceso burocrático de esto– así como de las formas y cambios de migrar después de la pandemia por COVID19, en esos muros inmunológicos (Espinosa, 2021; Mena y Cruz, 2021; Pérez y Morales, 2021). El papel regional, transnacional, local o global de esto, se puede constatar en las reconfiguraciones, las presencias y actividades de organismos de diverso alcance y naturaleza e interés en las movilidades humanas en situación de TIIR. Distintos actores sociales se aproximan como una red compleja de actantes que se vinculan –o desvinculan– en torno a una misma problemática o problemáticas, como el refugio y los terceros países seguros (Paris-Pombo, 2021; Zapata, Vera, Gandini, 2022).

Sin embargo, esto aparece no unirse a uno de los muchos elementos que dan forma a los paisajes de fronteras por lo elusivo y complicado que es estar en esto: la vida cotidiana de las personas que migran en situación de TIIR. Desde aquí, entonces quiero poner dos cosas en debate. Que las personas que migran en situación de TIIR más allá de estar meramente subordinadas u oprimidas por las políticas de contención y la

¹⁰¹ Este término lo rescato de *Tempography*, usado por Javier Auyero (2012) para referirse a su enfoque de hacer, observar y reflexionar con las personas y el terreno de lo que apunta como “pacientes del Estado” donde las esperas son la base de su estudio etnográfico.

externalización de fronteras –entre otros elementos– son capaces de transgredir esto, proponiendo sus propias estrategias desde su saber migrar. Y, por otra parte, que, al referirme al cuerpo, no solo apunto a la carne como mero objeto, el cuerpo es donde se encarnan y expresan las múltiples formas de la cultura de migrar. El cuerpo es “sintiente”, es decir, emotivo, reflexivo, político (Le Breton, 2009; Sabido, 2010) y claro, también sueña (Reemtsma, en Adorno, 2005; Parrini, 2018): el sueño de continuar la marcha, el sueño americano, el sueño de ser refugiado, el sueño de tener otro lugar donde vivir y así, infinidad de sueños que desde cierto enfoque etnográfico pueden ayudar a evidenciar también las experiencias y corporeidades en las movilidades humanas en situación de TIIR. Nuevamente la esperanza como espera aparece ahora no en el espacio en sí sino en el cuerpo de aquellas personas que esperan “algo”.

Pensé en la *tempografía* como un modo de ver, como esos cuerpos que migran en un espacio tiempo que parece indefinido, cambiante y contingente y que luchan constantemente desde sus propias agencias personales o colectivas asociadas a una o varias ideas y metas: migrar, refugiarse, sobrevivir, etcétera. Aunque, a diferencia del planteamiento de Javier Auyero, no me centro en estas posibles relaciones e interacciones entre subordinados y dominados desde las esferas político burocráticas de las corporalidades pacientes –entendido esto desde la paciencia, es decir: de esperar en el tiempo y espacios de la dominación y subordinación– trato de expandir esto a otras esferas que, como la migración en situación de TIIR pueden ser complejas y aparentemente inconexas o desarticuladas cuando en todo caso son bastantes unidas y en los encuentros y desencuentros hay siempre un reencuentro:

Nota del diario de campo. Diciembre de 2023. Encuentro con Manuel, afuera de CAFEMIN, Ciudad de México.

[...] entonces ahí empecé a buscarlo. Manuel es hermano de Karla, a quien conocí en La 72 en el último mes de voluntario que estuve allá en 2022. Me pasó sus datos, su número de WhatsApp y por lo que entendí, se había movido a CAFEMIN, aunque dudo que haya entrado al albergue, estando tan saturados como ahora en CDMX.

[...] sí, yo vengo de Oaxaca, de allá me vine con un vale, de allá desde Tenosique – después de encontrarnos íbamos camino a la terminal del norte para comprar su boleto a Monterrey. El vale aquel se fue a Aguascalientes, pero me dejó ahí en Oaxaca – seguía

su relato con atención mientras íbamos al metro. Oye, ¿no pediste refugio aquí? – le pregunté. *¡Sí!, pero pues se tardan mucho y pues yo lo que quiero es trabajar. Allá mi hermana me está ayudando para llegar, pero pues el dinero no rinde* – me respondía. ¿Cuánto tiempo llevas en México? – lancé la pregunta de siempre. *¡Uy!, ya llevo como 5 meses. Pero no había pensado en llegar más al norte.* [...]

Al final del día, Manuel decidió irse a Guanajuato, quedarse a trabajar allá con su amigo – o eso decidió al momento – porque no completaba para el pasaje de ida Monterrey.

La seguridad de Manuel de ir a Monterrey se desvaneció con la falta de dinero para un pasaje. Menciono a colación que Karla –su hermana– me pedía recibir una transferencia electrónica de dinero desde Canadá para pagar un vuelo directo a Monterrey. Entre otros detalles, me enteré que Manuel tenía el reconocimiento como persona refugiada en México, sin embargo, como en muchos otros casos y testimonios no hay una certeza sobre los alcances de esta figura de regulación y gestión migratoria por parte de las mismas personas que portan tal, lo que genera ciertas dudas sobre si, como en el caso de Manuel, poder o no abordar un avión o autobús para desplazarse por México sin problemas lo cual alarga de alguna manera los tiempos de espera para seguir migrando. Así, esto los contienen desde la incertidumbre, el miedo y el desánimo que puede surgir de muchas eventualidades y la pregunta que surge desde estas personas es: ¿cuándo poder salir de aquí? Los sueños materializados y corporeizados se *detienen*. En otra temporalidad, pero en similares espacios:

Nota del diario de campo. Mayo de 2024. Encuentro con Erik. Terminal de autobuses Apolo, Centro Histórico de la Ciudad de México.

[...] Erik es hermano de Daniel a quien conocí en 2019. Aquel, ahora entiendo, está en Michigan (EE. UU.) y formó parte de un grupo de unos 10 adolescentes que eran alojados en La 72. Bueno, no supe que era su hermano hasta que él mismo me lo dijo.

[...] *oiga y usted no puede conectarme para tener un trabajo aquí? Igual pensaba quedarme unos meses por acá o ¿de un cuarto que renten?* – me preguntaba algo ansioso. Es algo complicado, a mi Ale me comentó que venías de paso y la verdad no conozco a nadie. Podría llevarte a sitios donde sea posible que trabajes como cargando

cosas, pero no lo veo conveniente – trataba de responderle. *¿Cómo cuánto vale la renta aquí?* – me insistía.

[...] después de saber que solo contaba con apenas 800 pesos, caminamos y fuimos a la terminal de autobuses de nuevo: el boleto valía 750 pesos. Erik entendió no muy convencido que no podría sobrevivir más de dos días con esos 800 pesos en la CDMX y decidió mejor irse a Monterrey.

[...] Mejor allá en Monterrey o en Piedras Negras voy a pedir el refugio porque allá en Tenosique me daban largas y ya no hay tiempo para esperar – me decía en lo que nos despedíamos. Erik solo tiene 16 años [...].

A lo largo del texto y sus capítulos, el tiempo ha sido una constante que se percibe y vive como una espera continua. En algunas percepciones y análisis se habla de *atrapamientos* o *confinamientos* –como ocurrió en el contexto de la pandemia– así como de las *contenciones* como categorías posibles de análisis o de apoyo epistémico metodológico en tanto abordar las movilidades humanas en situación de TIIR y los tiempos de tránsito de las mismas (Castro, 2019; García, Gaspar y García, 2020; Castillo 2023), pero no tanto de cómo las personas migrantes, en sus corporalidades, viven esto y experimentan el entramado de interacciones y relaciones con otros actores o actantes.

IV. III. Actantes-cuerpos-esperas.

Todo parece estar hilado. Los lugares, las personas, los tiempos. Mientras algunas personas esperan subirse a la lancha para cruzar de Necoclí a Acandí y de ahí esperar la guía hacia El Darién, ya hay otras más esperando salir de Yaviza hacia David o Dos Bocas para cruzar a Costa Rica en autobuses. Realmente, aunque mencione límites territoriales, estos son difusos: entonces antes de la Bestia (en el caso mesoamericano) está la lancha y los *buses*. Pasar por Nicaragua – que aún no me queda claro cómo transitar por ese lugar – y ahí ahora se suman quienes como *Mario*, *Yeimi*, *Sandi* y cientos más, esperan a salir de sus países de origen por cuestiones de persecución política. Luego, pasar o no por El Salvador u Honduras: sea la pandilla o el estado de excepción como formas de regular o gobernar los tránsitos migratorios, contextos en los que poco o nada importa quién es *Mario*, *Yeimi*, *Sandi*, o *Wilmer*, *Sandrit*, *Yoshua* o menos aun,

Josué, Escarlet, Karla, Brandon, Osman y no se diga de *Buttari, Alexson, Jovana* o *Manases*. Entonces aparece el río, pero también la selva que es endémica de casi toda Centroamérica. Y con esto los taxistas o motociclistas que “se ofrecen a llevar a la garita o al cruce más seguro, por un precio adecuado”: nada nuevo, esto es una cadena de actividades y prácticas que las personas que migran saben y consideran sortear de la mejor o peor manera. El taxi lleva a donde se puede tomar un descanso o en el peor de los casos a un puesto de inspección y control migratorio que puede ser al mismo tiempo, un puesto de *extorsión migratorio*.



Foto 29. “Las hermanas Rodríguez” preparándose para partir a la noche siguiente desde Casa Belén-El Ceibo (Guatemala) hacia México; diciembre de 2021.

Cuando por fin se llega a la frontera con México, hay que decidir: esperar o entregarse y esperar a que se solucione bien todo. Aparece entonces la casa de migrantes: ya sea Casa Belén en el Ceibo o el Hogar Belén en Tapachula. También puede

ser Casa del Migrante de Tecún Umán o Casa Betania en Salto del Agua: no hay naciones, no hay delimitaciones claras. Lo que hay es una red de espacios que trascienden fronteras y acogen aquellos cuerpos y sentires en necesidad mientras esperan. Entonces aparece la *invisibilidad* de ser migrante o solicitante de refugio: esa invisibilidad que desde el Estado y las políticas transnacionales sofoca el tránsito con base en la pretensión de una migración ordenada y controlada, un mantra que parece hacer eco en las salas y pasillos de las oficinas de migración o donde se solicita el refugio.

Mientras, los cuerpos necesitan alimentarse, cobijarse y claro, quererse y reconocerse. Cuántas veces *Mirna*, una mujer hondureña, escuchó: *usted no es elegible, puede retirarse y solicitar reconsideración para su solicitud de refugio*. Mínimo 3 veces y hasta la cuarta vez le fue otorgado. Claro, como paciente en situación de migrar en TIIR, mujer de más de 40 años con diabetes, la espera era una intranquilidad constante. *Eric*, *¡no sé cuánto más pueda aguantar!*, me decía en algún momento de los dos años que le tomó el caso.

Las postales, ese *Ethnoscape* que se describe de los paisajes de frontera, bien pueden partir del lado guatemalteco: para evitar la garita de El Ceibo, se camina hacia una orilla del Río San Pedro y se pagan entre 20 y 30 quetzales¹⁰² para que un lanchero lleve hasta un paso usado precisamente para cruzar a México que solo ellos controlan. Es algo cotidiano tanto como los letreros que rezan: “no te sientes aquí, viene la migra”; signos y materialidades me llevan por distintos pliegues y dimensiones y en ocasiones, las claves de ese lenguaje pueden absorberme. Pero ahí está la casa de migrantes y eso me da, no un punto de partida – ¿hay alguno quizá? – sino un punto de dónde asirme y contemplar por un lado los discursos venidos desde la boca de los cuerpos burocratizados y politizados como también de los cuerpos que disputan su lugar en este mundo como migrantes, refugiados, desplazados, apátridas y más.

Decía una mujer haitiana en Casa Cáritas de la Ciudad de México: *yo no quiero quedarme en México. México casi me roba, mata a mi hija*, mientras nos muestra unas fotos desde su celular de cómo antes de ser canalizada por ACNUR y todo el proceso

¹⁰² Entre 50 y 60 pesos mexicanos, unos 2 a 3 USD.

burocrático, tuvo que esperar tanto tiempo de pie en la calle y en el pasillo de una clínica, que dio a luz ahí, en el piso sin ninguna seguridad e higiene posible: a ella, como lo dijo, la espera le estaba arrebatando su dignidad y a su hija. Otra en ese mismo lugar lloraba al recordar su camino sobre El Darién y ver que uno de sus hijos casi muere ahogado y el guía les gritaba: *al fin son muchos venezolanos, ¿Qué más da uno menos? ¡avance!*

Entonces el CBP-One como el cubrebocas en pandemia se vuelve un actante más que configura las esperas: antes el signo de portar o no un cubrebocas, la prueba de COVID y todos los biodispositivos de control y asepsia dieron paso a un nuevo actante en forma de aplicación móvil y antes en libretas y *tickets* para esperar turnos. Pero eso es en tierra: precisamente la tierra y el mar son territorios de ejercicios de poder y contención, pero por sí mismos no son actantes, sino que hay algo que les da esa cualidad de presentarse en la vida social ya sean las casas de migrantes o el caso del *Minasa Bone* o el *Baby Stockholm*, barco carguero adecuado para “ser habitado por migrantes” como una de las muchas respuestas para ordenar las solicitudes de asilo en Gran Bretaña.

¿Cuánto tiempo deben esperar para que existan esos *paisajes migrantes*? Pueden ser días o varios meses y eso está dentro de los límites de un calendario ya sea propio de la persona o de las instituciones. Sin embargo, apunto a las condiciones y contextos en que se viven esas esperas. Los campamentos migrantes que han surgido a lo largo del país son tan evocativos de las precarizaciones y violencias como lo fueron la caravanas migrantes en su momento. Cada evento afecta y se siente: los camellones sobre el túnel del metro de la ciudad de México a las inmediaciones de la terminal de autobuses y en donde se han instalado uno de los primeros campamentos de personas en TIIR permanece y habría que preguntarse por qué el campamento en el parque Giordano Bruno no persistió. El reordenamiento del espacio también afecta lo que se ve en este y por otra parte, parece que algunos cuerpos y presencias son aceptables en ciertos espacios y en otros, no.

Recuerdo que, en un punto álgido de la problemática de la presencia de personas migrantes en la CDMX, algún vecino me comentaba que le preocupaba que los migrantes llegaran con sus “malas mañas como robar” apuntando a la problemática de inseguridad.

Este discurso ha sido repetido y agotado desde la cotidianidad que es reacia al extraño, al extranjero: algunos apuntaban a que “no eran las condiciones materiales para que esas personas estuvieran en el parque, ya que este es un espacio público” y otros, como el de la problemática de seguridad, venía de un espacio donde los índices de delincuencia están en números rojos en la práctica y vida cotidiana de algunas de las alcaldías al oriente de la Ciudad de México.

Finalmente, el cuerpo y signo de la persona migrante es elusivo y esto puede ser problemático porque puede llegar a pensarse que *así es como debe ser*, condición por demás equivocada —es por eso por lo que a lo largo del texto no he enunciado la palabra clandestino o de vidas clandestinas— y en todo caso es parte de cómo ciertas acciones afectan a estos cuerpos. La espera es una actividad y acción en sí y no es una espera estática y por lo tanto no es algo que no se pueda ver, escuchar, palpar. La espera de esos cuerpos de las personas que migran es ante todo evidente pero elusiva y es por eso que, antes de abordar a estas corporalidades, apunté a los posibles espacios y terrenos etnográficos que pude conocer. Como me platicaba Charly, un migrante que ha pasado los últimos 3 años en Tenosique: *yo me puedo mover como mexicano, ¡me escucho como mexicano!, la cosa es que, si me piden papeles, ¡pues no los tengo! Pero mira: que se queden con sus trámites. Ya ves tres veces que me niegan el refugio o la tarjeta de visitante por razones humanitarias. Yo quisiera regresar a Rosarito, pero creo que me iré a Jalapa.*

¿Será que nadie se ha percatado de cuántas personas llegan en los autobuses por la Calzada I. Zaragoza? Son los límites de Nezahualcóyotl y Iztapalapa (en el Estado de México y la Ciudad de México) y parece que más allá de la sorpresa, simplemente bajan de los autobuses y la gente solo mira con cierto desdén como preguntándose: ¿y estos? Personas de origen venezolano y haitiano caminan ahora entre calles: del hotel a la tienda de conveniencia. Muchas veces entro solo a ver y en efecto se surten de víveres y golosinas y retiran dinero que les han enviado seguramente desde el norte o sus países de origen. Ahí se les puede ver, parados en las entradas de esos hoteles económicos, revitalizados por la presencia de estos grupos de personas que a falta de mejor información, mi experiencia me dicta que son solicitantes del CBP-One o que forman

parte de esas “nuevas” cadenas de trata de personas con “rostro más humano” y que se anuncian en redes ofreciendo traslados de viajes seguros desde el Darién hasta México o los EE. UU. Pienso que una tempografía de esto ayudaría a visibilizar otros espacios de espera y de tensiones donde las personas que migran optan, producen o pueden ser clientes y víctimas de sofisticadas prácticas y estrategias de migrar.

Cuerpos que migran en espera: esta idea es posible que vaya al inicio de todo. Pero para poderla enunciar, quise primero tejer el contexto y deshilarlo lo mejor posible para poder encontrar a esos cuerpos y saber dónde se encuentran, desencuentran y reencuentran. Los *cuerpos que migran en espera* son ese elemento humano que se vincula con eso otro no–humano en las movilidades humanas en situación de TIIR. Son cuerpos en movilidad humana y, por tanto, en el ejercicio político de sus sentires y prácticas materiales o simbólicas que desde la espera siguen ejerciendo su derecho a migrar, a asilarse o refugiarse y en esto a ser reconocidos como parte de una sociedad que les pretende desechar u ocultar de muchas formas. Sus cuerpos, como carne, espíritu y sentidos (lo sensorial) corporeizan sus emociones y afectos: sus cuerpos son la evidencia de las largas marchas, de la huida, de las políticas de contención hacia ellos, ellas y ellos que en escalas globales pretenden homogeneizar como “el cuerpo refugiado”: el cuerpo que migra en espera es heterogéneo, es multiplicidad y es plasticidad social. Desde su figura de extraño encuentra su fortaleza para seguir continuando su tránsito migratorio irregularizado, indocumentado y/o en refugio. No son pacientes, son cuerpos en latencia. Son actantes humanos.

Microespacios de contención: mucho se ha dicho de las políticas de contención y sus aplicaciones y efectos en figura de las fronteras verticales y los procesos de securitización. Sin embargo, el espacio de contención es demasiado amplio y sus cartografías posibles deben poder localizarse así sea a nivel transnacional, global o regional más allá de las delimitaciones espaciales macrosociales. ¿Cuántos microespacios de contención son posibles a lo largo de los más de mil kilómetros de la frontera sur de México con Guatemala y Belice? ¿Cuántos a lo largo de los más de tres mil de la frontera norte? Hace falta un ejercicio para rastrear y encontrar esos microespacios sociales de la contención de las movilidades humanas no solo en sus

límites geográficos transfronterizos internos o externos. Un microespacio de contención es también parte de un proceso de producción multivariado donde las ecologías posibles son escenarios de luchas por la vida y contra esta, donde la esperanza se vuelve el hilo que permite la existencia y permanencia no de esos espacios sino de la vida y los tránsitos migrantes. Se vuelven espacios donde la vida misma es el ejercicio político de estos.

Los actantes en la movilidad humana y los tránsitos irregularizados, indocumentados y/o en refugio: el corazón de la tesis fue mostrar cómo los actantes participan en los vínculos humanitarios en un primer momento y en vinculaciones, asociaciones y relaciones posibles con otros actantes y espacios similares o no; un actante natural como la selva que se presenta como corredor de los tránsitos migrantes tiene tanto sentido como un corredor seco que nos muestra cómo el desierto configura y permite procesos de asociación así como la serie de eventos posibles como parte de la práctica del migrar: la cultura de migrar no es posible sin su componente natural y comprender cómo se hila esto (tal vez habría que llevarlo a los presentes análisis de las migraciones por cambio climático y los desastres naturales); se vuelven actantes simbólicos al transportar, *re-producir-se* ¹⁰³ en los imaginarios y representaciones sociales de la movilidad humana: el tren es el ícono de esto tanto como la casa.

Ambos, significan y representan por mucho la práctica de migrar y lo humanitario y en sus formas materiales son parte activa de las migraciones en situación de TIIR; pero ahora, hay que voltear también a estos otros actantes que en su velocidad tecnológica parecen rebasarnos: el teléfono inteligente (smartphone) es uno de estos. Pero lo es tanto como los dispositivos tecnológicos que se producen en forma de las vallas o muros inteligentes, los lentes térmicos o algo tan aparentemente inocuo como las app móviles siendo el CBP-one un actante posible que controla y dispone desde los posibles anonimatos quién sí y quién no, puede acudir a una cita para solicitar asilo en EE. UU.

Estos actantes en las movilidades humanas son heterogéneos, múltiples en sus alcances, conectados y, sobre todo, presentes en la historia de las migraciones pasadas

¹⁰³ Reproducirse, producir, producirse.

y de ahora mismo que nos deben llevar a pensar el futuro que se asoma vertiginosamente. Pero no puedo dejar de mencionar que el actante no-humano en la investigación que ha mediado, vinculado y asociado es la casa de migrantes como un actante simbólico, material y espacial-temporal.



Foto 30. Detalle del camino y espacio transfronterizo de El Pedregal entre México (izquierda) y Guatemala (derecha); foto tomada en el contexto del Viacrucis migrante organizado por La 72 en abril de 2023.

Capítulo V. Conclusión. El nudo de esta tesis: Hay que buscar o dejar un hilo para continuar en vínculo.



Foto 31. Vista panorámica de La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes, Tenosique de Pino Suárez, Tabasco, México; septiembre de 2019.

Realizar una investigación etnográfica sobre las movilidades humanas como se han abordado y problematizado en este texto, es compartir la vida: compartir ropas, comidas, sentires y emociones, incluso problemas que, sin ser yo mismo una persona migrante irregular o refugiada, se comparten en cierto espectro emotivo y simbólico. Una noche de 2021 recibí un mensaje nada agradable por Messenger (Facebook): *Eric, se murió Eduard*. Taladró mi sentir. Eduard un niño nicaragüense de unos 5 años, había muerto en Tenosique, donde su familia se había resignado a permanecer, al no ser elegibles de refugio en México.

Lo que ocurrió con Eduard fue algo que se hilaba a una serie de experiencias previas o posteriores: un hilo que nudo tras nudo me vinculaba más con las vidas en TIIR a lo largo del desarrollo de la investigación. Las prácticas y vínculos humanitarios de las

casas de migrantes se pueden presentar tan obvios como elusivos, entonces: el reto fue mostrar que la existencia/actuar de las casas de migrantes, no se reduce a una práctica o actividad de misericordia y altruismo sino, que es parte de una compleja red de acuerdos y desacuerdos, encuentros y desencuentros entre actores/actantes y grupos o individuos que se vinculan por cómo practican o no, el humanitarismo y el saber migrar. Esa práctica o formas de practicar el humanitarismo por parte de las casas de migrantes, es el rastro que dejan para poder entender al actante.

Para poder ver esto, apunté a una de las formas más cotidianas: mi práctica y papel como voluntario – y etnógrafo – que me vinculó si con las casas pero también con las personas que les habitan (habitaron); sin embargo, no quiero cerrar con un recuento de lo que se vertió en este trabajo de investigación; apunto entonces a esos hilos sueltos o nudos que en ocasiones también son “cajas negras” aparentemente indescifrables. La más importante, considero, es la idea del cuerpo y de la persona que migra en situación irregular. Otras consideraciones llegan en la continuación sobre la presencia de los actantes en los estudios de las movilidades humanas y cómo esto hace aparecer otro nudo que no se pudo descifrar en esta investigación: cómo se sigue hilando la práctica humanitaria más allá de México y que no llega solo a los EE. UU., sino que, como pude mostrar en las últimas viñetas del capítulo III, alcanza a quienes buscan llegar a Canadá como lugar de destino y refugio.

V.I. Los cuerpos que migran. Las personas migrantes: ¿cómo abordar la irregularidad?

One aspect of migrant illegality is that one's life is unsettled, unpredictable and erratic. Migrant illegality means abrupt and dramatic interruptions in one's life, interruptions such as detention, deportation or simply sudden opportunities to move. Migrants disappear without a trace.

Shahram Khosravi.

Uno de los enunciados recurrentes es el de “persona migrante irregular” en mucha de la literatura revisada tanto académica como de organizaciones como la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) o el mismo Instituto Nacional de Migración (INM)

por solo nombrar algunas; a lo largo del trabajo etnográfico en terreno no era extraño escuchar a las personas en movilidad como “somos migrantes”, “somos los emigrantes”, “yo soy migrante”, etcétera, lo cual puede apuntar a que estas personas en sus cuerpos se reconocen como migrantes.

Esto es una nueva vereda en tanto aproximarse a la práctica del migrar y comprender por qué de esa “irregularidad” que no solo tiene que ser un mero sinónimo de la categoría más usada: “indocumentalidad”. Estas dos formas son usadas para enunciar y categorizar a las personas en cierta condición de movilidad humana y pueden verse en el Glosario de la Unidad de Política Migratoria de la Subsecretaría de Población, Migración y asuntos Religiosos de México:¹⁰⁴

Migrante en tránsito irregular. Migrante que utiliza un país distinto al de su nacimiento para trasladarse a un tercero y que no cumple con las regulaciones migratorias del país de tránsito.

Migrante irregular o indocumentado. Migrante que deja su país de origen con el propósito de establecerse, temporal o permanente, en otro, sin cumplir con las regulaciones de los países de origen, tránsito o destino. (UPM-SEGOB).

Es decir, enunciar que no cumplen las regulaciones – migratorias – en los países de destino, llegada o tránsito. Es decir: se parte de presupuestos legales y administrativos de la gestión migratoria a través de México; el trabajo de investigación que presenté (presento) apunta a que esto es insuficiente debido a que usar la categoría de irregular y sus verbalización en irregularidad en los sentidos expuestos arriba, ocultan y hacen elusiva una realidad constante y es que, en todo caso, la *irregularidad* va de la mano de la *precarización* de los cuerpos, emociones y en general de las prácticas encarnadas y corporalidades de las personas que migran en esa forma. Por eso es que apunto al cuerpo en las movilizaciones humanas, el cual es afectado por las políticas y gestión en torno a la migración, las condiciones ecológicas y medio ambientales (como el cambio

¹⁰⁴ Para consulta:

https://portales.segob.gob.mx/work/models/PoliticaMigratoria/CEM/UPM/Glosario_P019.pdf

climático), la interacción con y entre actantes y espacios sociales que da paso a un posible régimen de la migración irregular que debería ser cuestionado.

Inclusive por práctica operativa de las casas de migrantes, si bien es desde estas que se escucha el enunciar “personas migrantes” – recuperar la enunciación de *la persona* sobre la *de migrante*, expresa la lucha social de estos actantes desde sus inicios como parte de la defensa de los derechos humanos de aquellas – la reproducción de “personas migrante irregular” se articula y ensambla con el discurso meta institucional que cristaliza los cuerpos que parecen deambular en el paisaje de control de fronteras e intra fronteras, en un sentido foucaltiano: es un biodispositivo de control y gestión de los tránsitos. Ser *irregular*, es reproducir ese biodispositivo. La pregunta es: ¿quién o desde dónde, se esgrime una categoría como esta?



Foto 32. Reunión en el interior de La 72 para organizar las actividades con las personas albergadas y el voluntariado en la casa; febrero de 2020.

Y es que el cuerpo está situado y aparentemente “anclado” al lugar donde esté y en ese anclaje – casi obligado – surgen las categorías o las formas de enunciar al otro

desde los contextos contruidos socialmente. En Japón, una comunidad de origen coreano *Zainichi Kankokujin* [在日韓国人] que en una aproximación al español desde el japonés es: “permanecer en Japón” o “estar en Japón” que en términos generales se refiere a toda aquella persona de origen coreano o descendiente de aquellas, que provienen del período colonial de Japón en la Corea antes de ser dividida en norte y sur que por eventos históricos no siempre favorables terminaron emigrando a Japón, donde la problemática de la identidad homogénea es un tema no menor. Estas personas enunciadas como Zainichis, son señaladas por una condición sociocultural que es parte de la historia en las movilidades humanas. Pero no se puede dejar de lado que enunciar y nombrar las personas y los cuerpos como Zainichi, es también una forma de biodispositivo. Y al igual que el término *irregular*, es algo que se produce y significa socialmente.

¿A qué nos referimos cuando decimos *migrante irregular*?, debería ser una pregunta constante en los trabajos de estudios sobre la movilidad humana en su forma de migraciones transnacionales, transcontinentales y donde la figura de *persona refugiada* aparece fuertemente vinculada en un modo de gestión y categorías posibles, pero también usadas discrecionalmente para diferenciar y separar y que tienen su raíz en los discursos globales (del norte global) para diferenciar quiénes estamos dentro y fuera de las fronteras nacionales pero no siempre, para mirar hacia adentro o entre ese espacio entre fronteras: esa es la razón porque un trabajo que hable sobre el cuerpo y la migración en condición y situación de irregularidad debe tomar como base el paisaje de entre fronteras para situarse.

En este trabajo, si bien no desarrollé a más ese concepto, muestro que por irregularidad debería entenderse esa serie de condiciones materiales, físico-biológicas y simbólico-culturales que se anudan en el cuerpo de las personas migrantes y estos, en su práctica encarnada y corporeizada del saber migrar de forma irregular e irregularizada no se limita a portar o no, una identidad en forma de documento (donde la idea y categoría de indocumentalidad parecería tener más sentido): migrar de forma irregular e irregularizada implica más. De este modo, expongo algunos puntos que puedan escalar en clave epistémica para sentir, comprender y explicar esto:

- *Materialmente*: entendiendo esto como poder asegurar parte de lo necesario para subsistir como es el trabajo, la vivienda y la comida; la irregularidad se haya en la incertidumbre de poder proveerse de todo lo anterior mencionado: “esta puede ser nuestra última comida en días”, “el trabajo no es seguro siendo emigrante”, “rento con dos familias más para que rinda”, son solo algunas de las frases que se pueden recuperar de varias de las viñetas en esta tesis y en mis diarios de campo. No se trata solo de perder un hogar, es no tener la certeza de tener uno y lo que implica para mantenerlo. Vivir migrando de forma irregular es *habitar la irregularidad* que, si no se observa críticamente, se puede obviar que hay estructuras sociales que han permitido esto y le alimentan constantemente.
- *Físico-biológicas*: aquí quiero rescatar una dimensión que poco se habló en este texto: la salud-enfermedad como parte de los procesos de vida-muerte. ¿Cuál es la esperanza de vida de las personas que migran de formas irregulares?, esta pregunta se asoma como un reto metodológico ¿Puede pensarse en la esperanza de vida – si se puede hablar de un indicador de ese tipo – para las migraciones en situación y condiciones de irregularidad? La experiencia en terreno me permite mostrar y atestiguar las dificultades persistentes que precarizan el camino de las personas migrantes en TIIR: deshidrataciones, hambre, lesiones desde las ampollas que se pueden infectar a otras como luxaciones o fracturas óseas y musculares hasta la agudización por falta de tratamiento de enfermedades crónico-degenerativas (diabetes o hipertensión entre las más comunes) por edad o condición de nacimiento. El sureste mexicano se caracteriza por las altas temperaturas y humedad que puede alcanzar, sobre todo a medio día (en promedio entre los 35-42 °C). Distintas organizaciones como Cruz Roja, Médicos del Mundo o Médicos sin Fronteras, han dedicado esfuerzos a documentar esto y los impactos negativos en las personas en TIIR por México. En alguna ocasión, *Yeimi*, una mujer de origen nicaragüense, con problemas cardio respiratorios, sufrió una crisis de ansiedad debido a su vez por una crisis de su condición de salud: el dormitorio que ocupaba con su familia en la casa de migrantes, si bien

era cómodo, tenía un único ventilador que no era suficiente para mantener fresco el ambiente interior (en aquella ocasión la temperatura en Tenosique Tabasco rebasaba los 38°C en la noche¹⁰⁵). ¿Acaso este ejemplo y otros no pueden tomarse para repensar lo irregular como una parte que constituye el cuerpo que migra en TIIR? Es necesario considerar que los cuerpos y corporeidades son afectados y no, *per se* “viven esa irregularidad” en formas de cansancios, enfermedad o nacimiento o mortandad.

- *Simbólica y culturalmente* me invita a reflexionar la serie de significaciones y prácticas que concretan y contextualizan “ser irregular”, el cuerpo que migra y que vuelven socialmente *irregular*. Se da por hecho que ser “regular” es la portación de documentos de identidad: la visa, el pasaporte, la identidad o la partida de nacimiento. Estos son solo una serie de dispositivos que dan sentido a enunciar y significar identidades y sus adscripciones de muchos tipos, nacionales en este caso. Se marcan diferencias: al no existir formas de diferenciar convencionalmente, aparece la idea de *ser irregular*. Nuevamente la pregunta es, ¿qué significa ser irregular?, pero quisiera apuntar a otras dos: ¿cómo se (re)produce el *ser irregular*?, y ¿cuáles son los posibles símbolos de las *migraciones irregularizadas*? El cuerpo en este sentido aparece con la pregunta – ya lanzada a lo largo del texto – que puede ser controversial: ¿cómo sabemos que esta o aquella persona es *migrante irregular*?; ¿es por cómo se viste?, ¿por cómo se nos presenta?, ¿por la forma en que habla, se mueve? Realmente es que estas preguntas se podrían responder, pero solo asoman a una respuesta de algo que es aún más elusivo y que atraviesa las normas y formas sociales como sanciones sobre lo que desconocemos o es “inquietante” a la cotidianidad vivida y que se considera normal, “regular”.

¹⁰⁵ Esta información es parte de los diarios de campo correspondientes al período de 2021-2022 en Tenosique, Tabasco.

V.II. Esta etnografía se vinculó con los actantes.

Cuando comencé el viaje etnográfico hacia las casas de migrantes, una de las principales interrogativas que tenía era ¿cómo seguir en contacto con las casas? en caso de que la investigación pudiera extenderse. Es decir, tenía un interés en poder estar, por lo menos, en cuatro casas y tal vez visitar otras más, no solo en el sureste sino también en el centro o norte de México: “la casa de migrantes cuida a la gente como nosotros, los emigrantes”, “mi familia y yo damos gracias a ustedes los voluntarios y a la casa por cuidarnos tanto”, “en esa casa de allá no nos daban tanto como acá” eran palabras escuchadas de las voces de a quienes, principalmente, las casas de migrantes acogen.

Como expuse en los capítulos II y III, esto me llevó considerar a la casa como un espacio y actor transnacional que es parte de los procesos de transnacionalización de las movilidades humanas en TIIR; la idea del actante tuvo que madurar en el tiempo de realizar la etnografía para poder trabajar con las nociones de red de actantes y los guiones y de este modo: entender/mostrar las articulaciones/ensamblajes posibles con su cualidad de ser mediadores más que intermediarios. Pero esto no era suficiente, la casa parecía tener “vida”, entonces ese dilema me invadió como parte de las siguientes estancias en terreno que realicé tratando de dilucidar si esto no era una mera “puerta fácil” para “encajar” en una perspectiva teórica.

Es claro, que no podía hacer etnografía sin la casa y otra serie de elementos sociales presentes que, si bien me hacían dibujar un mapa social o una red, no necesariamente era lo *articulado* o *ensamblado* lo que se me presentaba. Recuperando la idea de “encajar”, pude vislumbrar lo que señalé como intersticios, donde la idea o acción de encajar [articularse o ensamblarse] era insuficiente: ¿qué lleva a una persona, migrante, refugiada o al mismo que hace voluntariado a referirse a la casa como algo/alguien más con quien se relaciona? Un segmento del diario de campo [de mis primeras notas en 2020] puede ayudar como ejemplo temprano de lo que quiero decir:

Salimos de la casa con la certeza de que nos espera o eso es lo que escucho decir a todos los demás: *al rato venimos, la casa siempre nos recibe de buenas* [...] Hace unos días, cuando despedimos en la terminal de autobuses a un grupo de personas que obtuvieron el refugio en México, decíamos: *toda La 72 vino a despedirse* o, por otra parte,

aquellas personas que partían decían: *la casa siempre me cuidó. La voy a extrañar [a la casa] tanto como a ustedes voluntarios. La casa me permitió tener esto [el refugio]*.

Las distintas formas de prácticas sociales apuntaban a ver la casa [o las casas] de migrantes como un actor más que está presente en los procesos de la movilidad humana en forma de TIIR. Como también señalé en capítulos anteriores, sucede lo mismo con el tren de carga o mejor conocido como *La Bestia* o con otros como el río o los desiertos, por ejemplo, para quienes llegan a la frontera norte: “*el desierto se los comió*”, es algo que se llega a escuchar para los contextos de la frontera norte.

¿Por qué las casas de migrantes habían estado a la saga en las distintas narrativas de estudios en las movilidades humanas? Una posible respuesta es que son elusivas en tanto cómo pueden ser problematizadas sociológica y antropológicamente: un esfuerzo en el trabajo de investigación que realicé ha sido precisamente mostrar la importancia de las casas de migrantes como actantes en constante vinculación en la dimensión de la movilidad humana en el campo y terreno de las migraciones en condición y situación de *tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad*. En palabras desde la Teoría del Actor-red, “dejé” que la casa actuara y, por otra parte, que las líneas que se extendían y unían o anudaban me permitieran despejar incertidumbres metodológicas y teóricas y con esto, ser parte de la vida que se vincula con las casas que, en este texto propuse en la tríada que da sentido a su práctica humanitaria: *techo-comida-descanso* en donde, en lugar de usar las comas como un recurso para enunciar aquellas palabras, los guiones/líneas/hilos en forma de texto ayudan a imaginar socialmente la forma en que estas palabras están vinculadas y no son elementos meramente articulados sino que son parte de un solo objeto: la casa de migrantes. Son la parte constitutiva de problematizar antropológicamente a las casas y/o albergues de migrantes en otras palabras: ese nudo y vínculo que se enuncia como *techo-comida-descanso*, es la forma en que se presenta y actúa el actante.

V.III. ¿Nudo vínculo? El intersticio posible.

Esta tesis, apuntó a dos cosas: a la experiencia sensible, emotiva, corporeizada, que presenté como *vivir la casa de migrantes* y discutir y exponer que estas casas y/o

albergues de migrantes, son actantes en la red de atenciones humanitarias desde su práctica que expuse como *techo-comida-descanso*.

En esto, en un *vaivén* entre la etnografía tradicional y la autoetnografía para desarrollar el trabajo y reflexiones analíticas en terreno, dió lugar a varias ideas como el *hilo* (para abordar las prácticas y sus vinculaciones) y el *intersticio*. Este último ha sido un elemento y si se puede considerar así, herramienta conceptual aplicada, que me ayudó a situar mi presencia, sentires y reflexiones en la investigación. El *nudo* y las distintas tramas que puedan partir del hilado vinculatorio en las redes de *actantes* humanitarios o no humanitarios tiene intersticios posibles donde se encuentra el espacio-tiempo de la investigación situada.

Del mismo modo, el *intersticio* es clave para abordar las propuestas de los *microespacios de contención* y de los *cuerpos en espera*, es decir, el intersticio es viable metodológica y teóricamente para situarse en los nudos, desatar estos y seguir el hilado de los vínculos humanitarios que permiten la serie de asociaciones e interacciones entre las casas de migrantes y las personas en *TIIR*, así como de otros elementos o actores presentes. La casa de migrantes como terreno situado o multi situado en distintas escalas y claves de problematización y análisis fue posible gracias a develar los intersticios posibles, siendo el más presente ser voluntario. Esto permitió “desanudar” la casa de migrantes y mostrar al actante en red cuando se presenta como una edificación material y organizacional o cuando es un símbolo del humanitarismo de base y donde las prácticas del saber migrar – y ahora, el saber refugiarse – se concretan y comparten: en medio de estas dos formas (materiales y simbólicas) analizar etnográficamente la socialización de la movilidad humana en *TIIR*. Por otra parte, no hay que descartar que la casa de migrantes, como actante, es un nudo que vincula (y se vincula con otros) pero también es un intersticio en el gran entramado de los actores posibles en las movilidades humanas – lo cual deja ver su capacidad de mediar y de afectar – en tanto no es un actor aislado o estático. Por ejemplo, cuando actúa en torno a las políticas de refugiado (y los actantes presentes) afectando desde algo como los acompañamientos que se hacen desde las áreas de defensoría de derechos humanos.

V.IV ¿Cuál fue el propósito de esta tesis?

Dos elementos han afectado/motivado la realización de esta investigación: primero, una postura crítica frente a cómo los estudios académicos han obviado el papel de las casas de migrantes en la problemática de las movilidades humanas en condición de *tránsitos irregularizados, indocumentados y /o en refugiosidad* en y a través de México. Segundo, llevar a terreno propuestas teóricas donde el actante, los no-humano, las cosas y los objetos son parte de la problemática y la reflexión y proponer esto, como parte de elementos de primer orden para el análisis antropológico y sociológico en las movilidades humanas.

Con esto, expongo que las casas de migrantes se vuelven el objeto, campo y espacio de estudio y, el punto de partida (de hilado) que permitió atender de forma crítica tres problemáticas: la *condición de refugiado*, las *prácticas humanitarias* y las prácticas del *saber migrar* – cada elemento está unido a la casa de migrantes – y esto a su vez, permitió apostar a un análisis crítico expuesto en el capítulo IV que propone dos posibles conceptos a desarrollar de mejor manera: los *cuerpos en espera* y los *micro espacios de contención* como parte del paisaje *de-entre-extra* fronteras en el que se extiende una red compleja de actantes de distinta índole e intereses: ahí es donde las casas de migrantes toman un papel relevante desde su práctica humanitaria.

El propósito de esta tesis fue hablar de *cómo se vive la casa de migrantes* por todas aquellas personas que se vinculan, habitan y se relacionan con estas, no solo en el sureste mexicano sino como una red en todo el territorio mexicano: en estos momentos hay gente que está llegando a La 72, después de posiblemente haber estado una o dos noches en Casa Belén, del lado guatemalteco y en este vaivén, habrá otras personas que estarán en la frontera norte, tal vez en la casa del migrante Frontera Digna, esperando ser atendidos en su cita de CBP-One.¹⁰⁶ Eso no es todo, en las terminales de autobuses como la Terminal del Norte en Ciudad de México, estarán otras personas comprando sus boletos mientras enfrentan la incertidumbre de si “¡pueden o no pueden!” continuar su

¹⁰⁶ La presente tesis tiene una extensión temporal entre 2018 y 2024; en la aclaración sobre el argumento lanzado donde menciono la existencia de la aplicación móvil CBP-One, debo mencionar que esta aplicación dejó de funcionar en los primeros días de 2025, año en que se presenta la presente tesis de investigación.

viaje. La figura o imagen de la casa de migrantes aparece como un recurso que por unos días les da certeza y seguridad si alcanzan a llegar a alguna.

Si bien, como apunté, las casas han pasado de una política de *puertas abiertas* a una de *puertas que seleccionan* –y con esto, un cambio y tensión con la población que atienden– esto ciertamente no ha modificado su práctica humanitaria de base: *techo-comida-descanso* sigue siendo el pilar conjunto de lo que hacen las casas de migrantes en México y lo que les mantiene en tensión con la agenda (del norte) global sobre lo que se dicta como labor humanitaria: actantes como ACNUR, OIM u otros, deben dialogar con esos actantes que son las casas de migrantes en una serie de eventos que muestran los acuerdos y desacuerdos que afectan al actante humanitario. El intersticio en esto es una veta de oportunidades para los actantes – como las casas de migrantes – y así, disputar cierta autonomía y agenda propia frente a las imposiciones de esas otras organizaciones o, en su caso, del mismo Estado mexicano que a su vez, pueden considerarse parte de la red de actantes. Puede que no estén tanto en la sombra, pero sí en un umbral que anuncia nuevas modificaciones y tensiones: las casas de migrantes como esos actantes en red, habrán de responder de alguna manera. Y este trabajo de investigación pretende también ser un apoyo para futuras investigaciones propias y otras, donde las casas (u otros similares) sean el punto de partida de las investigaciones a realizar.

Me parece que pude mostrar desde mi punto, cómo las casas de migrantes me ayudaron a evidenciar las fallas de las políticas en materia de refugiado o de atención a la movilidad humana en forma de migración en TIIR: los últimos años entre 2021-2023 han resaltado el “histórico” de solicitudes de refugio y demás figuras que entre COMAR y el INM gestionan, administran y ejecutan como brazos del Estado mexicano. Más allá de las omisiones y fallas que persisten y que son tanto de interés macro y micro social, lo que quise mostrar es cómo, esto precisamente afecta de forma positiva o no las vidas de las personas que migran y/o se refugian en México de ahí mi interés en apuntar a la figura de persona migrante *irregular* como una posible categoría que debe problematizarse desde una postura de análisis cultural y diferenciarle para dejar de usarle como sinónimo de la otra categoría: persona migrante *indocumentada*.

Una autocrítica que hago a mi trabajo, más allá de las que analíticamente surjan de una relectura propia o de otras, tiene que ver con el uso de la autoetnografía. Ciertamente, no es complejo explicar por qué, sin embargo, como mencioné: la madurez que adquirí en el trabajo de campo/en terreno me llevó a ese camino, la del voluntario-etnógrafo la cual puede bien no ser asequible a toda persona, no porque no puedan tomar este papel de una posible metodología encarnada ya que varias personas, colegas que también estudian la migración han usado o empiezan a usar esta figura como estrategia de trabajo. Sin embargo, puedo apuntar a decir que pocas personas se interesan en profundizar en lo problemático de esto –como ocurre con las casas de migrantes– lo cual, considero, debería priorizarse en las nuevas agendas de metodologías en la investigación social. Espero que mi experiencia vertida y problematizada en este texto sirva para ello, en particular en el campo de una sociología y antropología del cuerpo, las emociones y los afectos en las investigaciones sobre las migraciones en y a través México, así como su vinculación con las cosas no humanas.

Se suma ahora otro propósito: la de evidenciar cosas que son elusivas o, al ser parte de muchos intersticios, complejas de abordar; la denuncia hacia un sistema que romantiza y criminaliza ciertos procesos, tiempos, espacios y territorios de la migración en TIIR desde una necropolítica y el espectáculo de fronteras, así como atender que los actantes humanitarios no son ajenos a los ejercicios de poder y verticalidad para ejercer un control sobre los cuerpos. La práctica del saber migrar de las personas en TIIR es una de las muchas formas en que se manifiestan y operan los vínculos entre personas, actantes y demás agregados posibles, como una forma de posible emancipación, pero, desde donde pude estar para atestiguarlo, es una lucha entre encuentros y desencuentros en muchos niveles, escalas y dimensiones de problematización que tienen como clave en común una cosa: la vida.

Si tuviera que cerrar con una tesis enunciada, entonces esta sería:

Los vínculos humanitarios que se hilan desde las casas y/o albergues de migrantes en forma de cuidados y acompañamientos se *encarnan y corporeizan* en distintas

claves y formas: esos vínculos que se extienden, afianzan o vuelven endeble, permiten abordar el tejido de una red de *actantes humanos y no-humanos* en el vaivén constante de los *tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad*, de formas materiales, simbólicas y ecológicas en una multiplicidad de espacios y territorios que construyen y constituyen un mapa social del paisaje de fronteras. Entre cada hilado, la existencia de las *casas de migrantes* como *intersticios y actantes*, entre muchos otros, media en la reproducción del saber y la cultura del migrar, la cual a su vez es afectada por las distintas prácticas humanitarias locales, transnacionales o globales. El actante – la casa de migrantes – entra en constante tensión de acuerdos y desacuerdos siendo su propia práctica humanitaria –*techo-comida-descanso*– lo que le permite disputar y proponerse como un *actante no-humano* que cuida y protege vidas, pero sin ser ajeno a las agendas de control y gestión de las migraciones en *TIIR*.

De este modo, los vínculos humanitarios de las casas de migrantes nos hablan de un actante de primera importancia y relevancia en distintas esferas políticas, culturas o sociales que, en el caso mexicano, debería ser considerado como un ejemplo aplicado en atenciones humanitarias, pero también de incidencia social más extendida, considerando que estos actantes tienen más de 30 años operando en México y actualmente existen redes muy grandes y complejas de organizaciones de estos actantes que van más allá de las fronteras nacionales. No es solo la posible problemática que surgirá con la reelección de la presidencia de Donald Trump en los Estados Unidos de América (de 2025-2029) y lo que ha anunciado con las “deportaciones masivas y enormes centros de detención”: es la forma que esto puede sumar a las formas que adoptan los tránsitos de personas en situación y condición de *irregularización*, así como de *refugiosidad*. En México la creación de *corredores humanitarios* por parte del Estado aparece como una respuesta a las imposiciones de las agendas externas en materia de seguridad, control y gestión de fronteras verticalizadas y exteriorizadas.

Señalado lo anterior, en los diversos esfuerzos por tratar de administrar la presencia de las personas que migran de formas irregularizadas, deberían voltear a la

experiencia de las casas de migrantes y no solo emularlas; en los próximos años o décadas el paisaje de fronteras seguirá cambiando y la crisis latente de atenciones humanitarias no debe solo enfocarse en si hay históricos de solicitudes y elegibilidad de reconocimiento de persona refugiada, así como los tratados para aplicar políticas de terceros países seguros o las acciones que apuntan a “contener” la migración que, a lo largo del tiempo, han demostrado serias fallas y la multiplicidad de violencias sistémicas y cotidianas para quienes viven esto (sean personas migrantes o no). Deberían apuntar a la parte más microsocial como lo es el trabajo desde la base: por eso la importancia del actante no-humano (las casas de migrantes) podría arrojar luces desde lo cultural y político, así como desde el cuerpo y las emociones. Como reza un mural en una de las casas de migrantes donde más he colaborado y, que apunta un mensaje desde la poesía de Roque Dalton, como una práctica desde y con la casa: “creemos, que el mundo aún es bello”.

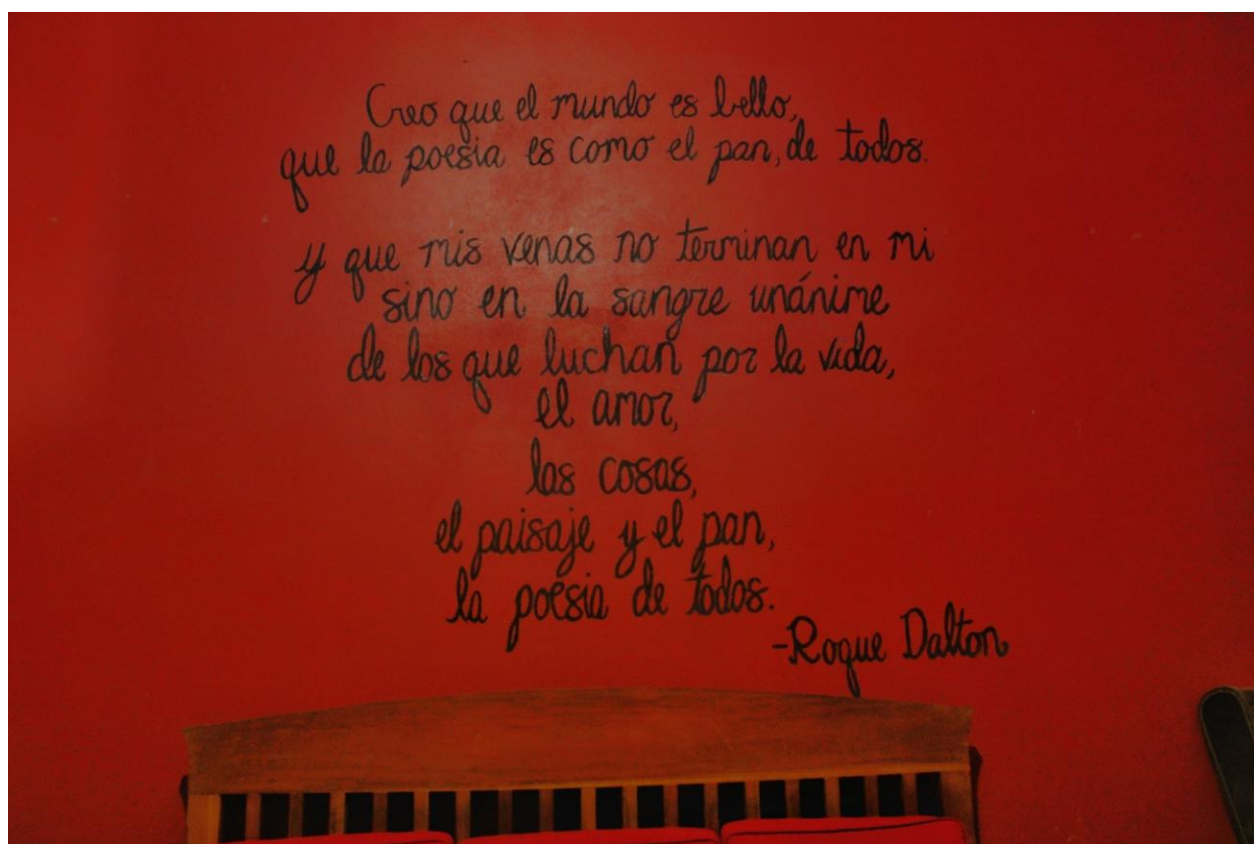


Foto 33. Detalle del mural interior de la sala de voluntarios con un fragmento del poema “Como tú” de Roque Dalton; abril de 2023.

Colofón: el hilo la migración en TIIR y su vínculo con la “era dorada de los EE. UU”.

A manera de diario de campo:

Monterrey, Nuevo León, México y Chihuahua, Chihuahua, México. Entre el 13 y 29 de marzo de 2025. Registrando información sobre el proceso de refugio y programas de inclusión social en México para personas refugiadas.

El título del último capítulo – que apuntó a ser una conclusión – partió de mostrar en algún modo, cómo se tejen los vínculos humanitarios en un primer momento. Estos vínculos se tejen, atan o anudan con distintas problemáticas y permiten observar a la red de múltiples actantes que están presentes en varias problemáticas que toman forma en lo que nombré *tránsitos irregularizados, indocumentados y en refugiosidad (TIIR)*. Particularmente hice énfasis en la construcción de la irregularidad como forma de dispositivo de control de los cuerpos de las personas que migran en tanto los espacios que ocupan y los tiempos de espera. La noción de *refugiosidad*, la tomé de F. Picozza (2024) como ya lo he dejado claro en el apartado correspondiente, pero basta recordar que al igual que lo que trato de proponer como la *irregularización* de los tránsitos y cuerpos/personas que migran, es un proceso y no una característica intrínseca en sí.

Dos de los modos más visibles para gestionar la movilidad humana del sur al norte de América de forma reciente, en este caso, son el uso de la aplicación digital móvil del CBP-One, por un lado, y por el otro de los procesos de solicitudes de reconocimiento de persona refugiada en México y estas, a su vez son parte de las estrategias en el *saber migrar*, por parte de las personas migrantes en situación y condición de TIIR; durante los últimos 3 años (2022-2025) aproximadamente, la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado-COMAR, ha registrado “históricos” de solicitudes de refugio en México y de estos, por lo menos tres grupos se han mantenido en constatación y crecimiento: personas de origen hondureño, haitiano y venezolano.

Para inicios de 2025 y un nuevo periodo de administración ejecutiva por Donald Trump, que desde la campaña “*make America great again*” (MAGA por sus siglas en inglés; “*hacer grande a America otra vez*”, por la traducción aproximada en español) y, en la dimension y problemática de las migraciones, particularmente la que llega y se mantiene en forma de TIIR en EE. UU desde sus frontera con México tomó un giro que tuvo aires de ser “inesperado”: entrecorrido esto, a razón de las múltiples pláticas y debates seguidos con coordinaciones de casas de migrantes así como de organizaciones regionales como las Red Franciscana para Migrantes y con colegas académicos con quienes se llegaba a una misma respuesta, en tanto que la llegada de D. Trump de nueva cuenta al ejercicio de poder en los EE. UU impactaría de manera grave cómo se estaba gestionando la movilidad humana, en particular la migración de personas en TIIR.

Fue entonces que el 20 de enero, al entrar en función la administración Trump, se giró una orden ejecutiva con fines de restricción de personas migrantes indocumentadas, vía el proceso de solicitud de trámite para asilo vía la aplicación móvil CBP-One dejando (según algunos medios) más de 270 mil personas varadas en México entre las fronteras sur a norte: sin embargo, no hay una claridad del número real ya que diversos testimonios apuntan a que incluso, antes de la entrada de Trump, ya había retrasos, cancelaciones o la aplicación móvil dejaba de funcionar. A esto, se suma la masiva deportación de personas de origen mexicano (y otras) con poco más de 4 mil personas deportadas a febrero de 2025.

Los giros posibles en la investigación que realizo, siguen apuntando a cómo actores como las casas de migrantes y otros, responden a problemáticas como aquellas; también, a vislumbrar como otras acciones como los retornos voluntarios (por ejemplo, ahora con la aplicación móvil de CBP-Home) o la estrategia del gobierno federal de México: “México te abraza” bajo la cual, las personas deportadas (de origen mexicano) tendrán derecho a los múltiples apoyos posibles parte de las políticas de bienestar social actual en México, impactan en la permanencia de las personas en territorio mexicano.

Actualmente, encontrándome en parte del territorio norte (Monterrey, Nuevo León y Chihuahua, Chihuahua) apoyando a una investigadora de Japón que centra sus intereses en cómo impacta la política de refugio en México a sus solicitantes, hemos

encontrado algunas cosas que aún no podríamos nombrar hallazgos de investigación, pero sí como luces hacia eso. De mi parte como algún tipo de reflexión situada, en diálogo y contraste con otras personas estudiosas de la problemática, considero que el Estado mexicano, habrá de considerar una nueva figura “más allá” del reconocimiento de persona refugiada y que apunte, de algún modo a su permanencia en México y posiblemente que lleve menos tiempo de resolución de trámite que los tres a 6 meses que lleva el trámite de refugiado.

Mientras tanto, en la Ciudad de México (CDMX) se está replicando el trabajo de las casas de migrantes como algo “innovador” por parte del gobierno local de dicha ciudad; los Centros de Atención a la Movilidad Humana CAMHU), sin duda son un esfuerzo por asistir a las personas migrantes o solicitantes de refugio varadas en la CDMX. Por otra parte, se está dejando de lado la labor de larga data de las casas y albergues de personas migrantes o refugiadas que tienen más experiencia y trabajo sólido. Si pienso en la Teoría del Actor Red, queda clara la existencia de los actantes debido a la controversia en que se envuelven: ¿quién tiene la práctica humanitaria que ayuda mejor a las personas? Mucho antes de esto, el Instituto Nacional de Migración había abierto sus primeros centros migratorios de puertas abiertas, así como el corredor humanitario para solicitantes de asilo vía cita CBP-One. En todo caso, la práctica humanitaria como filosofía y política de puertas abiertas se transforma o toma otras formas que no necesariamente son las de las casas de migrantes.

Sin embargo, esto es solo un breve alcance a lo que se puede ver o, mejor dicho: puedo entrever en el hilado de relaciones y asociaciones posibles entre actores/actantes en la problemática. Las casas de migrantes tienen su propia lógica de trabajo y pueden ser muy disímiles entre sí estando en el norte, centro o sur del país. Lo mismo, las formas que toman los procesos de asentamiento y permanencia de personas deportadas, refugiadas-residentes y/o naturalizadas o en TIIR. Estas semanas en el norte del país conociendo las lógicas de trabajo de algunas casas de migrantes me hacen reafirmar que la práctica humanitaria que se encuentra en el *techo-comida-descanso* en efecto, es compartida inherentemente de cuál sea la casa. También, que las “puertas que seleccionan” se viven como parte de los procesos de la movilidad humana en los TIIR.

Las esperas o, lo que enuncio como “cuerpos en espera” y la experiencia de vida en los microespacios de contención como una unidad para la experiencia etnográfica, pueden tomar formas como la presencia de la fuerza de trabajo contratada por las economías locales (negocios, empresas, corporativos).

Aun en la “era dorada” y el cierre militarizado de las fronteras entre México y EE.UU, los vínculos humanitarios se siguen hilando; en todo caso, la problemática de la espera como parte de las reconfiguraciones discursivas, prácticas y estéticas del llamado paisaje de fronteras abre retos de trabajo situado y reflexivo etnográfico así como abordajes que unan los deltas de los archipiélagos disciplinares, epistémicos y teóricos en torno a las movilidades humanas en situación y condición de TIIR. No pienso llamar a esta etapa de las movilidades humanas en América como parte de la “era dorada” de los EE. UU; considero, que lo que anuncia es un paisaje de fronteras más complejo, peligroso y de difícil llegada para la práctica etnográfica. En todo caso, no pude atender esto, como parte de la investigación que realicé en los años pasados, pero conservo, el ánimo no solo de ser testigo de los recientes acontecimientos: ya se fue el tren, por lo menos en el sur. Las prácticas selectivas permanecen aún después de la pandemia ya cuarentena por COVID19. Las esperas se han extendido y el sistema de refugio en México parece cada día más, a punto de colapsar mientras la frontera panóptica en una verticalidad de contención, se robustecen. Pero la esperanza persiste y como un día me dijeron: *las personas siguen llegando, como gotas de lluvia.*

Orden de fotos.

1. Pág. 23. Personas migrantes esperando registro en la palapa de La 72; enero de 2020.
2. Pág. 24. Vista del mapa mural de La 72; septiembre de 2016.
3. Pág. 39. El equipo de cocina compuesto de personas albergadas en La 72 y voluntarios, preparan el almuerzo del día; diciembre de 2021.
4. Pág. 60. Una persona salta entre los vagones del tren para buscar donde poder tomar un lugar antes de que arranque el tren. Tenosique, Tabasco; febrero de 2020.
5. Pág. 61. Un grupo de personas migrantes esperan su turno para ser registrados y poder albergarse en la casa de migrantes de Palenque, Chiapas, Casa del Caminante Jtatic Samuel Ruiz García; agosto de 2022.
6. Pág. 68. Una persona descansa fuera de La 72. Al no acatar las reglas de usar cubrebocas y no fumar debe permanecer fuera hasta la noche; Agosto de 2022.
7. Pág. 70. Mural con el mensaje: “SUEÑOS”, en un muro interior de La 72. Este mural tiene más de 6 años que se mantiene. Se observan pertenencias de las personas albergadas; febrero de 2020.
8. Pág. 81. Un grupo de personas está expectante del paso del tren, muy cerca de la Casa del migrantes de Chahuities, Oaxaca; octubre de 2016.
9. Pág. 83. Anuncios en Casa Belén, Tapachula Chiapas. Se puede apreciar una advertencia para las personas migrantes albergadas ahí; septiembre de 2016.
10. Pág. 93. La cruz franciscana y migrante en La 72; abril de 2023.
11. Pág. 96. Una familia observa el mapa en La 72. Discuten cual es la mejor ruta para llegar al norte; noviembre de 2022.
12. Pág. 104. Mural “El abrazo de la madre”. Detalle de la vista desde un piso superior donde se encuentra el módulo-dormitorio del voluntariado de La 72 mirando hacia la entrada principal y la capilla interior; abril de 2023.
13. Pág. 109. Mural exterior de La 72 con motivo de su 13vo aniversario; agosto de 2024.

14. Pág. 116. Detalle del interior de la capilla de la Casa del Migrante en Chihuahua; marzo de 2025.
15. Pág. 122. Una persona observa el mapa de las rutas migrantes y donde se ubican algunas casas de migrantes. Casa del Caminante Jtatic Samuel Ruiz García; agosto de 2022.
16. Pág. 129. Una familia de origen haitiano pero que habían vivido en Brasil antes de llegar a México, mira el mapa mural de La 72; enero de 2022.
17. Pág. 134. Escena cotidiana en La 72 en el area del comedor. En las tardes se reúne a todos antes de la comida para dar los avisos parroquiales por parte del voluntariado de la casa: citas médicas, recordatorios de ir a COMAR, etcétera; febrero de 2020.
18. Pág. 136. Detalle del mapa mural de La 72 visualizando la ruta desde El Ceibo hasta Palenque pasando por La 72; abril de 2023.
19. Pág. 175. Durante una observación en ruta, en la carreta El Ceibo-Tenosique, se observaban y brindaba cierta ayuda a las personas migrantes en el camino; enero de 2020.
20. Pág. 180. Una de las labores que hay como voluntario en La 72 es la curación de pies por ampollas o lesiones leves. Muchas persona migrantes llegan después de días de caminar y debido a las condiciones climáticas y lo precario de su andar, llegan con los pies muy lastimados; diciembre de 2022.
21. Pág. 196. Dos familias de origen hondureño llegan a la Ciudad de México camino a Monterrey después de ser elegibles de reconocimiento de personas refugiadas en México; mayo de 2023.
22. Pág. 202. “Carlo”, después de esperar casi un año para poder salir de Tenosique debido a la pandemia por COVID19, pasa por la Ciudad de México para ir hacia Coahuila; febrero de 2021.
23. Pág. 218. Tres familias de origen hondureño y guatemalteco esperan viajar hacia la Ciudad de México desde Veracruz, esto en el contexto del CBP-One. Antes, sufrieron un asalto y perdieron casi todo; agosto de 2024. Foto correspondencia con Las Patronas.

24. Pág. 223. La reunión antes de dormir en La 72. Esa noche éramos más de 500 personas en la casa; enero de 2020.
25. Pág. 225. Persona migrantes se forman fuera de La 72 para poder tener un lugar en la capilla interior, recibir una cena y dormir. En el contexto de la pandemia por COVID19, las casas de migrantes no dejaron de trabajar, pero redujeron su capacidad de atención o de recibir población; diciembre de 2022.
26. Pág. 237. Detalle del campamento de personas migrantes en la Colonia Vallejo, Ciudad de México; abril de 2025.
27. Pág. 245. Detalle del campamento de personas migrantes en la Colonia Vallejo, Ciudad de México; abril de 2025.
28. Pág. 253. “Sandi y Estefi”; padre e hija de origen nicaragüense parten de Casa Belén-El Ceibo, rumbo a la garita del puente fronterizo en compañía de abogados para entregarse a migración mexicana; diciembre de 2021.
29. Pág. 261. “Las hermanas Rodríguez” preparándose para partir a la noche siguiente desde Casa Belén-El Ceibo (Guatemala) hacia México; diciembre de 2021.
30. Pág. 267. Detalle del camino y espacio transfronterizo de El Pedregal entre México (izquierda) y Guatemala (derecha); foto tomada en el contexto del Viacrucis migrante organizado por La 72 en abril de 2023.
31. Pág. 269. Vista panorámica de La 72-Hogar Refugio para Personas Migrantes, Tenosique de Pino Suárez, Tabasco, México; septiembre de 2019.
32. Pág. 272. Reunión en el interior de La 72 para organizar las actividades con las personas albergadas y el voluntariado en la casa; febrero de 2020.
33. Pág. 283. Detalle del mural interior de la sala de voluntarios con un fragmento del poema “Como tú” de Roque Dalton; abril de 2023.

Referencias.

- Adorno, T. (2005). *Sueños*, trad. de Alfredo Brotons Muñoz, AKAL.
- Agar, M. (1998). Hacia un lenguaje etnográfico, 117-140, en Clifford Geertz y James Clifford (coord.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*, trad. de Carlos Reynoso, Gedisa.
- Aguenier, L. (2021). La esperanza en los caminos de la migración del sur de México, *El Cotidiano*, (230), 7-16.
- Aguilar, A. y Morfín, F. (2007). El cuerpo conciliado. Una revisión del cuerpo en la filosofía y pensamiento social, 11-33, en Elsa Muñiz y Mauricio List (coord.): *Pensar el cuerpo*, UAM.
- Anta, J. (2004). Búsquedas, miradas, sentidos: autoetnografía en la Ciudad de México, *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas*, 11(30), 137-156.
- Arendt, H. (2003). *La condición humana*, trad. De Ramón Gil Novales, Paidós.
- Augé, M. (1998). *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*, Al Fin Liebre Editores.
- Auyero, J. (2012). *Patients of the State. Politics of waiting in Argentina*, Duke University Press. DOI: <https://doi.org/10.1215/9780822395287>
- Basok, T., Bélanger, D., Rojas, M., Candiz, G. (2015). *Rethinking transit migration: Precarity, Mobility and Self-Making in Mexico*, Palgrave-Macmillan. DOI: <https://doi.org/10.1057/9781137509758>
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2016). *Extraños llamando a la puerta*, trad. de Albino Santos Mosquera, Paidós.
- Barley, Nigel. (2004). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, trad. de Ma. José Rodellar, Anagrama.
- Benard, S. (2016). *Atrapada en provincia: un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*, UAA.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2001 [1968]). *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores.

- Besserer, F. y Oliver, D. (2014). Etnografía especular y contiendas culturales, 267-276, en Federico Besserer y Daniela Oliver (edit.) *Ensamblando la ciudad transnacional. Etnografía especular de los espacios transnacionales urbanos*, Juan Pablos-UAMI.
- Bianchini, F. (2016). *El camino de la Bestia. Migrantes clandestinos a la búsqueda del sueño americano*, trad. de Raquel Bermúdez Rodríguez y José Feliú, Pepitas de Calabaza.
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos, *Revista de investigación social*, 9, (19), 49-74. Recuperado en: <http://dx.doi.org/10.29092/uacm.v9i19.390>
- Bloor, D. (1998). *Conocimiento e imaginario social*, trad. de Emmánuel Lizcano y Rubén Blanco, Gedisa.
- Bloor, D. (1999). *Anti-Latour, Studies in History and Philosophy of Science*, 30(1), 81-112. Recuperado en: <https://sciencedirect.uam.elogim.com/science/article/pii/S0039368198000387?via%3Dihub>
- Bochner, A. (2009). Warm ideas and chilling consequences, *International Review of Qualitative Research*, 2 (3), 357-370. Recuperado en: https://digitalcommons.usf.edu/spe_facpub/17/
- Bochner, A. y Ellis, C. (2021). Epilogue: Autoethnography as a warm idea, 250-254, en Tony E. Adams, Robin M. Boylorn y Lisa M. Tillman: *Advances in Autoethnography and Narrative Inquiry. Reflections on the Legacy of Carolyn Ellis y Arthur Bochner*, Routledge.
- Bourdieu, P, Chamboredon, J. y Passeron, J. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, trad. de Fernando Azcurra y José Sazbón, Siglo XXI.
- Calderón, L. (2016). La sociedad civil organizada ante la migración en tránsito en México, Policy Briefs Series-Gobernabilidad y seguridad CANAMID (13). Recuperado en: <http://canamid.org/publication?id=PB013>
- Calixto, A. (2002). Pulso autoetnográfico: la urgencia de un enfoque afectivo para la antropología social (57-69), en Alma Berenice González, Arleth Mara Valencia, Indira Alejandra García, et al (autoras): *Etnografías Afectivas y autoetnografías*.

“Tejiendo nuestras historias desde el sur”. Textos del Primer encuentro Virtual, IDAS.

Calvillo, M. (coord.). (2016). *Voces de la asistencia*, IASOC-INDESOL.

Camacho, A. (2018). Los albergues de migrantes como espacios de recuperación de la identidad y dignidad, COMECSO (memoria), 217-238, en Rodolfo Cruz, Ivy Rieger y Martha Judith Sánchez (coord.): *Migraciones y transmigraciones*, en Jorge Cadena Roa, Miguel Aguilar Robledo y David Eduardo Vásquez Salguero: *Vol. I de Las ciencias sociales y la agenda nacional. Reflexiones y propuestas desde las Ciencias Sociales*, COMECSO. Recuperado en: <https://www.comecso.com/ciencias-sociales-agenda-nacional/cs/article/view/611>

Canales, A. y Meza, S. (2016). Fin del colapso y nuevo escenario migratorio México-Estados Unidos, *Migración y desarrollo*, 14 (27), 65-107. Recuperado en: <https://doi.org/10.35533/myd.1427.aic.sm>

Candiz, G. y Bélanger, D. (2018). Del tránsito a la espera: el rol de las casas del migrante en las trayectorias los migrantes centroamericanos, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies/Revue canadienne des études latino-américaines et caraïbes*, 43 (2), 277-297. DOI: [10.1080/08263663.2018.1467533](https://doi.org/10.1080/08263663.2018.1467533)

Caratini, S. (2013 [1969]). *Lo que no dice la antropología*, trad. de Inmaculada Jiménez Morell, Ediciones del oriente y del Mediterráneo.

Casillas, R. (2021). Migración internacional y solidaridad: los albergues y casas de migrantes en México, *Migración y desarrollo*, 19 (37), 65-92. Recuperado en: <https://doi.org/10.35533/myd.1937.rcr>

Castillo, G. (2023). Contención migratoria en la frontera norte de México. Detenciones y deportaciones de centroamericanos durante la pandemia, *Norteamérica Revista académica del CISAN-UNAM*, 18 (2), 163-184. DOI: <https://doi.org/10.22201/cisan.24487228e.2023.2.610>

Castro, Y. (2019). Etnografías de la movilidad y la contención de las migraciones: repensando los métodos de la antropología, *Revistas Antropologías del Sur*, 6 (11), 17-37. Recuperado en: <https://revistas.academia.cl/index.php/rantros/article/view/1122>

- Castro, Y. (2021). Antropología, violencias y trabajo de campo. El giro de las etnografías en un México en crisis, *Alteridades*, 31 (62), 71-84. DOI: <https://doi.org/10.24275/uam/izt/dcsh/alteridades/2021v31n62/Castro>
- Clarke, G. (2006). Faith Matters: Faith-based organizations, Civil Society and International Development, *Journal of International Development*, (18), 835-848. Recuperado en: <https://doi.org/10.1002/jid.1317>
- Clifford, J. (1998). Sobre la autoridad etnográfica, 141-170, en Clifford Geertz y James Clifford (coord.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*, trad. de Carlos Reynoso, Gedisa.
- CNDH (2009). *Informe especial sobre los casos de secuestro a migrantes*, CNDH. Recuperado en: <https://www.cndh.org.mx/documento/informe-especial-sobre-los-casos-de-secuestro-en-contra-de-migrantes>
- CNDH (2018). *Los desafíos de la migración y los albergues como oasis. Encuesta nacional de personas migrantes en tránsito por México*, CNDH-UNAM. Recuperado en: <https://www.cndh.org.mx/documento/los-desafios-de-la-migracion-y-los-albergues-como-oasis-encuesta-nacional-de-personas>
- Cohen, J. y Sirkeci, I. (2011). *Cultures of Migration. The Global Nature of Contemporary Mobility*, University of Texas Press.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos.
- De León, N. (2020). *Mi casa es tu casa. Un santuario migrante en Saltillo Coahuila*, [Tesis disertación Maestría-Escuela Nacional de Antropología e Historia], ENAH.
- Del Monte, J. (2023). Securitización sanitaria y control migratorio fronterizo: el Título 42 en la frontera México-Estados Unidos, *Frontera Norte*, (35),s/p,. DOI: <https://orcid.org/0000-0001-5041-0591>
- Doering-White, J. y Díaz de León, A. (2024). The Shelter Multiple: How Humanitarianism hang together at an mexican Non-Governmental Migrant Shelter, *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 50(18), 4440-4458. Recuperado en: <https://researchs.uam.elogim.com/c/p347yv/search/details/z25yvisnij?limiters=FT%3AY&q=AR+%22D%C3%ADaz+de+Le%C3%B3n%2C+Alejandra%22>

- Eguiluz, I., Díaz de León, A., González, C., y Trejo, A. (2022). Repensar, reinventar y reflexionar la investigación cualitativa en tiempos de covid-19: el caso de los estudios migratorios, *Caleidoscopio-Revista Semestral De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 25 (46). <https://doi.org/10.33064/46crscsh3346>
- Ellis, C., Adams, T., y Bochner, A. (2015). Autoetnografía: un panorama, *Astrolabio* (14), 249-273. Recuperado en <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n14.11626>
- Espinosa, C. (2021). La configuración social de la pandemia por SARS-Cov-2. Un ensayo sociológico, *Sociológica*, 36 (102), 279-290. Recuperado en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S018701732021000100279&script=sci_abstract
- Ferris, E. (2005). Faith-based and secular humanitarian organizations, *International Review of the Red Cross*, 87 (858), 311-325. Recuperado en: <https://international-review.icrc.org/articles/faith-based-and-secular-humanitarian-organizations>
- García, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo.
- García, R., Gaspar, S. y García, P. (2020). Las políticas migratorias en México ante el cambio de gobierno (2018-2024), *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, 20 (2), 186-208. Recuperado en: [DOI: 10.4067/S0719-09482020000200186](https://doi.org/10.4067/S0719-09482020000200186)
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en etnometodología*, Anthropos.
- Gativa, G. (2016). Niñez migrante desde Centroamérica: los rostros de la baja inversión social pública. *Revista Rupturas*, 6(1), 90-122. Recuperado de: https://www.scielo.sa.cr/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2215-24662016000100090
- Giglia, A. (2003). Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales, *Desacatos*, (11), 149-160. Recuperado en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2003000100010

- Gil-Mateu, E. (2023). Las autoetnografías y su interés para la investigación de la salud, *Index de Enfermería*, 32 (1), Recuperado en: : <https://dx.doi.org/10.58807/indexenferm20234378>
- Girola, L. (2022). Teoría del actor-red y teoría de los imaginarios sociales: una convergencia ¿posible?, ¿fecunda?, 195-234, en Leandro Rodríguez-Medina, María de los Ángeles Pozas y Lidia Girola (edit.): *La Teoría del Actor-red desde América Latina*, El Colegio de México. DOI: 10.24201/es.2023v41n122.2422
- Godelier, M. (1998). *El enigma del Don*, Paidós.
- Goffman, E. (2008). *La representación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu Editores.
- Goodall, H.L. (2009). Writing like a Guy in Textville: A personal reflection on narrative Seduction, *International Review of Qualitative Research*, 2 (1), 67-86.
- Grondona, A. (2019). ¿Qué es el contexto? Reflexiones a partir del análisis materialista de los discursos, 197-226, en Pablo de Marinis (coord.): *Exploraciones en Teoría Social. Ensayos de imaginación metodológica*, CLACSO.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Siglo XXI.
- Guevara, Y. (2022). *Ad interim: Everyday life of Central American Refugees at the "La 72" shelter in Tenosique, Mexico*. [Tesis disertación Doctoral Universität Bielefeld]. Publikationen an der Universität Bielefeld <https://doi.org/10.4119/unibi/2966412>
- Hagan, J. (2008). *Migration Miracle. Faith, Hope, and Meaning on the undocumented journey*, Harvard University Press. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctv1kgdfqb>
- Harman, G. (2017). *Object-Oriented Ontology: a new Theory of Everything*, Pelican Books-Penguin Random House.
- Harris, M. (2001). *Antropología cultural*, Alianza Editorial.
- Hernández, H. (2023). Un Acercamiento a la Teoría del Actor Red (TAR) desde América Latina, *Economía, Sociedad y Territorio*, 23(73), 1077-1083. Recuperado en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-84212023000300013

- Hernández, R. y Morantes, M. (2019). Informe de personas migrantes desaparecidas en México, CEPAD. Recuperado en: <https://odim.juridicas.unam.mx/sites/default/files/Personas%20Migrantes%20en%20Tr%C3%A1nsito%20Desaparecidas%20en%20M%C3%A9xico%20%20Rafael%20Alonso%20Hern%C3%A1ndez%20y%20Mariana%20Morante.pdf>
- Hirai, S. (2014). La Nostalgia: emociones y significados en la migración transnacional, Nueva Antropología, 27 (81), 77-94, Recuperado en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362014000200005&lng=es&tlng=es.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Kateri, N. (2018). *The Migrant Passage: Clandestine journeys from Central America*, Cornell University Press.
- Katzer, L. y Samprón, A. (2011-2012). El trabajo de campo como proceso. La “etnografía colaborativa” como perspectiva analítica, Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, (2), 59-70. Recuperado en: <https://relmis.com.ar/ojs/index.php?journal=relmis&page=article&op=view&path%5B%5D=59>
- Khosravi, S. (2010). *‘Illegal’ traveler: an Auto-ethnography of Borders*, Palgrave-Macmillan.
- Le Breton, D. (2000). *Elogio del caminar*, trad. de Hugo Castignani, Ediciones Siruela.
- Le Breton, D. (2009). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*, trad. por Heber Cardoso, Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2010). *Cuerpo sensible*, trad. por Alejandro Madrid Zan, Metales Pesados.
- Laín, P. (1978). *Antropología de la esperanza*, Ediciones Guadarrama.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la Teoría del Actor-red*, Manantial.
- Law, J. (1999). *After ANT: complexity, naming and tipology*, The Sociological Review. Recuperado en: <https://researchs.uam.elogim.com/c/p347yv/viewer/pdf/gajkixlpyn>
- Lévi-Strauss, C. (2006). *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*, trad. por J. Almela, Siglo XXI.

- Levitt, P. y Glick-Schiller, N. (2004). Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad, *Migración y desarrollo*, (3), 60-91. Recuperado en: <https://doi.org/10.35533/myd.0203.pl.ngs>
- López, D. y Tirado, F. (2012). Teoría del actor-red: un pragmatismo contemporáneo (1-16), en Francisco Tirado y Daniel López (eds.): *Teoría del Actor-Red. Más allá de los estudios de la ciencia y tecnología*, Amentla Editorial.
- Luna, E. (2016). Sobre la experiencia en campo: las casas de migrantes en el sureste mexicano, *Espacios Transnacionales* 3, (6), 64-79. Recuperado en: https://www.academia.edu/72616276/Sobre_la_experiencia_en_campo_Las_Casas_de_Migrantes_en_el_sureste_de_M%C3%A9xico
- Luna, E. (2020). *Actor-red, espacio social y migración irregular transnacional en tránsito por México: Etnografía del Hogar Refugio para Personas Migrantes: La72. Una casa de migrantes en la frontera sureste*, [Tesis de Maestría Universidad Autónoma Metropolitana], UAM-Bindani: <https://bindani.izt.uam.mx/concern/tesiuams/p2676w04x?locale=es>
- Luna, E. (2021). Las casas de migrantes: el humanitarismo ante la crisis, *El Cotidiano*, (230), 29-42.
- Luna, E. (2021). Techo-comida-descanso: las casas de migrantes, *CEMANAHUAC*, (48), 13-14. Recuperado en: <https://ceu2.izt.uam.mx/difusion/index.php/numeros-anteriores/>
- Luna, E. (30 de julio 2023). Caminar como migrante, *Suplemento Veracruz Tierra de Migrantes, La Jornada de Veracruz*, recuperado en: <https://jornadaveracruz.com.mx/wp-content/uploads/2023/07/Suplemento-Veracruz-TierraDeMigrantes-Julio2023.pdf>
- Luna, E. (2024). Construyendo la narrativa autoetnográfica: mi tránsito en las casas de migrantes, 173-196, en Laura R. Valladares de la Cruz, Martha Patricia Castañeda Salgado y Adriana Aguayo Ayala (edit.): *Antropologías Hechas en México Volumen 1*, UAM-ALA, CEAS.

- Luna, E. (2024). Llegar, estar, vivir. La casa de migrantes en la frontera sureste de México, *Boletín CLACSO (Trans)Fronteriza*, (22), 13-17. Recuperado en: https://www.clacso.org/wpcontent/uploads/2024/07/V1_TransFronterizas_N22.pdf
- Lutz, C. (1998). *Unnatural emotions: every sentiments on a Micronesian atoll and their challenge to western theory*, The University of Chicago Press.
- Manenti, R. (2012 [2013]). *Migration and borders: The "Casas del Migrante" and the flow of unauthorized migrants*, [Tesis disertación Doctoral Fordham University], ETD Collection for Fordham University: AAI3563429. <https://research.library.fordham.edu/dissertations/AAI3563429>
- Malinowski, B. (1989). *Diario de campo en Melanesia*, trad. de Alberto Cardín, Ediciones Júcar.
- Martínez, M. (2004). El método etnográfico de investigación, *Dialógica*, 1 (1), 14-44.
- Marcus, G. (2008). El o los fines de la etnografía: del desorden de lo experimental al desorden de lo barroco, *Revista de Antropología Social*, 17(), 27-47. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83813159002>
- Massey, D. (2005). *For space*, SAGE publications.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el Don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz Editores.
- Mazariegos, H. (2022). El diario de campo encarnado. Apuntes para una propuesta metodológica para el estudio de las emociones desde y con el cuerpo, en Frida Erika Jacobo Herrera y Marco Julián Martínez-Moreno (coord.): *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*, UNAM-FCPyS.
- Medina, A. (2001). Alfonso Villa Rojas, el etnógrafo, *CIENCIA ergo-sum, Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva*, 8(2), 214-224. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10402114>
- Mena, L. y Cruz, R. (2021). Atrapados den búsqueda de asilo. Entre la externalización fronteriza y la contención sanitaria, *REMHU Revista Interdisciplinaria de Movilidad Humana*, 29 (61), 49-65. Recuperado en: <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880006104>

- Merton, R. y Barber, E. (2004). *The Travels and Adventures of Serendipity. A Study in Sociological Semantics and the Sociology of the Science*, Princeton University Press.
- Mezzadra, S. y Nielson, B. (2017). *La frontera como método*, Traficantes de sueños.
- Micolta, A. (2005). Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales, *Revista de Trabajo Social*, (7), 59-76. Recuperado en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/8476>
- Mier, R. (1994). Etnografías. Las encrucijadas éticas del relativismo, *Versión* (4), 13-46.
- Mills, C. (2012). *La imaginación sociológica*, FCE.
- Monterrosas, A. y Pérez, M. (2016). *Solidaridad en el camino. Atlas de organizaciones de apoyo a personas migrantes centroamericanas*, en Pilar Tavera (coord.), INDESOL-Propuesta Cívica.
- Monterroza, A. (2017). Una revisión crítica a la Teoría del Actor-red para el estudio de los artefactos, *Trilogía Ciencia Tecnología y Sociedad*, 9(17), 49-62. Recuperado en: <https://doi.org/10.22430/21457778.616>
- Neira, E. (2020). La etnografía es memoria o no es nada. el papel de la Historia en el método etnográfico, *Iberoforum Revista de Ciencias Sociales*, (30), 1-30. Recuperado en: <https://iberoforum.iberomx.org/index.php/iberoforum/article/view/139>
- OIM (2022). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2022*, OIM. Recuperado en: <https://publications.iom.int/books/informe-sobre-las-migraciones-en-el-mundo-2022>
- Olayo-Méndez, A. (2017). La 72: un oasis en las rutas migratorias de México, *Revista Migraciones Forzadas*, (56), 10-11. Recuperado en: [FMR 56 - Latinoamérica y el Caribe - Forced Migration Review](#)
- Olayo-Méndez, A., Haymes, S. y Vidal, M. (2014). Mexican Migration-Corridor Hospitality, *Peace Review*, 26 (2), 209-217. DOI:[10.1080/10402659.2014.906887](https://doi.org/10.1080/10402659.2014.906887)
- Olayo-Méndez, A. (2018). *Migration, Poverty, and Violence in Mexico: The Role of Casas de Migrantes*, [Tesis de disertación Doctoral Oxford University], Oxford University Research Archive: <https://ora4-prd.bodleian.ox.ac.uk/objects/uuid:a1bcc8b3-e91b-4902-b896-1d47c92f0a1e>

- Oliveras, X. (2022). La agencia del espacio. El Río Bravo/Grande en los procesos de frontera (México-Estados Unidos), 437-468, en Leandro Rodríguez-Medina, María de los Ángeles Pozas y Lidia Girola (edit.): *La Teoría del Actor-red desde América Latina*, El Colegio de México.
- Ospina, A. (2022). Culpa, empatía e identificación. Reflexiones sobre la experiencia emocional en el trabajo de campo con varones que se inyectan drogas (253-278), en Frida Ericka Jacobo Herrera y Marco Julián Martínez-Moreno (coords.): *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*, UNAM.
- Paras, A. y Gross Stein, J. (2012). Bridging the Sacred and the Profane in the Humanitarian Life (211- 240), en Michel Barnett y Janice Gross Stein: *Sacred Aid. Faith and Humanitarianism*, Oxford
- París-Pombo, M. (2016). Trayectos peligrosos: inseguridad y movilidad humana en México, *Papeles de Población*, 22 (90), 145-172. DOI: <http://dx.doi.org/10.22185/24487147.2016.90.037>
- Parrini, R. (2018). *Deseografías. Una antropología del deseo*, UAM.
- Parrini, R. (2021). Posetnografía, *Boletín Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales: Antropología y etnografía en el México del siglo XXI*, 75-86. Recuperado en: <https://ceas.org.mx/boletines/boletin-colegio-de-etnologos-y-antropologos-sociales-2021a/>
- Pasquinelli, L. (2020). Lo local es político, 169-186, en Maristella Svampa, Mónica Cragnolini, Silvia Ribeiro, Marina Aizen, María Pía López, Esteban Rodríguez Alzueta, Rafael Spregelburd, Ariel Petruccelli, Federico Mare, Lala Pasquinelli, Bárbara Bilbao, Candelaria Botto, Fernando Menéndez, Alejandro Kaufman, Lucas Méndez y Giorgio Agamben (aut.): *La Fiebre*, ASPO.
- Payá, V. (2017). Sociología y fotografía: notas sobre la palabra y la *imagen en el trabajo de campo*, 143-172, en Víctor A. Payá y Jovani J. Rivera: *Sociología etnográfica. Sobre el uso crítico de la teoría y los métodos de investigación*, UNAM-Juan Pablos Editor.

- Peirano, M. (2021 [2014]). *Etnografía no es método*, trad. por Marco Julián Martínez-Moreno y Edna Carolina Mayorga Sánchez, *Antípoda Revista de Antropología y Arqueología*, (44), 29-43. DOI: <https://doi.org/10.7440/antipoda44.2021.aop.01>
- Peirce, C. (1986). *La ciencia de la Semiótica*, Nueva Visión.
- Peralta, C. (2009). Etnografía y métodos etnográficos, *Análisis. Revista Colombiana de Humanidades*, (74), 33-52. Recuperado en: <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2009.0074.03>
- Perera, S. (2009). *Australia and the insular imagination. Beaches, Borders, Boats and Bodies*, Palgrave-Macmillan.
- Pérez, M. y Morales, V. (2021). Personas migrantes en México y covid-19: repercusiones e instituciones públicas, *BIOLEX Revista Jurídica del Departamento de Derecho*, 13 (24), 1-34. Recuperado en: https://biolex.unison.mx/index.php/biolex_unison_mx/article/view/217
- Picozza, F. (2024). Emanciparse en la refugiosidad: Estrategias poéticas, políticas y económicas de existencia entre la guerra afgana y el régimen de frontera europeo, 57-102, en Yerko Castro Neira, Alejandro Agudo Sanchíz y Catherine Bourgeois (coord.): *Movilidades humanas en crisis. Estudios comparados en las fronteras de las Américas y Europa*, Universidad Iberoamericana.
- Pozas, M. (2015). *En busca del actor en la Teoría del Actor Red. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*
- Preissle, J. y DeMarrais, K. (2019). Enseñar la reflexividad en la investigación cualitativa. Acoger un estilo de vida de investigación, 83-92, en Silvia Benard Calva (coord.). *Autoetnografía. Un metodología cualitativa*. UAG-COLSAN.
- REDODEM (2021-2022). *La esperanza en el camino: La REDODEM en un país de impunidad, militarización y violencias. Informe REDODEM*. Recuperado en: <https://redodem.org/2023-2-2/>
- Reygadas, L. (2014). Todos como etnógrafos. Igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológicos, 91-118, en Cristina Oehmichen Bazán (edit.): *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*, UNAM-IIA. Recuperado

en: <https://www.iaa.unam.mx/publicacion/la-etnografia-y-el-trabajo-de-campo-en-las-ciencias-sociales>

- Restrepo, E. (2015). El proceso de investigación etnográfica. Consideraciones éticas, *Etnografías contemporáneas*, (1), 162-179.
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía. Alcances, técnicas y éticas*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos-Fondo Editorial.
- Rigoni, F. (2010). *Reflexiones en el camino del migrante. Expresiones, gestos, y rituales del pueblo indocumentado y refugiado de Centroamérica hacia El Norte*, Miguel Ángel Porrúa.
- Rodríguez, R. (2017). *Cartografía de las fronteras. Diario de campo*. [Sin editora].
- Romero, (2019). Capítulo 17: Cuando el cuerpo duele: una autoetnografía del proceso de morir, 385-404, en Olga Sabido (coord.): *Los sentidos del cuerpo: el giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, UNAM-CIEG.
- Rosaldo, R. (1986). From the Door of His Tent: The Fieldworker and The Inquisitor (77-97), en James Clifford y Renato Rosaldo (eds.): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, University of California Press.
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y Verdad. La reconstrucción del análisis social*, Abya-Yala.
- Ruiz, M. (2016). La subjetividad del investigador en terreno. Sistematización de una experiencia reflexiva de inmersión etnográfica, *Psicoperspectivas*, 15(1), 55-65.
- Sabido, O. (2016). Cuerpo y sentido: análisis sociológico de la percepción, *Debate feminista*, 51, 63-80. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.04.002>
- Sabido, O. (2019). Introducción: los sentidos del cuerpo, en Olga Sabido (coord.): *Los sentidos del cuerpo: el giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, UNAM-CIEG.
- Sabido, O. (2022). Reensamblar los sentidos del cuerpo. Aportes de la TAR al análisis relacional y material de la sensorialidad, en Leandro Rodríguez-Medina, María de los Ángeles Pozas y Lidia Girola (edit.): *La Teoría del Actor-red desde América Latina*, El Colegio de México.

- Sergeeva, A. (2025). Robots en nuestra niebla. Una etnografía en el nuevo mundo laboral, *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 20(2), 179-195. Recuperado en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=10147247&orden=0&info=link>
- Shoshan, N. (2015). Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable. *Nueva antropología*, 28(83), 147-162. Recuperado en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0185-06362015000200008&script=sci_abstract
- Silva, A. (2015). Estrategias de tránsito de adolescentes centroamericanos independientes: enfrentando la frontera vertical en México, *REMHU-Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 32 (44), 99-117. Recuperado en: <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880004407>
- Solano, P. (2017). *Assisting in the Shadows: Humanitarianism, Shelters and Transit Migration Politics*. [Tesis disertación Doctoral Lund University]. Lund University.
- Suárez, L. (2015). Introducción. Etnografías y emergencias en el Mediterráneo: agujeros negros de nuestra modernidad, *Revista Dialectología y tradiciones populares*, 70 (2), 265-276. Recuperado en: <https://doi.org/10.3989/rntp.2015.02.001.01>
- Tilley-Lubbs, G. (2016). Critical Autoethnography and the Vulnerable Self as Researcher (3-18), en Gresilda A. Tilley Lubbs y Silvia Bénard Calva (eds.): *Re-Telling our Stories: Critical Autoethnography Narratives*, Sense Publishers.
- Tirado, F. y Domènech, M. (2005). Asociaciones heterogéneas y actantes: El giro postsocial de la teoría del actor-red. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, (Esp), 0. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62309905>
- Torres, C. (2012). Si no se vive, no se sabe lo grande que es. Metodología aplicada a un estudio de las barras bravas (277-308), en Myriam Jimeno, Sandra Liliana Murillo y Marco Julián Martínez (eds.): *Etnografías contemporáneas. Trabajo de campo*, Universidad Nacional de Colombia-CES.
- Treviño, J. (2016). ¿De qué hablamos cuando hablamos de la “securitización” de la migración internacional en México? Una crítica, *Foro Internacional*, 224 (2), 253-

<https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/view/2316/2306>

Turner, V. (1988). *El proceso ritual*, Taurus.

Tullis, J. (2019). Yo y los otros. La ética en la investigación autoetnográfica, en Silvia Benard Calva (coord.). Autoetnografía. Un metodología cualitativa. UAG-COLSAN.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*, Editorial Melusina.

Varela, A. (2019). México, de “frontera vertical” a “país tapón”. Migrantes deportados, retornados, desplazados internos y solicitantes de asilo en México, *Iberforum Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 15 (27), 49-76.

Recuperado en: <https://iberoforum.iberomex.mx/index.php/iberoforum/article/view/124>

Varela, A., y Gabrielli, L. (2024). Espectáculo fronterizo. Narrativas mediáticas en torno a la migración y el refugio en torno a dos corredores migratorios de Europa y América, 181-216, en Yerko Castro Neira, Alejandro Agudo Sanchíz y Catherine Bourgeois (coord.): *Movilidades humanas en crisis. Estudios comparados en las fronteras de las Américas y Europa*, Universidad Iberoamericana.

Venkatesh, S. (2008). *Gang Leader for a Day: A Rogue Sociologist takes to the Streets*, Penguin Press.

Villafuerte, D., y García, M. (2016). De la crisis de los niños migrantes a la crisis de la migración cubana: intereses geopolíticos y expresiones sociales de la crisis del sistema migratorio Centroamérica-México-Estados Unidos entre 2014 y 2015. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 31(52), 15-33. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/pdf/557/55749412003.pdf>

Vogt, W. (2018). *Lives in transit- Violence and Intimacy on the Migrant Journey*, University California Press.

Wacquant, L. (2004). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, trad. de María Hernández, Siglo XXI.

Warsan, S. (2022). *Bless the daughter raised by a voice in her head*, Random House New York.

Yee, J. y Torre, E. (2016). Lidiando con la frontera vertical: estrategias migratorias de los hondureños en tránsito por México, REMHU-Revista Interdisciplinaria da Mobilidade

Humana, 24 (47), 97-114. Recuperado en: <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880004707>

Zapata, G., Vera, M. y Gandini, L. (2022). *Movilidades y COVID 19 en América Latina: inclusiones y exclusiones en tiempos de “crisis”*, UNAM-LASA. Recuperado en: <https://sudimer.sdi.unam.mx/index.php/investigacion/publicaciones>



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE DISERTACIÓN PÚBLICA

No. 00205

Matrícula: 2183800055

Vivir la casa de migrantes.
Etnografía de los vínculos
humanitarios.

En la Ciudad de México, se presentaron a las 15:00 horas del día 6 del mes de agosto del año 2025 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

DRA. ROCIO GIL MARTINEZ DE ESCOBAR
DR. BRUNO FELIPE DE SOUZA E MIRANDA
DRA. MARGARITA DEL CARMEN ZARATE VIDAL
DRA. KARLA GISSEL BALLESTEROS GOMEZ
DR. JOSE FEDERICO BESSERER ALATORRE



ERIC OLIVER LUNA GONZALEZ
ALUMNO

Bajo la Presidencia de la primera y con carácter de Secretario el último, se reunieron a la presentación de la Disertación Pública cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

DE: ERIC OLIVER LUNA GONZALEZ

y de acuerdo con el artículo 78 fracción IV del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

Aprobar

Acto continuo, la presidenta del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.

REVISÓ

MTRA. ROSALÍA SERRANO DE LA PAZ
DIRECTORA DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE CSH

DRA. SONIA PEREZ TOLEDO

PRESIDENTA

DRA. ROCIO GIL MARTINEZ DE ESCOBAR

VOCAL

DR. BRUNO FELIPE DE SOUZA E MIRANDA

VOCAL

DRA. MARGARITA DEL CARMEN ZARATE VIDAL

VOCAL

DRA. KARLA GISSEL BALLESTEROS GOMEZ

SECRETARIO

DR. JOSE FEDERICO BESSERER ALATORRE